



Fría venganza

El primer caso del *sheriff* Walt Longmire

CRAIG JOHNSON

Siruela/ Policiaca

Craig Johnson

Fría venganza
El primer caso del *sheriff*
Walt Longmire

Traducción del inglés
de María Porras Sánchez

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Fría venganza
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Fría venganza

Para la princesa de granja del condado de Wayne y el mejor tirador de Cabell...

La venganza es un plato que se sirve frío.

Pierre-Ambroise-François Choderlos de Laclos,
Las amistades peligrosas

—Rob Barnes dice que han encontrado un cadáver en los terrenos públicos. Lo tienes por la línea uno.

Quizá Ruby hubiera llamado a la puerta, pero no la oí porque estaba mirando los gansos. En otoño, cuando los días se hacen más cortos y el hielo bordea las orillas rocosas de Clear Creek, suelo pasar mucho tiempo contemplando los gansos. La oficina del *sheriff* de nuestro condado es un viejo edificio Carnegie que mi departamento heredó cuando la biblioteca del condado de Absaroka acumuló tantos libros que tuvo que trasladarse a otro sitio. Todavía tenemos un cuadro de Andy en el descansillo de la entrada. Cada vez que el *sheriff* anterior abandonaba el edificio, solía hacerle un saludo militar al viejo barón ladrón. Tengo el despacho en una gran sala situada en el saliente del lado sur, lo que me permite ver sin ningún obstáculo las montañas Big Horn a mi derecha y el valle del río Powder a mi izquierda. Los gansos vuelan valle abajo, hacia el sur, de espaldas a mí y, normalmente, me siento de espaldas a la ventana, pero a veces me pillan con la silla girada del revés. Parece que, últimamente, me pasa cada vez más a menudo.

La miré. Mirar es una de mis técnicas más eficaces para hacer cumplir la ley. Ruby es una mujer alta, delgada, de actitud directa y unos ojos azul claro que tienden a poner a la gente nerviosa. Y eso me gusta en una recepcionista: mantiene a la chusma alejada del despacho. Se apoyó en el quicio de la puerta y optó por el modo telégrafo:

—Bob Barnes, cadáver, línea uno.

Miré la luz roja que parpadeaba en mi escritorio y me pregunté vagamente si habría alguna forma de librarse de aquello.

—¿Sonaba como si estuviera borracho?

—No recuerdo ninguna ocasión en que haya sonado sobrio.

Me apoyé el expediente y las fotos que había estado examinando en el pecho y apreté el botón de la línea uno y el altavoz.

—Eh, Bob, ¿qué pasa?

—Eh, Walt. No te vas a creer esto... —no sonaba especialmente borracho, pero Bob era todo un profesional, así que nunca se sabe. Se quedó un momento callado—. Eh, no es coña, tenemos un fiambre aquí mismo.

Le guiñé un ojo a Ruby.

—Sólo uno, ¿eh?

—Eh, que no me estoy quedando contigo. Billy estaba trasladando algunas

ovejas de Tom Chatham de los terrenos públicos a los pastos de invierno, cuando las muy jodidas se arremolinaron alrededor de algo en uno de los terraplenes... Era un fiambre.

–¿No lo has visto?

–Yo no, pero Billy sí.

–Que se ponga.

Hubo un breve forcejeo con el teléfono y una versión más joven de la voz de Bob respondió.

–Eh, *sheeeriff*.

Tenía la voz pastosa. Genial.

–Billy, ¿dices que has visto un muerto?

–Pues sí.

–¿Qué pinta tenía?

Silencio durante un instante.

–Pinta de estar muerto.

Me entraron ganas de darme con la cabeza contra el escritorio.

–¿Es alguien que conozcamos?

–Oh, no me he acercado tanto.

En lugar de golpearme, me subí el sombrero y suspiré.

–¿Cuánto te has acercado?

–Unos doscientos metros. Hay mucha pendiente en los terraplenes por donde la corriente de agua atraviesa la vaguada. Las ovejas se quedaron a su alrededor. No quería bajar con la camioneta hasta allí porque acababa de limpiarla.

Me quedé estudiando la lucecita roja del teléfono hasta que caí en la cuenta de que Billy no iba a continuar hablando.

–¿Hay alguna posibilidad de que se trate de una oveja o un cordero? –si el rebaño estaba alrededor, seguro que un coyote no era-. ¿Dónde estáis, muchachos?

–En la 137, a menos de un kilómetro pasado el viejo puente Hudson.

–De acuerdo, quédate donde estás. Enviaré a un agente y estará ahí en una media hora.

–Sí, señor... Oiga, *sheeeriff* –yo permanecí a la espera-. Mi padre dice que traiga cerveza, ya casi no nos queda.

–Faltaría más –pulsé el botón y miré a Ruby-. ¿Dónde está Vic?

–Seguro que no está sentada en su despacho mirando antiguos expedientes.

–¿Dónde está, por favor? –fue su turno de suspirar y, sin mirarme directamente, dio un paso al frente, cogió la carpeta gastada que tenía sobre el pecho y volvió a ponerla en el archivador, donde siempre la dejaba cada vez que me pillaba examinándola.

–¿No crees que deberías salir de la oficina en algún momento del día? –Ruby continuaba con la mirada puesta en las ventanas.

Me lo pensé.

–No voy a ir hasta la 137 para ver una oveja muerta.

–Vic está al final de la calle, dirigiendo el tráfico.

–No tenemos más que una calle. ¿Para qué está haciendo eso?

–Las luces de Navidad.

–Ni siquiera estamos en Acción de Gracias.

–Es cosa del ayuntamiento.

Yo mismo se lo había encargado el día anterior, pero se me había olvidado al segundo. Tenía dos opciones: ir hasta la 137, beber cerveza y mirar ovejas muertas con el borracho de Bob Barnes y el imbécil de su hijo o marcharme a dirigir el tráfico y dejar que Vic me echara en cara lo descontenta que estaba conmigo.

–¿Tenemos cerveza en la nevera?

–No.

Me ajusté el sombrero y le dije a Ruby que, si alguien más llamaba para hablar de cadáveres, le dijera que ya teníamos cubierto el cupo del viernes y que llamara la semana próxima. Cuando mencionó el nombre de mi hija, me detuve: ella es mi rayo de sol particular.

–Saluda a Cady de mi parte y dile que me llame.

Eso era bastante sospechoso.

–¿Por qué? –Ruby me despachó con un gesto de la mano. Mi sofisticado instinto detectivesco me decía que había gato encerrado, pero no tenía ni tiempo ni energía para averiguarlo.

Me monté de un salto en mi Silver Bullet y conduje hasta la ventanilla de autoservicio de la licorería de Durant para comprar un *pack* de seis cervezas Rainier. No tenía sentido subvencionar los vicios de Rob Barnes con un *pack* entero, así que destapé una de las botellas y eché un trago. Ah, el frescor de la montaña. Iba a tener que pasar por delante de Vic y que me contara lo muy jodida que estaba, así que enfilé Main Street y me sumé a un atasco que se componía de tres coches para contemplar la palma de la mano extendida de la ayudante del *sheriff* Victoria Moretti.

Vic era una agente de la ley que pertenecía a una familia del sur de Filadelfia que contaba con un buen número de agentes de la ley. Su padre era poli, sus tíos eran polis y sus hermanos eran polis. El problema era que su marido no era poli. Trabajaba como ingeniero de minas en la compañía Consolidated Coal, que lo había trasladado a Wyoming para ocuparse de una mina que estaba a medio camino entre nosotros y la frontera de Montana. Hacía dos años que

había aceptado el nuevo puesto y que Vic lo había dejado todo para venirse con él. Escuchó el viento soplar, jugó a ser ama de casa unas dos semanas y luego se presentó en la oficina para pedir trabajo.

No tenía pinta de poli, al menos no la pinta que nuestros polis solían tener. Supuse que se trataba de una de esas artistas becadas por la Fundación Crossroads, de las que recorren las carreteras del estado de arriba abajo con sus zapatillas de deporte de ciento cincuenta dólares y sus gorras de béisbol de los Yankees de Nueva York. Uno de mis ayudantes fijos, Lenny Rowell, acababa de dejarme para unirse a la Patrulla de Carreteras. Podría haberme traído a Turco de Powder Junction, pero eso me apetecía tanto como hacer gárgaras con cuchillas de afeitar. Y no porque Turco fuera mal ayudante, sino porque yo no era capaz de soportar todo su rollo de *cowboy* de rodeo y tampoco me gustaba su carácter de niño. Nadie más en el condado se había interesado por el trabajo, así que le hice un favor a la chica y la dejé rellenar la solicitud.

Estuve leyendo el *Durant Courant* mientras estuvo sentada en la recepción, emborronando el dichoso formulario por delante y por detrás durante media hora. Le empezó a temblar la mano con la que sostenía el bolígrafo y, cuando terminó, su cara había adquirido el color del granito. Tiró el papel encima del escritorio de Ruby, murmuró «Que le den a esta mierda» y se marchó. Comprobamos todas sus referencias, llamamos tanto a los investigadores de campo en balística como al jefe de policía de Filadelfia. Sus credenciales no dejaban lugar a dudas: estaba entre el cinco por ciento de los mejores de la academia, titulada en orden público por la Universidad de Temple, le faltaban diecinueve créditos para acabar el máster, tenía una especialidad en balística, dos distinciones y cuatro años de servicio de patrulla. La chica iba a por todas: en un año la habrían ascendido a detective. Yo también estaría jodido si fuera ella.

Conduje hasta la dirección que ella me había dado, una caravana pequeña cerca del cruce de las dos autopistas, sin más que polvo y matojos de salvia alrededor. Había un Subaru con matrícula de Pennsylvania y una pegatina en el parachoques donde se leía «Vamos, Búhos», así que supuse que me encontraba en el lugar correcto. Cuando subí los escalones, ella ya estaba en el umbral y me miraba tras la puerta mosquitera.

—¿Sí?

Estuve casado durante un cuarto de siglo y tengo una hija que es abogada, así que sé cómo actuar en estas situaciones: quédate en lo básico y ve directo al grano con la señora. Me crucé de brazos y me apoyé en una verja que chirrió cuando los finos tornillos intentaron zafarse de su piel prefabricada de aluminio.

—¿Quieres el trabajo?

—No.

Ella miraba por encima de mí, en dirección a la carretera. No llevaba zapatos puestos y arañaba la moqueta raída con los dedos de los pies, como haría un gato con sus zarpas, como si tuviera que aferrarse al suelo para no salir disparada. Estaba un poco por debajo de la media en cuanto a estatura y peso, tenía la piel aceitunada y el pelo negro y corto, de ese que se queda de punta de pura indignación. Había estado llorando, tenía los ojos del color del oro bruñido y lo único que se me ocurría era abrir la mosquitera y abrazarla. Yo mismo había tenido bastantes problemas últimamente, así que pensé que los dos podríamos quedarnos así y llorar un rato.

Me miré las botas marrones y contemplé cómo el polvo se deslizaba dibujando surcos sobre la superficie del porche.

–Estamos teniendo un viento estupendo –ella no pronunció ni una sola palabra–. Oye, ¿quieres mi trabajo?

Ella se rió.

–Puede.

Los dos sonreímos.

–Bueno, podrás quedártelo dentro de unos cuatro años, pero justo ahora necesito un ayudante –Vic volvió a levantar la vista hacia la carretera–. Pero necesito un ayudante que no salga corriendo a Pittsburgh dentro de dos semanas –eso atrajo su atención.

–Filadelfia.

–Qué más da –con ese comentario, me gané todo el oro bruñido que podía soportar.

–¿Tendré que ponerme uno de esos estúpidos sombreros de *cowboy* como el que tú llevas?

Levanté los ojos al ala de mi sombrero y luego la miré a ella, para mayor efecto.

–No, a no ser que quieras.

Ladeó la cabeza y la apuntó hacia mi coche.

–¿Podré conducir un Batmóvil igual que el tuyo?

–Cuenta con ello.

Esa fue la primera mentirijilla de las muchas que vendrían después.

Di un trago largo y me acabé la primera botella de Rainier, luego la volví a meter en la caja. Podía ver los músculos de su mandíbula hincharse como bíceps. Hice que llamara a la ventanilla antes de bajarla.

–¿Algún problema, agente?

Vic inspeccionó su reloj.

–Son las 16:47, ¿se puede saber adónde mierda vas?

Me relajé en el amplio asiento del conductor.

–Casi aciertas, me marché a casa –permaneció inmóvil, a la espera. Aquel era uno de sus grandes talentos, hacer preguntas y quedarse quieta, esperando una respuesta–. Ah, Bob Barnes ha llamado, dice que han encontrado un cadáver entre las tierras de Jim Keller y los terrenos públicos.

Eché la cabeza hacia atrás y me enseñó uno de sus colmillos.

–Esos dos han visto un cadáver. Seguro. Y yo soy un puto piloto de combate chino.

–Ajá. Al parecer se trata del gran ovejicidio que todos estábamos esperando –no era más que mediatarde y bastaba una única cerveza para mejorarme el humor. El cielo todavía era de un azul tecnicolor, pero había una masa nubosa al noroeste que estaba empezando a oscurecer las montañas. Las nubes más cercanas eran blancas y esponjosas, pero las de atrás eran de un color más oscuro, casi amoratado, y presagiaban nieves dispersas a elevada altitud.

–Estás hecho unos zorros.

La miré por el rabillo del ojo.

–¿Quieres ir hasta allí?

–Te pilla de camino a casa.

–No, está más lejos, en la 137.

–De todas formas te coge mucho más cerca y, teniendo en cuenta que te vas a casa temprano...

El viento estaba empezando a coger fuerza. Me la iba a tener que jugar.

–Bueno, si no quieres ir...

Me lanzó otra mirada.

–No has hecho nada en todo el día salvo estar sentadito sobre tu culo.

–No me encuentro muy bien, creo que debo de haber pillado la gripe o algo.

–Quizá deberías salir y hacer ejercicio. ¿Cuánto pesas ahora? ¿Ciento veinte kilos?

–Calculas con mala leche –continuó mirándome fijamente–. Ciento catorce –y es que sonaba mejor que ciento quince.

Se quedó mirándome el hombro izquierdo con cara de concentración, sopesando la velada que tendría prevista.

–Glen no volverá a casa hasta tarde –se miró en el espejo retrovisor y apartó la mirada de inmediato–. ¿Dónde están?

–En la 137, como a un kilómetro y medio pasado el viejo puente Hudson –la cosa iba bastante bien–. Están en la camioneta de Billy –se dio media vuelta para irse. Querían que les llevaras unas cervezas cuando fueras para allá.

Se giró y tamborileó con los dedos sobre la puerta del acompañante.

–Si fuera a llevarles cerveza, incautaría ese *pack* de seis abierto que tiene en el asiento de al lado, caballero. Por si no lo sabía, en este estado hay una ley acerca de llevar envases abiertos de bebidas alcohólicas.

Observé sus andares masculinos, la pistola automática de dieciséis balas se balanceaba sobre su cadera.

—Eh, intento cumplirla, siempre llevo uno abierto conmigo, pase lo que pase —Vic sonreía cuando cerró la puerta de la unidad de cinco años de antigüedad que conducía. Era estupendo tener a los compañeros de trabajo más felices que perdices. Acerté a ver que la camioneta salía del pueblo en dirección oeste, Vic debía de ir a más de ciento veinte con la sirena y las luces puestas y, al pasar, me hizo un gesto obsceno con el dedo.

No me quedaba otra que sonreír: ya era viernes, tenía cinco cervezas aguardándome y mi hija iba a llamarme esa noche. Conduje hasta Wolf Valley e ignoré los coches dispersos de fuera del estado que había mal aparcados a lo largo de la carretera. Hacia el final de la temporada de caza, la zona de las altas llanuras se convierte en Disneylandia para cualquier chaval con un juguete de gran calibre. Entonces contemplé cómo las nubes se dirigían lentamente a las montañas Big Horn. En la cima había algunas nieves tempranas y el sol poniente teñía su color azul hielo de una sutil tonalidad púrpura. Había vivido allí toda mi vida, con la excepción de una estancia en la Universidad de California y el periodo en los marines destinado a Vietnam. Todo el tiempo que pasé lejos de ellas, había pensado en esas montañas y me juré que, cuando volviera, no pasaría ni un solo día sin contemplarlas. La mayor parte del tiempo, me acordaba de hacerlo.

Cuando llegué a Crossroads, se había formado sobre la carretera una fina capa de nieve inmaculada que brillaba y cubría la hierba y las matas de salvia. Las sombras se alargaban cuando me detuve junto al buzón: nada, salvo el catálogo de productos sanitarios de la marca Doctor Leonard's, y lo encontré tan interesante que me asusté. Sorteé la acequia y conduje hasta la casa.

Martha se había criado en el rancho de su familia, dos mil acres y pico cerca de Powder Junction, y como siempre había odiado vivir en el pueblo, tres años atrás, le compramos una pequeña parcela a la Fundación y una partida de troncos, cavamos un pozo e instalamos una fosa séptica. Martha tenía tantas ganas de marcharse que vendimos la casa en el pueblo y estuvimos viviendo en una caravana que me prestó Henry Oso en Pie, el dueño de El Poni Rojo y mi mejor amigo. Cuando llegó el otoño, habíamos construido la estructura y la calefacción estaba instalada. Entonces Martha murió.

Aparqué la camioneta sobre la grava, cogí la cerveza y caminé sobre los tablones colocados encima del barro que conducían a la entrada de la casa. Tenía intención de comprar semillas para plantar césped, pero la nieve siempre acababa por zanjar el asunto. Empujé la puerta de la entrada y pasé de los bloques desnudos a los paneles de contrachapado. La casa todavía necesitaba algunos

remates. Había algunas paredes interiores construidas, pero de la mayoría sólo estaba montada la estructura. Cuando encendías las bombillas desnudas, la luz se colaba por las tablas de madera y dibujaba sombras en el suelo. La instalación eléctrica no estaba hecha, así que tenía dos interruptores enganchados a un generador y todo se enchufaba en él. Las tuberías estaban instaladas, pero usaba una cortina de ducha a modo de puerta del baño. Y, claro, no tenía demasiadas visitas. Había un piano colín Henry F. Miller de antes de la guerra que había pertenecido a mi suegra. Antaño había logrado arrancarle unas notas de *boogie-woogie*, pero no lo había tocado desde la muerte de Martha. Tenía todos mis libros metidos en cajas de cerveza junto a la pared de atrás. Hacía un par de Navidades, en un arranque de optimismo, Cady y yo habíamos ido a comprar una lámpara de pie, un sillón y una tele en color Sony Trinitron. La lámpara y el sillón funcionaban estupendamente, pero la tele no. Sin la antena, lo único que se pillaba era el canal 12. No se veía más que nieve y sólo se escuchaba un tranquilizador zumbido. La veía religiosamente.

Tenía el teléfono encima de una caja de cartón junto al sillón, así no necesitaba levantarme para cogerlo, y una nevera al otro lado para la cerveza. Tiré el abrigo y el sombrero sobre las cajas, encendí la lámpara y me senté en el sillón con el Doctor Leonard en el regazo. Abrí el folleto por la página 3 y estuve valorando una auténtica funda de piel de borrego falsa, válida para todos los asientos reclinables. Eché un vistazo a las paredes hechas de troncos de madera colocados unos encima de otros e intenté decidirme entre los colores disponibles: marfil o castaño cobrizo. En realidad, daba igual. Después de cuatro años, todavía tenía que dar los pasos más decisivos en materia de decoración de interiores. Quizá el vellón acrílico de poliéster –completamente lavable– del Doctor Leonard fuera mi *Ilíada*. Semejante razonamiento resultaba lo bastante inquietante como para llevarme a la cuarta cerveza, apenas un poco más tibia que las tres anteriores. Le quité la chapa usando el pulgar y el índice, y la lancé al bote de pintura que hacía las veces de cubo de basura. Pensé en llamar al número de información del Doctor, pero temía que Cady llamase precisamente entonces. Mi hija había intentado convencerme de que pusiera la llamada en espera, pero ya me interrumpían bastante a lo largo del día como para pagar por ese mismo privilegio en mi domicilio. Pulsé el mando a distancia y navegué desde el canal 4 hasta que di con el 12: la tele fantasma. Era mi programa favorito: aparecían unos manchurroneos de tamaños variados que se desplazaban en medio de una tormenta de nieve sin hacer demasiado ruido. Me daba todo el tiempo del mundo para reflexionar.

Volví sobre el hilo de mis pensamientos hasta el informe que había tenido encima del pecho hasta que Ruby entrara en el despacho. No es que necesitara

el expediente en sí. Había memorizado hasta el último trozo de papel que contenía. Hay una foto en blanco y negro que había recortado yo, una de esas fotos que se asocian con alguien que ha sufrido alguna desgracia. «Su foto aquí.» El fondo es blanco por completo, con la excepción de la sombra de algún circuito eléctrico, un entorno poco apropiado para el tipo de intimidades que muestra. En cualquier otro contexto, el retrato podría haber pasado por un Curtis o un Remington.

Melissa es una india cheyene. En la fotografía, unos mechones de cabello negro y brillante le caen sobre los hombros, pero en ellos y en el cuello se perciben pequeñas decoloraciones y se le nota una contusión en la mandíbula. Al evocar esas heridas, oigo ruidos. Bajo una mirada atenta, sus rasgos podrían aparecer ligeramente más pequeños de lo habitual, como los pétalos de una flor que todavía no se ha abierto. Los ojos almendrados son inescrutables. Continúo recordando esos ojos y los pliegues que forman la brida en el ángulo interior. No hay lágrimas. Podría haber sido una modelo de ascendencia asiática sacada de una de esas revistas de moda ridículamente perfumadas, pero se trataba de una chica Pájaro Pequeño que fue conducida a un sótano y violada repetidamente por cuatro adolescentes a los que no les importó que padeciera el síndrome alcohólico fetal.

Habían pasado tres años. Después de abrir y cerrar diligencias, de archivar y desarchivar, el caso fue llevado a juicio en mayo. Me acuerdo porque la salvia estaba en flor y su olor me hacía daño en la nariz. La chica de la foto se revolvía en la silla, suspiraba, se tapaba los ojos con las manos y se mesaba el cabello. Se cruzó de piernas e inclinó el cuerpo a un lado y a otro. Por fin, apoyó la cabeza, boca abajo, en el asiento de los testigos.

–Es confuso... –eso fue todo lo que dijo–. Confuso...

Hay más fotografías en el archivo, instantáneas en color que yo mismo saqué del anuario del instituto de Durant. En un arranque de humor, dejé intactos los pies de foto al recortarlas: Cody Pritchard, equipo de fútbol americano y atletismo; Jacob y George Esper, idénticos hasta para pertenecer al equipo de fútbol americano, al club de pesca con mosca y a los Futuros Granjeros de América, y Brian Keller, equipo de fútbol americano, golf y debate, miembro del consejo estudiantil y del cuadro de honor.

Le introdujeron a Melissa el palo de una escoba, una botella y un bate de béisbol.

Yo fui el reacio investigador del caso. Conocía a Mary Roebling desde que éramos niños. Mary enseñaba Lengua en el instituto de Durant y era la entrenadora de baloncesto femenino. Me contó que le había preguntado a Melissa Pájaro Pequeño por las marcas en la cara y en los brazos pero que no había conseguido sacar nada en claro. Después, Melissa se quejó de dolores

abdominales y de sangre en la orina. Cuando Mary le exigió que le contara lo que había sucedido, Melissa le explicó que había jurado no decir nada. Le preocupaba herir los sentimientos de los chicos.

Ruby dice que, desde que se celebró el juicio, miro el expediente una vez a la semana. Dice que no es sano.

A petición de Mary Roebling, una tarde fui al instituto durante el entrenamiento de baloncesto. Mientras las chicas corrían alrededor de la pista, me quité la placa, las esposas y la pistola y dejé todo dentro del sombrero, encima de su escritorio. Me senté en el despacho y estuve jugueteando con los lápices hasta que las vi junto a la puerta. Mary medía no menos de metro ochenta y una vez se sinceró y me contó que la única razón por la que asistió al baile de fin de curso conmigo fue porque yo era uno de los pocos chavales de la clase más altos que ella. Su figura destacaba sobre Melissa Pájaro Pequeño y le bloqueaba a la chica la retirada colocándole las manos sobre los hombros. La pequeña india estaba cubierta por una capa de sudor reciente y, de no haber sido por las marcas en la cara y los efectos del síndrome alcohólico fetal, cualquiera habría dicho que era un primor. Sostuve un lápiz marca American del número 2 en la mano y dije:

–¿Cómo serán capaces de meter la mina dentro? –para mi sorpresa, su semblante se ensombreció para analizar la cuestión–. Supongo que tienen árboles que ya vienen con la mina incorporada –su cara se relajó, aliviada por haber resuelto el enigma.

–Eres el *sheriff* –su voz era aniñada y confiada. De repente, había vuelto atrás veinticinco años y estaba con Cady, viendo el episodio «Los policías son nuestros amigos» de *Barrio Sésamo* en la tele un sábado por la mañana.

–Sí, ese soy yo –me recorrió de arriba abajo con la mirada, desde las botas de punta redondeada hasta la mata de pelo plateado de la que, seguramente, sobresalían mechones de punta.

–Pantalones vaqueros.

Habíamos sido el tercer condado de Wyoming en adoptar los vaqueros como uniforme de servicio. Y la verdad es que era una lástima que casi siempre hiciéramos cumplir la ley desde nuestros coches patrulla y los ciudadanos de a pie casi nunca nos pudieran ver de cintura para abajo.

–Sí, son tan grandes a lo ancho como a lo largo –Mary trató de contener una carcajada y la chica se giró para luego volver a mirarme. Rara vez se tiene la oportunidad de observar esos atisbos de amor puro y, si eres espabilado, te los guardas para tus días más negros. Hice amago de ponerme de pie, pero me lo pensé mejor–. Melissa, ¿tu tío no es Henry Oso en Pie? –consideré que la mejor forma de comenzar sería estableciendo algún vínculo emocional.

–¡Tío Oso! –me dedicó una sonrisa enorme. Henry era uno de los profetas

más infravalorados y uno de los individuos más interesantes que había conocido en toda mi vida.

Le hice un gesto para que se sentara al otro lado de la mesa y enrollé la manga izquierda de mi camisa para mostrarle las cicatrices de unos rasguños que nacían en mi mano izquierda.

–Una vez, en Jimtown, me hice daño jugando al billar con tu tío Oso –la chica abrió los ojos como platos mientras se sentaba en la silla situada frente a la mía. Instintivamente, extendió el índice para tocar la carne veteada de mi brazo. Tenía los dedos fríos y, detalle curioso, carecía de líneas en la palma de la mano, como si su vida todavía estuviese por escribir. Alargué el brazo despacio por encima del escritorio y la sujeté por la barbilla con suavidad, de modo que se viera claramente la fea contusión que tenía en la mandíbula–. La tuya tampoco está mal –la chica asintió con un movimiento leve que la liberó de mi mano y dejó caer la mirada sobre el escritorio, donde se informaba sobre lo estupendo que era el premio que concedía el director a una buena forma física–. ¿Cómo te hiciste eso? –la chica volvió el rostro rápidamente para ocultar el lado afectado de la mandíbula y le lanzó a Mary una mirada asesina.

–Melissa, yo no estoy aquí para hacer daño a nadie, pero quiero asegurarme de que nadie te hace daño a ti –ella asintió y comenzó a balancearse hacia atrás y hacia delante, con las manos fuertemente asidas a las piernas–. ¿Alguien te ha hecho daño? –la chica continuó observando con atención la superficie de cristal que cubría el escritorio de Mary.

–No.

Estudié el reflejo de Melissa y traté de imaginármela como podría haber sido. Pertenecía a una familia cheyene fuerte y de ojos claros, de la reserva norte, con algo de cuervo por parte de madre. Traté de imaginarme cómo habría sido si su madre no le hubiera robado esa chispa de curiosidad por haberse atracado durante el embarazo de cócteles I-90 –desinfectante y alcohol de farmacia–. Melissa habría sido una hermosa doncella india en las colinas verdes y onduladas de Little Big Horn, dispuesta a afrontar un futuro que ofreciera promesas, seguridad y libertad. Cuando levanté la vista, sentí que ella me había leído la mente y habíamos compartido una visión. Había dejado de balancearse y tenía la mirada puesta en los botones en forma de rombo de mi camisa.

–Fue romántico –dijo en un tono monocorde, como si la emoción pudiese limitar el impacto que causara su declaración. Y volvió a posar los ojos sobre el escritorio.

Me eché hacia atrás en el sillón, apoyando únicamente la punta de los dedos sobre el cristal biselado.

–¿Qué es lo que fue romántico, Melissa?

–El paseo –contestó al escritorio.

Me había quedado sin cerveza, Cady todavía no había llamado y había abandonado la idea de que la salvación de la decoración de mi hogar pasaba por una funda de vellón sintético. Necesitaba una Rainier y algo de compañía, así que me calé el sombrero hasta el fondo, me abroché el abrigo de piel de borrego hasta arriba y me dispuse a enfrentarme a la nieve que caía en rachas laterales, azotando la esquina de mi casa. Pensé que tendría que coger el coche para recorrer los ochocientos metros escasos que separaban mi casa de El Poni Rojo. Me quedé parado sobre las tablas un momento, escuchando un rumor por encima del viento, a unos diez metros del suelo, el aleteo de los gansos que, en su intento de volar hacia el sur, se llamaban mediante graznidos unos a otros. Quizá hubieran tardado demasiado en marcharse. Y quizá yo también.

A lo lejos, se distinguía el poni de neón galopando en la oscuridad, además de un pequeño número de camionetas modestas estacionadas en el aparcamiento de grava adyacente al bar. Cuando me acerqué, pude ver que las luces del interior no estaban encendidas y me entró pánico sólo de pensar en que tendría que ir hasta el pueblo a por una cerveza. Aparqué la camioneta y divisé unas figuras en movimiento tras la ventanilla de pedidos ensombrecida. No podía ser un apagón, el poni rojo de neón se reflejaba sobre el capó y el parabrisas de mi coche. Luché contra el viento para abrir la puerta de cristal del bar y estuve a punto de tropezarme con el dueño y encargado del local, Henry Oso en Pie.

Henry y yo nos conocimos en primaria, una vez que nos peleamos en la fuente y Henry me dejó dos dientes colgando con un gancho de izquierda que pareció venir directamente de las Colinas Negras. Nos habíamos visto las caras en la línea defensiva del campo de rugby desde benjamines hasta el último año de instituto. Yo acabé en la Universidad de California del Sur, agoté la prórroga, fui llamado a filas por los marines y me planté en Vietnam. Henry había probado sin mucho entusiasmo el sistema educativo del hombre blanco en Berkeley y aprendió lo necesario para ponerse a protestar contra él. Sus esfuerzos fueron recompensados con unas vacaciones con los gastos pagados en el Grupo de Operaciones Especiales de las Fuerzas Armadas, en An Khe. Dice Henry que allí fue consciente por primera vez del objetivo y de la auténtica dimensión del poder del hombre blanco, así como de su capacidad para matar el mayor número de personas de la forma más eficiente posible.

A su regreso a Estados Unidos, Henry volvió a probar suerte en la universidad, pero pronto cayó en la cuenta de que su capacidad para que lo sermoneasen había disminuido sensiblemente. Retomó la actividad política en los setenta y fue miembro fundador de todos los movimientos de nativos americanos que nacieron a lo largo de los diez años siguientes. No obstante, cuando entendió que la revolución es cosa de jóvenes, regresó al condado de

Absaroka para el funeral de su abuela, que lo había criado y que le dejó en herencia lo suficiente para financiar un negocio con la Fundación y, así, la antigua estación Sinclair, el único edificio público de Crossroads, se transformó en una especie de tugurio que Henry llamaba El Poni Rojo. Henry era conocido por su faceta de lector empedernido de Steinbeck. A la Fundación le convenía el trato que había hecho con el bar, aunque no fuera más que para mantener alejados a los lugareños y sus botas de goma cuajadas de mierda de sus salas de reuniones llenas de alfombras orientales.

Nos miramos el uno al otro. Esa expresión irónica suya también solía esconder algún significado.

–¿Cerveza, Tonto? –me preguntó mientras me pasaba una Rainier abierta y seguía su camino con lo que parecía una llave de tuerca en la otra mano. Me asomé a la sala del billar y a la barra y distinguí, a la luz del resplandor fluorescente de las neveras de cerveza, a unas ocho personas sentadas en los taburetes. Menuda noche. Tomé un trago y seguí a Henry hasta el fondo de la estancia; parecía dispuesto a echar el muro abajo, se apoyó en la condenada estructura e introdujo el extremo plano de la llave detrás de un panelucho de madera que decoraba el interior de la barra.

–¿Te has vuelto a olvidar de pagar la factura de la luz? –Henry se detuvo un instante para mirarme con cara de pocos amigos y, a continuación, dejó caer sus cien kilos de peso sobre la llave. Arrancó de cuajo el panel de metro y medio por metro y medio y lo arrojó a nuestros pies con los clavos todavía puestos. Me agaché desde mi posición privilegiada para mirar los agujeros que habían dejado los clavos anillados sobre la superficie de yeso que había aparecido bajo el panel. El rostro de Henry era, como siempre, impasible.

–Maldición –y sin mediar otra palabra, introdujo la llave debajo del recién descubierto panel de yeso y lo tiró al suelo con el mismo resultado–. Maldición.

Pensé que ya era hora de preguntar.

–¿Estamos redecorando o estamos buscando alguna cosa en concreto? –Henry le hizo un gesto a la pared que parecía una súplica al mismo tiempo que una amenaza.

–La caja de los fusibles.

–¿La tapaste con paneles?

Otra cara de pocos amigos.

–Yo al menos tengo paredes, tú.

Henry era uno de los pocos elegidos que habían pisado mi morada. Su afirmación era difícil de rebatir.

–He estado pensando en comprarme una funda de piel de borrego de imitación para mi sillón –conseguí que me mirara detenidamente.

–¿Estás borracho?

Me pensé la respuesta detenidamente.

–No, pero estoy en ello –se rió con un gruñido y extrajo un panel más, que fue a sumarse a la creciente pila que se acumulaba a nuestros pies.

–Maldición –introdujo la llave en el siguiente panel–. ¿Te ha llamado a ti Cady?

–No, la muy malcriada.

–Hummm... A mí me ha llamado –dijo, extrayendo un último panel que dejaba al descubierto la tapa gris de una viejísima caja de fusibles–. Sí.

Me giré para mirarlo.

–¿Qué?

Dio unos golpecitos sobre la tapa metálica y me miró.

–Caja de fusibles, tú.

–¿Te ha llamado Cady? –sus ojos eran claroscurios, separados por una nariz recia que me constaba se había roto al menos tres veces. Yo había sido el responsable de una de ellas.

–Sí.

Intenté contenerme y parecer despreocupado, pero me tenía pillado y lo sabía.

–¿Cuándo te ha llamado?

–Oh, hace un rato... –su tono despreocupado era mucho más convincente que el mío.

Abrió la caja metálica con el dedo índice y reveló cuatro fusibles con pinta de no haber sido cambiados desde los tiempos en que Edison era un crío. La caja tenía el fondo oxidado, víctima de alguna antigua gotera. Los conductos que la rodeaban, podridos y pelados, dejaban al descubierto unos cables verdes y negros corroídos y desgastados. Los cuatro fusibles estaban cubiertos de una espesa capa de polvo y flanqueados por dos tomas de corriente con una extraña pátina de cristales verdes y blanquecinos. Parecían un par de ojos enfadados empotrados en la pared, dispuestos a descargar 220 voltios sobre cualquier cosa que se les acercara.

Henry puso una mano sobre la superficie irregular del yeso, en el punto donde se había desprendido la mayor parte de la pared y dejó caer todo su peso en ella. Con la otra mano se echó atrás el pelo. Negro azabache, salpicado de briznas plateadas, le caía por los hombros hasta alcanzarle el final de la espalda.

–Uno entre cuatro, me gusta cómo van las apuestas.

–¿Comentó que me llamaría?

–No. Oye, tú... –Henry puso cara de falsa indignación e hizo un gesto en dirección a la caja de fusibles–. Aquí tengo un problema.

Intenté ser de ayuda.

–Tienen una especie de ventanitas para que puedas comprobar cuál está

fundido –agachó la cabeza y estudió el interior de la caja.

–No es que no me fíe de tus habilidades como manitas, simplemente sé que no tienes ninguna –sacudió cuidadosamente el polvo que cubría los cuatro fusibles–. Y están todos negros, tú.

–¿Tienes repuestos?

–Por supuesto que no –me mostró un paquete de peniques que tenía guardado en el bolsillo superior de su camisa–. Pero tengo esto –y sonrió con su sonrisa de coyote, la misma que había hecho temblar a la ofensiva del equipo contrario, la misma que había provocado un sudor frío a los oficiales de las Fuerzas Armadas de Vietnam y hacía que mujeres, mujeres inteligentes, se sentaran junto a él en la barra del bar. Si Henry fuera perro, no sería de los que se quedan tumbados en el porche.

Yo estuve contemplando con aprensión cómo desenroscaba uno de los fusibles fundidos de la toma de corriente verduzca y corroída. Los músculos de su antebrazo se retorcián como serpientes bajo la tierra quemada por el sol. Por lo que yo sabía, Henry no había hecho pesas en su vida, pero aún tenía la apariencia de un guerrero, tan sólo mermada por algo de grasa de más en el abdomen. Cuando comenzó a surtir efecto la presión directa, el fusible cedió y el resto del edificio quedó a oscuras.

–Maldición.

La oscuridad nos respondió con risotadas y nosotros nos quedamos allí parados intentando vernos las caras.

–No creo que fuera ese –lo escuché suspirar y reemplazar el fusible: las luces de las neveras de cerveza volvieron a encenderse en la sala del fondo. Los parroquianos respondieron con un aplauso tibio.

–Cady no mencionó nada de llamarte –Henry continuó mirando la caja de los fusibles con una media sonrisa que me daba a entender que no se tomaba demasiado en serio ni la crisis eléctrica ni mi vida familiar. Cady y Henry mantenían una relación simbiótica tío-sobrina: él era el responsable de que mi hija hubiera llevado un estilo de vida cuasi bohemio. Cady era toda una profesional jugando al billar y a los dardos, se había graduado en Estudios Nativo-Americanos en Berkeley, la que casi fuera el alma máter de Henry, para después continuar sus estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad de Washington. Ahora trabajaba de abogada en Filadelfia. Cuando estaban juntos, pasaban la mayor parte del tiempo cuchicheando, señalándome con el dedo y riéndose. Sólo de pensar que los dos estaban conspirando a larga distancia ya era para preocuparse, pero si encima Ruby estaba implicada, sin duda alguna allí se cocía algo.

Tras decidirse por el fusible diagonalmente opuesto al del primer intento, Henry fue a por él y lo retorció con decisión. Los caballos de neón que

correteaban entre los vehículos aparcados en el exterior se desvanecieron entre las risas del gallinero. Como Henry no reaccionó, no sabía si se habría dado cuenta.

–El poni...

–Maldición.

Henry volvió a enroscar el fusible en su sitio. El ruano de neón se detuvo y luego saltó por encima de la capota del Bullet. Los copos de nieve iban en aumento: el mal tiempo había decidido recorrer la ruta Bozeman hasta su cabecera. En el bar se respiraba una especie de ambiente cálido y conspiratorio por la luz tenue de los frigoríficos filtrándose por las rendijas de la pared divisoria. El suave murmullo de las voces hacía de barrera frente a un paisaje dominado por la nieve.

–Entonces, ¿qué hay de lo mío?

Henry señaló un tercer fusible con un índice acusador.

–A tu hija le preocupa que todavía estés deprimido, tú.

–¿Deprimido por qué? –se quedó mirándome, se lo pensó mejor y volvió a la caja de los plomos. Me aparté de la pared y pisé con cuidado los paneles repletos de clavos que cubrían el suelo–. Necesito otra cerveza.

–Ya sabes dónde están –iba a darme la vuelta, cuando los golpecitos de Henry sobre uno de los dos últimos fusibles atrajeron mi atención–. El suspense te está matando, ¿verdad? –le hice una mueca, dejé la botella vacía de cerveza en el borde de la mesa de billar y me agaché para coger uno de los tabloncillos. Me situé en una buena posición y me llevé al hombro con las dos manos el tablón recubierto de corteza. Así conseguí que se fijara en mí–. Si me electrocuto, ¿vas a pegarme con eso?

Me encogí de hombros.

–Para qué están los amigos. Además, quiero saber si hay alguien en este condado con peor suerte que yo.

–Aún no –Henry giró el siguiente fusible y, para sorpresa nuestra, no sucedió nada en absoluto. Buscamos la falta de alguna luz, escuchamos con atención para ver si fallaba el ronroneo de los frigoríficos, los calentadores o los ventiladores. Henry escrutó el techo con cara de concentración.

–Bueno, al menos no he tenido que pegarte con el tablón.

–Sí, pero ahora tendremos que hacer lo del penique –sacó una de las monedas del rollo de papel y la sostuvo en alto para que la viera.

–¿A qué viene esa mierda de «nosotros», Kemosabe?

–¿Es que nunca habías hecho esto antes, tú?

Bajé el tablón, con cuidado para no clavarme las puntas.

–No –habíamos alcanzado la parte teórica del proyecto, así que Henry se

vino conmigo y se apoyó en la mesa de billar-. ¿Y tú? –Henry se cruzó de brazos y contempló la moneda de curso legal más pequeña que se despachaba.

–No, pero he oído que puede hacerse.

–¿Y quién te lo ha contado?

–Algún viejo como tú.

–Te llevo menos de un año.

Se encogió de hombros y leyó la inscripción.

–«Confiamos en Dios.» Iba a usar una moneda de cinco centavos, de las que tienen la cabeza de bisonte, pero tiene que ser de cobre para conducir la electricidad, eso lo sé hasta yo.

Dejó caer el tablón, que cayó al suelo con estrépito.

–Bueno, todo lo que sé sobre esta mierda basta para acojonarme. ¿Hay algún motivo por el que tengas que hacerlo precisamente esta noche? –me regaló una mueca-. Lo que quiero decir es que los frigoríficos están en marcha y la calefacción está puesta, incluso el caballo de la entrada funciona...

–El poni, tú.

–Lo que tú digas.

Henry suspiró y miró a su alrededor.

–El problema es si alguien quiere jugar al billar.

Le di un pequeño empujón con el hombro.

–¿Vale la pena arriesgar la vida por una partida de billar? –Henry se lo pensó un momento.

–Hace tiempo lo hice –se colocó el penique sobre el pulgar-. Cara: lo hacemos; cruz: nos sentamos en la oscuridad con todos los demás –asentí y Henry me lanzó la moneda, que yo fui incapaz de atrapar y, por tanto, acabó cayendo sobre la pila de tablonos. Nos miramos el uno al otro.

–No sabía que se suponía que tenía que cogerla –Henry sacó otro penique del rollo de papel.

–Tú no te preocupes, que quedan cuarenta y nueve peniques más. Creo que serás capaz de coger alguno de ellos –Henry lanzó el segundo penique, lo atrapé al vuelo y me lo llevé al dorso de la mano. Dejé el penique cubierto con la palma de la otra mano unos segundos: yo también sabía crear tensión.

–¿El suspense te está matando?

–La verdad es que no. La próxima vez nos podemos jugar quién mete el penique en el fusible, tú –descubrí la moneda y le agradecí al Dios en el que confiamos que fuese cruz.

–Venga, te invito a una coca-cola.

✱

Seguí a Henry a paso tranquilo para unirnos a los demás tipos de la barra. En las paredes estaba expuesto el trabajo de distintos artistas locales que habían sido becados por la Fundación. Se trataba de una mezcla variopinta, pero cada cuadro me recordaba a la persona que había ido ocupando el taburete contiguo al mío: los artistas son gente dotada para la conversación, siempre y cuando hables de su arte.

Los clientes estaban agrupados en una esquina de la barra, apenas iluminados por el resplandor mortecino de la poca luz disponible. Había dos cazadores extraviados, todavía vestidos con ropas de camuflaje y chalecos reflectantes color naranja. Quizá este año, entre los ciervos, el color de moda fuera el azul. Distinguí a Buck Morris, uno de los vaqueros locales que cuidaba del ganado de la Fundación. Y era fácil distinguirlo por el sombrero: un Resistol muy ajado por el que un ejecutivo del petróleo le había ofrecido doscientos cincuenta dólares. Todo el mundo opinaba que Buck había dejado pasar su oportunidad. A su lado se sentaba un hombre joven con una cazadora vaquera raída y los rasgos marcados de un cheyene. No debía de ser del condado, porque yo no lo conocía.

A su lado estaba Roger Russell, un electricista de Powder Junction que trabajaba al sur del condado y que se había trasladado a nuestra zona para ampliar el negocio. Turco decía que era tan amable como la oveja negra de la familia y que tenía hijitos bastardos esparcidos por toda la cuenca del río, como dice la canción: «Río Powder, vamos allá, de ancho dos kilómetros y de hondo dos centímetros». Me pregunté vagamente por qué Henry y yo nos habíamos estado jugando el pellejo mientras un especialista en el tema se pimplaba una cerveza en la sala adyacente.

Posiblemente, la razón de su presencia estuviera sentada a su lado. Vonnie Hayes era una mujer de Wyoming de pura cepa. Su abuelo había adquirido una extensión de doce mil hectáreas de tierra fértil. Vonnie y yo nos conocíamos desde que éramos niños, pero, después de que su padre se suicidara, la enviaron a un internado y, luego, su vida artística la retuvo en el este durante muchos años, donde se convirtió en una escultora reputada hasta que regresó para hacerse cargo de su anciana madre. Vonnie y Martha habían trabajado codo con codo en la junta directiva de la biblioteca y en otros proyectos comunitarios del condado y mi hija había trabajado de ama de llaves en la casa de Vonnie un verano. Tras la muerte de Martha, Cady había intentado emparejarnos. A Vonnie y a mí aquello nos pareció tan divertido que nos permitimos coquetear abiertamente. A pesar de la escasa iluminación, podía distinguir los marcados rasgos de Vonnie, sus ojos rasgados, un tanto lupinos, y su pelo castaño dorado, recogido en un moño informal.

Me acodé en la barra a su lado, chocando contra Roger y ofreciéndole mi

considerable trasero.

–Joder, Rog –me di la vuelta en la oscuridad–. ¿Es que no te has dado cuenta de que tenemos una emergencia eléctrica entre manos?

Colocó con cuidado la botella en la barra y la acarició con los dedos.

–Estoy... jubilado.

Henry apareció en el otro extremo de la barra, me pasó una Rainier y se dirigió a Roger.

–¿Qué pasa con lo del penique?

Roger se quedó mirándolo mientras trataba de dar con alguna respuesta. Por mi parte, me volví hacia Vonnie.

–¡Hay que ver las cosas que se encuentran en la oscuridad!

Vonnie tomó un sorbo de su *chenin blanc*. Henry siempre tenía preparada en el frigorífico una botella de ese vino blanco para ella. Yo siempre había querido pedirle que me dejara probarlo, pero nunca me había atrevido. Sus ojos brillaron con dulzura y sus labios se curvaron en una sonrisa cálida y triste.

–Hola, Walter.

A Henry las conversaciones con borrachos no le intimidaban, así que continuó.

–Los fusibles viejos, los grandes, ¿puedo meterles un penique para que funcionen?

Roger se echó a reír.

–Sí, por poder, se puede, pero también puedes cargarte toda la instalación eléctrica de este tugurio de mierda y freírnos a todos.

Sujeté a Roger a la barra para detener el vaivén que había comenzado en cuanto había abierto la boca. Luego fui a buscar un taburete al otro extremo de la barra, para colocarlo –y colocarme– entre él y Vonnie.

–Vonníe... –sus ojos se abrían más de lo habitual cuando te dirigías a ella, para luego cerrarse levemente, como si quisieran capturar lo que habías dicho y retenerlo. Y como estaba empezando a recordar por qué me gustaba tanto, continué: ¿Ves a ese malvado pagano piel roja al otro lado de la barra? –sus ojos se detuvieron en Henry durante un instante, para luego volver a posarse en los míos–. Cady y él están maquinando algo contra mí.

Sus ojos volvieron a abrirse y después se giró para mirar a Henry.

–¿Es eso cierto, Oso? –me irritaba comprobar que todas las mujeres que conocía tuteaban a Henry tiernamente.

Henry hizo un gesto en mi dirección.

–Hombre blanco decir tonterías.

Ahora estábamos en una cinta en technicolor. Yo era Randolph Scott y él era... No sé, uno de esos indios inmensos que al final del tercer rollo estaban muertos o habían recibido una buena paliza.

–Es cierto, está entrenado por el gobierno para participar en este tipo de operaciones encubiertas –y señalé al mapa chamuscado de Vietnam del Sur y del Norte, Laos y Camboya, que había enmarcado en la pared. Sobre el mapa estaban clavados la insignia de Henry de las Fuerzas Especiales, el Corazón Púrpura, la Medalla por Servicio Distinguido del Ejército, la Cruz al Mérito en Vietnam y todo tipo de condecoraciones. También había algunas fotografías en blanco y negro de Henry con los oficiales de la sección de infantería y otra con Lo Chi, su amigo y compañero de equipo, a quien se trajo a Estados Unidos para instalarlo en Los Ángeles. Incluso había una foto donde salíamos Henry y yo con las dos camisas hawaianas más feas de Saigón, durante un permiso de tres días en 1968–. ¿Ves todo lo de la pared? Fue entrenado para ser el mayor de los males de la gente que lo rodea. No hay forma de que un soldado corriente como yo pueda competir contra un capullo endurecido en combate como él – poca gente conocía la oscura historia del Grupo de Operaciones Especiales destinado en Laos, pero las cifras lo decían todo: por cada soldado de las Fuerzas Especiales Americanas caído, los norvietnamitas perdieron entre cien y ciento cincuenta hombres. Oso había formado parte de una de las máquinas de matar más efectivas a ambos lados de la contienda.

Henry levantó la vista y dejó caer la cabeza en la palma de la mano.

–¿Soldado corriente? Lo más cerca que estuvo él de una verdadera batalla fue cuando decidió venirse conmigo a Saigón de permiso –continuó hablando en voz tan queda que apenas yo pude oírlo–. Excepto por Tet...

Dejé a Henry sonsacándole a Roger información gratuita sobre la instalación eléctrica y centré toda mi atención en Vonnie. Ahora miraba fijamente los ojos de cristal de uno de los berrendos disecados que había colgados detrás de la barra.

–Hermosos animales –sus ojos continuaban fijos en el berrendo–. ¿Crees que sienten el dolor de la misma forma que nosotros?

–No.

Se giró para mirarme, parecía un tanto irritada.

–¿De verdad?

–De verdad.

Se quedó mirándome un segundo más y luego, visiblemente decepcionada, se concentró en su copa de vino.

–Entonces, ¿no crees que sientan dolor?

–No, he dicho que no sienten el dolor como nosotros.

–Oh –la sonrisa regresó lentamente–. Por un instante creí que te habías convertido en un gilipollas.

–No, sólo en el hijo de un herrero.

Vonnie continuaba sonriendo y luego asintió.

–Solías venir a nuestra casa con tu padre... Lloyd.

La miré.

–Nadie recuerda su nombre.

–Creo que mi madre estaba un poco enamorada de él.

–Sólo otro Longmire más y sus malas artes. Cuando era muy pequeño, solía acompañarlo cuando iba a herrar caballos. Yo creía que eso tenía que doler, así que se lo pregunté.

–¿Qué te respondió?

–Papá solía hablar usando referencias bíblicas, pero en esa ocasión lo que dijo fue que las bestias del campo no sienten el dolor como los seres humanos. Ese es el precio que tenemos que pagar por tener raciocinio.

Vonnie tomó otro sorbo de vino.

–Es reconfortante saber que somos la especie que más dolor siente.

Entrecerré un ojo y la miré por un segundo.

–¿Eso que oigo es el famoso sarcasmo de la Costa Este?

–No, es la autocompasión de la Costa Este.

–Oh –aquello me sobrepasaba. Puedo hacerme el macho como el que más, pero las conversaciones tensas me cansan en un abrir y cerrar de ojos. Intento mantener el ritmo, pero después de un rato me resultan pesadas.

Puso una mano encima de la mía. Creo que era la mano más caliente que nunca he tocado.

–Walter, ¿estás bien?

Siempre comenzaba así, con un roce y una palabra amable. Antes solía sentir un escozor en los ojos y me faltaba el aliento, pero entonces simplemente me sentí vacío. Los fusibles del deseo se habían fundido y me había quedado sin peniques para salvarme.

–Ah, ¿entonces es que quieres hablar de verdad?

Así que me incliné hacia ella y le conté la verdad.

–Lo único que pasa es que... me siento como anestesiado la mayor parte del tiempo.

Vonnie parpadeó.

–Yo también.

Me sentí como uno de esos tipos de las pelis de guerra, en la trinchera, cuando le preguntan al compañero cuánta munición le queda. «Tengo dos cargadores más, ¿y tú?»

–Sé que se supone que he de hacer cosas, pero es como si me faltase la energía para hacerlas. Me refiero a que llevo tres semanas pensando si le doy la vuelta a la almohada o no.

–Ya sé... –apartó la mirada-. ¿Cómo está Cady?

En ese momento estaba flotando en la blanca superficie del océano de la

autocompasión, pero Vonnie acababa de lanzarme un salvavidas para evitar que siguiera avergonzándome a mí mismo. Y llénelo hasta arriba, camarero.

–Está muy bien –miré a Vonnie para comprobar si de verdad le interesaba. Parecía que sí–. Le va estupendamente en Filadelfia.

–Siempre fue una chica especial.

–Sí que lo es –continuamos sentados un momento, dejando que mi orgullo de padre se desinflase para dejar paso a una conversación tranquila y amistosa. Vonnie todavía tenía la mano en mi brazo cuando sonó el teléfono.

–Parece que te ha localizado –y apartó la mano.

Vi que Henry lo dejaba sonar una segunda vez, como tenía costumbre de hacer, para luego levantar el auricular.

–Aquí El Poni Rojo, donde las veladas son largas y maravillosas, ¿en qué puedo ayudarle? –su cara se movió hacia un lado, como si el auricular acabase de golpearle–. Sí, está aquí –estiró el cable por encima de la barra del bar y me pasó el teléfono. Me miró fijamente a los ojos.

Me coloqué el auricular entre la barbilla y el hombro con una mano y con la otra le pegué un trago a la cerveza.

–Hola, palomita mía...

–Hola, caraculo –dijo la voz al otro lado de la línea–. No es una oveja muerta.

Me quedé allí quieto, dejando que el mundo girase unos cuantos grados, después caí en la cuenta y bajé la voz.

–¿Qué tenemos? –todas las miradas del bar estaban puestas en mí.

Bajo su tono de aburrimiento habitual se intuía un entusiasmo que hasta entonces jamás le había escuchado.

–Varón, blanco, de aproximadamente veintiún años de edad... Tiene un orificio de bala, posiblemente perteneciente al calibre 30-06.

Al frotarme los ojos me di cuenta de que me temblaba la mano, así que me la metí en el bolsillo.

–De acuerdo... Llama a la Tienda y diles que envíen a Pequeña Dama.

Se hizo una breve pausa y oí las interferencias de su radio en la 137 al acoplarse con la línea fija de Durant.

–¿Quieres que llame a los Cajeros?

–No, llama a los Chicos de las Bolsas, son de total confianza.

Vic se rió.

–Te esperaré hasta que llegues. Las putas ovejas han estado pisoteando todo. Creo que las muy cabronas se comieron su ropa y también le han cagado encima.

–Genial... Pasado el puente Hudson. ¿Tienes las luces encendidas?

–Sí –hizo una pausa y me quedé oyendo las interferencias–. ¿Walt?

Estaba a punto de colgar el teléfono.

–¿Sí?

–Será mejor que les traigas unas cervezas a Bob y a Billy.

Eso sí que era poco corriente.

–Pues claro –y me dispuse a colgar de nuevo.

–¿Walt?

–¿Sí?

–Es Cody Pritchard.

No hay nada como un muerto para hacerte sentir... distante. Me imagino que los chicos de la gran ciudad, que suelen registrar cuarenta o cincuenta homicidios al año, acaban por acostumbrarse, pero yo no soy así. Siempre he estado rodeado de animales de caza y de ganado, por lo que no soy ajeno a los mecanismos de la muerte. Como rito de paso es digno de cualquier religión: el último escalón, pasar de ser una criatura vertical a una horizontal. Ayer no eras nadie, hoy eres un muerto respetable con bolsas de plástico en las manos atadas con cinta aislante. Yo intento proteger lo que queda de mi humanidad con la falsa seguridad de los vivos y el engañoso ingenio del que mide dos metros y pico y lleva chaleco antibalas. Sí, claro, aunque camine por el valle de las sombras, viviré para siempre, pero si no es así, me apuesto cualquier cosa a que no acabo muriendo solo y recubierto de mierda de oveja en el estado de Wyoming.

Casi habíamos terminado de hacer nuestro trabajo. Ya habíamos asegurado la zona, la habíamos iluminado y estábamos sacando las últimas fotos. Cuando hay un muerto presente, uno desarrolla una actitud chulesca y ve las cosas desde la perspectiva de tú-estás-muerto-y-yo-no-lo-estoy. El cadáver de un animal idéntico a uno mismo tiene algo, me arrastra a una espiral sin escapatoria que saca lo peor de mí y es entonces cuando empiezo a creermelo que soy gracioso.

—He estado pensando en organizar un escuadrón ovino de Búsqueda y Rescate —me quité un poco de mierda seca de los pantalones y me la sacudí de las uñas—. Si no me equivoco, trabajarán como esclavas y nunca se quejarán de las condiciones laborales. Y de paso nos desharemos de estos matojos —miré a mi alrededor y vi que los arbustos amarillo lechoso estaban cubiertos de escarcha y mordisqueados por los lanudos testigos que se habían arremolinado al pie de la colina. Llevaba allí nueve horas y el sol empezaba a desplazar los nubarrones grises que se acumulaban al este. La escena del crimen era una pequeña hondonada en mitad de una cresta en forma de corona—. ¿Qué te parece?

T. J. enarcó una ceja sin dejar de mirar su portapapeles.

—Cody Allen Pritchard —la ceja volvió a su sitio y T. J. se centró en el permiso de caza y la cartera adjuntos a los formularios oficiales—. Fecha de nacimiento: 8 del 1 del 81. Es pegadizo.

Cody las había visto mejores. Quienquiera que se hubiera cargado al chico, lo había hecho con un disparo certero en mitad del torso. Visto desde atrás, era

como si alguien le hubiera taladrado un agujero perfecto entre los omóplatos; por delante, como si le hubieran atravesado el pecho con una diligencia. El cuerpo estaba boca abajo y los miembros dispuestos de forma corriente, los brazos caían a los lados del cuerpo con las palmas vueltas al cielo amarillento. Estuve tentado de comprobar si la línea de la vida de Cody era anormalmente corta, pero acababan de envolverle las manos. Ya habían precintado una gorra verde de John Deere con una cinta ajustable en la parte de atrás y el Winchester modelo 1894 que habían encontrado a su lado. Su ropa estaba en muy mal estado, incluso para alguien que ha sido atravesado por diez centímetros cúbicos de plomo a una velocidad aproximada de ochenta metros por segundo. Las ovejas se habían cebado con él. El chaleco reflectante estaba rasgado a causa de los mordiscos, las mangas de su camisa de franela estaban hechas jirones e incluso las botas de trabajo parecían roídas. Habían dormido encima del difunto Pritchard, para extraerle el último aliento de vida y de calor a su cuerpo. Por último, para descontento de la gente del laboratorio de criminalística, le habían cagado encima.

Hice un gesto en dirección a las ovejas que había colina abajo.

–Imagino que querréis interrogar a todos los testigos.

T. J. Sherwin era la directora del laboratorio de la División de Investigación Criminal desde hacía diecisiete años o más. Siempre me dirigía a ella como Pequeña Dama, en lugar de usar alguno de los muchos apodos que circulaban periódicamente entre los agentes de la ley y el orden de Wyoming: la Zorra sobre Ruedas, la Malvada Bruja del Oeste, la Señora de las Bolsas. Este último se refería a la segunda oficina que la División de Investigación Criminal tenía en la ciudad de Cheyenne, un ultramarinos reformado conocido como la Tienda. Así pues, el personal de laboratorio de la División era conocido como los Chicos de las Bolsas y los investigadores criminales como los Cajeros.

Cuando conocí a T. J., me informó en persona de que yo era justo el tipo de dinosaurio que se iba a tomar la molestia de erradicar escrupulosamente. A medida que pasaban los años y que trabajábamos juntos en numerosos casos, siguió considerándome un dinosaurio, pero me convertí en su dinosaurio favorito.

–Entonces, ¿qué piensas? –por fin había bajado el portapapeles.

–No parece ningún ciervo –le eché a Cody otra ojeada.

–Walt, deja ya las chorradas de paleta. Se trata de uno de los chicos implicados en el caso de violación de hace dos años –T. J. me había guiado durante la investigación del caso por violación de Melissa Pájaro Pequeño, introduciéndome en el mundo de los secretores, los frotis médicos y los exámenes ginecológicos.

–Bueno, sí, lo investigaré en el cuartel general. No era lo que se dice un ángel.

Buscaremos a los que tienen licencia de caza y, con un poco de suerte, daremos con algún pobre gilipollas de gatillo fácil de Minnesota.

—¿No crees que fuera un accidente?

Me pensé la pregunta.

—Como he dicho, no era precisamente un monaguillo.

—¿Todo esto no te inspira un mal presentimiento?

Estuve a punto de soltarle el rollo del Cluedo: el-coronel-en-la-biblioteca-con-el-candelabro, pero me lo pensé mejor.

—No, ninguno.

Cuando regresamos, los Chicos de las Bolsas ya habían empaquetado a Cody y lo habían cargado sobre una camilla; los demás seguían todavía procesando pruebas en bolsas de congelados. Uno de los chicos dejó caer una pluma de águila ajada en un sobre de plástico. Levantó la vista cuando nos aproximamos.

—Parece como si todo el mundo se hubiera dado un festín con el pobre tipo.

T. J. se giró hacia mí.

—Walt, ¿vas a ser el investigador principal de este caso?

—¿Te refieres a si voy a montarme en una de esas carretas que conducís para que me deis un paseo de cinco horas a Cheyenne?

—Sí.

—No —señalé en dirección a un grupo de vehículos donde Vic se encontraba recogiendo el equipo fotográfico—. Al pie de esta colina encontrarás a un investigador principal altamente cualificado, si bien algo inquieto.

T. J. sonrió. Vic le gustaba.

—¿Tiene algún caso pendiente?

—Bueno, ha estado colgando luces de Navidad en el pueblo, pero me imagino que podremos prescindir de ella unos días.

—Ni siquiera estamos en Acción de Gracias.

—Es cosa del ayuntamiento.

Seguimos el cadáver cuesta abajo, donde se había congregado el resto de nuestra patrulla. Alguien había traído unos termos de café caliente y algunas cajas de donuts. Me tomé una taza de café, yo no tomo donuts. Distinguí al otro lado de la camioneta a Jim Ferguson, uno de mis ayudantes y jefe de la patrulla de Búsqueda y Rescate, y le pregunté si habían descubierto algo durante la batida. Tenía la boca llena de crema, pero, en resumen, contestó que no. Le dije que iba a reemplazar a su personal por ovejas.

—Hemos recorrido un perímetro de trescientos metros, pero la luz no era buena. Haremos otra batida tan pronto como todos se hayan tomado un donut y un café. ¿Crees que el tipo dejó casquillos?

—Eso espero.

Cogí mi café y me dirigí hacia el cajón de una camioneta donde estaban sentadas T. J. y Vic revisando una de las pruebas. Con un poco de suerte, estarían discutiendo algo que fuera comprensible.

–Un único disparo, centrado, no ha dejado mucho del esternón –Vic sostuvo una bolsa en dirección al sol naciente y estudió el fragmento de metal del interior.

–Joder, no lo sé –T. J. dio unos golpecitos con la palma de la mano en el hueco que había a su lado y me senté. Vic continuó–: Parece una bala de postas. Estoy pensando en un calibre del 12 o algo un poco más grande.

–¿Una bazuca?

Bajó la bolsa y sus ojos se encontraron con los míos.

–¿Te vas a deshacer de mí?

Asentí con la cabeza.

–Sí.

–¿Por qué?

–Porque eres un absoluto coñazo.

–Que te den.

–Y no dices más que palabrotas.

Vic le pasó la bolsa de plástico con la bala a T. J.

–Te quedarás aquí solo con el Turco.

–Sí, bueno, puede que entre los dos consigamos colgar las luces de Navidad –Vic soltó un bufido y se ajustó la pistolera–. Además, por mucho que se te haya olvidado esta mierda de ciencia ficción, siempre sabrás más de lo que yo nunca he sabido. Y puedes mantenerme informado –sus ojos de oro bruñido me miraron sin parpadear–. Sólo estarás allí dos días. A nosotros nos llevará ese mismo tiempo hacer la ronda de sospechosos habituales –yo era el perro viejo que se sabía todos los trucos, así que era lógico que fuera yo el que debía investigar sobre el terreno.

Vic me hincó un dedo en la barriga. El dedo se quedó atrapado entre dos michelines. Cuando hablé, lo hizo marcando cada palabra:

–Si los de Búsqueda y Rescate no encuentran nada, ¿llamarás a Omar?

–Esa es una razón de más para que te marches: Omar no te gusta.

Vic volvió a atacarme con el dedo.

–Ten cuidado, ¿vale?

Viniendo de los labios de Vic, esa frase sonaba muy extraña, pero me la tomé como una muestra de afecto y le di un pequeño puñetazo en el hombro.

–Siempre lo tengo... –Vic apartó mi mano.

–Lo digo en serio –su mirada no era amable y rara vez la apartaba, pero era siempre sincera. No me vendría mal una mirada así–. Todo esto me da mala espina.

Volví la vista a la franja de salvia y matorral para contemplar cómo el sol coronaba las colinas rojas.

–Bueno, pues tienes cinco horas por delante para hablar con T. J. sobre la intuición femenina –esta vez, Vic me hincó el dedo con saña.

Permanecí en los alrededores de la escena del crimen hasta que los chicos de Búsqueda y Rescate terminaron de hacer el segundo barrido. Me senté en el Bullet y rellené los informes pertinentes. Ferg vino hasta mí con una taza de café y otro donut relleno de crema.

–¿Habéis encontrado algo? –por suerte lo pillé entre dos bocados.

–Nada. Tenemos un montón de mierda de oveja y de pisadas.

–¿Algún rastro ovino sospechoso?

–No. Y la mierda tampoco es sospechosa. Esto parecen los corrales de Denver.

Estuve pensando que sólo se puede asesinar a una víctima una vez, mientras que en una escena del crimen se pueden presenciar mil muertes. Esperaba que cualquier información de utilidad hubiera sido extraída de aquel pedazo de tierra dejado de la mano de Dios y que viajase en aquellos momentos envasada en bolsas de plástico en dirección a Cheyenne. Sí, el móvil del crimen es fundamental, pero si no eres capaz de encontrar el cómo, encontrar al autor es como buscar una aguja en un pajar. Tenía el feo presentimiento de que iba a tener que llamar a Omar.

Mientras conducía en dirección a la casa de los Pritchard, pensé en la última vez que había visto a Cody con vida. Se trataba de un chico corpulento, con la complexión de un *quarterback*, el pelo rubio y rizado y los ojos color azul claro. Tenía el físico de su madre, el carácter de su padre y el cerebro de un mosquito. Me había tocado sacarle de la cárcel en tres ocasiones, la última vez por el caso de violación. Cody se había ganado la simpatía de nuestra comunidad nativo-americana tras haber aparecido en el periódico de Sheridan diciendo: «Sí, era una piel roja retrasada, pero lo estaba pidiendo a gritos».

Los Pritchard tenían una casa en las afueras de Durant y, cuando llegué allí, había al menos ocho o nueve coches y camionetas aparcados en la entrada. Las noticias corren deprisa en los espacios abiertos. Mientras apagaba el motor, la magnitud de lo que estaba a punto de hacer me golpeó como un tren en marcha. ¿Cómo se le dice a unos padres que su hijo ha muerto? Sí, seguramente alguien ya les habría ido con el cuento, pero la mía era la versión oficial. Dejé escapar un largo suspiro.

Había golondrinas revoloteando alrededor del Bullet. Y probablemente yo también estuviera molestando a esa familia de aves. Al parecer aquel no era mi

día. Había pasado más de veinticuatro horas sin pegar ojo. Es fácil trabajar por la noche porque no hace sol, pero cuando amanece los ojos empiezan a picarme y me entran pequeños temblores. Siempre me ha pasado lo mismo. Estaba intentando centrar la mirada cuando oí cerrarse de golpe la puerta de la entrada y vi acercarse a John Pritchard por el camino. Nunca me ha gustado mucho John: se trata de uno de esos tipos que tiene que controlar siempre todo. La conversación no fue tan horrible como podía haber sido. La información pertinente que ofreció fue que Cody había abandonado la casa veintisiete horas antes con una licencia para cazar ciervos. La información inestimable que le ofrecí a cambio fue que nunca más volvería a casa.

✱

Y después de hacerlo lo mejor que pude, conduje los once kilómetros de vuelta a mi casa y me senté en el porche –bueno, en la puerta de la entrada, en realidad–, pero no mucho rato, porque hacía frío. Tuve el sentido común de caer del lado de dentro de la casa en lugar del de fuera. Caí en un duermevela hasta que sonó el teléfono, pero saltó el contestador automático que mi hija me había obligado a poner. «Has llamado a la residencia Longmire. En estos momentos no hay nadie que pueda atenderte, porque estamos deteniendo a los malos o estamos probándonos sombreros horteras. Si dejas un mensaje al oír la señal, te devolveremos la llamada lo antes posible. ¡Hasta siempre!» –Cady se lo había pasado en grande grabando el mensaje que venía en las instrucciones, con alguna que otra adición de su cosecha. Sonreía cada vez que lo escuchaba.

–¡Es martes de Carnaval! –la voz resonó a través de una línea que partía de veintidós kilómetros más allá. Jim Ferguson, además de ser el jefe de la patrulla de Búsqueda y Rescate, así como mi ayudante a tiempo parcial más antiguo, también era el responsable de ir conduciendo por Durant al amanecer con el coche de los bomberos mientras gritaba por un megáfono: «¡Es martes de Carnaval! ¡Hoy es el Día de las Tortitas!».

Únicamente hay tres días fundamentales para conseguir votos en el condado de Absaroka... y no soy capaz de recordar los otros dos. «Oh, Dios, no, es el Día de las Tortitas.» Pensé en pegarme un tiro. Podía ver los titulares: «El *sheriff* se suicida, incapaz de afrontar las tortitas».

Tropecé con el teléfono junto al sillón.

–¿De verdad que es hoy?

–Que me muera si miento –se hizo una pausa–. Oye, Walt, si quieres puedo decirles que estuviste toda la noche levantado –Ferg se interponía levemente en el camino de Turco como futuro *sheriff*, pero mis planes eran otros. Si Vic iba a ser la primera mujer *sheriff* de Wyoming, me quedaba solamente un año para

hacer campaña política por ella. Podía pasarme una hora del Día de las Tortitas con los Alces, las Águilas, los Leones, los de la Cámara Junior, las Hijas de la Revolución Americana y, por supuesto, con la Asociación Americana de Jubilados.

–Llegaré en media hora.

–Recuerda que este año toca en la iglesia católica.

–Claro que sí –enchufé la cafetera, puse suficientes cucharadas de café en el filtro como para hacer ocho tazas y agua para cuatro. Me di una ducha mientras se hacía aquel brebaje. Las tuberías eran todavía provisionales, pero al menos el agua salía por arriba y entraba por abajo. Antes de despedirse, atravesaba una bañera que Henry me había conseguido por veinte dólares. Algún tipo de la reserva la había usado como blanco de tiro para un arma del calibre 22, pero sólo había desportillado la porcelana. Y no había que olvidar la cortina de ducha. No conozco con exactitud la teoría física que explica el motivo por el que una cortina de ducha se te pegue al cuerpo cuando abres el agua pero, dado que mi ducha estaba rodeada de cortinas por los cuatro costados, al abrir el grifo me convertí en un burrito de *sheriff* envasado al vacío.

Me deslicé tras el volante del Bullet y emprendí los veintidós kilómetros de regreso al pueblo. Durant está situado en la falda de las montañas Big Horn y, como la caza y la pesca son abundantes, se ha convertido en la meca de los jubilados de Wyoming. En el condado de Absaroka, ignorar el voto de los octogenarios es sinónimo de acabar despachando en una gasolinera. Durant está dedicado sobre todo al sector servicios, motivo por el que las generaciones más jóvenes se han estancado y casi todos los mayores de diecinueve años han emigrado. Sin embargo, los jubilados continúan viniendo desde Minnesota, Wisconsin, Illinois y Iowa, aderezados por algún que otro tejano o californiano. Vienen atraídos por el encanto del Oeste, el mismo que habían visto en sus teles en blanco y negro, que sus buenos cuartos les habían costado, los sábados por la tarde. Esperaron medio siglo de golpes en el parachoques para alcanzar su Oeste soñado, habían pagado por ello y, por Dios, que iban a hacer su sueño realidad. La mayoría acababa recogiendo sus pertenencias y mudándose a Florida, Arizona o cualquier otro sitio donde el clima fuese más benigno. A mí me gustaban los que se quedaban. Podías verlos después de las tormentas, sacando paletadas de nieve de delante de su casa y saludando al Bullet como si el circo acabase de llegar a la ciudad. Qué diablos, me detendría a hablar con ellos. En Wyoming se vota a los *sheriffs*, así que tienen que gustar a la gente. Y me dije que, si hubiera que votar a todo el cuerpo de policía, dejarías la agenda boca abajo.

Al principio de mi carrera, esta era la parte del trabajo que menos me gustaba,

tener que ganarme al público, pero, con el tiempo, fue convirtiéndose en la parte con la que más disfrutaba. Martha tenía razón cuando decía que necesitaba una pegatina para el parachoques donde se leyera «Nacido para decir paridas». Los debates eran lo mejor. En 1981, el antiguo *sheriff* Connally planeó un golpe de estado pacífico. Hizo campaña en mi contra para que nadie más se presentase y me lanzó tantas pelotas fáciles durante el debate que, al final, me sentía como el mejor bateador de todos los tiempos. Lucian se jubiló y ahora se daba la gran vida en la habitación número 22 de la residencia de mayores de Durant. Voy a visitarlo todos los martes por la noche a jugar al ajedrez y, para su gran regocijo, siempre me pega una paliza.

Observé las motas de nieve de unos dos centímetros que salpicaban las matas de salvia. Parecían rayas y puntos blancos del código Morse que te guiaran a lo largo de la carretera. Si fuera capaz de leer el mensaje, ¿me diría lo que quería escuchar? A decir verdad, yo era un *sheriff* que había sobrevivido gracias al culto a la personalidad y, por eso, si eso seguía siendo así, mi hipotético sucesor no saldría elegido. ¿Estaba intentando imponer a Vic a la gente del condado sólo porque me lo podía permitir? No, ella era la persona idónea para el trabajo y esa era la razón por la que yo tenía que seguir presionando. Martes de Carnaval, Día de las Tortitas.

Cambié a segunda en el cruce de Main con Big Horn y, cuando miré calle abajo, descubrí el Pontiac Trans Am de Turco aparcado en la oficina. Me bastaba ver su coche para que me doliera la cabeza. No me apetecía nada encontrarme con él con el estómago vacío. Esperaba que ya hubiera hablado con Lavanda Caballo que Corre, de la tienda de caza y pesca, por si podía proporcionarnos algún tipo de información sobre el incidente de la noche pasada. Rodeé rápidamente el juzgado para evitar ser visto y me encaminé directamente a la iglesia católica. El lugar estaba atestado y ya no quedaba aparcamiento. Conduje el Bullet hasta la plataforma de hormigón donde estaba la unidad de climatización y apagué el motor. Seguro que el papa no aparecía.

—Vaya, pero si es el largo brazo de la ley —aquel era un chiste viejo, pero no me molestaba—. Longmire, coge una silla y siéntate con nosotros —Steve Brandt era el alcalde de Durant y presidente del Comité de Empresarios Unidos, un grupo de comerciantes en pie de guerra más o menos asociados que representaban la faceta comercial del pueblo. Brandt también era propietario de un taller de serigrafía en Main Street y había hecho las camisetas para el partido de *softball* que enfrentaba a la oficina del *sheriff* con el cuerpo de bomberos, pero cuanto menos hablemos de ello mejor... A su lado, estaban David Fielding, de la tienda de deportes, Elaine Gearey, propietaria de una galería de

arte, Joe, de la ferretería Joe Benham, Dan Crawford, del supermercado IGA, y Ruby.

–¿Qué estás haciendo aquí? –la barbilla de Ruby descansaba sobre la palma de su mano, los dedos rozaban el hueco de los pómulos. Supuse que los pómulos son una de esas cosas que consigues cuando corres ocho kilómetros todos los días.

Me deshice del abrigo y me senté.

–Bueno, he venido para apoyar a los valientes muchachos del Cuerpo Voluntario de Bomberos y sus trajes de nailon no inflamable... ¿Creéis que sus sombreros molan más que los nuestros?

–¿No deberías estar en la cama?

Me quité el sombrero y se lo puse a ella. Le quedaba bien airoso. Me giré hacia el resto de la mesa.

–Tengo ese mismo problema con todas las mujeres que conozco, todas intentan llevarme a la cama –los allí reunidos se rieron y Ruby se quitó el sombrero y lo puso en la mesa con el ala hacia arriba. Era una buena chica.

–Será por lo mucho que te pareces a Gary Cooper –la opinión generalizada de los asistentes apuntaba a que, en términos cinematográficos, me parecía más bien a Hoot Gibson, por lo que cambié de tema.

–Entonces, ¿cómo están las tortitas?

–No lo sabemos. Llevamos aquí veinte minutos y todavía no hemos visto ni una –Joe Benham tenía hambre y no estaba para bromas.

–Seguro que es para bien. No habéis dejado que los bomberos cocinen este año, ¿verdad?

–Se diría que han aprendido a desconfiar del fuego –el comentario de David hacía referencia al infame incidente del horno, cuando los bomberos prendieron fuego a un antiguo horno de leña en la feria de los Futuros Granjeros de América. Como resultado, ese año las tortitas tuvieron un curioso sabor a teja.

–Lo mejor fue cuando esa vez que se incendió la pradera cerca de tu casa casi queman su propio camión –Elaine, mecenas de las artes, siempre apreciaba un buen espectáculo.

Ruby puso una taza de plástico humeante ante mí. No la había visto levantarse.

–Muchas gracias, señora –tomé un sorbo y me quedé oyendo el ruido de mis tripas cuando el café se unió a las cuatro tazas que previamente me había tomado. Tenía hambre y eso, el Día de las Tortitas, no era nada bueno.

–Estábamos discutiendo hace un momento sobre los adornos de Navidad, Walt. ¿No crees que son los más feos de todo Wyoming? –a Elaine le brillaban los ojos. Como miembro del consejo municipal, llevaba unos seis años haciendo presión para comprar luces nuevas. El problema consistía en que el

padre de Joe había diseñado y ejecutado todo un conjunto artístico de duendes, santaclauses, renos, campanillas, árboles de Navidad, coronas de ramas, velas, muérdago, acebo, estrellitas y juguetes hacía veinticinco años. Podrían tener un revestimiento de doce milímetros y todo lo demás, pero, aunque la mona se vista de seda, mona es y mona se queda.

–Los de Gillette son aún más feos –aventuré.

–Hemos oído que has tenido una noche ajetreada –Dan Crawford cogió su café y sopló al tiempo que observaba cómo los remolinos de crema se deshacían contra el otro extremo de la taza. Se hizo el silencio.

Sin duda sería el tema de conversación principal de toda la mañana, así que más me valía idear una versión oficial.

–Nada grave. Hemos tenido un accidente de caza cerca de la 137, en los terrenos públicos –intenté que sonara como si fuera el fin de la historia.

–Hemos oído que ha muerto un chico –Dan seguía concentrado en su café.

–Vaya, ¿y qué más habéis oído? –el silencio se hizo aún mayor–. No te lo tomes a mal, Dan, pero no me voy a quedar aquí sentado jugando contigo a las adivinanzas. ¿Por qué no me dices lo que sabes y yo te lo confirmo o te lo desmiento? –Dan se ruborizó, una reacción que yo no pretendía.

–No quería decir nada, Walt. Simplemente tengo curiosidad.

Y era sincero. Me pasé las manos por la cara y los miré a todos.

–Espero que me disculpéis, ha sido una noche muy larga –suspiré–. Con el debido respeto a la investigación en curso, os diré que, la noche pasada, Cody Pritchard emprendió el camino hacia el lejano país del que ningún viajero retorna.

A Elaine no se le pasó por alto la alusión shakesperiana.

–Tendréis que reducir la búsqueda a unos doscientos mil sospechosos. Ya sabes que algo huele a podrido en Dinamarca, digo, en Iowa.

Joe asintió.

–Bueno, supongo que no habrá demasiadas manifestaciones de luto públicas... –Elaine apuntó que quizá hubiera un desfile y luego me rescató al preguntarme si me gustaría interpretar al Fantasma de las Navidades Futuras de *Cuento de Navidad* en la próxima función del centro cívico. No me cabía duda de que me quería por mi estatura y no por mis dotes interpretativas. Quedó confirmado cuando me aseguró que no tendría que aprenderme el texto, ya que sólo debería limitarme a señalar.

Me disculpé diciendo que tenía que cambiarle el agua al canario y me dirigí al aseo de caballeros del fondo del pasillo. Por el camino, me asomé a la puerta de la cocina y me extrañó ver a Vonnie Hayes pasándole una bandeja hasta arriba de tortitas a un bombero. Se asemejaba mucho a la Vonnie de la noche anterior,

aunque parecía haber pasado toda una vida desde entonces. Se llevó una mano a la cabeza para colocarse un mechón de pelo que se le había escapado del moño desenfadado que llevaba. Es curioso comprobar que hay ciertos movimientos en una mujer que sólo pertenecen a ella, son como su firma. En ella, era el giro de muñeca con dos dedos apenas levantados. Le di un diez y me sentí excitado. La saludé con la mano, creyendo que me había visto, pero quizá me hubiera equivocado. Vonnie le sonrió al joven bombero y desapareció en el interior de la cocina. Hay que ver los bomberos, qué bien se lo montan.

Una vez en el aseo de caballeros, hice lo consabido, me lavé las manos, apreté el botón del secador y, ante el silencio de la tecnología moderna, terminé por secarme las manos en los pantalones. Fue entonces cuando me di cuenta de que llevaba el arma encima. No suelo ponerme el arma cuando hago labores comunitarias y nunca la llevo los fines de semana. De hecho, me conocían por quitármela y dejarla olvidada por ahí. Vic solía traérmela del baño de la oficina o del asiento del Bullet. Le gustaba llamarla trabuco para burlarse de ella por ser una pistola anticuada. Sí, era pesada, era difícil apuntar con ella, era lenta disparando, pero era el arma que había usado en Vietnam durante cuatro años y estaba acostumbrado a ella.

El Colt 1911 A1 tenía un pasado truculento, pero efectivo. En la batalla de Filipinas, los isleños solían drogarse y envolverse en caña de azúcar. Los soldados estadounidenses tuvieron la memorable experiencia de disparar a los nativos repetidas veces con escasos resultados, antes de ser abatidos por sus machetes. Quedó claro que se necesitaba un calibre más potente que el habitual 38. La pequeña semiautomática de acción simple de John Browning se hizo mayor y pasó a ser de calibre 45. Los filipinos salieron volando de las trincheras donde habían ido a refugiarse. Como aún no estaba testada, el arma tenía la misma precisión que un balón reglamentario de baloncesto, pero, si conseguías darle a alguien con él, tenías muchas posibilidades de ganar la partida.

Abrí la funda reglamentaria de la pistola y saqué el arma para examinarla. Una vieja costumbre. El acabado mate está descascarillado en la mira y en las muescas del cañón con retroceso. Cuando estaba cargada, como era el caso, el arma pesaba poco más de un kilo, pero entonces sentí que pesaba tres toneladas. ¿Qué diablos hacía con ella encima? ¿Era mi reacción a una amenaza inconsciente? ¿Sabía más de lo que creía que sabía? Ya era hora de que me diera cuenta de que la puerta del baño estaba abierta y de que un bombero de uniforme me estaba mirando, a mí y a mi pistola.

—No sabía que las tortitas estuvieran tan malas.

—Hola, Ray —se trataba del chico que había visto hablando con Vonnie en la ventana de la cocina—. ¿Tienes que pasar? —tardó un momento en contestar.

—La señorita Hayes me envía para decirte que tienes una llamada en la cocina.

Probablemente fuera la primera vez que usaba el apelativo «señorita» en su vida. Seguía sin moverse.

–¿Alguna cosa más?

El chico sonrió, azorado.

–¿Vas a disparar a alguien?

Me lo pensé por un momento y suspiré.

–¿Hay alguien que se lo merezca?

–No que yo sepa –apartó la mirada por un instante–. Parece que al único candidato le dieron anoche su merecido –aquel joven tendría más o menos la edad de Cody Pritchard, probablemente habrían ido juntos al instituto. Asentí con la cabeza e intenté pasar por el hueco libre de la puerta–. ¿Cuál es la... hummm... historia de Cody?

Me detuve. Los dos estábamos apretujados en la puerta del baño. Lo miré a los ojos.

–Pues –me detuve para crear efecto– está muerto –me quedé mirándolo por si tenía algo más que añadir. Parecía que no, así que sonreí–. Más te vale llevarle unas tortitas al alcalde, en la mesa del Comité de Empresarios Unidos o pronto os encontraréis extinguiendo los incendios con un montón de cubos.

–Faltaría más –siempre es bueno saber de qué lado está la mantequilla en tu tortita.

Mientras me encaminaba a la cocina, me detuve a reflexionar sobre el hecho de que te pillen en el baño jugueteando con la pistola. Genial, como si en el condado no creyeran ya que estaba como una regadera. Cuando llegué a la puerta de la cocina, Vonnie ya la había abierto.

–¿Los malos no descansan?

–Ya me gustaría a mí –Dios, qué guapa estaba así, con una pizca de sudor en el hueco de la base del cuello.

–El teléfono está junto al fregadero, allí al fondo.

Pasé junto a ella, tratando de aparentar que era un profesional competente, y cogí el auricular del escurridor.

–Longmire al habla.

–Joder, ¿es que siempre estás comiendo? –las quejas a larga distancia desde Cheyenne no eran ninguna novedad: la experiencia me decía que en Cheyenne casi todo el mundo se queja.

–Estoy motivando al electorado y todavía no me he comido ninguna tortita. ¿Qué haces todavía levantada?

–El forense acaba de terminar la autopsia preliminar.

–Déjame adivinar, ¿fue envenenado?

–Fijo: el rígor mortis indica que ocurrió sobre las seis y media. Eso hace más

creíble la posibilidad del accidente de caza, con el cambio de luz y todo eso, pero...

Lo siguiente tenía que ser bueno.

–¿Pero?

–Existen grandes cavitaciones opacas a la exposición de rayos.

De inmediato, dibujé con la mente una radiografía en la que aparecían fragmentos de munición de caza. Parecía evidente que no iba a ser el caso.

–¿Munición no militar?

–Puede que semiencajada, puede que no. Se trata de un calibre muy raro y muy grande.

–¿Cuál?

–No lo sabemos todavía.

Vaya sorpresa. Como Vic se había especializado en balística en Filadelfia, me había creído a pies juntillas su estimación inicial: calibre 30-06.

–¿Qué es lo que crees? –se hizo el silencio durante un instante.

–No creo que sea un rifle para cazar ciervos.

Arqué una ceja.

–¿De verdad?

–Sé qué pinta tiene un puto cartucho de caza, ¿vale? –dejé que la cosa se calmara y ella de paso también.

–¿Por qué no te acuestas un rato? –era gracioso decírselo a otra persona. Silencio.

–Cenó una hamburguesa con queso y jalapeños.

–Me pasaré por La Abeja Hacendosa y hablaré con Dorothy. ¿Algo más? – silencio.

–Ve y habla con Omar. Ese cabrón está loco, pero sabe lo que se hace – silencio–. Entonces, ¿me echas de menos?

Me puse a reír. Cuando colgué, Vonnie sostenía un plato con una torre de tortitas humeantes listas para ser devoradas.

–Supuse que esta sería la única forma de conseguir que comieras algo –se relajó y apoyó la espalda en la pared. Con el delantal puesto y el pelo recogido, parecía un desplegable *amish*–. Hay muchas mujeres en tu vida.

–¿Y eso crees que es bueno o malo? –pregunté entre bocados.

Vonnie me observó por encima de su taza de café. Tenía los ojos enormes.

–Depende de las mujeres –asentí y mastiqué–. Pero tiene que ser difícil, no sé cómo lo haces.

–Bueno, es parte de mi rutina diaria, igual que correr ocho kilómetros al amanecer, hacer trescientas flexiones... –Vonnice lo dejó ir con una carcajada y se disculpó, mientras se llevaba una mano a la cara.

–¿Qué tal las tortitas?

Tomé aire.

–Están riquísimas, muchas gracias.

–He oído por ahí que solías hacerlas con formas de animales –Vonnie me ofreció una sonrisa traviesa.

–Has estado hablando con una de las mujeres de mi vida.

–Así es, es cierto. Me enteré de un montón de secretillos tuyos cuando estuvo trabajando para mí.

Asentí, pensé en los secretillos y me comí el último bocado.

–El trato era el siguiente: si iba con su madre a la iglesia los domingos, no tendría que tomarse el desayuno idólatra de su padre. Todo un misterio que no se volviera metodista.

–Eso no es lo que ella me ha contado. Me dijo que le gustaba tenerte entero para ella sola.

–Y ahora ya me tiene –se me escapó antes de que me diera cuenta de que lo había dicho. Me había acostumbrado a bromear sobre la muerte de Martha, pero en ese momento parecía fuera de lugar–. Lo siento.

–¿No te sientes solo a veces, Walter?

–Sí, claro –intenté pensar en algo más que decir, pero nada parecía lo suficientemente sincero. Todo lo que podía pensar era lo suave y acogedora que Vonnie me parecía. En mi imaginación, la veía en mi cama del rancho y todas mis necesidades terrenales desaparecían de repente. Algo así tampoco parecía apropiado.

–Quizá deberíamos quedar alguna vez.

Quizá, al fin y al cabo, sí fuera apropiado.

–Pero bueno, señorita Hayes, ¿está usted intentando tirarme los tejos? –dije, enfatizando la palabra «señorita».

Sus ojos brillaron.

–Quizá sí, señor Longmire, aunque debo admitir que su indiferencia y la caterva de mujeres a las que me debo enfrentar me desalienta un poco.

–Bueno, son duras de pelar, así que puedo entenderla.

–Me viene a la mente la palabra «orgullo» –tomó un sorbo de café–. Quizá deberíamos empezar con un almuerzo.

Fue un trayecto breve hasta la oficina. Una vez allí, aparqué detrás del *jukebox* que tenía el Turco por coche. Se trataba de algún tipo de Pontiac Trans Am, al menos eso se diría a primera vista. Y el primer vistazo no sólo decía eso, ya que toda su superficie estaba completamente cubierta de pegatinas. En el parachoques se acumulaban las que proclamaban todas las opiniones políticamente incorrectas que alguna vez habían cruzado la apolítica cabeza del Turco. Comentarios sobre el ex presidente, su familia, el control de armas, pro

rodeos, antiinmigración y una que decía «Toca la bocina si estás cachonda». En la luna trasera había personajes de dibujos animados meándose unos encima de otros y en las marcas de otros vehículos. No debía de existir nadie que no se sintiese ofendido sólo con mirar aquel coche. Fiel reflejo de su dueño.

Cuando abrí la puerta, no había nadie en la recepción. Me quedé de pie con la mano en el pomo y agucé el oído. Escuché un ruido de pasos en mi despacho y el sonido de uno de mis archivadores al cerrarse. Un instante después, el Turco atravesó el umbral de mi despacho a paso tranquilo. No apartó la vista cuando cerré la puerta tras de mí.

–Tío, por fin. Llevo horas aquí sentado –no estaba seguro de si Turco consideraba que la mejor defensa era un buen ataque o si sencillamente ese era su estado natural–. Caballo que Corre ha llamado: dice que estuvo hablando con unos cazadores que preguntaron por los terrenos públicos junto al río Powder, cerca de la 137, sección 23. Todavía están allí, se alojan en el motel Log Cabin. ¿Quieres ir a hablar con ellos?

Dejé que la cosa se enfriara unos segundos.

–¿Qué estabas haciendo en mi despacho? –era un chaval guapo, con una belleza que las novelas rosas suelen definir como ardiente. Tenía la piel oscura y el pelo negro y ondulado y lucía una perilla estilo Van Dyke que acentuaba las facciones vascas por parte materna. Rozaba el metro noventa y era ancho de hombros, por lo que me venía bien tenerlo a mano para los altercados domésticos, cuando necesitaba a alguien detrás de mí que se cruzara de brazos en actitud amenazadora, pero, aparte de eso, no era de mucha utilidad. Lo había contratado por hacerle un favor a Lucian. A él tampoco le gustaba, pero Turco era su sobrino y yo me sentía en deuda con el viejo *sheriff*.

–Sólo estaba echando un vistazo.

–En mi despacho –su rostro se ensombreció, ahora sí que era ardiente.

–Oye, quizá algún día sea mi despacho –se quedó mirando la pequeña oficina de Vic, un cuarto sin ventanas frente al mío. No tenía colgado ningún cuadro en las paredes. Solamente había libros, estanterías y estanterías llenas de libros. Tenías que meter la mano entre las tapas azules del Código Penal de Wyoming del tercer estante junto a la puerta para encender y apagar la luz.

–Turco, llevo dos días sin dormir y estoy un poquito tenso. ¿Lo captas?

Turco se puso firme.

–Sí, señor.

Empezaba a caerme mejor.

–Pues hay un par de cosas que puedes hacer en los próximos días para ganarte mi cariño. Empieza por hacer todo lo que te diga, mantén cerrado el pico todo lo posible y aléjate de mi despacho, ¿me sigues?

–Sí, señor.

–Ahora lo que quiero que hagas es que vayas corriendo a La Abeja Hacendosa y le preguntes a Dorothy Caldwell cuándo vio a Cody por última vez.

–¿Quieres que le tome declaración?

Agaché la cabeza.

–Dorothy no es sospechosa, así que no la trates como tal o es muy capaz de partirte la cara. Sólo tienes que ir allí y preguntarle cuándo vio a Cody Pritchard por última vez, ¿de acuerdo?

–Sí, señor.

–No tienes por qué seguir llamándome «señor».

–Joder, te llamaré como me dé la gana, si con eso consigo que me tengas en cuenta de una vez –intenté reprimirla, pero por un momento se me escapó una sonrisita–. ¿Seguro que no quieres que vaya contigo a hablar con los cazadores? –suspiré. Mientras tanto, Turco sacó un bloc de notas con las tapas de vinilo negro y un mapa del estado por zonas–. Fui antes hasta allí y tomé los números de matrícula. Son de Michigan, no están en busca y captura. Willis, el de recepción, dice que eran cuatro –se detuvo un instante–. Estarán armados.

–Bueno, me pondré un chaleco reflectante antes de salir para allá –extendí la mano, arranqué la página del cuaderno y cogí el mapa. Al Turco no le gustó que me quedara con sus pruebas, pero me siguió hasta la puerta de todos modos. Allí señalé el vehículo de Vic–. Llévate ese.

–No hace falta, tengo el mío a punto.

Nos detuvimos junto a su coche.

–Me enorgullece decir que este vehículo no representa exactamente la Oficina del *Sheriff* del condado de Absaroka –imagino que herí sus sentimientos.

–Este coche se pone a doscientos cincuenta.

–Lo dudo mucho y, si es así, será mejor que no lo haga dentro de este condado. De todas formas, no creo que Dorothy se dé a la fuga, así que te has librado –señalé la oficina con la cabeza–. Las llaves están colgadas junto a la puerta, son las que tienen el llavero del equipo de los Phillies –qué chavales tan previsibles.

Turco se encaminó cabizbajo hasta la oficina, no sin antes detenerse a preguntar:

–¿Nos vemos aquí a la vuelta?

–Claro, sincronizamos los relojes.

El motel Log Cabin estaba a seis manzanas de distancia, en la 16, camino de las montañas. Se trata de un sitio anticuado, con cabañas de troncos de tres y medio por tres y medio y un rótulo de neón desvaído. Conduje el coche hasta la puerta de la recepción y entré a hablar con Willis, quien me informó de que

los de Michigan estuvieron levantados hasta tarde celebrando su última noche en el pueblo. Algo así me parecía impropio de alguien que acaba de disparar a otra persona, pero nunca se sabe. Willis me preguntó quién había liquidado a Cody Pritchard y yo le pregunté a él por qué la gente empezaba a hablar como John Garfield cada vez que alguien moría en el pueblo.

Ocupaban la 7 y la 8, así que tomé la fila de cabañas que había junto a las rodadas de los neumáticos de perfil 50 que había dejado el Turco. Algo propio de un detective de altos vuelos. Entre eso y el pedazo de tubo de escape, seguro que pasaba tan desapercibido como las quinientas millas de Daytona. Había un Chevrolet Suburban nuevecito aparcado entre las dos cabañas, matrícula de Michigan. No podía creerme que la hubiera apuntado bien. Llamé a la puerta de la cabaña más cercana y escuché un gruñido sofocado. Volví a llamar.

–Oh, Dios...

Volví a llamar.

–Oficina del *Sheriff*. ¿Podría abrir la puerta, por favor?

–Randy, no tiene gracia... –me apoyé en la jamba de la puerta, verde y reluciente, y volví a llamar. Unos segundos más tarde, un joven en calzoncillos con una camiseta de camuflaje abrió la puerta-. ¿Es que no sabes qué hora es? –era bajo de estatura y rechoncho, con el pelo castaño claro y barba de dos semanas. No le costó mucho darse cuenta de que yo no era Randy.

–Buenos días. Soy el *sheriff* Longmire y me gustaría tener unas palabras con usted –al principio no se movió: el joven estaba rebobinando para intentar comprender qué podía haber hecho para que yo entablara relación con él. Esos segundos iniciales me dicen a menudo todo lo que necesito saber. Se habla mucho del movimiento de los ojos, del gesto de tocarse la nariz y de todas esas chorradas, pero, al fin y al cabo, no es más que una sensación. Hay una vocecita en tu cabeza que te dice: «Sí, este es el tipo». Mi vocecita estaba más callada que una puta, así que supuse que aquel no era el tipo. Además, probablemente el autor de los hechos hubiera actuado solo. Le dije que podía ponerse los pantalones.

Esperé junto a su todoterreno y miré los coches pasar. Hacía fresco y estaba empezando a arrepentirme de haberme dejado el abrigo en el Bullet. Los álamos que había alrededor de las cabinas y en los terrenos adyacentes eran color mantequilla y relucían al viento. Después de haber conseguido aguantar la tormenta de nieve de la noche anterior sin venirse abajo, sin duda eran árboles tenaces. Sólo algunas hojas sueltas revoloteaban sobre la grava del callejón trasero del motel. Pero esa mañana el sol brillaba y era como si todo el sitio resplandeciera.

El tipo sí se acordó de la chaqueta. Al cerrar la puerta de la cabaña, la cortina se movió un milímetro y luego volvió a colgar como antes.

–¿Quiere que avise a los demás?

Le obsequié con mi sonrisa más halagadora.

–No, supongo que me vale con usted –no parecía demasiado contento con el cariz que estaban tomando las cosas–. Me temo que estoy en desventaja, señor...

–Anderson, Mike Anderson –lo dijo con rapidez, su nombre coincidía con el registro del vehículo.

–Señor Anderson, ¿le importa si damos un paseo juntos? –señalé la recepción con un gesto, donde el Bullet estaba aparcado, y, lo que era más importante, donde aguardaba mi abrigo. Echó a caminar: supuse que el trato que ese tipo había tenido con un agente de la ley se limitaba a que le pusieran una multa. Imaginé que lo mejor era empezar con suavidad–. ¿Por qué no me cuenta lo que pasó anoche?

Se mordió el labio, asintiendo con la cabeza con aprobación.

–Siento mucho todo el ruido.

–Ajá –«ajá» era una de mis armas secretas. Podía repartir tantos «ajá» evasivos como hiciera falta.

–No rompimos nada... ¿Tanto ruido hicimos?

–Willis me lo ha comentado, pero no estoy aquí por eso –ahora sí que parecía preocupado–. Necesito preguntarle por las zonas donde han estado cazando durante su estancia –habíamos llegado al Bullet, así que abrí la puerta, pesqué mi abrigo y me lo puse–. Disculpe, empieza a hacer fresco. ¿Por qué zonas han estado? ¿A qué cotos tienen acceso con sus permisos de caza?

Sus ojos estaban fijos en la camioneta, tomando nota de la radio, el radar y, especialmente, la Remington 870 sujeta al salpicadero. Tardó un momento en responder.

–¿Se refiere a los números?

–Sí, eso sería de gran utilidad –esperé–. ¿No sabe los números de memoria?

–No, pero los tengo en el coche.

Cuando retrocedimos, pasamos a un tono más casual. Hablamos del tiempo y me contó que la pequeña tormenta de la noche anterior los había sorprendido a él y a sus amigos y que las carreteras estaban repletas de nieve que bajaba de la montaña.

–¿Estuvieron cazando en la montaña?

–Sí, señor –abrió la puerta del Chevy y rebuscó en el compartimento entre los asientos delanteros, donde entreví una caja roja que distingue la marca de munición federal. Un segundo después, me extendió cuatro permisos de caza con arco, nuevos y relucientes.

Permisos de caza con arco. Fruncí los labios y emití un silbido.

–¿Se dedican a la caza con arco?

–Sí, señor –revisé los permisos. Autorizaban a cazar en la montaña, en las zonas 24, 166 y 25–. Oiga, ¿es que se nos acusa de algo? ¿Debería conseguir un abogado o algo así?

–Creo que no será necesario, señor Anderson. ¿Posee usted o alguien de su partida algún arma de fuego?

–No.

Quizá simplemente estuviera nervioso.

–¿Está seguro?

–Sí. Bueno... –hora de sincerarse–. Randy tiene una pistola calibre 38 en la guantera.

–¿Está cargada?

–Podría ser.

–¿Es usted consciente de que un arma cargada, vehicularmente oculta, constituye un delito menor en este estado? –«vehicularmente». ¿Existiría esa palabra? ¿Por qué se me ocurrirían esas cosas? Sonreí para darle a entender que no le tenía por Al Capone–. Entonces, ¿qué tal si usted y yo hacemos un trato? Yo no examino la famosa pistola de Randy para comprobar si está cargada y usted me responde unas cuantas preguntas más –el chico creyó que era un buen trato. Saqué el mapa de esa zona del bolsillo de mi abrigo, lo extendí sobre la capota y lo sujeté con la ayuda de Mike. Me contó que habían preguntado en la tienda de caza y pesca por las zonas 23 y 26 porque el padre de Anderson había estado cazando allí hacía tres años y aseguraba que los ciervos del río Powder eran mucho más grandes que los de la montaña. El padre de Anderson tenía razón, pero no compartí mi opinión con Mike. Mi rancho estaba en ese coto. El viernes a mediodía habían ido en coche hasta allí y habían bordeado el río Powder, pasando por Arvada, Clearmont y Crossroads.

–¿Abandonaron la carretera principal en algún momento?

–Hummm... Tres veces. Una para observar un antílope que se había subido a una colina, justo después de ese pueblecito que hay junto a la carretera principal.

–Arvada.

–Otra vez, al sur, junto a un puente viejo.

Quizá podía tirar de ese hilo y dar con algo.

–¿Un puente de caballete antiguo? –su cara era inexpresiva–. ¿Una estructura a base de caballetes de vigas de acero que pasan por encima de la carretera, con un coche viejo empotrado en la orilla contraria?

–Sí, señor, ahora que lo menciona, sí.

–¿Vieron a alguien o algo por esa zona? –se detuvo a hacer memoria. Me iba a tocar hablar con todos ellos. ¿Cuándo podría retirarme a dormir?

–No.

–¿Está seguro?

–Sí, señor.

–¿Alguien los vio a ustedes?

–No. Bueno, algunos coches y varias camionetas pasaron mientras tanto... – sin duda se estaba esforzando en recordar, pero no se le ocurría nada más.

–¿Pero no hablaron con nadie?

–No.

–¿Qué hay de la tercera parada? –su rostro se iluminó. Seguro que se creía que el gobernador había llamado para indultarlo.

–Comimos en un local a poco más de treinta kilómetros de allí.

–¿El Poni Rojo?

Me señaló con el índice: yo empecé a creer que Anderson se ganaba la vida como comercial.

–Eso es.

Le pregunté qué tomaron y me respondió que hamburguesas con queso. Le pregunté qué tal estaban y dijo que eran normales.

–¿Normalitas?

–Sí, señor. ¿Por qué? ¿Es importante?

Una ráfaga de viento sacudió el mapa.

–No, es por criticar al jefe de cocina-lavaplatos. ¿Comieron allí de regreso a la ciudad? ¿Sobre qué hora fue eso?

–Poco después de las doce, puede que la una –saqué el bolígrafo e hice algunas anotaciones en el mapa–. Hay una foto suya en la pared. Detrás de la barra, con las medallas, los mapas y demás, ¿a que sí? –continué garabateando–. ¿Estuvieron juntos en la guerra? ¿El indio y usted?

–Así es, la madre de todas las guerras –no creo que lo pillara.

–Bueno, la comida no estaba tan mal... –trataba de disculparse. Yo estaba deseando poner a Henry al corriente–. Tardó un poco en atendernos, pero creo que acababa de abrir. La relación calidad-precio es buena. Cortó las patatas de freír justo delante de nosotros, en la barra. Y mi hamburguesa venía con más de un cuarto de jalapeños.

Dejé de garabatear.

Sonaba como si alguien estuviera intentando sacar las ollas y las sartenes de una de las muchas cajas apiladas contra la pared de la cocina. Mi cabeza se desplomó sobre la almohada: había dormido casi catorce horas y todavía me sentía como una mierda. Un hermoso día, la verdad. Desde mi posición, próxima al suelo, tenía una amplia perspectiva de un cielo azul completamente despejado. Más ruido procedente de la cocina y alguien silbando. A no ser que estuviera muy equivocado, era la *Sinfonía n.º 1* de Prokófiev, en lo que parecía re mayor, y la estaban destrozando. Me incorporé, me senté como pude y me estiré. Dejé que el pequeño músculo que tenía hacia la mitad de la espalda, a la izquierda de la columna, decidiera si me dejaba vivir hoy. El pronóstico era favorable.

Miré a través del plástico opaco que todavía recubría la puerta de cristal que separaba el dormitorio de la cocina, me puse de pie y tropecé. Giré el picaporte de cristal, robado en una casa del pueblo alquilada hacía casi una década, y me enfrenté con un rudo cheyene, resplandeciente con su sudadera vieja de los Kansas City Chiefs, en cuya espalda se leía «Aquí tu nombre».

–Eh, algunos estamos intentando dormir.

–Después de catorce horas se considera muerte clínica, tú –había una caja de bizcochos abierta sobre la repisa de conglomerado y Henry estaba alineando su contenido en una bandeja de horno.

–¿Has lavado eso?

–¿Debería?

–Bueno, hay cagadas de ratón por doquier.

Henry dejó caer los hombros y se puso a inspeccionar los bizcochos de la bandeja uno a uno.

–¿Cómo eres capaz de vivir así, tú? –se giró para mirarme–. ¿Tendrías la amabilidad de ponerte algo de ropa? –retrocedí hasta el dormitorio, cogí el albornoz del clavo del travesaño donde estaba colgado y regresé a la cocina.

Me senté en el taburete junto a la encimera y me serví una taza de café en una taza de los Broncos de Denver. Supuse que no tenía nada mejor que hacer esa tarde que irritar a Henry todo lo posible. Ya empezaba a sentirme mejor.

–¿Qué tenemos de *brunch*?

–¿Aparte de cagadas de ratón, quieres decir? –acababa de volcar una salchicha de cerdo de un kilo en una sartén que no recordaba haber visto antes. Tomé un sorbo de torrefacto estilo francés. No había forma de beber otra cosa. Cady

solía enviarme desde Filadelfia café en grano del pijo, envasado en modernos paquetitos reutilizables, pero todavía no había sido capaz de comprarme un molinillo.

–El Día del Partido –toda una tradición. Dos veces al año, nos enzarzábamos en una pelea a muerte por culpa de la Liga de Fútbol Americano, División Oeste: Broncos contra Chiefs. El Día de las Tortitas y el Día del Partido el mismo fin de semana.

–Sí, lo sé. Hoy es el día en que recibirás una paliza, tú.

–Oh, por favor... –probé otra vez suerte con el café–. ¿Dónde se compra un molinillo? –me ignoró y continuó rebuscando dentro de la lata de café Folgers que contenía mis escasos utensilios de cocina, así que le pregunté:

–¿Necesitas una espátula?

–Sí.

Contemplé las cajas apiladas junto a la pared, los estratos de *packs* de cerveza Rainier que recubrían todo el espacio disponible. No era demasiado alentador, pero si Henry había sido capaz de encontrar una sartén...

–Estará en una caja.

–Dios –la salchicha empezó a chisporrotear. Se aproximó a las cajas y comenzó a revisarlas metódicamente, empezando por la fila de arriba, de izquierda a derecha–. Walt, tenemos que hablar de un par de cosas –su tono no auguraba nada bueno–. Hubo un tiempo en que este estilo de vida tenía su sentido: tú eras el viudo que vivía su duelo en medio del mar de la depresión y del cartón. De ahí pasaste a ser el agente de la ley excéntrico, pero ahora, Walt, amigo mío, no eres más que un cerdo.

Atraje la taza de café hacia mí y me alisé el albornoz.

–Soy un cerdo adorable.

Había terminado con la fila de arriba y ya estaba examinando la parte que quedaba junto a la puerta trasera, que estaba medio hundida.

–No querría hacerte pasar un mal rato, Walt, pero te recuerdo que Martha murió hace cuatro años.

–Tres –se detuvo y se apoyó con una mano en el quicio de la puerta, el otro brazo le colgaba a un lado.

La salchicha saltó en la sartén, salpicando un poco el suelo de contrachapado. Miré la salpicadura de grasa, una mancha relativamente contenida, con los bordes dentados debido a la altura de la trayectoria, un chorrillo directo al centro de la estancia. Si el objeto emisor de la salpicadura hubiera estado en movimiento, las gotas tendrían forma de óvalo y unas pequeñas colas que se proyectarían en horizontal siguiendo la trayectoria del movimiento de la gota. Como la parte superior de la gota siempre aterriza al final, las salpicaduras en la pared pueden decirte si el asaltante es diestro o zurdo. Sabía un montón sobre

salpicaduras. Me pregunté qué tal le iría a Vic. Me fijé en un sobre amarillo cerrado que había encima del sillón, unas fotos de primera que ilustraban el penúltimo lugar de descanso de Cody Pritchard. Cuando había llegado a casa, me sentía tan agotado que las había dejado ahí tiradas, demasiado cansado para concentrarme. La letra de Ruby parecía fuera de lugar, una caligrafía demasiado personal: «Fotografías de la escena del crimen 9/29/2:07».

–Cuatro –sus ojos eran sinceros y su voz sonaba resignada, como si estuviera harto de la misma historia–. Walt, ya es hora de que sigas adelante con tu vida... Hasta los universitarios viven mejor que tú –no sabía qué decir: mi hija había estado en la universidad y luego en la facultad de Derecho y siempre había vivido mejor que yo–. Pero puedes ganarte la redención con mi sencillo plan de cuatro pasos, tú.

Sorbí un poco más de café y fijé la mirada en el suelo.

–¿Eso implica conseguirme una mujer? –Henry extrajo una espátula de la caja más cercana. Le recomendé que la lavara, tarea que hizo tras poner mala cara, luego se dispuso a trocear la salchicha de la sartén.

–Conseguirte una mujer es el tercer paso.

–Me gusta el plan, pero creo que el tercer paso debería subir puestos.

–Antes, tú y yo tenemos que conseguir que seas digno de una mujer.

–¿Por qué tengo la sensación de que no me van a gustar los otros pasos del plan?

–Walt, tu vida es un desastre, tu casa es un desastre y tú eres un desastre. Ya es hora de que hagamos limpieza –Henry se dio una vuelta, contemplando la casa. Estoy seguro de que lo hizo para conseguir un efecto dramático–. Vamos a empezar por la parte fácil. Esta era una casita bonita cuando empezaste a construirla, pero eso fue hace cinco años, tú –yo creía que eran cuatro–. Tienes que instalar canalones antes de que la lluvia acabe cavando un foso alrededor de la casa. Vas a empezar a usar una solución de lejía para limpiar la herrumbre y luego utilizarás un antioxidante. Necesitas un porche y una terraza en la parte trasera no estaría nada mal...

Ya me dolía la cabeza.

–No tengo tiempo para todo eso, por no hablar de la falta de energía.

Henry había encontrado el abrelatas en la encimera y estaba abriendo una serie de latas pequeñas.

–No estamos hablando de tiempo, de energía ni de dinero, que será tu próximo argumento. Estamos hablando de disposición, tú. Bueno, conozco dos tipos...

–Ah, no. No voy a dejar que un puñado de pieles rojas ladrones se paseen por mi casa mientras yo esté ausente.

Henry se echó a reír y abrió los brazos, abarcando toda la habitación.

—¿Y qué es lo que van a robar? —en eso llevaba razón—. Estos chicos acaban de poner en marcha una empresa de contratas, tienen ganas de trabajar, lo hacen bien y barato. Puedo avisarlos para que mañana a las ocho de la mañana estén aquí —miré a mi alrededor y observé los muros desnudos, el cableado a la vista y el suelo sucio de contrachapado.

Suspiré.

—Vale, ¿qué hay de la segunda fase?

—Voy a ayudarte a ponerte en forma, tú.

Tomé otro sorbo de café: se estaba enfriando.

—No, ya estoy viejo para eso.

—Quiero que pienses en la tercera fase —sonrió—. Quiero que te concentres en la tercera fase mientras atraviesas las fases uno y dos —me dio un golpe en el hombro y el café se me derramó un poco. Más salpicaduras. Henry se giró y tiró una lata de guindillas verdes a la papelera.

—Imagino que esto no tendrá nada que ver con las posibles conversaciones que hayas mantenido con Cady, Ruby o Vic.

Henry estaba removiendo la carne y el aroma de los pimientos verdes era delicioso.

—Suelo hablar con mucha gente acerca de muchos temas.

—¿Cómo no me contaste que Cody Pritchard tomó su última comida en El Poni?

Henry colocó el extremo metálico de la espátula en el borde de la sartén para que el mango de plástico no se derritiera y él se apoyó en la encimera. Oí su respiración y me fijé en lo mucho que había envejecido en los últimos veinte años... o en los dos últimos segundos. Un instante después extendió el brazo sobre la repisa y me sirvió otra taza de café con pulso firme.

—No pensé que fuera importante. Te fuiste corriendo del local el viernes por la noche sin decirle una palabra a nadie y sabía que iba a verte por la mañana. Supongo que pensé que tú y yo teníamos cosas más importantes de las que hablar —se sirvió una taza y volvió a colocar la jarra en la cafetera. Me miró a los ojos para quitar hierro al asunto—. Verá usted, oficial... La noche de los hechos, el 2 de noviembre, a las 18:02 horas, aproximadamente, el ya mencionado Cody Pritchard entró en el establecimiento conocido como El Poni Rojo. Pueden dar testimonio de ello los señores Charlie Caballo Pequeño, Clel Phillips y un servidor, Henry Oso en Pie. El señor Pritchard se encontraba en un estado de manifiesta embriaguez, por lo que le fue denegada cualquier bebida alcohólica y se le sirvió una hamburguesa con queso mexicana *deluxe* que va acompañada de patatas fritas y coca-cola. Pasados veinticinco minutos, tuvo lugar un altercado verbal entre el señor Pritchard y el señor Caballo Pequeño, que concluyó cuando un servidor acompañó al señor Pritchard a la

puerta del establecimiento y lo conminó a marcharse. La última vez que vi a Cody iba conduciendo por mi aparcamiento esa mierda de camioneta de color pardo que tenía, haciendo saltar la grava, y se encaminaba en dirección al este, a un lugar mucho mejor del que venía. Ahora, ¿quieres leerme mis derechos o quieres ir a darte una ducha, tú? –y le dio un sorbo al café.

–Estás un poco a la defensiva.

–¿En serio? Sólo deseo que mis declaraciones oficiales estén a tu altura –me dedicó una sonrisilla tirante–. ¿Alguna cosa más?

–No, creo que no te has dejado nada. Creo que iré a darme una ducha –me levanté y pasé a su lado en dirección al cuarto de baño. Me llevé el café, porque me estaba sentando bien. Esperaba que dijera algo más, cualquier cosa que me ofreciera una excusa para darme la vuelta.

–No me malinterpretes, Walt. A mí el chico no me gustaba y tampoco conozco a nadie que opinara lo contrario. Si estás buscando a un sospechoso, no tienes más que abrir el listín de teléfonos, tú –estaba observando cómo la salchicha borboteaba–. ¿Tenéis alguna pista?

Suspiré y me apoyé en el frigorífico.

–El examen toxicológico de la División de Investigación Criminal ha revelado un alto contenido en malta de cebada fermentada, granos de cereal, lúpulo y levadura...

–Más conocida como Budweisser *light*.

–Ternera, jalapeños y queso en lonchas.

–Hamburguesa mexicana. ¿Algo más?

–Nada más de toxicología. Los de balística dicen que no hay marcas de impacto: el disparo dejó el esternón deformado, lo cual dificulta la identificación.

A Henry le picó la curiosidad.

–¿Un arma de ánima lisa?

Me encogí de hombros.

–Cualquiera sabe, pero, de ser así, sabríamos que le dispararon a una distancia aproximada de diez metros.

–Lo que significaría que fue alguien que el cabroncete conocía –otra vez la sonrisita tirante–. Al menos lo suficiente como para acercarse con una escopeta –Henry levantó la sartén por la parte del mango, dejando que la grasa se acumulara en el borde más cercano a él–. Eso es acercarse mucho.

–Sí.

–¿Estaba él solo, no hay huellas?

–No.

–¿Algún sitio donde ocultarse?

Esta vez fue mi turno de sonreír.

–Hallarás en la vega del río una mujer guapa detrás de cada árbol... –Henry pronunció conmigo el resto del refrán–: si es que eres capaz de encontrar alguno.

–Estamos como al principio. ¿Borra? ¿Dispersión por contacto?

–No. Y tampoco hay restos de pólvora.

–¿Tenemos alguna esperanza de encontrar un casquillo?

–Ferg y su panda no hallaron nada.

–Hummm... –gruñó–. Me reservaré el comentario de si Ferg y su panda serían capaces de darse palmadas en el culo con las dos manos a la vez –frunció el ceño y volvió a la sartén, recogió la grasa acumulada con una cuchara y la vertió en un vaso medidor que debía de haber usado para calcular la salsa de tomate. Luego removió el contenido–. ¿Un meteorito?

Tuve que sonreír.

–Cuanto más hablo con la gente, más convencido estoy de que podríamos estar ante un acto divino.

–Me asquearía comprobar que el Ser Supremo carga con este muerto, tú.

–El Ser Supremo carga con la culpa hasta de una golondrina.

–Eso describiría muy bien al fallecido, pero ¿no se escaparía de tu jurisdicción?

–Quizá –se había animado un poco, no podía dejar pasar la oportunidad–. Oye...

–¿Sí...? –me miró. La expresión de su cara era la de alguien preocupado por un amigo que había estado a punto de acusarlo de homicidio. No es que me apeteciera, pero tenía que preguntarle–. ¿Qué se cuece en la reserva?

–¿Qué pasa? ¿Es que te preocupa el voto indio? –me sonrió para hacerme partícipe de la broma, pero seguía dolido–. ¿Qué?

–El caso de violación Pájaro Pequeño...

–Melissa.

–Melissa –me estaba viniendo abajo por momentos–. ¿Cuál es la opinión general en la reserva sobre mi trabajo? –me miró levemente irritado. Henry se pasó las manos por el pelo y se hizo una hermosa cola, que igualaría a la de cualquier caballo, con una tira de cuero que había sacado del bolsillo trasero del vaquero.

–La opinión general –pronunció la frase como si yo fuera un estúpido hombre blanco– es que podrías haberlo hecho mejor.

–¿Y en qué se basan para decir eso?

Henry volvió la cabeza y fijó la mirada en la pared de troncos a poco más de medio metro.

–En los dos años de condena en suspenso y los dos años de libertad condicional que les cayeron, tú.

—¿Y nadie cree que Vern Selby y el jurado tuvieron algo que ver con eso?

—La gente de la reserva no tiene ningún vínculo con el juez ni con el jurado, entre cuyos miembros no había ningún... indio, pero guardan relación contigo —se detuvo—. Walt, deberías tomarte eso como un cumplido muy serio —Henry abrió una bolsa precintada de queso rallado y me la ofreció. Cogí un pellizco y me lo metí en la boca. Llevaba guindilla—. Sea como sea, la buena voluntad de la gente no sirve de mucho en tu situación. Sólo hay una persona que puede ofrecerte la absolución en este caso, Walt, y se trata de un tipo con el que resulta difícil tratar, puesto que es capaz de perdonar a todo el mundo menos a sí mismo y nunca olvida —nos quedamos mirándonos el uno al otro, masticando—. Deberías darte una ducha, tú. La tercera fase llegará a las dos para ver con nosotros el saque inicial —abrió la puerta del horno para echar un vistazo a los bizcochos. Olían de maravilla.

—¿La tercera fase?

—Vonnie Hayes expresó su deseo de participar en el ritual afectivo de esta tarde. Pensé que eso podría derivar en un ritual mucho más placentero entre vosotros dos, esta noche.

Tardé un segundo en contestar.

—Pero si la vi ayer y no dijo nada.

—Al parecer, las mujeres disfrutan sorprendiéndote, será por lo fácil que resulta hacerlo.

Miré a mi alrededor y contemplé mi casa, los libros apilados, la porquería acumulada en el suelo, las paredes, el techo.

—Oh, mierda...

Henry siguió la dirección de mi mirada y agitó la cabeza.

—Sí, esto está fatal, tú, pero le diremos que estás de obras. Contratas Red Road, los chicos que te he comentado, llegarán mañana por la mañana —sacó los bizcochos del horno y colocó la bandeja encima de uno de los fogones delanteros—. Walt, ve y date una ducha.

Me giré para marcharme, pero me detuve.

—¿Cuál es la fase cuatro?

—La espiritualidad, pero esa no seré yo quien te la dé.

Abrí el grifo de la ducha y, mientras esperaba a que se calentara, me entretuve inspeccionando mis orificios de bala. Tenía cuatro: uno en el brazo izquierdo, otro en la pierna derecha y dos en el pecho. Examiné el que tenía en el brazo por ser el que me quedaba más cerca. Medía unos nueve milímetros y tenía dos puntos blancos y relucientes a cada lado. El orificio de entrada, en el interior del brazo, tenía los bordes bien definidos y era del tamaño de una moneda de diez centavos. El del otro lado estaba desdibujado, lucía una cola, como si un

renacuajo se hubiera estado paseando hasta el codo, y tenía el tamaño de un dólar de plata. La temperatura del agua ya era aceptable, así que me metí en la bañera y cogí un jabón de avena que Cady me había enviado. Me gustaba porque no olía a nada. Me revolví ante el lento avance de las cortinas de vinilo.

Era un Oldsmobile Delta del 88 de color mierda, tenía la capota de vinilo claro raída y sólo dos tapacubos. Había visto que eran chavales, así que encendí las luces un segundo para que se detuvieran en el arcén. Tardaron un poco más de lo normal en hacerlo. El conductor abrió la puerta de golpe y se dirigió al coche que yo conducía por aquel entonces. Pensé que estaba cabreado porque lo había hecho detenerse por una nadería. Me equivoqué. Estaba cabreado porque él y sus amigos habían robado en una licorería en Casper y se habían dado a la fuga con 943 dólares. Cuando yo los detuve, se dirigían a Canadá.

Me enjaboné, me enjuagué y sentí la piel como nueva. Alargué la mano para coger el champú y, al darme cuenta de lo poco que pesaba la botella, anoté mentalmente comprar más. Tenía suficientes notas mentales como para llenar el catálogo de los grandes almacenes Sears.

Según la reconstrucción de los hechos, la bala rebotó en la ventanilla del coche y me atravesó el brazo izquierdo. Cada vez que la gente me pregunta qué se siente, la única respuesta que se me ocurre es que sientes lo mismo que si te ensartaran un atizador al rojo vivo en la carne. Quema y duele una barbaridad, pero sólo después. Me pregunté medio en broma si a Vonnie le resultarían atractivas las cicatrices. A Martha no, ella las odiaba. Una mujer en mi casa, una mujer que iba a mirarme de pies a cabeza, que estaba segura de sí misma e interesada en mí. Me sentí un tipo complicado y deprimente.

Desempañé el espejo para mirar a los ojos a Dorian Gray. Lo que vi no me llenó de confianza. Mi pelo, esté seco o mojado, tiene una clara tendencia a ponerse de punta. Me las vi con él un rato y decidí que era estupendo haber escogido una profesión en la que podía llevar sombrero. Tengo los ojos grandes, color gris oscuro, herencia de mi madre, y una barbilla más grande de lo habitual, herencia de mi padre. A medida que me voy haciendo viejo, me parezco más a un teleñeco. Cady lo niega rotundamente, pero ella también está librando su propia batalla contra nuestra genética.

Me entró pánico cuando oí risas: el eco me llegaba a través del hueco que había en la parte superior de la pared de contrachapado del cuarto de baño y de la cortina de ducha que hacía las veces de puerta. El dormitorio quedaba a la derecha, a menos de metro y medio, pero no estaba seguro de poder llegar sin ser visto. Me puse una manta de cuadros escoceses alrededor de la cintura, me embutí en mis viejos mocasines de alce y me dispuse a recibir una nueva y refrescante dosis de insultos.

Vonnie estaba espléndida, como siempre. Sus dedos esbeltos rodeaban una de

mis tazas de los Broncos de Denver, la del logo antiguo, con el caballo blanco resoplando dentro de la D. Llevaba una gorra color caqui con la coleta cuidadosamente recogida con la tira de atrás, una sudadera gris donde se leía «Vassar», pantalones vaqueros y zapatillas de deporte color flúor. Desprendía inteligencia, salud y sexualidad, aunque esto último puede que fuese cosa mía. Estaba sentada en mi reposapiés plegable y se reía de Henry, mientras este intentaba sintonizar la señal de mi televisor en vano.

–Está bien, me rindo. ¿Qué demonios hay que hacer para conseguir una imagen decente?

Siempre veíamos el partido en el bar, en la televisión por satélite de Henry, pero ese día a él se le había ocurrido que era mejor ver el partido en mi humilde morada. Arrodillado frente al aparato, Henry estaba intentando sintonizar la señal con la misma delicadeza que había demostrado con los fusibles dos noches atrás.

–Ahora se ve bastante decente.

Henry se colocó frente a la pantalla sólo para apreciar los consabidos manchurrones moviéndose al azar.

–Tienes que estar de broma, tú.

Atravesé la habitación y me apoyé en una caja de cerveza.

–Vonníe, bienvenida a la mansión poliespán.

–¿Ese es tu uniforme de hoy?

Henry tenía razón: debía hacer algunos cambios.

–Oh, es sólo algo que he pillado por ahí –me volví al representante del pueblo cheyene–. ¿Cómo va el marcador?

Estaba de pie con los brazos en jarras. En la pantalla se distinguían dos cascos de fútbol que entrechocaban y explotaban en mil pedazos, en medio de un acompañamiento musical triunfal.

–Todavía no ha empezado. ¿Es cosa mía o el fútbol cada vez se parece más a la lucha libre?

Vonníe me estrechó la mano.

–Oso dice que no le importa que los equipos deportivos usen mascotas nativo-americanas.

–No tengo ningún problema con el uso de fetiches nativos. Si desean utilizarlos para inculcar el miedo en el corazón de sus enemigos, ¿quién soy yo para llevarles la contraria?

Ese discurso provenía del mismo tipo que había llevado un amuleto en forma de caballo colgado al cuello los cuatro años que permaneció en el sudeste asiático. Los mercenarios de los escuadrones de reconocimiento Nung y Montagnard creían que lo había fabricado tallando el esternón de un coronel del ejército norvietnamita. Henry no había hecho nada para que cambiasen de

opinión, sólo él y yo sabíamos que el hueso en realidad provenía de la pata de una vaca lechera vieja de su madre que había sido sacrificada.

–¿Qué tal va la comida?

–¿Tengo pinta de cocinero chino, tú? –abrió la puerta del horno y echó una ojeada–. Ya casi está. Te da tiempo de sobra para ir a ponerte la ropa.

La mano de Vonnie se quedó en el aire cuando se la solté para dirigirme al dormitorio.

–Por mí no te molestes –dijo.

Fui directo al dormitorio para que ella no viera lo mucho que me había ruborizado. Miré a mi alrededor y contemplé mi vida tal y como era: los bordes del colchón estaban raídos y sucios; las sábanas tenían un color grisáceo poco atrayente; había un flexo destartado junto a la cama, con un ejemplar de *Doctor Dogbody's leg*, de James Norman Hall, abierto por la página 73, en el punto donde lo había dejado hacía ya un tiempo; las omnipresentes cajas de cerveza se amontonaban en la pared del fondo, y las bombillas desnudas no escondían ni un ápice de la miseria. Aquello era como vivir en una excavación arqueológica. Pensé en la mujer de la habitación de al lado y me entraron ganas de escaparme por la ventana. Me dirigí al cajón que había junto a la cama y pulsé el botón del contestador que había debajo de la lucecita roja parpadeante. Evidentemente, no lo había oído sonar.

–Vale, pues tras cuarenta y ocho horas de análisis balístico intenso, seguimos bien jodidos, en el mismo punto que estábamos al principio del fin de semana –su voz era cortante y áspera: me alegraba tenerla a cinco horas de distancia–. El contenido del proyectil era bastante blando, 30-1, plomo-estaño –tomó aliento–. Allá va el notición: han encontrado alguna clase de componente químico raro... ¿Te acuerdas de aquellas antiguas balas frangibles de punta plástica? ¿Las GSS? Si se daba el caso, Cody era un TBJ.

Un Tío Bien Jodido.

–Venga, ¿eres capaz de imaginarte a alguien persiguiendo al chaval con balas de teflón?

No.

–Ya, ni yo tampoco –hizo una pausa–. Bueno, yo ya he hecho todo lo que podía hacer aquí. Y la *pizza* de Larry's es una mierda, así que mañana estaré en casa. ¿Alguna pregunta?

Miré el contestador y negué con la cabeza.

–Bien. Mañana me tomo el día libre. ¿Algún problema?

Volví a negar con la cabeza.

–Bien –pausa–. Igual te veo mañana de todas formas.

Cuando entré en la cocina, Henry sostenía las fotos del sobre todo lo lejos

que le permitía el brazo.

–¿Necesitas gafas para leer o un brazo más largo?

–Ambas cosas.

Vonnie estaba viendo la tele y haciéndole preguntas.

–¿Es cierto que a nivel nacional un veinticinco por ciento de los asesinatos al año quedan sin resolver? –se dio la vuelta y me sonrió.

Me serví otra taza de café y le ofrecí la jarra. Ella declinó con la cabeza y esperó a que volviera a hablar con los ojos puestos en mí.

–Al año quedan unos cinco mil casos sin resolver –Vonnie abrió mucho los ojos–. Aproximadamente el sesenta y dos por ciento de los homicidios en Estados Unidos son cometidos con armas de fuego, lo que significa que yo y mis *compadres* fracasamos en la identificación de unos tres mil cien asesinos y sus respectivas armas al año.

–Los polis de la tele y del cine siempre atrapan al culpable. Parece que los polis de verdad le están fallando a la profesión –Henry bajó las fotos. Vi que Vonnie no hacía ningún esfuerzo por mirarlas

–Personalmente, nunca me perdí un capítulo de *Dragnet*.

Vonnieladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

–Eso es mucho. Antes que tú estaba el *sheriff* Connally, ¿verdad? –Vonnie sonrió y posó la mirada en la puerta de la entrada.

–¿Conoces a Lucian?

–Bueno, tuve un par de encontronazos con él en mis años locos –se echó a reír, revelando el diente canino que brillaba como un anuncio de Pepsodent–. Mi pandilla y yo nos dimos a la fuga con una quinta parte del whisky irlandés de mi padre y nos fuimos corriendo al *drive-in* de Durant.

Henry se enderezó.

–Yo creo que he oído hablar de eso. ¿No os subisteis Susan Miller y tú a bailar al techo de un Mustang del 65, durante la proyección de *Doctor Zhivago*?

Vonnie se sonrojó ligeramente a la altura del cuello.

–Era una muchacha joven e impresionable.

–Dios, yo también me habría impresionado –Henry volvió a meter las fotos en el sobre y me las pasó–. Buena suerte, tú.

La sonrisa de Vonnie se evaporó.

–¿No crees que fuera un accidente?

–Lo cierto es que no –Henry pasó a mi lado y abrió la puerta del frigorífico para sacar una jarra que yo no había visto hasta entonces, llena de un líquido granate y turbio, cubitos de hielo y rodajas de naranja y limón. Dejé el sobre en la encimera y me quedé mirándolo–. Nada me gustaría más que así fuera, pero las pruebas indican lo contrario.

–¿Por qué?

–El disparo se efectuó con un arma de corto alcance y en ese sitio no hay forma de acercarse sigilosamente a nadie. Me atrevo a creer que no hay demasiados cazadores que intenten disparar a un antílope o a un ciervo con un calibre 12. Y, además, hay varias cosas que no tienen sentido.

Henry removió el contenido de la jarra.

–Marcas de pólvora.

Vonnie parecía seguirnos, pero supuse que debía explicarle los detalles.

–Cuando disparas una escopeta desde cualquier distancia... –hice una pausa y sopesé mi siguiente pregunta–: ¿Sabes lo que es una escopeta?

Siguió mirándome fijamente, como si no se hubiera ofendido.

–Mi padre solía tirar al plato.

–Eso es. Pues bien, esto empieza a parecerse a un cartucho macizo.

–Eso no suena demasiado agradable.

–No lo es. Las balas convierten las escopetas en rifles de gran tamaño con suficiente potencia para partir el motor de un coche.

–¿Por qué querría alguien disparar a otra persona con algo así?

–Para subrayar sus actos.

Henry pronunció las palabras con rotundidad. Me pregunté cuánta gente consideraría algo bueno que Cody Pritchard ya no estuviera en el mundo de los vivos.

–Cody no era lo que se dice querido por... –miré a Henry de reojo–. La comunidad india.

Vonnie puso una mano en la encimera para atraer su atención.

–Ya no se dice indio, ahora se usa nativo americano, ¿verdad, Oso? –y asintió esperando confirmación.

Henry levantó la mirada y frunció los labios en un gesto de sabiduría.

–Así es –y se giró apenas para mirarme–. Deberías aprender a ser más sensible a los sentimientos de los nativos americanos, tú.

Cabrón.

–El problema es que la bala reduce la lista, ya de por sí corta, de armas de corto alcance.

–¿Pero no le habían disparado por la espalda?

–Sí, pero aun así tendría que haberse acercado mucho.

–¿No podría haber estado borracho o dormido?

–Borracho, seguro –Henry se giró para contemplar los manchurroneos que había en la pantalla de la tele. Me había olvidado del partido–. A pesar de las complicaciones que presentan los severos daños en los tejidos, podemos asegurar con bastante fiabilidad que estaba erecto. Y dado que Henry fue el

último en servirle comida y en verlo vivo, puedo tomarle la palabra y asegurar que Cody era capaz de conducir su camioneta y de andar.

Vonnie se giró en el taburete.

–¿Fuiste tú el que lo vio por última vez?

Henry escrutaba la pantalla, de brazos cruzados.

–Walt, no me preguntes cómo lo sé, pero creo que tu equipo está ganando.

Vonnie se dio la vuelta para mirarme y luego se giró de nuevo en su dirección.

–Oso, ¿es que he dicho algo malo?

–No, no has dicho nada malo... Digamos que yo fui la última persona en ver al señor Pritchard con vida –sonrió para sí y volvió a la encimera de la cocina–. ¿A quién le apetece sangría? –sirvió la bebida en tres vasos altos y nos pasó uno a cada uno–. ¿Qué os parece un brindis? –levantó el brazo–. Por los tres mil cien que quedan impunes.

–¡Inquieta vive la cabeza que lleva una corona!, que diría Shakespeare.

Contemplé sus ojos, grandes y marrones, con destellos color caramelo.

–Por el Doctor Zhivago.

Fue un partido sin pena ni gloria y, por lo que pudimos ver, los Broncos ganaron con dos goles de campo. Para las seis y media ya habíamos despachado el guiso de Henry, que se marchó con la excusa de que tenía algo que hacer en el bar. En ese momento le estaba dando un masaje de pies a Vonnie sentado en el taburete de enfrente; mis músculos se habían relajado bajo el efecto cálido y ligero de la sangría. Habíamos tenido una de esas puestas de sol espectaculares que suelen darse en Wyoming, de esas que la gente se piensa que sólo salen en la revista *Autopistas de Arizona*. Un mar de olas ardientes dibujadas a base de pequeñas llamaradas superpuestas hasta donde alcanzaba la vista, sobre un fondo de tonos púrpura que se amontonaban como láminas congeladas por todo el horizonte.

–Entonces, ¿no he herido sus sentimientos?

–No, te garantizo que no ha sido eso –tenía las uñas pintadas de color granate: ese color hacía juego con el de la sangría. Supuse que se haría la manicura en Denver regularmente.

–Tú debes de conocerlo mejor.

Pensé en lo que significaba conocer bien a Henry Oso en Pie y en lo mucho que abarcaba esa afirmación.

–No sé si lo conozco mejor que nadie –me detuve un instante, pero eso no era suficiente para ella–. Hace unos diez años estuvimos en Sturgis en esa porquería de *rally* de motos que hacen todos los años. Les hacían falta refuerzos y, si eres un oficial de policía fuera de servicio, puedes ganar mucho

dinero en un fin de semana. Estaba ahorrando para Cady, para regalarle un coche, y supuse que unos miles de dólares extra me vendrían bien. Henry nunca había estado, por lo que decidió apuntarse al sarao, así que allí estábamos los dos a la mañana siguiente, sentados en una cafetería cutre junto al museo de las motos, cuando le digo a Henry que, si alguna vez se me vuelve a ocurrir ir a Sturgis, me atice en la cabeza con una llave inglesa. Entonces, un tipo indio...

–Nativo americano.

–Un nativo americano se acerca y se planta delante de nosotros. Un tío tan grande como Henry, así que me pongo a repasar mentalmente las caras de los tipos a los que he encerrado a lo largo del fin de semana por conducir en estado de embriaguez, agresión con agravantes, escándalo público, imprudencia temeraria o por cruzar la calle de forma imprudente. No me suena pero, cuanto más miro la cara del tío, más convencido estoy de haberlo visto antes. Entonces Henry deja de masticar beicon y, con la vista todavía puesta en el plato, dice: «¿Qué tal te va?». Yo sigo sin quitarle la vista de encima al tío, pero, joder, soy incapaz de establecer la conexión. Es guapo, rondará los treinta, pero se ve que ha vivido mucho. El tipo responde: «Bien, ¿y a ti?». Miro a Henry, pero él sólo responde: «No me quejo, tú». Ya sabes que siempre usa un pronombre personal al final de la frase. Pues bien, el tipo se queda allí un minuto más, saca un cigarrillo y lo enciende. A continuación dice: «¿Quién lo diría?». Y sin mediar más palabra se da la vuelta y sale del local. Al verlo marchar, caigo en la cuenta. Camina igual que Henry. Me giro para mirarlo y antes de decir nada me suelta: «Mi medio hermano», y no dice nada más. Al parecer, llevaba quince años sin hablarle. Y, por lo que sé, desde entonces tampoco ha vuelto a hacerlo.

Vonnie parecía desconcertada.

–¿Es que tuvieron una bronca?

–¿Y quién coño sabe? –le estreché el pie y me eché hacia atrás en el taburete–. No creo que hayas herido sus sentimientos, lo que pasa es que está como una regadera –Vonnie se puso a reír–. Eso y que, probablemente, una parte de él desearía haberlo hecho.

–¿Hablas en serio?

Ojalá no hubiera sacado el tema, iba a ser algo difícil de explicar.

–No.

–¿Crees realmente que es capaz de algo así?

–Creo que, bajo determinadas circunstancias, cualquiera es capaz de hacer algo así.

Vonnie cambió de pie, poniendo el otro debajo de su cuerpo, y meditó un instante.

–Yo creo que no, pero claro, no he visto todas las cosas que tú has visto –me sostuvo la mirada–. ¿Hay alguna parte de ti que desearía haberlo hecho?

Me lo pensé un instante, pero me había pillado.

–Sí, creo que mi yo malvado desearía haberlo hecho.

Miré por la ventana delantera y vi que el bosque de álamos del final del camino se movía, mecido por la brisa que se había levantado. No era demasiado fría, pero al final de la noche sí lo sería: la temperatura bajaría de los cero grados. Ya podía ver la escarcha en las ventanas, aunque todavía no estuviera ahí. Casi había llegado el invierno, el otoño se había marchado prácticamente sin darme cuenta.

Vonnie también parecía perdida en sus pensamientos, la mirada fija en las manos que rodeaban su pie. Mientras no se lo devolviera, no tendría que marcharse.

–Bueno, ya que estamos contándonos nuestros secretos más oscuros y mejor guardados... –Vonnie se mordió el labio inferior, lo dejó escapar lentamente y continuó–. ¿Te acuerdas cuando Cady intentó emparejarnos hace unos años? –no dije nada–. Creo que había una pequeña parte de mí que deseaba que saliera bien –hizo una pausa–. Te estoy contando esto porque no quiero enviarte señales contradictorias.

Tenía la sensación de que el suelo se hundía, pero seguía agarrado a su pie.

–Lo que pasa es que no quiero ir demasiado rápido. La última relación que mantuve no fue bien, y creo que tuvo mucho que ver con las prisas –sus ojos se apagaron y su rostro se ensombreció–. Creo que había muchas cosas de él que pensaba que sabía, pero la verdad es que sólo estaba dibujando las partes que faltaban con los colores que me gustaban –su mirada era dura cuando se volvió hacia mí–. No puedo permitir que eso pase contigo: me gustas demasiado.

–Gracias –yo seguía sin soltarle el pie–. ¿Qué pasa si no te gusto cuando duerma con la boca abierta?

Los dos nos echamos a reír.

–Estoy dispuesta a correr el riesgo.

Tomé aire y me mordí el labio.

–Vonnie...

Ella me contestó a lo Gene Tierney.

–¿Walter? –los dos nos reímos otra vez.

–No dejes que te engañe esta apariencia erótica y juvenil. Ya no tengo diecisiete años, tampoco tengo las mismas expectativas que un chaval de esa edad –le di un último trago a la sangría–. Yo, eh... –me aclaré la garganta y continué–: Tú al menos has tenido una relación hace poco... –volví a aclararme la garganta–. Yo no he estado con nadie desde que Martha murió. No sé si eso será una virtud o un defecto...

Y para mi total sorpresa, los ojos de Vonnie se humedecieron y dejó caer una única lágrima que recorrió su rostro como un relámpago. Traté de contener mis

propias lágrimas y le estreché el pie, un pie hermoso, grande y esbelto, de largos dedos. Aristocrático, en lo que a pies se refiere. Mi madre solía decir que era una señal de la realeza. Eso y no comer del plato a dos manos. No sé si mi madre conocía a muchos miembros de la realeza, si alguna vez compartió mesa y mantel con ellos o si alguna vez les examinó los pies, pero decía las cosas con gran convicción. Es algo de familia.

Levanté una de mis zarpas encallecidas y le acaricié la mejilla con la palma, humedeciéndole la cara hasta el nacimiento del pelo. Ella dejó escapar un sollozo y se llevó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja. Después me tomó de la mano y la colocó sobre su rodilla. No era una mujer pequeña, pero a duras penas podía cubrir mi mano con las suyas. Me separó los nudillos uno a uno, extendiendo los dedos alrededor de su pantorrilla y los sujetó. Parecía una niña satisfecha con su trabajo. Retrocedió y apartó los dedos para contemplar su creación. Se rió y su pecho se estremeció. La deseaba más que ninguna otra cosa en el mundo. Apreté la mandíbula y la contemplé. Aquello era más que suficiente.

La llevé a casa, conduciendo a través de la niebla que se había levantado de Piney Creek, un arroyo que desemboca en el Clear, y, de ahí, en el río Powder. Los torrentes se formaban en los tramos más altos de las montañas Big Horn, en la cumbre de Cloud Peak, luego discurrían seiscientos metros hasta el lago Desmet y, de allí, al valle de Lower Piney. Uno de los brazos iba a parar a la casa de Vonnie. El otro se contoneaba desde el paso del río Powder en dirección al sur, ensanchándose hasta alcanzar el caudal de un río en las llanuras de Durant, para luego encontrarse con su amante a menos de un kilómetro de mi casa. Los restos de nieve que quedaban habían empezado a derretirse con el calor del día, antes de que la noche pudiera hacerse con ellos y, como la niebla estaba baja, parecía que las nubes nos transportaban.

Cambié de marcha al tomar el desvío de la 16 a Crossroads y miré en dirección a El Poni Rojo. Las luces estaban encendidas y pensé en mi amigo, escuchando pacientemente a algún borracho contarle alguna historia de borrachos que se iban de borrachera. Vonnie dejó escapar un pequeño gemido y movió la cabeza. Le puse la mano en el hombro y ella se arrebujó debajo de mi abrigo de piel de borrego, con las piernas dobladas en el asiento del acompañante. Oí el sonido del aire caliente al entrar por los conductos de ventilación, el zumbido del motor de diez cilindros. Y pensé en lo que había pasado.

Al principio había protestado, pero la sangría y la descarga emocional la habían dejado extenuada. Vonnie era increíblemente ligera y yo fui lo suficientemente listo como para abrir la puerta de la camioneta antes de sacarla

de casa en brazos. Supuse que alguien la traería al día siguiente para recoger su pequeño *jeep* rojo o que enviaría a alguien.

Nos llevó diez minutos llegar a su casa y no nos cruzamos con ningún otro vehículo durante todo el trayecto. Tenía la sensación de estar implicado en algún tipo de operación clandestina cuando abrí las puertas de hierro forjado. La casa estaba encajada en la ladera de una colina en Portugee Gulch. Me quedé impresionado por el tamaño. Cady me había hablado de aquel sitio, de la piscina cubierta, de las escaleras en espiral, de las chimeneas de piedra enormes y de las esculturas por doquier. No era la típica casa grande y cuadrada hecha a base de troncos de madera. Más bien parecía como si hubiera empezado teniendo un tamaño razonable y hubiera evolucionado geométricamente, al mismo tiempo que el estilo de vida de Vonnie había cambiado. A modo de reflexión, me pregunté adónde conduciría ese estilo de vida.

Conduje el Bullet hasta la puerta delantera del ala más grande. Se encendieron varias luces halógenas de forma automática, pero el resto de la casa estaba a oscuras. Bajé del coche y me dirigí a la puerta. Unos cuatro mil dólares invertidos en un sistema de seguridad eléctrico bien complejo y resulta que la puerta estaba abierta. Era grande, de estilo español y aspecto sólido, y al abrirse daba paso a un salón amplio con varios sofás de cuero. Supuse que podría dejarla en uno para que pasara la noche. Regresé al exterior y la cogí de nuevo en brazos, llevándola con cuidado a través de la puerta para luego bajar los tres escalones que conducían a la zona más grande de la sala. Las paredes tenían un enlucido de yeso que parecía haber sido elaborado y reelaborado por artesanos del Viejo Mundo. Tres arcos daban paso a un comedor elevado que estaba en penumbra. Los azulejos de Saltillo brillaban junto a la lustrosa caoba pulida. De las paredes colgaban varios cuadros, abstractos en su mayoría, y me sentí como si hubiera estado viviendo en una de mis cajas de cartón.

La coloqué en uno de los sofás más grandes y dejé caer su cabeza en uno de los cojines fabricados con tejido indio. No estaba muy seguro de lo que debía hacer, si dejarle una nota o algo, pero finalmente decidí que bastaba con dejarle mi abrigo. La cubrí con la enorme bestia de lana hasta la barbilla y me arrodillé junto a ella para mirarla. Era una mujer verdaderamente exquisita y digna de ser admirada, a pesar de las pequeñas arrugas que en aquel momento le cubrían el entrecejo. Quizá lo frunciese por el olor de mi abrigo. Me puse de pie y retrocedí en dirección a la puerta, sentía tristeza porque la noche había acabado. Se trataba de un sentimiento de ternura, no sabía cuánto tiempo pasaría antes de volver a sentir algo así. Entonces lo vi.

Estaba mirándome, bajo el arco de la izquierda, a medio camino entre el comedor y el salón. No había hecho ningún ruido mientras aparcábamos, ni cuando había abierto la puerta, ni siquiera cuando la había traído en brazos

hasta el sofá. Eso es lo que más me preocupaba. Allí, en Portugee Gulch, entre la niebla de Piney Creek, se alzaba el sabueso de los Baskerville. Vonnie no me había dicho que tuviera ningún perro. Rondaría los setenta kilos, la mayor parte del peso se distribuía entre el pecho y la cabeza. Parpadeó una vez con unos ojos de reflejos amarillos y luego caminó lentamente hasta el filo de los escalones. Para verte mejor, querida.

Tenía algo de pastor alemán, o de lobo, y probablemente algo de San Bernardo. Tenía el hocico y las orejas oscuras, tirando a rojizo, con una franja blanca en el pecho. Izó el lado izquierdo del labio para revelar un diente canino propio del periodo Paleozoico y emitió un gruñido tan grave que sonó como si cayesen truenos sobre el valle. Miré hacia atrás y vi a Vonnie profundamente dormida. Supuse que se despertaría cuando escuchara mi último grito sofocado. Tenía que admitir que me llevé la mano a donde mi arma solía estar y la dejé ahí, despreocupadamente, junto a la pierna. El perro se detuvo y yo me escuché decir con voz ahogada:

–Perro bueno, perrito bueno... Tranquilo, chico.

Contuve las ganas de correr, pero sabía que eso no era más que un aliciente al que los lobos y los cheyenes no se podían resistir. Caminé de espaldas hacia la puerta, tropecé en el último escalón y el perro inclinó la cabeza ante semejante oportunidad. Nuestros ojos se encontraron y creo que nos entendimos. Él podía matarme, podía comerme, pero yo no tenía por qué saber bien. Había un paraguas y tres palos de golf sueltos en el paragüero junto a la puerta. Supuse que podría mantenerlo a raya con un hierro, pero seguro que iba a necesitar ayuda divina, porque todo el mundo sabe que Dios es el único que puede hacer hoyo con el hierro.

–Tranquilo chico, tranquilo...

El perro no se movía, tan sólo miraba. Continué caminando hacia atrás hasta que llegué a la puerta y la cerré tras de mí. Por un momento, pensé en volver a abrirla para echar el cerrojo, pero pensé: «¡Qué demonios!». Quienquiera que entrara después que yo tendría lo que se merecía. Eché a andar despacio por encima de los fragmentos de pizarra roja y las luces volvieron a encenderse. Aquel sitio parecía una discoteca. Rodeé la vivienda con la camioneta y atravesé el portón por el que había venido. Distraído, encendí la radio, de repente sentía la necesidad de escuchar voces, voces a las que no tuviera que contestar necesariamente. Luego se me ocurrió una idea malévola y cogí el micro.

–Oficina del *Sheriff* del condado de Absaroka, al habla la Unidad Uno, responda, Base.

Turco tenía la voz soñolienta. No le culpaba, yo también habría estado durmiendo.

–Joder, sí. Aquí Base, sí, dime.

Contuve la risa.

–¿Estás bien?

Interferencia.

–Sí, estoy bien, ¿y tú?

–Sí... Yo estoy bien –miré por el parabrisas y me dispuse a abrirme camino entre la niebla–. Hablaremos por la mañana.

–Vale, recibido –y, diciendo eso, desconectó.

Y la verdad es que estaba bien. No había sido exactamente la velada que había planeado. A decir verdad, creo que me sentía aliviado. Las expectativas implícitas de mi primera cita en cuatro, no, tres años, me habían dejado reventado. Cuando tomé la curva en Crossroads, las luces del bar estaban apagadas, me alegré de que no hubiera nadie a quien contarle batallitas. Ya era hora de regresar a mi hogar, con sus paredes desnudas, su suelo de contrachapado y sus troncos sin protección contra los rayos UVA. Henry tenía razón. Ya era hora de hacer algunos cambios.

Cuando llegué a casa, la lucecita roja del contestador estaba parpadeando otra vez, así que presioné el botón.

–Hola, papi...

–No te estás muriendo, tú.

–¿Y cómo lo sabes? Nunca has estado muerto –apoyé la columna contra un hito de la carretera y dejé caer mi peso sobre la superficie de pintura verde escamosa.

–He estado muerto varias veces.

–Oh, mierda.

–Levanta, tú.

Cogí un hierbajo del camino de pizarra roja y salió de una pieza, con raíces y todo. Por si fuera poco, hacía frío. La escarcha cubría todo, atrapando las hierbas como esas libélulas que se ven aprisionadas en el ámbar de mil años de antigüedad. Si iba a continuar haciendo eso todas las mañanas, más me valía conseguir un par de guantes. Levanté la cabeza y vi que Henry se colocaba frente al sol naciente, como si fuera un piloto de combate preparándose para la batalla. Me propinó una patada.

–Levanta, tú.

Le lancé un gancho a las piernas, pero evitó el golpe con facilidad, apoyándose en los talones de los pies y moviéndolos como si tuvieran ruedas. Los tendones y las venas se le marcaban sobre los tobillos desnudos, como si fuera un gato despellejado. Aparté la vista: me entraba más frío por ver que no llevaba calcetines. Henry regresó y me propinó otra patada con el mismo pie cuando fui a acomodarme contra mi hito.

–Si no dejas de patearme, vas a descubrir qué se siente al morir de verdad.

–No imaginaba esto de ti, que tuvieras mal humor por las mañanas –miró al cielo. Se habían levantado pequeñas corrientes de aire que mecían las hojas secas que se habían negado a abandonar los álamos negros junto al Piney. El cielo parecía sacado de un fresco de Tiépolo; el sol se disponía a tocar la cima de las colinas de Wolf Valley abriéndose camino entre una amalgama de grises ribeteados de lavanda y crema, como si fueran olas rompiendo contra un acantilado. Al saber que no iba a morirme, empecé a sentirme mejor.

–¿Por qué sonríes?

–Déjame en paz, estoy teniendo mi momento de gracia.

Henry se quedó mirándome.

–Bueno, no me gustaría interrumpir algo así, tú.

Le lancé un guijarro de pizarra y erré el tiro por más de medio metro.

–Si tú puedes vivir varias vidas, yo puedo tener mi momento de gracia.

Henry gruñó.

–¿Qué tal estuvo tu momento de gracia de anoche?

–Para ser un momento de gracia no estuvo mal –me detuve a pensar un instante–. Más bien fue un momento de verdad.

Henry asintió.

–Eso está bien, esos momentos son difíciles de encontrar –al estirar los tendones de la rodilla izquierda, hizo un gesto de dolor. Quizá, en el fondo, Henry no fuera indestructible.

–Entonces, ¿ella se dejó el *jeep*?

–Sí.

–¿Y tú la llevaste a casa?

–Sí.

Siguió haciendo estiramientos un minuto más, se apoyó en el hito donde yo estaba sentado y suspiró.

–Vale...

–¿Vale, qué?

–No tenemos por qué hablar de ello.

–Estamos hablando de ello.

–No, yo estoy hablando de ello y tú todo lo que haces es decir «sí».

Le ofrecí mi mejor sonrisa enigmática y volví la vista a las colinas que brillaban abajo, en el valle.

–Sí.

Henry me pegó otra patada.

Se acercaba por la carretera una camioneta diésel abollada, de color negro y marrón, a la que le goteaba el alimentador y en la que se podía leer «Rancho McKay». Al llegar al puente, disminuyó la velocidad y se detuvo junto a nosotros. Clel Philips era el encargado de Bill McKay y probablemente estuviera preguntándose qué estaba haciendo un indio junto a la carretera mientras el *sheriff* estaba tirado en la cuneta. Clel bajó la ventanilla de la camioneta y apoyó el hombro en el hueco de la puerta.

–Hey.

Clel se sirvió una taza de café de un termo antiquísimo y le ofreció a Henry un trago, que este declinó cortésmente, así que se dirigió a mí y yo abandoné mi estado de gracia por una taza humeante de Folgers soluble. Las piernas me estaban matando.

–Hey.

El café sabía bien y, con la mano que me quedaba libre, me saqué de entre las piernas la tela del chándal empapada. Clel me rellenó la taza.

–¿Qué os traéis entre manos?

–Estamos corriendo.

Clel miró a un lado y a otro de la carretera.

—¿Y de qué huís? —Clel recuperó su taza isotérmica y tomó un sorbo—. Oiga, *sheriff*... —el deber me llamaba. Nunca dejaré de sorprenderme la forma que tenían los vaqueros de romper el hielo. Se parecían un poco al ganado, te miraban constantemente a los ojos para ver si existía peligro o trazas de que fuera a haberlo. Esa era la mejor parte de la personalidad de un *cowboy*, su devoción por los animales. Se pasaban muchas noches en vela en los cobertizos de cría, recorriendo con sus manos a las madres a punto de parir, confortándolas, asistiéndolas. Las vidas de las vacas dependían de ellos del mismo modo que las tuyas dependían de las vacas. No era una forma de vida fácil, pero tenía sus recompensas—. Tengo un problemilla con Jeff Tory.

—¿Qué clase de problema?

—¿Conoces esa parcela de tierra entre su finca y la de McKay? Bueno, pues ha permitido que los cazadores de pájaros pasen por su finca y parece que no les entra en la cabeza dónde acaban los terrenos de Tory y dónde empiezan los nuestros.

En el valle abundaban los faisanes, las perdices pardas y de Chukar, aves que habían huido de las dos granjas locales y de las escopetas Remington Wingmaster de los chicos del este. Aquella era la mejor zona para cazar pájaros del estado y, de vez en cuando, alguien se enteraba. Yo llevaba sin cazar desde Vietnam: desde entonces, sentía que aquello había perdido su encanto. Clel estaba terminando su perorata cuando empecé a interesarme por su problema.

—...y Bill dice que les va a disparar con balas de sal por las molestias que le han causado.

—Vaya... —Henry estaba asintiendo con la cabeza, pero yo me detuve un momento para recapacitar. Cuando uno es *sheriff*, ir pegando tiros con lo que sea es siempre malo para el negocio y Bill McKay era un cabrón con tan malas pulgas como para liarse a tiros con balas de sal contra un puñado de cazadores y considerar que eso es una pelea justa—. ¿Ha colgado Bill algún letrero en la cerca de la finca?

Eso no era lo que Clel quería oír, pues añadía otra tarea más a una lista que no paraba de engordar.

—No, no tenemos ningún letrero. Yo creía que con la cerca es suficiente.

—Bueno, pues parece que no —según la ley estatal, las cercas indicaban prohibido el paso, lo cual significaba que, si no querías a nadie en tus tierras, tenías que hacerte cargo de las cercas, pero hacían falta medidas más severas para los bípedos.

—¿Por qué no te acercas a Shipton's a comprar uno de esos rótulos amarillos metálicos de «Prohibido cazar» y lo cuelgas de la cerca?

—¿Y, luego, qué?

–Luego me llamas.

Clel sopesó la respuesta.

–El *sheriff* Connally nos habría dejado que les disparásemos.

Extendí la mano y le quité la taza de café.

–Sí, probablemente Lucian se hubiera encargado del trabajo él mismo, pero los tiempos que corren son más civilizados –vacíe la taza y se la devolví con una sonrisa–. ¿A que es estupendo?

Me apoyé en la camioneta y dejé caer como si nada mis ciento quince kilos de peso sobre el pecho de Henry, empezando por el hombro. Le vacíe los pulmones y cayó de espaldas sobre la hierba mojada. Me di la vuelta para sonreírle a Clel y decirle adiós con la mano mientras rodeaba la furgoneta y corría por mi vida. Pasado el límite del condado, quedaban cien metros hasta el camino de entrada de mi casa y otros cien hasta mi cabaña. Nunca lo conseguiría. Oí el sonido de mi respiración mientras me esforzaba con cada músculo que no tenía. Quizá eso fuera todo lo que necesitaba por las mañanas, alguien cabreado que me persiguiera. Supuse que no habría ningún problema. No era la primera vez que un hombre blanco de la región se las veía en una situación semejante. Debía haberle sacado más ventaja de la que creía, porque sólo podía distinguir el batir de sus zapatillas sobre el lecho de pizarra de la cuneta.

Que viene Oso en Pie.

Se me había empezado a subir la sangre a la cabeza y, al mismo tiempo, comenzaba a sentir las piernas como si hubiera pasado la noche al raso. Por si fuera poco, los pantalones empapados se me estaban metiendo por la raja del culo. Mientras corría con todas mis fuerzas, a la vez que escuchaba las pisadas de sus zapatillas de deporte aproximarse, me pregunté si el Séptimo de Caballería también habría tenido el mismo problema. Pensé en darme la vuelta para plantarle cara, pero el sonido todavía se oía lejos y creí que tendría que jugármela hasta el final.

Cuando llegué, el sol brillaba sobre el camino de mi casa y tuve cuidado para no resbalarme sobre la escarcha al tomar la curva. Me dirigí a la recta final. La ligera brisa era suficiente para que las hojas secas se levantaran a saludarme y empecé a pensar que lo había conseguido: error. No hizo falta demasiado, un ligero codazo propició que mi pie izquierdo fuera a parar delante del derecho justo antes de llegar a la acequia. Los resultados fueron catastróficos, ya que, a la velocidad que iba, caí directamente en la parte de la zanja que estaba vacía.

Luego, cuando llegué a la cabaña, me encontré a Henry con dos chicos en la esquina sureste, a unos tres metros de la pared de troncos delantera. Uno de ellos era el chaval de rasgos marcados que había visto en el bar la otra noche. Pasé junto a la camioneta del 69 aparcada delante de mi casa y eché un vistazo al

letrero pintado a mano de la puerta. Con un poco de suerte, a los chicos de Contratas Red Road se les daría mejor la carpintería que pintar letreros.

–Bueno, si hacéis un porche de tres metros, podréis utilizar tablones de treinta centímetros para el alero del tejado –Henry se giró para mirarme–. El porche tiene que ir de un lado a otro de la fachada.

–¿Porche? –me estaban mirando de arriba a abajo, creo que pensaron que acostumbraba a ir por ahí cubierto de barro.

–Sí, la mayoría de las personas tienen zonas en el exterior de sus casas para disfrutar del aire libre al aire libre, tú –Henry se cruzó de brazos y me miró–. Charlie Caballo Pequeño, Danny Guapo de Cara, os presento al *sheriff* Walter Longmire.

Guapo de Cara era cuervo, así que era un negocio a dos tribus.

–¿Cuánto me va a costar todo esto? –tenía que resolverlo con rapidez, mis pantalones estaban empezando a endurecerse.

–Me alegro de que les hagas esa pregunta, Walt, porque a mí me gusta ser claro y meridiano con la gente en cuestión de dinero. Así luego no hay problemas –Henry contempló la fachada de la casa, imaginándose el porche, que sería el primer paso que diera en años para mejorar la casa.

–Saldrá por unos mil quinientos dólares en materiales si usamos madera desbastada, eso sin incluir el estaño. Y hay que añadir la mano de obra –Charlie Caballo Pequeño y yo nos íbamos a llevar bien.

Me di una ducha, utilizando el gel como champú, y después volví a cruzarme con ellos de camino al Bullet. Habían clavado varias estacas y estaban colgando cuerdas entre ellas para recrear las dimensiones de la estructura. Charlie Caballo Pequeño había tenido que utilizar una llave para romper la capa superior de tierra, porque estaba congelada. Hizo una pausa y, cuando levantó la vista, me sonrió, mientras yo pasaba con cuidado por encima del bramante verde.

Ladeó un poco la cabeza mientras me miraba.

–¿De verdad eres *sheriff*?

Me miré la camisa del uniforme y me abrí el abrigo para enseñarle la estrella.

–Así es, al menos hasta las próximas elecciones –enterré las manos en los bolsillos–. ¿Te importa si te hago una pregunta?

El chico sonrió.

–Eh, tú eres el *sheriff*.

–Tengo entendido que tuviste un pequeño encontronazo con Cody Pritchard el otro día.

El chico miró la llave.

–¿Quién?

Esperé un segundo.

–Cody Pritchard, el tipo que encontramos cerca del puente Hudson la otra

noche.

–Ah, él...

–Sí, él. ¿Tuviste una pelea con él en el bar?

–Sí.

–¿Y por qué fue?

Se cambió de mano la llave.

–No le gustaban los indios.

–¿Y cómo lo sabes?

Eché un vistazo al agujero.

–Lo típico. Estaba allí sentado mirándome con mala cara hasta que se envalentonó para increparme.

–¿Te dijo algo?

–Sí.

–¿Qué?

–La misma mierda de siempre.

–¿Y tú le dijiste algo?

–Sí.

–¿Qué?

Me ofreció una sonrisa de dientes torcidos.

–La misma mierda de siempre.

Me sentía raro teniendo a alguien trabajando en mi casa. Me sentía raro sólo de tener a alguien allí. Le eché un vistazo al pequeño *jeep* rojo y supuse que la llamaría más tarde.

Hacía uno de esos días hermosos de las altas llanuras, el cielo azul brillaba tanto sobre la tierra que tenías que recordar que caminabas encima de ella. El bálago de la siembra estaba recogido y envuelto en lona, y las sombras de las balas, perfectamente redondeadas, dibujaban formas surrealistas que se extendían desde los campos en forma de anillo hasta Clear Creek. Campos de rastros con la cosecha en casa. No me crucé con ningún coche de camino a Durant. Casi eran las ocho cuando entré en la oficina y Ruby ya me había dejado cinco *post-it* pegados en el quicio de la puerta de mi despacho. Los descubrí nada más abrir la puerta principal.

–¿Un día de cinco *post-it* tan temprano?

–Vic ha estado aquí.

Me senté en la esquina de su escritorio.

–Pensaba que hoy no vendría.

–Y no va a venir, pero se ha pasado a dejarte unas cosas –levantó la vista y se llevó una mano a la boca–. ¿Qué te ha pasado en la cara?

No pensaba que los rasguños fueran tan horribles, pero lo cierto es que había

un montón de raíces en la zanja.

–Es una larga historia. ¿Ha vuelto Turco de Powder Junction?

–Después de decidir cómo iba a colocar los muebles cuando saliera elegido *sheriff* el año que viene.

Puse los ojos en blanco y me bajé de su escritorio, me dirigí a mi despacho, despegué todos los adhesivos amarillos y entré. Ese era el sistema que Ruby había ideado para que hiciera todo lo que se suponía que tenía que hacer durante mi jornada laboral. Encima de mi mesa había un sobre de poliuretano de FedEx cortesía del FBI. Todavía me emocionaba como un tonto cuando recibía algo de los federales, me sentía más tranquilo sabiendo que mantenía una relación postal con los peces gordos: mi amigo postal, Elliot Ness. Debía de haberlo traído Vic. A ella no le impresionaban los federales: los tenía por una panda de imbéciles con título. Rompí la cinta de filamento de nailon reforzado, saqué un paquete más envuelto que una momia y dejé caer el sobre encima de mi escritorio. Era de la División General de Análisis Químicos, expediente número 95 A-HQ 7 777 777. Joder, con todos esos siete teníamos que tener suerte por huevos. Y la teníamos. El laboratorio del FBI decía que el compuesto químico que recubría las muestras de balística había sido identificado como Lubricante SPG o pólvora negra extra Lyman's.

Hijo de puta, eso reducía las posibilidades: significaba que cualquiera que disparase a Cody Pritchard lo había hecho con una escopeta de pólvora negra, pero eso no tenía ningún sentido, pues no estaba muy seguro de que se pudieran disparar balas macizas con escopetas antiguas sin que te explotaran en la cara. Y, además, ¿por qué utilizar una escopeta antigua?

Al menos trece marcas americanas producían mosquetes, rifles, revólveres y escopetas, además de trabucos y escopetas de pistón, lo último para nostálgicos. A veces, las armas de avancarga tradicionales se usan para cazar, pero es más frecuente encontrar armas de pólvora negra en las fiestas de pioneros, para la caza tradicional de pavos y en manos de los grupos que recrean la Guerra Civil. Tienen los mismos inconvenientes que las originales: son lentas de recargar, requieren munición poco corriente y sueltan muchísimo humo. Por otra parte, si se trata de antigüedades certificadas, generalmente la venta y la tenencia no están reguladas por las mismas normas que las armas de fuego corrientes. Dos caras de la misma moneda y ninguna era de mucha ayuda. ¿Quién tenía escopetas de coleccionista en esta zona del país? La respuesta era clamorosa: todo el mundo. Incluso yo tenía una Parker de doble cañón que había pertenecido a mi abuelo y una vieja escopeta Ithaca del calibre 10. Vale, aquello no reducía las posibilidades. Levanté la vista y descubrí a Ruby apoyada en el quicio de la puerta.

–¿Sí?

–Sólo quería ver cómo reaccionabas.

Sostuve la carta en alto.

–¿A esto?

Ruby sonrió.

–Debajo de eso.

Dejé el sobre aparte y cogí lo que parecían un par de pantalones de chándal. En letras azules se leía «Equipo de Atletismo de Chugwater XXXXL». Muy gracioso. Chugwater era un pueblo pequeño que quedaba a poco más de medio camino de Cheyenne que era conocido por su chile y por Hoover's Hut, una gasolinera-tienda de regalos. Sostuve los pantalones en alto para examinarlos.

–Caben tres tíos de mi talla aquí dentro.

–Quizá Vic piense que los acabarás llenando.

–Os creéis todos muy listos –los tiré encima del sillón–. ¿Crees que serás capaz de localizar a Omar?

–Estamos en temporada de caza.

–Lo sé.

Ruby dejó caer los hombros ligeramente.

–Si estuviéramos asistidos por satélites de infrarrojos, te diría que sí.

Me senté para dejar que descasaran mis piernas doloridas.

–Supongo que todo lo que pido es que hagas un par de llamadas y que te enteres de que está aquí y no en Ruanda.

–Claro, pero no te prometo nada –hizo ademán de marcharse, pero no sin antes decirme a modo de despedida–: Lee los *post-it*, tienes un día ajetreado por delante.

Dejé la carta del FBI encima del escritorio y cogí el montoncito de notas. El primero era una inspección de vehículos que había que hacer en Swayback Road, al sur de la ciudad. Todavía no lo había hecho nadie porque era un paseo de más de treinta kilómetros y allí no había otra cosa que hacer. ¿Cómo se suponía que iba a mantener Gotham a salvo si estaba en mitad del campo leyendo matrículas? La siguiente era de Kyle Straub, el fiscal del condado: probablemente quería saber qué era eso de levantar una escena del crimen sin consultárselo. Otra era de Vern Selby, el juez del estado, sobre el proceso del miércoles. Y Ernie Brown, hombre de mundo donde los haya, que había llamado porque quería una declaración para el *Durant Courant*, el periódico local. En la última sólo se leía «Tenemos un inquilino». Joder.

–¿Quién es? –le grité a Ruby.

–Jules Belden.

Mierda.

–¿Por embriaguez pública o por conducir borracho?

—Las dos cosas. Y también por atacar a un agente. Tengo aquí el informe.

Me levanté, salí del despacho y volví a sentarme en su escritorio. Antes de que me diera cuenta, tenía el expediente en mis narices. Le eché un vistazo lo suficientemente rápido como para que la letra infantil del Turco me hinchara las pelotas. Me lo metí debajo del brazo.

—¿Alguien le ha dado de comer a Jules?

—No que yo sepa.

—¿Quieres ir hasta La Abeja para comprarle algo?

—¿Quieres acabar tú estos informes?

Me levanté.

—Ahora vuelvo.

—Avisaré a los medios.

Mientras me dirigía a la puerta trasera, me detuve a reflexionar sobre el pequeño *bed and breakfast* que teníamos en la parte de atrás de la oficina, dos celdas de detención arriba y la típica cárcel abajo. No hay mucha gente que entienda la distinción entre una cárcel y una penitenciaría. Las cárceles son instalaciones municipales o del condado, mientras que las penitenciarías son estatales. Las cárceles suelen acoger a dos tipos de inquilinos: los que están esperando a ser juzgados por faltas y delitos graves y los que han sido inculcados por faltas punibles con una sentencia de menos de un año. Las penitenciarías, por su parte, sólo acogían a los inculcados de delitos punibles con penas de un año o más.

Por eso, en mi opinión, la mayor diferencia entre un delito grave y una falta era quedarte aquí y disfrutar de la cocina de Dorothy o compartir una celda de tres por tres con Bubba el Machaca Ovejas en el penal de Rawlins.

El inconveniente de hacerse cargo de una cárcel es que tenemos que alimentar a los presos tres veces al día. La ventaja es que el café La Abeja Hacendosa queda a menos de trescientos metros, pasado el Hotel Oweb Wister y la Barbería Central, bajando un par de viejos escalones detrás del juzgado que amenazan ruina. Las cosas únicamente se ponían feas los domingos, cuando Dorothy cerraba y nos teníamos que limitar a la selección variada de empanadillas del congelador de la parte trasera.

Mientras rodeaba el edificio, eché un vistazo por las ventanas de los juzgados con la esperanza de que ni Kyle Straub ni Vern Selby me vieran. Distinguí sus coches en el aparcamiento y anoté mentalmente tratar con las fuerzas vivas más tarde, haciendo uso de mi encanto en una visita personal. Cuando dejé atrás la barbería, mi paso se había acelerado de forma considerable sólo de pensar en bizcochos y salchichas con salsa. La Abeja estaba situado cerca del puente del Clear Creek y se inclinaba ligeramente sobre el agua, parecía sacado de una de las novelas de Alistair MacLean.

La campanilla de la puerta anunció mi llegada y un par de cazadores levantaron la cabeza. Yo no los conocía. Me senté en uno de los taburetes del fondo, junto a la caja registradora, y cogí el periódico. Había una foto de Ferg y del equipo de Búsqueda y Rescate, dispuestos en círculo, comiendo donuts y tomando café cerca del puente Hudson. Me alegró comprobar que el *Courant* había capturado el espíritu del momento. Sobre la fotografía, en caracteres medianos, el titular rezaba: «Joven local muere en incidente violento». Incidente, eso me gustaba: al menos no toda la gente del pueblo se refería a él como una masacre al estilo de las bandas callejeras. Creo que le debía a Ernie Brown una taza de té y una entrevista. Doblé las páginas del periódico hacia atrás y lo estaba apoyando sobre la barra para una lectura rápida, cuando una taza de café humeante apareció ante mis ojos.

–Alguien se ha llevado las tiras cómicas.

–Por norma general todo el periódico me parece divertido.

Era como si todo el país estuviera repleto de hermosas mujeres entradas en años, a pesar de que los pioneros siempre fueron duros con los caballos y con las damas. En mi opinión, Dorothy Caldwell rondaría los sesenta y cinco años y se había hecho cargo de La Abeja Hacendosa desde que yo recordaba. El local tomaba su nombre de la afinidad espiritual que Dorothy decía sentir por Napoleón y de la impresionante colección de abejas resultante de su afición, que descansaba en las baldas situadas sobre la tabla de cortar. Había abejas de madera, abejas de cerámica, abejas de peluche, abejas de cristal... todos los tipos de abejas habidos y por haber. En el pueblo se había convertido en una especie de cruzada traer a Dorothy una abeja de todos los rincones del globo. Observé con satisfacción la pequeña abeja de porcelana del extremo, procedente de Tokio vía Vietnam. El nombre también se debía al hecho de que Dorothy estaba al tanto de los cotilleos que circulaban por todo el condado. Si de verdad quería saber qué coño estaba pasando, tendría que hablar con ella. Joder, probablemente supiera quién había matado a Cody Pritchard. Así que se lo solté:

–¿Quién mató a Cody Pritchard?

Su rostro permaneció impasible.

–¿Por qué no me preguntas quién mató a Laura Palmer?

–¿También ha desaparecido?

Dorothy apoyó los nudillos en la barra y se inclinó hacia mí.

–Esta es la segunda vez esta semana que venís a mi cafetería a interrogarme. ¿Debería considerarme sospechosa?

Me mordí el labio y me lo pensé.

–Tanto como cualquier otra persona.

–Bien, las cosas se estaban poniendo aburridas por aquí y me gusta tener un

aire de misterio y de peligro –me miró la axila: aquel no era el primer expediente que llevaba a La Abeja–. ¿De quién es?

–De Jules Belden.

Dorothy suspiró.

–Ay, Dios –levantó la mirada–. ¿Quieres lo de siempre?

–Ni siquiera sabía que siempre tomara lo mismo.

–Todo el mundo tiene un lo-de-siempre.

–Tomaré lo de siempre.

Bebí un sorbo de café, dejé el expediente en la barra y comencé a leer el periódico. «El 28 de septiembre comenzó con un amanecer frío y gris...»: Dickens. «...La orilla resbaladiza donde la vida de Cody Pritchard tocó a su ignominioso fin...»: Faulkner. «Esto plantea a la sociedad una simple cuestión: por qué»: Steinbeck. «Muerto»: Hemingway.

Ernie se había licenciado en Literatura Inglesa en la Universidad de Wyoming antes de conseguir el puesto de único empleado y editor jefe del *Durant Courant* en 1951. Mis dos secciones favoritas del periódico eran «El Hombre de Mundo», el editorial, que firmaba Ernie, y «El Resumen», la contribución de Ruby al cuarto poder.

La crónica de mi secretaria consistía en la transcripción completa o parcial de informes policiales tratados con un estilo un tanto surrealista. Esto daba como resultado enunciados tan profundos como «Se denunció la presencia de un cerdo en Crow Street, un oficial acudió. No se encontró ningún cerdo». Los consideraba mi dosis de zen diaria.

Una montaña de bizcochos y salsa picante apareció encima del periódico, seguida de un juego de cubiertos envuelto en una servilleta. Lo de siempre. Dorothy extendió el brazo para coger la cafetera del fogón y me sirvió otra taza.

–Entonces, asumo que lo hizo Jules Belden.

–Sólo si lo asesinó por intoxicación etílica –partí una porción de bizcocho empapado en una salsa que tenía la consistencia de la pasta para pegar carteles. Aquel era el único local del estado donde podías conseguir salsa de salchicha picante y sabía de maravilla.

Una uña pintada tamborileó sobre el expediente.

–¿Te importa?

–En absoluto –Dorothy abrió la carpeta y comenzó a leer el informe del Turco.

Un instante después, preguntó:

–¿Qué quiere decir el cabroncete con...?

–Por favor... Todavía no me lo he leído, no me estropees el final –Dorothy se acodó en el mostrador de formica y apoyó la barbilla sobre sus puños, para

escrutarme con sus ojos serenos color avellana—. ¿Qué? ¿Hago demasiado ruido al masticar? ¿Qué?

—Simplemente me gusta verte comer.

—¿Por qué?

—Se nota que disfrutas mucho. Eres muy agradecido.

Me pasé una mano por la tripa.

—Sí, quizá un poco más de la cuenta.

—Oh, Walt. Ya tienes a todas las mujeres del pueblo locas por ti. ¿Te imaginas qué pasaría si además estuvieras bueno?

Mastiqué durante un instante.

—Vale, no estoy seguro de qué parte de esa frase me resulta más ofensiva.

Por un momento se hizo el silencio.

—He oído que últimamente Vonnie Hayes anda detrás de ti.

Detecté en su mirada un algo travieso.

—Se supone que estoy desayunando.

—Oh, disculpa —se marchó, fingiendo indignación, a rellenarles el café a los cazadores y yo agité la cabeza: me sorprendía ver a la velocidad a la que se transmitía la información en este maldito pueblo. Le di la vuelta a la carpeta y comencé a descifrar los garabatos de Turco.

El incidente Jules Belden, como se le conocerá de aquí en adelante, comenzó en el Bar Euskadi, situado en el centro de Durant, aproximadamente a las 21:20 horas de la noche pasada. Al menos, ahí fue donde el altercado tuvo lugar, en el callejón trasero. Al descubrir que el baño de caballeros estaba ocupado, Jules decidió sacarle partido a la calle y aliviarse de la forma más conveniente. Debíó de ser un alivio de grandes proporciones, porque duró lo suficiente para que Turco aparcara, saliera de su Pollo Móvil, lo rodeara, tuviera una breve discusión con Jules y que este le regase. Joder, pagaría lo que fuera por ver a Turco ser agredido con orina.

Aparté el expediente y empecé a pensar en los demás chicos implicados en el caso de violación Pájaro Pequeño: Bryan Keller y George y Jacob Esper. Tendría que hacerles una visita y comprobar si habían tenido algún contacto con Cody Pritchard. ¿Acaso creía que había algún tipo de conexión? ¿Quería que la hubiera? Sólo tenía que tener la situación controlada lo suficiente como para encontrar las piezas que faltaban. Las mejores ideas me venían cuando no estaba pensando: a veces creía que mi mente era como una masa de agua, que funcionaba mejor una vez que las cosas se asentaban en el fondo. El truco estaba en no enfangarse.

Me llevé a las celdas de detención una ración de bizcochos con salsa. Jules también iba a tomarse lo de siempre. Pasé por el muro divisorio entre las dependencias masculinas y femeninas, un recordatorio de los nada ecuménicos

años cincuenta, y me detuve un segundo. Con cuidado para no derramar el vaso de café desechable y lo de siempre, me aproximé a la Polaroid de identificación que había colgada en el tablón de anuncios para analizarla. Se trataba del procedimiento habitual para tener identificados a los de las celdas. Jules aparecía sonriente, sosteniendo un papel con un número y su nombre con la letra de Turco. No fue nada de eso lo que me llamó la atención.

Cogí las llaves, doblé la esquina y encendí la luz del pequeño pasillo. El bulto que había debajo de la manta en el catre se movió. Con la voz más suave que pude encontrar, dije:

–Hey, Jules. Es la hora del desayuno –el bulto se movió de nuevo y se dio la vuelta mientras yo dejaba la puerta abierta de par en par. Entré y me senté en el catre de enfrente. A continuación, dejé la comida en el suelo entre los dos. Jules estaba tumbado en mi dirección, pero la manta seguía cubriéndole–. Vamos, amigo. Son bizcochos con salsa y pierden mucho si se enfrían –con un bostezo exagerado, Jules se incorporó; tenía el brazo tan fino que apenas podía sostenerse. Me incliné hacia delante y lo enderecé, mientras la manta propiedad de la cárcel del condado de Absaroka se le escurría de la cara.

Hice un gesto de dolor. Tenía sangre coagulada encima del ojo derecho. La prominente mandíbula y la nariz estaban despellejadas, dejando al descubierto una carne amarillenta y enfermiza. La nariz le había estado sangrando y se había colocado un trozo de papel higiénico enrollado en el orificio izquierdo que, empapado y endurecido como estaba, le daba a su voz un timbre más agudo de lo habitual.

–Buenas, Walt.

–Jules... –unas catorce docenas de cosas pugnaban por salir de mis labios cuando cogí lo de siempre y se lo entregué a Jules–. Desayuna –le quité la tapa al café mientras él se abalanzaba sobre los bizcochos con salsa. Contemplé cómo ascendía el vapor de la taza de café recién hecho por Dorothy y se lo pasé cuando me pareció que tenía problemas para tragar.

–Gracias... –después de darle unos sorbos y de hacer varios gestos de dolor, se aclaró la garganta–. Supongo que estoy hecho un asco, ¿eh?

Las encías le sangraban al sonreír, pero era difícil saber si era producto de la paliza o del alcoholismo, que se había convertido en su profesión. Jules Belden había sido un vaquero muy trabajador y un carpintero de considerable reputación. Recordaba haberlo visto por la ciudad desde que era un crío y solía darme un cuarto de dólar y golosinas cada vez que lo veía. El único crimen que había cometido había sido tener el corazón demasiado grande. Jules era un hombre menudo y enjuto, al que parecían haberle puesto la piel encima para luego prenderle fuego. El ojo que quedaba a la vista era de un color azul rabioso.

–¿Quién te ha hecho esto?

Jules tomó otro sorbo de café.

–No quiero causar ningún problema.

–¿Quieres presentar cargos? –las palabras salieron de mí como una avalancha, con tanta fuerza que Jules retrocedió un poco antes de encogerse de hombros y centrarse en la comida.

–Una salsa muy buena –esperé a que me pasara el vaso de café y que tomara otro bocado–. Es que no quiero causar ningún problema.

–Estamos hablando de problemas legales, que no son nada comparados con los problemas que le voy a dar a ese pedazo de cabrón cuando le ponga las manos encima.

Sus ojos no vacilaron y su voz adquirió un tono paternal.

–Vamos, Walt... No le haga daño al chico –me enderecé, indignado. Había un tipo hecho polvo en mi cárcel al que ni siquiera le habían permitido lavarse después de pegarle una paliza. No recordaba haber estado nunca así de cabreado–. Joder, me meé encima de él... –su sonrisa se hizo más grande sólo de pensarlo–. Y luego me meé en la trasera de su lujoso coche.

Intenté mantener la compostura, pero la idea de alguien meándose en la trasera del Pollo Móvil fue como un rayo de sol en mi corazón. Pensé en todas las pegatinas de los personajillos meándose los unos en los otros en la luna trasera de Turco, así que cualquiera habría dicho que debía de tomarse esas cosas con humor. A pesar de todo, me reí con Jules.

–Creo que repetí antes de que me metiera aquí.

–El suelo de la entrada no estaba pegajoso, Jules –nos reímos un poco más–. Pero creo que deberías presentar cargos –entre bocado y bocado, alcanzó su café y contestó:

–Déjalo ya, me estás amargando el desayuno.

Cuando salí al pasillo de la cárcel, mi rabia se había aplacado para quedarse en las brasas. Cuando irrumpí en la oficina, Ruby me llamó:

–Vern Selby por la línea uno.

Llegué a su escritorio antes de que ninguno de los dos nos diéramos cuenta.

–¿Qué?

Ruby se puso un poco rígida y abrió mucho los ojos.

–Vern Selby...

Antes de que pudiera añadir nada más, le arrebaté el auricular de su teléfono mientras ella trataba de dar con el botón de la línea uno y yo le gritaba al juez del estado al otro lado de la línea:

–¿Qué?

–Walt, soy Vern –dijo tras una pausa.

–¿Sí?

–Sólo llamaba para recordarte la comparecencia del miércoles y para saber si querías que comiéramos juntos.

–Sí.

Otra pausa.

–Sí sí o sí no.

–Que sí, vayamos a comer, joder.

Otra pausa más.

–Bueno. Sé que Kyle Straub te está buscando. Se pregunta si has descubierto algo del asunto de Cody Pritchard.

Exhalé un poco aire lentamente.

–No, todavía no he interrogado a todos los mayordomos.

Una pausa aún mayor.

–Bueno, sé que Kyle quería que lo pusieras al día, pero creo que le diré que se busque algo mejor que hacer hoy.

–Eso sería lo más inteligente –Ruby no me estaba mirando cuando estrellé el teléfono en su escritorio.

–¿Y Omar?

–A las cuatro en el aeropuerto. Ahora está recogiendo a los cazadores –sólo pude murmurar un «gracias»–. Aun a riesgo de que me arranques la cabeza, ¿hay algo que pueda hacer? –Ruby era única entre un millón.

–Coge el botiquín grande de primeros auxilios y dáselo a Jules para que se limpie. Si le apetece dormir, déjalo que duerma. Tiene la puerta abierta. Si quiere comer, tráele el almuerzo. Volveré más tarde para llevarlo a su casa... ¿Me haces un favor? –Ruby sonrió, y yo empecé a sentirme mejor–. Llama a los Esper –la sonrisa se marchitó un poco.

–¿Te refieres a Jacob y a George?

–Sí. Y a los Keller, en el sector 3K.

–¿Hay algo que deba saber?

–Espero que no. Sólo quiero comprobar si tuvieron algún contacto con Cody antes de que se fuera a criar malvas –esa vez el «gracias» me salió con más facilidad.

Fui conduciendo hasta Swayback Road para relajarme. Mi sentido común y yo tomamos la salida que conducía a Crazy Woman Canyon, pasando por dos reservas de pesca, Muddy Guard Uno y Muddy Guard Dos. Ah, los pintorescos contrastes del lejano Oeste. Pasé veinte minutos arrastrándome junto a una furgoneta Studebaker del 48 hecha a base de piezas sueltas, tratando de encontrar un número de identificación del vehículo que encajase con alguno de los del papel. Para el tercer número, el señor Fletcher y yo habíamos perdido el interés, así que nos conformamos con el primero, que era el más legible.

Cuando regresé al pueblo, Ruby me informó de que Jules se había marchado. Había hablado con Jim Keller y le había pedido que trajera a Bryan. Había dejado un mensaje en el contestador de los Esper y, por el momento, no había recibido ninguna respuesta.

—¿A qué hora quieres que vengan?

Pensé en Omar y en el aeropuerto, en Ernie Brown y el periódico, así como en Vern Selby y el juzgado.

—Oh, ¿qué tal a las cinco? Y vuelve a llamar a los Esper. Me encantaría acabar con esto de un solo tiro.

—Creo que no has escogido la mejor palabra —alcanzó el teléfono y pulsó el botón de rellamada.

Fui andando hasta el juzgado y entré por la puerta de atrás, junto a la biblioteca pública. Nuestro juzgado fue uno de los primeros que se construyeron en este territorio, circunstancia que le daba a su exterior una apariencia de sólida estabilidad. El interior, por el contrario, era invariablemente cutre, a pesar de haber sufrido las vejaciones de numerosas remodelaciones. Hasta donde alcanzaba la vista, había paneles de materiales baratos, revestimientos acústicos en el techo y moqueta raída color verde bañada con la luz de los fluorescentes. Yo lo llamaba el excusado de los suspiros. El despacho de Vern estaba en la segunda planta y, antes de pasar junto a la columna desaparecida que en tiempos sujetara la escalera para subir penosamente los escalones, saludé a las señoras de pelo azul que había en el despacho del asesor en el vestíbulo.

Me senté en uno de los sillones de Vern y esperé a que terminara de hablar por teléfono. Vern era un señor mayor y meticuloso, rondaría los setenta, y tenía el pelo ralo y plateado, como sacado de una película de Cecil B. DeMille. Sin duda el hombre que desearías encontrarte en un tribunal: patricio, sereno, incluso noble. El hecho de que nunca supiera el día de la semana en el que estaba desmerecía un poco su capacidad de decidir sobre la vida y la muerte de las personas.

—¿No estamos a martes?

—Lunes, Vern.

—Supongo que habré extraviado un día por alguna parte.

Me pregunté dónde, entre el domingo y el lunes, se le habría ido la olla.

Se acodó en el escritorio y acomodó con cuidado la barbilla sobre los puños cerrados.

—Este chico, Pritchard...

Me eché hacia atrás en el sillón.

—¿No te has enterado? Ya nunca dará problemas.

Sus ojos azul claro parpadearon.

–Yo creo que los problemas acaban de empezar.

Extendí las manos.

–¿Sabes algo que yo no sepa?

Ni parpadeó.

–Simplemente creo que este desafortunado episodio puede exacerbar los rencores que surgieron tras el caso de violación Pájaro Pequeño.

–Exacerbar. ¿Esa palabra puntúa doble? –bostecé y me acomodé más en el sillón–. ¿Y qué te gustaría que hiciera contra la exacerbación?

Vern seguía sin parpadear.

–¿Hay alguna posibilidad de que esta situación se resuelva con agilidad?

–Podría declararme culpable y arrestarme a mí mismo.

Se echó hacia atrás en su propio sillón y escuché el ligero siseo que emitió el tapizado en cuero al dejar salir el aire. Mi sillón no tenía un tapizado igual. Me sentía exacerbado.

–Walter, no me cabe duda de que no tengo que advertirte que el caso tiene todas las papeletas para explotarnos en la cara –Vern apoyó las puntas de los dedos en el borde de su escritorio y suspiró–. Fue un caso de notoriedad pública y todavía hay heridas abiertas dentro y fuera de la reserva –se detuvo un momento–. ¿Por qué me pones las cosas más difíciles?

Me hundí un poco más en mi sillón.

–Tengo un mal día.

–Hasta ahí llego. ¿Y tiene que ver con el caso?

Negué con la cabeza.

–En realidad, no.

–Bueno, entonces quizá deberíamos enfrentarnos a los problemas uno a uno. ¿Has hablado con la familia de la chica?

Le sostuve la mirada un buen rato.

–Vern, no me estarás diciendo cómo debo hacer mi trabajo, ¿verdad? –Vern levantó las manos como si se rindiera. Nos miramos el uno al otro un instante–. Lonnie Pájaro Pequeño es diabético y tiene las piernas amputadas. Supongo que eso lo aleja de los primeros puestos de la lista de sospechosos –nos miramos el uno al otro un rato más–. Era el hombre que estuvo en la silla de ruedas en el pasillo durante el juicio.

Agitó la cabeza ligeramente y me despidió con un gesto.

–Hablares el miércoles.

Mientras salía, intenté despejar el ambiente.

–Te refieres al miércoles de pasado mañana, ¿no, Vern?

Casi eran las cuatro, así que conduje hasta el aeropuerto. Supuse que Omar llegaría temprano, siempre lo hacía. El aeropuerto local era famoso por el

Festival del Jet, que conmemoraba un evento que había tenido lugar a principios de los ochenta, cuando un piloto de un vuelo de la Western Airlines 737 confundió nuestro aeropuerto con el de Sheridan y consiguió que el hijo de puta hiciera un aterrizaje récord en una pista de mil cuatrocientos metros. La ciudad celebraba el milagro aeronáutico con una gran fiesta. Todos los años invitaban a Edger Lowell, el piloto. Todos los años, Edger declinaba. No es que fuera un aeropuerto muy grande, pero aun así teníamos nuestra cuota de jugadores de polo, chulitos, ejecutivos adinerados y aficionados a la caza mayor. Los jugadores de polo acudían al Centro de Equitación; los chulitos, a jugar a los *cowboys* por dos mil dólares a la semana; los ejecutivos, para escapar de un mundo que ellos mismos habían contribuido a crear, y los cazadores, por Omar. Por el momento, ninguno lo había conseguido, pero no era por no intentarlo.

Omar era el enigma local, el rey de los proveedores de las montañas Big Horn. Podías recorrer toda la cadena montañosa y no encontrarías más de siete propietarios. Uno de ellos era Omar Rhoades. Su rancho seguía la desviación hacia el norte del Rock Creek, desde la parte superior del condado, y luego se extendía desde la I-90 hasta el parque natural de Cloud Peak. Tenía el tamaño de la mitad de Rhode Island. Omar había nacido en Indiana, pero había heredado la propiedad de un tío rico que despreciaba al resto de su familia. Lo sabía todo en materia de caza y armas de fuego. Su colección personal era mundialmente conocida y los cazadores internacionales que imploraban ser clientes suyos eran legión. Tenía su propio aeropuerto en el rancho, pero después de que la Administración Federal de Aviación le recortara el tamaño de su pista de aterrizaje los cazadores que llegaban en aviones más grandes aterrizaban allí.

Atravesé una alambrada de tela metálica y aparqué junto a la torre de control. La superficie del promontorio estaba hecha de viejos bloques de cemento asfaltados, y una manga de viento raída se agitaba con la fuerte brisa. Pasé andando junto al edificio de madera blanca, donde se podía leer: «Durant, Wyoming, Altura: 1.509 m». Supuse que se sentían obligados a incluir el nombre del estado por si acaso alguien se perdía. Sentía una gran afinidad por las avionetas antiguas Lockheed PV-2 aparcadas al fondo de la pista. Conseguían empujarse los tres biplaza modelo Cessna 150 que había encadenados al asfalto frente al edificio. No había nadie que pilotase los pájaros de aluminio, así que seguían allí, con los ventiladores y el morro cubiertos de más y más polvo rojo. Los motores Pratt & Whitney rezumaban lubricante de aviación sobre el cemento y las letras del Servicio Forestal habían empezado a descascarillarse. Al llegar al final del edificio, miré la pista de aterrizaje y

encontré lo que estaba buscando: al general George Armstrong Custer apoyado en una camioneta Custom Crew.

Decir que se parecía al mítico general era menospreciar a Omar: Omar era más guapo y no me cabía duda de que le sacaba una cabeza al viejo Ricitos de Oro. Llevaba un sombrero Stetson modelo Silver Belly cuidadosamente envejecido y ladeado, y tenía los brazos embutidos en un abrigo largo de lana de Hudson con el cuello de piel de coyote gris. Los lugareños lo consideraban todo un dandi, pero yo creo que simplemente tenía clase. Nos habíamos conocido gracias a una serie de altercados domésticos. Omar y su esposa Myra llevaban más de ocho años metidos en una escalada de violencia: habían empezado lanzándose utensilios de cocina y habían acabado, hasta donde yo sabía, con un juego de rifles Winchester de calibre 380 que había sido un regalo de bodas de su tío. Los dos llegaron a disparar y tuvieron una suerte increíble de errar el tiro: ninguno era capaz de vivir con el otro pero tampoco sin él. De momento, estaban viviendo separados y las cosas se habían calmado considerablemente en Rock Creek. Omar siempre daba la impresión de estar adormilado, pero no era así.

—Entonces, si un tipo quisiera matar un animal inocente por esta zona, ¿qué tendría que hacer?

—Mudarse. Los animales inocentes no existen y menos en esta zona.

Me apoyé en la superficie reluciente del Chevrolet y me pregunté cómo podía mantener todos sus vehículos así de limpios. Probablemente tuviera contratados a veinte tipos para hacerlo.

—¿No veías *La hora de Walt Disney* en la tele?

—Me iban más los documentales sobre fauna salvaje —Omar bostezó y se echó el sombrero para atrás. Sus ojos color cobalto contemplaron las montañas a lo lejos: casi se podía escuchar el chasquido del mecanismo interior que calculaba las yardas de distancia y la trayectoria—. De todas formas, el animal que estáis buscando no tiene ni un pelo de inocente.

Saqué la bolsa de plástico del abrigo y la sostuve delante de él. Me sentí como si fuera a pasarle un test de Rorschach.

—Lo cual me lleva al asunto en cuestión —los ojos de Omar se posaron en la bolsa y de repente se pareció más a un león que a cualquier otra cosa.

Omar bostezó de nuevo.

—Hablemos de negocios.

Alargó una mano y yo le entregué la prueba más importante del caso. Omar la sopesó un momento, balanceándola entre el Rolex ribeteado de oro y los tres anillos de turquesa de la mano derecha. Omar era ambidiestro. Qué clase.

—¿Dureza?

—30-1, plomo-estaño.

-¿Algo más?
 -Algún tipo de sustancia externa, SPG o pólvora negra extra Lyman's.
 -Un lubricante especialmente fabricado para disparar con cartuchos de pólvora negra.
 -¿Cartuchos de pólvora negra?
 Y fue entonces cuando me miró.
 -¿Cuántas personas han visto esto?
 -Vic, T. J. Sherwin, del laboratorio de la División, los de análisis químicos del Departamento de Justicia y Henry.
 Omar parpadeó y continuó observándome.
 -¿Oso no sabía lo que era esto?
 Hice una pausa.
 -Supusimos que era un cartucho macizo de escopeta, de pólvora negra.
 -Hummm... -Omar era capaz de sacar partido a los «hummm...» evasivos casi tan bien como yo.
 -¿Algo que decir?
 Me devolvió la bolsa y se metió las manos en los bolsillos.
 -Podría decírtelo, pero prefiero enseñártelo.
 -¿Tan seguro estás?
 Se miró la punta de sus botas de *cowboy*, diseño de Paul Bond en piel de caimán.
 -Segurísimo -repasé el resto de mi día-. ¿Pasadas las cinco y media? -Omar volvió la vista a la franja de cielo encima de Cloud Peak-. Mañana por la mañana sería mejor, *sheriff*. Tengo un negocio que mantener.
 -¿A qué hora? -Da lo mismo, siempre estoy levantado.

Cuando regresé a la oficina, una camioneta Dodge verde de caja plana con un remolque estaba aparcando junto al edificio. La mujer del asiento delantero hizo como que no me veía cuando entré. Barbara Keller nunca creyó que su chico fuese culpable y jamás lo creería. Entré en la oficina y ordené a los dos hombres que me siguieran.

-¿Puedo traeros un café, muchachos? -Jim Keller negó con la cabeza y Bryan se miró las manos-. ¿Estáis seguros? Lleva haciéndose desde las ocho de la mañana, seguro que está bueno.

-¿En qué podemos ayudarte, Walt? -de todos los chicos del grupo, la participación de Bryan en la violación era la que más me había costado creer. No estaba seguro de si siempre había tenido la expresión tan triste o si se le había acentuado después del proceso.

-Jim, ¿es tuya la propiedad que hay junto a los terrenos públicos, donde Bob Barnes lleva a pastar las ovejas de Mike Chatham?

–Sí.

–Allí fue donde encontramos a Cody Pritchard –observé a Bryan–. No habrás mantenido algún contacto con él durante las últimas dos semanas, ¿verdad?

–No –me giré para mirar a Jim. A su vez, Jim miró a Bryan, que, a su vez, se miró las manos–. ¿No?

Bryan cada vez encontraba sus manos más interesantes.

–No, señor.

–Jim, tu mujer parecía un poco preocupada allí fuera, quizá deberías ir a ver cómo se encuentra.

Jim miró de nuevo a su hijo.

–Le vas a decir a este hombre todo lo que quiera saber y más te vale que le digas la verdad.

Dejé que el chico digiriese la orden hasta que oí la puerta delantera cerrarse suavemente. Bryan Keller era un chaval guapo, de pómulos amplios, barbilla fuerte y una cicatriz retorcida en la mandíbula. Había intentado seguir con su vida, pero la vida le había dado una patada en el culo. Miré a ese joven desgraciado y me invadió la tristeza.

–¿Bryan? –el chaval dio dos respingos seguidos y sus ojos se encontraron brevemente con los míos–. ¿Mantenías algún contacto con Cody?

–No, señor.

–¿Ninguno en absoluto?

–No, señor.

Le creí. Lo normal es que las cáscaras vacías no hablen. Me estiré y enlacé las manos detrás de la cabeza.

–¿No has tenido nada que ver con él desde el juicio?

–No, señor.

–¿Sabes si alguien lo amenazaba? ¿Enemigos que pudiera tener? –el chico exhaló levemente–. ¿Aparte de los obvios?

–Me gustaría haber matado a ese hijo de puta.

No pude evitar enarcar las cejas.

–¿De verdad?

Sus ojos regresaron donde las manos.

–¿Me va a causar problemas el haber dicho eso?

–No más que al resto de nosotros –regresé a la zona de recepción y me serví una taza de café–. ¿Estás seguro de que no quieres? De verdad que no está tan malo –Bryan accedió, probablemente porque le había preguntado dos veces y le habían enseñado que, si alguien te pregunta algo dos veces, se dice que sí, no importa de qué se trate. Al parecer, en la camioneta aparcada en la parte delantera estaban teniendo una conversación acalorada. Y entonces yo pensé en

mi hija. Ignoro cómo se llegan a tomar las decisiones adecuadas, cómo se puede evitar que un hijo acabe como el despojo que había sentado en mi despacho.

Le llevé a Bryan el café y me senté en la silla que había junto a la suya, a la vez que me quitaba el sombrero y lo tiraba encima del escritorio. El cinturón de la pistola se me estaba clavando en un lado, pero lo ignoré. Los dos lo ignoramos. Tomé un sorbo de café.

–Bryan... Para que conste, no creo que mataras a Cody Pritchard... Si no recuerdo mal, tus declaraciones y tu testimonio en el juicio indicaron que no tomaste parte en la violación.

–Y así fue –sus ojos se anegaron de lágrimas y yo deseé ganarme la vida lavando coches.

–Sólo fuiste condenado como cómplice, con una sentencia en suspenso.

–Sí, señor.

–Bueno, eso está bien.

Le dio un sorbo al café e hizo una mueca.

–Hay días en los que simplemente no puedo soportarlo –estaba llorando sin tapujos. Observé cómo las lágrimas le recorrían el rostro e iban a parar a la camisa.

–¿Soportar el qué?

Se secó la cara con la manga de la Carhartt.

–La gente... La forma que tienen de mirarme... como si no valiese una mierda.

–Bueno, aunque suene trillado, creo que te toca a ti demostrarles que están equivocados.

–Sí, señor.

–Deja de decir «sí, señor».

–Sí, señor.

Compré champú de camino a casa. Cuando llegué, la subestructura del porche llegaba de un lado a otro de la cabaña. Seis pilares de ciento ochenta por ciento ochenta permanecían impasibles ante el viento que se había levantado y el pequeño *jeep* ya no estaba.

Salí de casa sobre las cinco y media de la mañana y conseguí evitar a Contratas Red Road y a Henry. No estaba seguro de que fuera a obligarme a correr dos días seguidos, pero no quería arriesgarme. El cielo estaba parcialmente nuboso, pero el sol intentaba de manera decidida despejar las nubes y el día prometía ser más cálido de lo que habían sido los anteriores. En ocasiones pensaba en mudarme al sur, en seguir a los gansos, cruzar el puerto de montaña en Raton y averiguar si había alguna vacante de *sheriff* en Nuevo México. Era difícil encontrar comida mexicana en condiciones al norte de Denver. Me gustaba Taos, pero, probablemente, Hatch fuese más mi estilo.

Tomé la carretera 14 a Lower Piney y me desvié en la 267 en dirección a Rock Creek, remontando el camino desde el pie de las colinas. Pensé en Vonnie y la eché un poco de menos. Quizá fuese demasiado pronto para eso. Empezaba a preocuparme un poco haber dicho o hecho algo malo y que no quisiera volver a verme. Yo me veía a mí mismo todos los días y no estaba seguro de que me gustase mi compañía. Me prometí que la llamaría y que le propondría una cita de verdad, quizá un almuerzo con menos expectativas.

Por lo que sabía, Ruby no había recibido noticias de los Esper. Iba a tener que dejarme caer por su casa y arreglar cuentas con ellos cuando regresara de ver a Omar, a no ser que llamara por radio a Vic para pedirle que se encargase. Con Turco de nuevo en Powder, andaba escaso de personal. Me puse a pensar en Turco y tuve que centrar mis pensamientos en otra parte. Me costó horrores. Esperé a llegar a la cima de una de las lomas antes de llamar a Ruby y decirle que enviase a Ferg a la casa de los Esper. Me recordó que no me había llevado los pantalones de chándal el día anterior y que probablemente hiriese los sentimientos de Vic.

—¿Está ahí?

—Está hablando por teléfono con Cheyenne.

—¿Tan temprano? Vale, dile que encima de mi escritorio tiene las pruebas de...

—Sí, ya lo ha cogido.

—Oh —esperé un instante, pero Ruby no siguió hablando—. ¿Necesitas algo más de mí?

—¿Por ejemplo, saber dónde estás?

—Por ejemplo eso.

—No, no nos importa —creí escuchar a alguien riéndose de fondo, pero no estaba seguro.

El palacio de Omar estaba hecho de troncos de madera, igual que el mío, pero ahí acababan todas las semejanzas. A diferencia de la casa de Vonnie, tenías que llamar para que te abriesen el portón y luego avanzar por un camino asfaltado unos mil quinientos metros hasta llegar a una zona de aparcamiento circular. Nadie dijo nada, pero la reja subió suavemente y yo sonreí y saludé con la mano a la videocámara. Contemplé la casa, preguntándome cuántas cámaras estarían enfocándose en ese momento. El lugar era imponente, como suele ser lo habitual tratándose de mansiones de multimillonarios. Los arquitectos de Montana habían utilizado una combinación de troncos gigantes cortados con hacha y piezas restauradas para dar una sensación de nuevo y antiguo, pero, sobre todo, de caro.

Llamé al timbre y le hice muecas a la cámara de seguridad de la puerta, pero nadie contestó. La perspectiva de entrar en la casa de Omar sin haber sido anunciado no era lo que se dice atrayente, pero distinguí el ruido de una tele tras las paredes, así que decidí jugármela. Abrí la puerta, oí el satisfactorio ruido del revestimiento metálico al cerrarse y me adentré en el atrio de dos pisos que había a la entrada. Conté las cabezas de animales disecados que había colgadas en el pasillo que llevaba hasta la cocina de la parte de atrás. Había 33. Conocía bastante bien el interior de la casa; la había atravesado detrás de Omar y de Myra a la vez que escuchaba sus monólogos psicóticos sobre cómo iban a matarse el uno al otro.

A medida que me aproximaba a la cocina, empecé a distinguir el sonido de la tele y estaba bastante seguro de que eran dos personas haciendo el amor. Estaba claro que Omar recibía mucho mejor la señal que yo. Cuando llegué, vi a Jay Scherle, el capataz de Omar, de pie junto a la encimera, concentrado en una versión bastante descafeinada de *El amante de Lady Chatterley*, que discurría en un granero de algún sitio, como pude comprobar. Cada vez que se veía a la protagonista desbordada por la pasión, la cámara enfocaba las cortinas hinchadas por el viento de la ventana. Jay llevaba ropa de trabajo, zahones y espuelas incluidos. Le pregunté si Omar estaba levantado. No apartó los ojos de la pantalla.

—Llevo siete años trabajando para él y todavía no he visto dormir al hijo de puta.

Asentí y comprobé cómo Jay seguía embobado mirando la pantalla plana móvil que colgaba debajo de los armarios de la cocina. Tengo mis dudas de que D. H. Lawrence reconociese su trabajo, pero el cirujano plástico especializado en aumento de pecho reconocería el suyo sin problema.

—¿Dónde está?

—Ahí detrás, montando todo.

Miré la pantalla, de nuevo una cortina.

–¿Montando qué?

–Que me aspen si lo sé... Se llevó una calabaza consigo –un momento después, habló de nuevo–. ¿Desde cuándo se ha visto un puto pajar con tantas cortinas?

Me dirigí a las puertas de cristal que Jay me había señalado con la barbilla y salí a una gran terraza. Bajé unas escaleras de madera hasta llegar a un patio interior rodeado por muros de metro y medio, hechos de granito rojo de Colorado y cubiertos de musgo, pero no vi a Omar. Estaba a punto de darme la vuelta cuando me percaté de que, encima de una mesa de *picnic* al otro lado del muro, había un par de sacos de arena, gafas para practicar tiro y un catalejo. Levanté la vista y vi a Omar al pie de una colina, a unos cuatrocientos metros de distancia. Me había estado observando y levantó la mano despacio. No me quedó claro si era una invitación, pero eché a andar. Mi aliento arrojaba nubecillas de vaho a la templada brisa del este.

Cuando llegué donde estaba, Omar se encontraba dándole los toques finales al vegetal: acababa de sujetarlo a una silla de jardín atándolo por detrás con un trozo de goma gruesa. A su lado, en el suelo, había una funda de rifle *siox*, ribeteada de plumas de águila de un extremo al otro. Si los del servicio de Caza y Pesca supiesen que Omar tenía plumas de águila auténticas, se las incautarían y le caería una multa de doscientos cincuenta dólares. Calculé que Omar se debía de gastar esa cantidad en hacer la colada diaria. La funda era de cuero curtido con sesos, tan suave como el hocico de un caballo, y del color de la mantequilla derretida al sol. Las diminutas cuentas eran color oro viejo, de una tonalidad que indicaba que posiblemente tuvieran más de cien años de antigüedad. Cogió la funda y nos dirigimos hacia la casa.

–¿Cuánto hemos andado? –iba vestido con una cazadora de montaña negra, esa mañana se parecía más a Ted Nugent que a Custer.

–No tengo ni idea.

–Usa el telémetro.

Apunté el pequeño artefacto en forma de catalejo a la calabaza que había en la vieja silla de jardín. La imagen no era menos ridícula por estar más lejos, sobre todo con los números verdes del indicador saltando hacia atrás y hacia delante en la esquina inferior derecha. Bajé el catalejo y lo miré.

–Tú dirás, Gran Cazador Blanco.

Volvió la vista al pequeño desnivel en la base de la colina donde yacía la cucurbitácea.

–Doscientos setenta y cinco metros.

Sonreí.

–Casi. Doscientos setenta y cuatro.

–Retrocede hasta donde estoy –continuó andando mientras yo me colocaba

en su sitio para luego volver a mirar por el catalejo. El indicador mostraba doscientos setenta y cinco metros. Los pelos de la nuca se me pusieron de punta. Omar se detuvo y se giró para mirarme. Luego desabrochó los tres *nickel* decorados con cabezas de indio que servían para cerrar la funda y sacó el rifle. Si la vaina se asemejaba a la piel de una serpiente al mudar, lo que brillaba al sol de la mañana tenía pinta de ser el doble de mortal que cualquier serpiente de cascabel que jamás había visto.

El pacifista del siglo VIII Li Ch'uan despreciaba el uso de armas de pólvora por ser artefactos de mal augurio.

—¿De 1874?

—Sí.

—¿Calibre 45-70?

—Sí —me pasó el rifle y se cruzó de brazos—. ¿Habías visto uno así de cerca alguna vez?

—Uno de verdad, no.

Aquel rifle era pesado y me daba la sensación de que, si errabas el disparo, siempre podías salir corriendo detrás del blanco y apalearlo hasta matarlo, se tratara de lo que se tratara. El cañón medía poco menos de un metro. Accioné la palanca con suavidad y bajé el cañón, para luego mirar a través de los ochenta centímetros de ánima rayada de seis estrías, talladas hacia la derecha. Desde esa posición estratégica, el mundo parecía verdaderamente pequeño. El mecanismo era manejable y preciso; me maravillé de que tal pieza de artesanía tuviera más de ciento veinticinco años. El diseño de ese monstruo prehistórico consistía en un único cartucho que se insertaba en la recámara mediante un cerrojo levadizo. La gente de antaño solía enorgullecerse de no necesitar más de un disparo. Tenía el gatillo doble y la mirilla consistía en una abertura con un frontal en forma de globo. Me quité el arma del hombro y leí en la parte superior del cañón: «Especial para negocios».

¿Qué tipo de negocios especiales tenía Christian Sharps en mente? En 1874 el rifle había sido adoptado por los militares porque podía matar a un caballo a una distancia de quinientos cincuenta metros, la distancia de seis campos de fútbol americano. El pastor de la congregación Henry Ward Beecher consiguió que su iglesia donase fondos para la compra de veinticinco carabinas Sharps y donarlas a la sangrienta causa de Kansas. Sin duda alguna, el predicador hizo más por la causa del abolicionismo con sus «biblias» Beecher de lo que hizo su hermana con *La cabaña del tío Tom*, pero fue el abolicionista John Brown quien estrenó la historia sangrienta del Sharps con la incursión al arsenal de Harpers Ferry y así la inocencia de toda una nación se perdió en Gettysburg. Después de la Guerra Civil, se entregó munición gratuita a los cazadores que llevaron a los enormes e incontrolables rebaños de bisontes a la extinción. Y

luego estaban los indios. Unas buenas y otras malas, estas acciones le habían valido a la carabina Sharps el título de una de las armas de fuego más significativas de la historia del país y un sitio en la propia lengua: decir tirador de Sharps equivale a decir tirador certero.

—¿Qué te hizo pensar...?

—La cantidad de plomo, el lubricante del cartucho, la ausencia de quemaduras de pólvora... Una corazonada —se dio la vuelta y caminó hacia la casa, con la funda al hombro. Un momento después se detuvo—. Trescientos treinta y ocho metros —casi nada.

Me había sentado a la mesa de *picnic* y me planteé cuál sería la velocidad y la trayectoria de un disparo a cuatrocientos metros. El Sharps estaba ahora encajado entre tres saquitos de arena y había un telémetro mucho más potente encima de un pedestal de tres piezas junto a mi codo. Omar regresó con dos tazas de café, a petición mía. Las tazas eran de porcelana gruesa y llevaban su marca estampada, el café estaba realmente bueno.

—¿Jay sigue disfrutando de la matiné?

—¿Sabes qué? He visto a hombres destrozados por la bebida, por las drogas y por las camionetas Dodge, pero esta es la primera vez que veo a uno destrozado por el porno *light* —apartó la taza un poco y se acodó en la mesa—. Se diría que nunca ha visto un par de tetas.

—Es increíble lo que hoy en día se puede hacer con efectos especiales —me fijé en el cañón de un metro—. ¿Trayectoria?

—Como un arco iris. Y golpea como un mazo de cinco kilos a cuatrocientos veinte metros por segundo.

—Suenan lento y doloroso.

El sonido que hizo Omar no fue agradable.

—Como mi matrimonio.

Miré el campo de tiro y me desabroché el primer botón del abrigo del uniforme. El sol estaba más alto y me sentaba bien el calor en la espalda.

—Crees que lo hicieron con esto, ¿no?

—Estoy razonablemente seguro.

—Necesitamos ampliar el campo de búsqueda.

—En un amplio margen —apartó la taza un poco. Quizá no bebiese café—. Si quieres, puedo subir hasta allí y darme una vuelta. Seré menos intrusivo que Búsqueda y Rescate.

Me pregunté por qué me estaría ayudando tanto.

—¿El caso te ha despertado la curiosidad?

—Un poco.

—Tendré que enviar a alguien contigo.

Omar se echó a reír.

–¿Eso significa que estoy en la lista?

–No te sientas tan halagado. Por ahora, cualquiera con dos orejas y un dedo para apretar el gatillo está incluido.

–Quizá pueda ayudarte a acortar la lista –le echó un vistazo a la calabaza condenada–. Bueno.

–Bueno, ¿qué?

Omar empujó el rifle con los dedos y la culata me golpeó ligeramente.

–Yo ya lo he disparado. Te toca a ti.

Cuando llegué a la carretera asfaltada, el *chinook* soplabla y la temperatura había subido por encima de los dieciocho grados. Me arrepentí de no haberme quitado la chaqueta antes de subir al Bullet, así que en lugar de la calefacción puse el aire acondicionado. La casa de los Esper estaba cerca del desguace que quedaba al sur del pueblo, por eso giré en la interesatatal y dejé Durant a un lado. Un kilómetro y medio después de la salida, recordé que le había dicho a Ruby que enviara a Jim. Pensé que lo mejor sería continuar y llamé por radio a Ruby para que le comentara a Ferg que ya me encargaba yo.

–Le he dejado un mensaje en el contestador de su casa y en el móvil. Es casi mediodía, debe de estar pescando –interferencia–. ¿Cuándo vas a comprarte un móvil?

–Entonces no podríamos decir cosas tan guay como «corto y cambio».

Más interferencias.

–Estoy dispuesta a hacer ese sacrificio –interferencia–. Más vale que vuelvas aquí y dejes que Ferg se acerque donde los Esper. Vic dice que tiene más información de la División de Investigación Criminal.

Empecé a buscar un buen sitio para cambiar de sentido y distinguí uno en lo alto del siguiente repecho.

–¿Es algo que se pueda contar por radio?

Un momento de silencio.

–Vic dice que te lo contaría si tuvieses teléfono móvil.

–Estaré ahí en unos minutos –pasé por el cruce de vehículos oficiales, comprobé la velocidad y, automáticamente, miré a mi alrededor para ver si había algún agente de la Patrulla de Carreteras en la costa: les encanta multar a los *sheriffs*.

Aparqué el Bullet y me incliné sobre el asiento del copiloto para recoger la bolsita que Omar me había dado. Vic se había sentado frente a Ruby en una de las sillas de plástico para los usuarios y tenía los pies encima del escritorio de la secretaria. Las piernas casi no le alcanzaban, no parecía una postura cómoda, pero así era Vic.

Me recibió con una gran sonrisa.

–¿Cómo te va, culo gordo?

–Me apena enormemente ver que tu estancia en compañía de la flor y nata de la investigación criminal no ha servido para pulir tu vulgaridad natural.

Las dos mujeres se miraron y Vic enarcó una ceja.

–Buenas, don licenciado.

Le aparté los pies de un golpe y seguí caminando hasta mi despacho. Vic me siguió y me observó mientras me sentaba en mi sillón.

–¿Qué pasa contigo?

–He estado corriendo –la estaba mirando, pero no se inmutó.

–Y una mierda.

–De verdad –no tenía por qué contarle qué distancia.

–¿Qué distancia? –le sonreí–. Me refiero a que del Bullet al despacho no cuenta.

–Claro que sí.

–O ir hasta la tienda a comprar más cerveza.

–El efecto es acumulativo, ¿no? –Vic lanzó otro paquete precintado encima de mi escritorio. Este provenía de la Tienda–. ¿Y esto qué es?

–Hoy estás hecho el rey de los palabros, así que dímelo tú –se dio la vuelta y salió de la oficina con aire chulesco–. Voy a por otra taza de café. ¿Quieres que te traiga una o quieres ir corriendo a por ella?

Estaba leyendo la carta que venía con el paquete cuando Vic depositó delante de mí un café. Se sentó en el sillón de enfrente y cruzó las piernas encima de mi escritorio. Estudié las botas militares Browning anudadas por encima de los tobillos y luego continué hasta sus grandes ojos color oro bruñido. Me guiñó con uno de ellos por encima de su taza de la policía de Filadelfia.

–Te alegras de verme, ¿a que sí?

Gruñí y le di la vuelta a la carta para que la viese.

–¿Tenemos un ornitólogo estatal?

Vic le dio un sorbo al café.

–¿A que te hace sentir orgulloso?

–¿*Haliaeetus leucocephalus*?

–Suen a cochinada, ¿verdad?

Agité la cabeza.

–Caray, hoy estás que te sales.

–De hecho, he dormido un poco: deberías probarlo alguna vez –continuó mirándome por encima del borde de la taza.

–¿Vas a ayudarme con este galimatías o de verdad voy a tener que leérmelo todo?

–*Haliaeetus leucocephalus*, más conocido como águila calva o pajarraco nacional de Estados Unidos.

Continué leyendo un poco más.

–¿*Meleagris gallopavo*?

Vic puso los ojos en blanco.

–Piensa en Acción de Gracias.

–¿Pavo común?

–La pluma que encontraron en la escena del crimen junto a Cody Pritchard.

–Entonces, ¿me estás diciendo que no era una pluma de águila sino que era de pavo? –dejé la cosa ahí un instante–. No estaba al corriente de que las águilas o los pavos fueran sospechosos. Creí que todos estábamos de acuerdo en que un rifle debió de tener algo que ver con la causa de la muerte.

Vic bajó las piernas y puso los pies en el suelo y, a continuación, depositó la taza en el borde del escritorio.

–Espera, que esto se pone mejor.

–Como empieces a hablarme de ruiseñores, te mando de vuelta a Cheyenne.

–Se trataba de un pavo disfrazado de águila –alcanzó el paquete, que seguía sobre el escritorio, abrió de nuevo el sobre para extraer la pluma y me la extendió en su envoltorio de celofán–. Es una falsificación.

Encendí la lámpara del escritorio y examiné la pluma a la luz. A mí me parecía auténtica.

–Las venden en todas partes, incluso las tienen en las tiendas de empeños, con las conchas, la cuentas y toda esa mierda –y recordé las plumas de águila que colgaban de la funda del rifle de Omar.

–Se usan en artesanía y esas cosas. El cálamo de una pluma de pavo te cabe debajo de la uña del pulgar, pero no el de un pájaro de presa como el águila.

Seguro, mi uña encajaba en el cálamo.

–¿Qué estaba haciendo Cody Pritchard con plumas de águila falsas? –Vic se sentó en su silla–. ¿No creerás que...?

–Pues sí.

Estudí la pluma de nuevo: medía quince centímetros de largo y tenía un grosor de seis milímetros; las tres cuartas partes inferiores eran de color oscuro y la punta, que había sido blanqueada con lejía, era de un color níveo.

–Una tarjeta de visita.

–Conociendo la predilección de Cody por todo lo relacionado con los nativos americanos, yo diría que es una apuesta segura.

Continué estudiando la pluma de imitación.

–Mierda, no me gusta el cariz que está tomando esto.

Vic bajó la vista. A ella tampoco le gustaba.

–He confiscado algunas muestras de la tienda de empeños y las he enviado por mensajería a Cheyenne, para comparar los tintes, pero dicen que no contemos con ello. Dicen que la mayoría de los nativos americanos suelen

tratarlas con leña ellos mismos –Vic enlazó los dedos de las manos y se inclinó hacia delante–. Podría conseguir más muestras en Sheridan. La empresa de suministros Bucking Buffalo de Main Street también las vende. De Gillette no sé nada.

Sostuve la pluma en alto y la observé.

–Supongamos que es una tarjeta de visita... ¿Quién podría haberla dejado?

–Una buena pregunta. Supongo que eso significa que tenemos que dejar a un lado la placa por un momento.

–No pasa nada, el negocio va bien –le di la vuelta a la pluma–. De acuerdo, teniendo esto en cuenta, nos enfrentamos a un asesinato.

–Sí –Vic parecía resignada.

–Pero vamos a tener que volver sobre nuestros pasos y contrastar lo de la pluma con la familia de Cody, sus amigos y demás.

–Déjame adivinar quién va a tener que encargarse de eso.

–Podría mandar a Ferg. Su carrera como pescador está a punto de sufrir un revés –sostuve la pluma entre nosotros–. En principio, esto indica que los indios están implicados –contemplé la pluma un poco más–. Bueno, al menos en apariencia.

–¿Y una pluma de águila de mentira?

Me encogí de hombros.

–¿Indios de mentira?

–Estoy hecha un lío. Suponiendo que esto fuera brujería india...

–No tiene sentido. No soy un experto en medicina india, pero no creo que tolerasen un objeto de imitación. No cuando se trata de algo tan gordo.

–¿Qué significa la pluma?

–No tengo ni idea, pero conozco a un tipo... –pulsé el segundo número guardado en mis favoritos: Henry en El Poni–. ¿Qué tal Cheyenne?

Vic tomó otro sorbo de café.

–Hace un viento que te cagas y todo lo demás es una mierda –nadie respondía. Probablemente Henry me estuviese esperando en casa para obligarme a correr–. ¿Nadie?

–Estará ocupado, lo localizaré más tarde –le pasé la pluma.

–Joder.

–Pues sí. Parece que vamos a tener que hablar con algunos indios.

–Joder.

–Pues sí.

–¿Qué hay en la bolsa?

Extendí el brazo para abrir la bolsa de lona y le lancé un cartucho. Era tan largo como su dedo índice y tenía casi el mismo grosor. Sus ojos se toparon con los míos y luego volvieron al proyectil.

–Joder.

–Pues sí.

Le encargué a Vic que localizase todas las carabinas Sharps de Wyoming que apareciesen registradas como curiosidades y antigüedades. Registrarlas no era obligatorio, pero quizá los propietarios lo hicieran por el tema del seguro. Luego tendría que investigar en todas las tiendas de armas de la zona y llamar a las casas que fabricaran réplicas y vendiesen armas o munición de este tipo. Yo pensaba que podríamos tener más suerte con la munición, pero eso dependía de la posibilidad de que el tirador hubiera recargado también los cartuchos. Y eso significaba que habría que rastrear los troqueles de recarga y demás parafernalia empleada en calibres grandes. Iba a ser mucho trabajo, pero Vic sonrió cuando le entregué el cartucho de la pistola de Omar para que lo comparase con el original. La sonrisa se desvaneció cuando le conté que tendría que ir a peinar el terreno con él esa misma tarde.

–¿Qué tal se encuentra Myra últimamente?

–Cuando hablé con ella por última vez estaba en París, disfrutando de la mitad del dinero de Omar y encantada de haberlo perdido de vista.

Miró la taza de café vacía y se levantó para dirigirse a su despacho.

–Ojalá Glen fuera rico.

Pensé qué pasaría si Vic fuera rica. Si con su actitud ya mandaba a todo el mundo a la mierda, mandar a todo el mundo a la mierda teniendo dinero sería demasiado. Salí del despacho detrás de ella y le pregunté a Ruby si tenía noticias de Ferg.

–Nada, seguro que están picando.

–Voy a tener que ir yo a casa de los Esper.

Se detuvo para mirarme.

–En realidad no. Creo que Ferg estaba pescando en el brazo norte del río Crazy Woman. Tan pronto como vuelva a la autopista oirá el mensaje y se dirigirá hacia allí. Le pillará de camino.

–¿Algún *post-it*?

–Vic se ha quedado con todos.

Permanecí allí parado.

–¿Puedo sacar punta a los lápices por lo menos?

–¿Por qué no vas a hablar con Ernie Brown, el Hombre de Mundo? Entre ayer y hoy ya ha llamado seis veces –regresó al teclado y empezó a escribir–. Quizá tema que le revienten la exclusiva –la miré con cara de pocos amigos y salí del despacho con el rabo entre las piernas–. ¿Quieres que lo llame y que le diga que el jefe está de camino por no tener otra cosa que hacer?

No di un portazo al salir por no haber sido digno de mí. Todavía hacía un

día estupendo, así que decidí ir caminando a la oficina del *Durant Courant*, que estaba a una manzana de distancia. Así aprenderían.

Omar y yo habíamos mantenido una breve conversación sobre los aspectos más prácticos de lo que yo seguía esperando que no fuera un caso de asesinato. ¿Quién podría haberlo hecho? ¿Qué logística se necesitaba para disparar una escopeta casi del calibre 50 a una distancia de más de cuatrocientos metros? Omar tenía sus propias teorías.

–Puedo reducir tu lista a una docena de nombres que podrían hacer un blanco así y no andar mal encaminado.

–¿De aquí, del condado?

–De aquí, del condado –se acarició la perilla y tiró del pelo más largo del final–. Yo, tú, Roger Russel, el que vive junto al Powder, Mike Rubin, Carroll Cooper, Dwight Johnston de Durant, Phil La Vante, Stanley Fogel, Artie Cántico Corto de la reserva, tu amigo Henry Oso en Pie y... –se encogió de hombros.

–¿Qué pasa con él y...?

–Un encubierto. Alguien que es capaz de algo así, que es muy bueno y del que nadie sabe nada.

–Entonces volvamos a ti.

Giró la vista en dirección a la calabaza sin sonreír.

–Sería un mentiroso o un loco si te dijera algo distinto. Tengo el arma y la pericia para dispararla, pero no ningún móvil.

–¿Te importa que tome muestras de balística de tu escopeta?

–Me ofendería si no lo hicieras.

–Yo.

–Sí.

–¿Roger Russell es un buen tirador?

–Sí que lo es. ¿Conoces ese concurso de cazar pavos, junto a la carretera de Tipperary, cerca de Wallows? –asentí–. Roger lo ganó tres años seguidos.

La última vez que había visto a Roger Russell había sido en El Poni Rojo, la noche del tiroteo. Tendría que preguntarle a Henry si era uno de sus parroquianos.

–¿Mike Rubin?

–El mejor armero del condado, podría hacerlo.

–¿Carroll Cooper?

–Igual que Roger, es uno de esos fanáticos del grupo que recrea la batalla de Little Big Horn.

–¿Dwight Johnston?

–Ahora bebe, pero era un tirador cojonudo. A finales de los setenta fue miembro del Equipo de Tiradores de la Asociación Nacional del Rifle.

–Phil La Vante tiene setenta y dos años.

–Ese vasco viejo todavía puede disparar.

–¿Stanley Fogel? ¿El dentista?

–También dispara.

–¿Artie Cántico Corto?

–No sé mucho de los tipos de la reserva, pero él y Henry me han venido a la cabeza de repente. Me cae bien Artie, ha trabajado para mí como guía, un buen tipo y los perros adoran a los indios.

Apreté la mandíbula.

–¿Henry?

–Sabía que no ibas a querer escuchar su nombre, pero, definitivamente, pudo haberlo hecho. Dios, Walt, el hijo de puta solía saltar tras las líneas enemigas en Laos, ejecutaba asaltos aéreos y capturaba oficiales del ejército norvietnamita para interrogarlos. ¿Alguna vez te has parado a pensar cuántos de ellos nunca volvieron?

Se me habían pasado por la cabeza los hombres del ejército norvietnamita.

–De todos los tipos de esa lista, ¿cuántos creen que son capaces de matar a un hombre?

Omar no se lo pensó.

–La mitad.

–¿Estamos en esa mitad tú y yo?

Omar me miró

–Uno de los dos sí.

Giré la esquina al llegar al puente, resistí la tentación de un almuerzo temprano en La Abeja y crucé la calle cuesta abajo hasta el edificio de ladrillo rojo que había servido como sede del *Courant* desde finales del siglo pasado. La campanilla sonó cuando abrí la antigua puerta de cristal biselado.

–¡Quiero hablar con el editor de este periodicucho! –Ernie me miró por encima de sus trifocales y sonrió. Me dirigí a su tren en miniatura. La maqueta era toda una leyenda en la zona: el tren pasaba por ser una réplica exacta de nuestro pueblo, se dirigía a las montañas y se perdía en una maraña de túneles, sólo para reaparecer más tarde en la llanura al este, siguiendo el curso del río Powder, para después regresar al pueblo. Me incliné sobre la maqueta de Durant, pasada mi oficina (yo mismo aparecía saliendo del Bullet) y observé que en la ladera de la montaña, como a un cuarto de distancia de la cima, estaban talando árboles—. Eso es nuevo.

El vejete se levantó y se me acercó.

–No estoy seguro.

Contemplé las camionetas, el aserradero en miniatura, los operarios diminutos.

–Parece un encargado responsable, con tal de que no sobrepase la línea del bosque.

–Supongo... –no sonaba demasiado convencido, pero sus ojos se encontraron con los míos–. Siento molestarte, Walter. Sé que debes de estar muy ocupado últimamente –sonrió–. ¿Te gustaría sentarte?

–Gracias, Ernie, pero si no nos va a llevar mucho rato...

Ernie hizo un gesto suave con la mano.

–Sólo unas declaraciones –volvió junto a su mesa y regresó con un cuadernito de notas con espiral y un lápiz al que probablemente llevara sacando punta desde la mañana anterior. Sonreí al sentirme un personaje de tamaño importancia–. Sólo unas preguntas generales –apretó los labios y colocó el lápiz sobre el papel–. ¿Cómo está progresando la investigación?

Pulsé un interruptor y me puse en modo discurso:

–Estamos muy satisfechos con la colaboración que hemos entablado con la División de Investigación de Cheyenne de la Oficina Federal de Investigación en Washington –¿dónde iba a estar si no, en Springfield?–. Hemos sido capaces de realizar un avance significativo en el caso con la ayuda de algunos de los laboratorios de balística más punteros del mundo.

–Eso es fantástico. La gente dormirá mejor conociendo el alcance que ha tenido la reacción a este incidente –me quedé mirándolo, sólo para asegurarme de que algún gracioso sarcástico no se había colado en la oficina mientras yo estaba despistado.

–Hemos puesto a trabajar en el caso a gran parte de nuestros efectivos y estamos tratando de concluir este particular incidente lo más rápido posible –¿qué más iba a decir? ¿Qué sólo éramos tres y medio y que íbamos a arrastrar el caso tanto tiempo como pudiéramos para así tener algo que hacer? Me horrorizaba el monólogo interior que solía acompañar a este tipo de declaraciones públicas y me aterraba que un día mi boca se abriera sola y empezara a decir la verdad por error. Hasta entonces, nunca me había ocurrido. Y eso también me preocupaba. Cuando levanté la vista, Ernie había dejado de hablar.

–Lo siento, Ernie.

–No pasa absolutamente nada. No puedo ni imaginarme todas las cosas que tendrás en la cabeza ahora mismo –por lo menos eso me consolaba–. ¿Algún avance significativo en el caso?

–Nada que pueda contarte, ya que la investigación está en curso.

–Por supuesto.

–¿Alguien te ha contado algo que pueda ser de utilidad?

Ernie parpadeó. Que le hubiera hecho esa pregunta lo había dejado descolocado. Lo observé quedarse mirando las pequeñas vías del tren.

–Ha habido un cierto número de declaraciones desafortunadas relativas al joven. Se trata todavía de una situación accidental, ¿verdad?

Me lo pensé.

–Sí. Por ahora no hay nada que indique lo contrario.

El modo discurso ya no daba más de sí. Me giré para dirigirme a la puerta.

–¿Algo más?

–Oh, no –perdido en sus pensamientos, Ernie golpeó el cuaderno con la goma rosa del otro extremo del lápiz–. ¿No tienes a veces la sensación de que el mundo está cansado, Walter? –me quedé parado, no estaba muy seguro de qué decir. Ernie parecía avergonzado–. Lo siento, a veces por las tardes me evado y me pongo a filosofar.

Caminé hasta la puerta y la abrí, deteniéndome para apoyarme en el marco.

–No sé nada del mundo, pero a mí desde luego sí me pasa –Ernie sonrió, yo sonreí y me marché. Sólo eran las once cuarenta y cinco.

Subí la cuesta y giré la esquina con Main. El cansancio se me había pasado. El pequeño y alegre *jeep* rojo estaba aparcado en el bordillo de la acera junto a la Librería Crazy Woman. Dirigí mis pasos hasta allí y me apoyé contra el salpicadero. Me esperaba una larga caminata hasta la oficina y necesitaba un descanso. Unos tres minutos después, ella salió del establecimiento.

–Eh, hola –Vonnie llevaba un jersey de cachemir negro, una chaqueta pija con flecos, vaqueros deshilachados y botas de tacón. Tenía el pelo suelto y un poco revuelto. Estaba guapísima–. ¿Qué? ¿He aparcado ilegalmente? –Vonnie abrió la puerta del coche y dejó caer una bolsa de papel llena de libros en el asiento delantero. No se movió de detrás de la puerta.

Seguí sonriendo, pero empezaba a preocuparme.

–¿Cómo está el perro? –eso al menos me valió una media sonrisa.

–¿Te asustó?

–Pues sí.

Vonnie sonrió a una pareja joven que iba caminando por la calle.

–Suele tener ese efecto en las personas –sacó el juego de llaves del bolso y luego lo dejó caer en el mismo asiento que los libros. Levantó la mirada, una mirada firme–. ¿De verdad quieres hablar de mi perro? –yo quería hablar de cualquier cosa. Y quería salir corriendo–. Mira... –me aterraba que una mujer empezase una frase con un «mira». En mi limitada experiencia, después de que la pronunciase, no habría dónde escondersequizá hayas estado muy ocupado últimamente...

–Parece que hay consenso en eso.

Vonnie se echó el pelo color caramelo hacia atrás y posó una mirada, franca y lupina, en mí.

–He estado pensando que posiblemente los dos estemos pasando por un mal

momento como para pensar en una relación.

Asentí y me quité del salpicadero. Me imaginé estrechándola entre mis brazos y dándole un gran morreo en mitad de Main Street. Por suerte, siempre sopeso mis posibilidades, así que hundí las manos en los bolsillos de la chaqueta y me quedé de pie al otro lado de la puerta para poder absorber el impacto.

–Creí que ya habíamos mantenido esta conversación.

No era lo mejor que podía haber dicho, eso se notaba a la legua. Sus ojos se endurecieron, lo mismo que su voz.

–Puede que no fuera lo suficientemente clara –miré a mi alrededor para asegurarme de que no había ningún testigo que hubiera visto cómo disparaban al *sheriff* al caer el mediodía.

–Antes de que digas nada más, déjame contarte una cosa, porque quizá no tenga otra ocasión para hacerlo o, si la hubiera, quizá no quisiera... –continué hacia delante, buscando la luz–. Esa mísera y patética intentona de comenzar un romance, me niego a usar la palabra relación, es todo lo que he tenido en los últimos tres años. Quizá no te parezca mucho, pero para mí ha sido un paso gigantesco y, si crees que me lo vas a arrebatar con unas cuantas palabras bruscas en la acera, estás muy equivocada –mi limitada experiencia me indicaba que a las mujeres les aterrorizaban las frases que acababan en «estás muy equivocada», porque solía anunciar que lo peor estaba por llegar, pero en mi caso no era así. Había tenido que poner todo de mi parte para expresarlo y me quedé allí, quieto, contemplando cómo el cansado mundo se hundía a mi alrededor.

No estoy muy seguro de lo que esperaba conseguir con ese arrebato. Simplemente estaba siendo sincero y, para mi total sorpresa, Vonnie me puso la mano bajo la barbilla, se inclinó sobre la puerta de puntillas y me besó en los labios, lenta y suavemente. Cuando nuestros rostros se separaron y fui capaz de abrir los ojos y centrar la vista, Vonnie me susurró:

–Deberías llamarme. Y pronto –mientras el *jeep* rojo desaparecía, me entraron unas ganas repentinas de comprarme un móvil.

De vuelta a la oficina, me paré a comprar tres raciones de pollo en La Abeja y esquivé las preguntas de Dorothy sobre los acontecimientos que acababan de tener lugar en Main Street enfrente de su restaurante. Me recordó que el suyo era un establecimiento familiar y que esas manifestaciones de lujuria deberían ser trasladadas a otro sitio, más concretamente a un hotel.

Ruby me quitó de las manos uno de los envases desechables y un té frío.

–Sigue así y puede que te vote en las próximas elecciones.

Continué andando hasta la puerta del despacho de Vic. Para variar, estaba sentada con los pies encima de la mesa, las carpetas y los cuadernos amarillos se amontonaban sobre sus piernas, desde las caderas hasta los tobillos. Estaba

escribiendo en un sujetapapeles con el teléfono alojado entre la barbilla y el hombro. Dejé su té y su almuerzo sobre la mesa con cuidado. Vic asintió como dándome las gracias y yo me senté para abrir mi comida. Fue entonces cuando me di cuenta de que no había cogido servilletas, pero Ruby apareció en la puerta y me pasó un rollo de papel de cocina. Mejor almuerzo, imposible. Cuando abrí el envase, el vapor me envolvió: ya estaba preparado para degustar la famosa receta de Dorothy de pollo a la Brookville, Kansas. Y aquello constituía toda una experiencia religiosa.

Vic asintió y gruñó con aprobación antes de colgar el teléfono.

–Me tienes haciendo un trabajo divertidísimo –me miró de nuevo–. ¿Eso que tienes en la cara es lápiz de labios?

Me limpié con un trozo de papel de cocina y cogí un muslo.

–No seas tonta, ¿qué es lo que has encontrado?

Me estudió un instante más y después continuó.

–Adivina dónde se fabrican la mayoría de estas réplicas.

Desvié un momento mi atención del muslo rebozado.

–¿Nueva Jersey?

Vic apartó las carpetas, los sujetapapeles y demás trastos y los puso sobre el escritorio. Desplegó toda la información que había recogido en forma de abanico y se colocó el pollo sobre el regazo, le quitó la tapa al vaso de té helado y tomó un sorbo. Nunca usaba pajita.

–Italia. Las putas escopetas se fabrican en el norte de Italia, las hace una empresa llamada Pedersoli.

–Suenan a marranada –eso me valió una mala cara. Continué comiendo.

Vic cogió una pechuga.

–Lo único que sé de los fusiles de guerra italianos es que los compras baratos, nunca disparan y los dejas caer al suelo sólo una vez –Vic arqueó una ceja y mordió el trozo de pollo–. Perdona, es un chiste de la Segunda Guerra Mundial –Vic alargó la mano y arrancó un trozo de papel de cocina–. Hoy me toca noche de ajedrez con Lucian, por eso me he acordado –señalé el escritorio con la cabeza–. ¿Qué es lo que tenemos, además del país de origen?

Vic se enfrentó a lo de siempre con cara de depredadora, doblemente acentuada por su forma de despedazar el pobre pollo.

–Algunas son de fabricación nacional, los más famosos son los Sharps Shiloh, fabricados en Big Timber.

–¿Nueva Jersey?

–Montana.

Vic entrecerró los ojos.

–¿Vas a comportarte para que podamos terminar esto en un periodo razonable de tiempo?

–¿Qué ha pasado con tu buen humor?

Vic se limpió las manos en los pantalones y cogió uno de los sujetapapeles.

–Mi jefe me ha encargado un trabajo de mierda –bebió otro sorbo de té–. La versión Shiloh es la más exclusiva de la marca, tiene una lista de espera de cuatro años. La única que se ha vendido en nuestra zona, según el registro, es de Roger Russell, hará unos dos años –dejé de masticar–. ¿Bingo?

–Está en la lista de Omar y estaba en el bar la noche que llamaste.

–¿De veras? ¿Quién más está en la lista?

–Creo que yo, pero no estoy seguro.

Vic le echó un vistazo al sujetapapeles.

–Pues tu nombre no figura.

–¿Y Roger Russell?

–La encargó en la tienda de deportes del pueblo, calibre 4570. ¿Te dice algo?

–Iré a hablar con David Fielding. Tenía que ir a verlo de todas formas –tratándose de un calibre usado en nuestra zona, Dave sería una fuente de información más fiable que el FBI y el ATF juntos.

–¿Y luego irás a ver a Roger Russell?

–Entre otros.

Vic hizo girar el tenedor de plástico en la boca, pero se lo sacó para hablar.

–Suenas como si la lista de Omar te hubiera dejado preocupado.

Inspiré profundamente y me sorprendí al comprobar lo rápido que el peso de mi pecho expulsaba el aire.

–Un poco.

–¿Quién más aparece? –se lo dije mientras la emprendía con otro trozo de pollo–. Teniendo en cuenta nuestra conversación anterior, los sospechosos indios son los que más me preocupan –asentí–. Vas a tener que pedir una orden de búsqueda federal para poder investigarlos.

–¿Sabías que, en una ocasión, Balzac describió la burocracia como un mecanismo gigante operado por pigmeos?

–¿Y qué diría tu colega Balzac sobre pruebas que nunca se admitirían en un juicio?

–No mucho, supongo que se creía por encima de eso –Vic agitó la cabeza y yo continué sonriendo

–¿Qué más tienes?

–Tenemos varias auténticas registradas.

–¿Antigüedades?

–¿Crees que Omar tiene la suya registrada?

–Será por el tema del seguro que hablábamos antes.

–Mike Rubin tiene una.

–Bueno, con eso sumamos dos en nuestra lista –aparté el pollo y me limpié

las manos—. Me va a joder bastante que Omar acabe teniendo razón.

—Al menos no tienes que hacer un puto *picnic* con ese gilipollas esta tarde. ¿A qué hora se supone que tengo que estar allí?

Eché un vistazo a mi reloj de bolsillo.

—A las tres.

No pude ver la cara que ponía, porque cuando volví a mirarla ya se había refugiado tras el sujetapapeles. El tenedor para la ensalada de col le sobresalía de la boca como una caña de pescar.

—Me has echado un montón de menos.

Y era absolutamente cierto.

Aparqué el Bullet frente a la tienda de deportes. No quería ni muerto que me pillaran caminando por Main Street otra vez: digamos que hacerlo era demasiado peligroso en términos emocionales. Dejé a un lado la sección de pesca, pasé junto a una infinidad de prendas de abrigo y me detuve frente al mostrador principal. Había un chaval delgado y pelirrojo leyendo el *Courant* y le costó un rato percatarse de mi presencia. Yo era la única persona de la tienda.

—¿Puedo ayudarle?

—¿Está Dave por aquí?

—Está en la trastienda —me mantuve a la espera—. ¿Quiere que vaya a buscarlo?

—Por favor —me miró como dudando—. No te preocupes, no voy a robar nada —el chico dio la vuelta al mostrador y salió pitando al almacén.

Estudié el estante con las armas que recorría toda la pared de mi derecha y pensé en lo que la gente suele decir, que las armas han convertido este país en lo que es hoy, y me pregunté si eso sería bueno o malo. Una casta combativa, pero no la juzgaba con severidad, de eso se encargaría la historia. Las diez guerras importantes y las incontables refriegas de los últimos doscientos años hablaban por sí solas, pero eso era la historia política, no la personal. Si bien a mí me criaron en un rancho, el amor por las armas nunca me tocó, puede que mi padre tuviera algo que ver. En su opinión, un arma era una herramienta, no una estúpida deidad. Los tíos que le ponían nombre a sus armas le preocupaban tanto como a mí.

Eché a andar por el pasillo y contemplé las relucientes culatas color castaño, los brillantes cañones azulados. Algunas tenían hermosas inscripciones hechas a mano. Había escopetas de cañones superpuestos para cazar aves junto a horribles fusiles de asalto AR-15 que parecían juguetes de Mattel. Las armas estaban unidas entre sí con cadenitas ensartadas en los gatillos, iban aseguradas con candados de bronce al final de cada fila: un grupo de prisioneros atados con grilletes. Algunas serían buenas, otras podrían ser malas, pero no habría forma

de saberlo hasta que alguien las empuñara. Cuando volví a la parte delantera del pasillo, Dave me estaba esperando.

Dave tenía una mirada analítica enmarcada por unas gafas de montura metálica, lo que acentuaba la palidez de sus ojos. Parecía un búho descamisado, listo para jugar al baloncesto. Era originario de Missouri y, cuando hablaba, tenía una forma de dar las cosas por hecho que siempre me había parecido muy divertida. También sabía cómo mantener la boca cerrada.

–¿Estás buscando un arma?

–No, tengo un montón –me volví a mirar al chico, que se había hecho el remolón junto al mostrador.

–Matt, ¿por qué no vas a ayudar a descargar el camión, eh? –el chico desapareció–. ¿Se trata de algo importante?

–Puede –le expliqué la solución sin darle nombres, ni coartadas, ni ningún otro dato importante.

–¿Un Sharps?

–O cualquier cosa que tenga que ver.

Se mesó la barbilla con la mano y contempló la fila de rifles y escopetas.

–Tenemos unas cuantas réplicas.

–¿Italianas?

–Sí.

–Pedersoli –me estaba luciendo.

Dave se soltó la barbilla y se ajustó las gafas en el puente de la nariz.

–Pues, de hecho, sí –echamos a andar por el pasillo, y Dave abrió uno de los candados. Yo esperaba que las armas saliesen huyendo–. Estas son unas Pedersoli de las de antes, de cuando compraron Garrett –asentí como si supiera de qué iba la cosa–. No creo que hayan cambiado mucho la línea de producción –asentí un poco más. Era divertido ser un experto en carabinas italianas para cazar bisontes, me hacía gracia eso de tener una especialidad. Me pasó el arma. Era parecida a la de Omar en cuanto a tamaño y peso, pero ahí acababan todas las similitudes. El metal de esta tenía un aspecto aparentemente antiguo y azulado, la culata era dura y, al tacto, se parecía al plástico. Resultaba inevitable compararla con la pieza de museo que había disparado esa misma mañana, pero esa comparación no era nada justa.

Moví la palanca para accionar el cerrojo levadizo antes de abrir el cañón, como si quisiera buscar un casquillo vacío en la recámara, evitando realizar ninguna presión innecesaria sobre el percutor. Es increíble lo que se aprende con Omar. Era suave, pero no tenía nada que ver con el de esa mañana.

–¿Cómo son de precisos estos trastos?

–Pues tienen una precisión bastante buena.

Apoyé la estrecha culata contra el moretón de mi hombro. Encajaba

perfectamente en mi cardenal. Apunté con el cañón a Main Street y me imaginé un bisonte italiano sentado en la cafetería de enfrente bebiendo Chianti.

–¿Podría alcanzar los cuatrocientos cincuenta metros?

–Dios mío, no.

Dejé escapar al bisonte.

–¿No llegaría a esa distancia?

–Llegaría pero perdería la precisión. Las reproducciones son así.

Le devolví el rifle.

–¿Vendes muchas?

–Algunas, de vez en cuando.

–¿Te importaría decirme quién ha comprado alguna?

Espiró despacio, poniendo los labios en forma de o.

–Podría decírtelo de memoria, pero puedo sacarte una lista exacta con el ordenador.

–Genial –volvió a encadenar las armas y lo seguí hasta el mostrador, donde estaba el ordenador–. ¿Alguna vez has vendido una auténtica?

–No.

–¿Cuánto podría valer una del calibre 45-70 en buenas condiciones?

Dave espiró de nuevo.

–Tanto como unas vacaciones en la Toscana.

–¿Qué me dices de la munición? ¿Vendes mucha para este tipo de armas?

–¿Quién sabe?

–¿Podrías conseguirme una lista?

–Eso llevará un buen rato.

Le estaba pidiendo mucho y lo sabía.

–Sería de gran ayuda.

–¿Podría dártela mañana? –se inclinó y encendió la impresora.

–Sería estupendo –se quedó mirando cómo el papel continuo desaparecía en el interior de la impresora, luego rasgó el trozo que contenía la lista y me lo pasó sin mirarlo–. ¿No quieres verla? –le pregunté.

–No es asunto mío.

Doblé la hoja por la mitad y le extendí la mano.

–Gracias, Dave.

Ruby me había dicho que había un frente frío en camino y que, al día siguiente por la mañana, podría haber más de diez centímetros de nieve. Tiré mi chaqueta en el asiento del acompañante. Si el buen tiempo no iba a durar mucho, lo disfrutaría mientras durara. Arranqué el coche, bajé el cristal y acodé el brazo en la ventanilla. Me gustaba tener un poco más de espacio para el codo.

No podías culpar al ordenador, probablemente había sacado la lista con los

tres nombres por orden alfabético. En primer lugar aparecía Brian Connally...
el Turco.

En 1939, la madre de Lucian Connally le dijo a su hijo que barrierá el porche de la casa del rancho, un porche seco y polvoriento. Lucian se negó y, cuando su madre le preguntó qué pretendía hacer, contestó: «Irme a China». Y así fue.

A Lucian no le gustaba la familia.

Después de terminar la escuela de vuelo del Cuerpo de las Fuerzas Aéreas en California, se enroló en el Grupo de Voluntarios Americanos, una sección de pilotos militares estadounidenses que se libraban del alistamiento si servían como mercenarios de la recién creada Fuerza Aérea Nacionalista China, financiada por el plan de préstamo y arriendo. El fervor patriótico de Lucian se veía reforzado por el salario de setecientos cincuenta dólares y por la prima de quinientos que los chinos concedían por cada avión japonés abatido. Lucian pronto le cogió el tranquillo a este tipo de actividades y, cuando abandonó China, el 6 de agosto de 1941, se había hecho con un buen pellizco. Un año y poco más tarde, regresó al Pacífico en el portaaviones *Hornet* y, a bordo de un voluminoso B-25, bombardeó Tokio, se estrelló en el mar Amarillo, fue capturado por las fuerzas japonesas y condenado a cadena perpetua.

A Lucian no le gustaban los japos.

En la pared de la *suite* privada número 32 del asilo de ancianos de Durant, había una circular desgastada y amarilleada por el sol, enmarcada en una montura dorada e intrincada. Debajo colgaba una fotografía granulosa de cinco hombres con cazadoras de piloto, acompañada de una leyenda en caracteres exóticos cuya traducción rezaba: «Cruels, inhumanos y bestiales, así son los pilotos americanos que, en una osada intrusión en el territorio del Imperio el 18 de abril de 1942, arrojaron bombas incendiarias sobre hospitales civiles, escuelas y casas particulares, e incluso arremetieron contra niños inocentes que jugaban. Han sido capturados, sometidos a un juicio militar y castigados severamente de acuerdo con la ley marcial».

Después de aquel simulacro de juicio, dos de los soldados fueron conducidos de inmediato al exterior y ejecutados allí mismo. Los tres restantes sobrevivieron a cuarenta meses de tortura y hambre. Lucian era el bajito de en medio, tenía pinta de chulito y una sonrisa de oreja a oreja.

Tras la guerra, Lucian acabó por volver a Wyoming y, más tarde, al condado de Absaroka. Luego acabó siendo el *sheriff* por el simple hecho de ser el hueso más duro de roer en cuatro estados a la redonda. Eso quedó demostrado

cuando, a mediados de los cincuenta, una banda de contrabandistas vascos casi le vuela la pierna derecha.

A Lucian no le gustaban los vascos.

Se ató el asa de un fusil M1903 Springfield que llevaba en el maletero de su Nash Ambassador alrededor de la pierna destrozada y condujo los cincuenta kilómetros de vuelta a Durant desde Jim Creek Hill. Le amputaron la pierna.

A Lucian no le gustaban los matasanos.

Dijeron que las temperaturas nocturnas bajo cero le salvaron la vida, pero yo sabía la verdad. Durante su cuarto de siglo como *sheriff* había pasado por momentos épicos y tenía una reputación feroz en nuestro querido estado de la igualdad.

Simple y llanamente: Lucian era el agente de la ley jubilado más condecorado de todo el país.

–¿Qué tal las tetazas de esa ayudante italiana tuya?

También era un pervertido como la copa de un pino.

Mantuve el dedo sobre el alfil y lo miré.

–Lucian...

–Sólo preguntaba –esa era una de sus tácticas favoritas, intentar que perdiera la concentración por todos los medios. Esa debía de ser la razón de que no hubiera ganado una sola partida de ajedrez desde 1998. Deslicé el alfil hasta el borde del tablero mientras me miraba parapetado tras sus pobladas cejas–. ¿Qué pasa?

Me eché hacia atrás en el sillón de piel de caballo y asumí que había perdido la batalla. A Lucian le habían permitido traer sus propios muebles al «hogar de los viejos», como él solía llamarlo, y el efecto discordante que causaban las antigüedades del Oeste en aquel entorno estéril era inquietante. Llevaba yendo a jugar con él al ajedrez desde que se mudó, hacía ocho años. No había faltado ni un martes por miedo a que Lucian perdiera facultades y, en esos ocho años, no había perdido ninguna. Yo, por mi parte, iba cuesta abajo.

–Nada, ¿por qué lo preguntas?

Lucian movió ficha.

–No has dicho ni mu desde que has entrado.

Miré el tablero.

–Estoy intentando concentrarme.

–Eso no te va a servir de nada, acabo de darte otra paliza –se metió el meñique en el oído, examinó la cera de la uña y se la limpió con la pernera del vaquero que le colgaba del muñón–. No puedo creer que no hayas traído cerveza.

Yo tampoco podía creerlo. Durante casi una década, todos los martes por la noche le pasaba a escondidas cerveza y aguardiente de moras.

–Necesito contarte algo.

–Hasta ahí llego, estoy esperando a que empieces –se movió en su asiento–.
¿Algo importante?

–Cosas de *sheriff*.

–Ah, esa mierda –Lucian observó cómo yo enviaba un caballo a la muerte y agitó la cabeza despacio–. Bueno, pues hablemos y terminemos con ello para que por lo menos podamos jugar una partida decente esta noche.

–Es sobre tu sobrino nieto.

Lucian levantó la mirada.

–¿Qué es lo que ha hecho ahora?

–Pegar una paliza a Jules Belden.

Sus manos no se movieron.

–¿Grave?

–Bastante grave.

Lucian se echó hacia atrás en su sillón, se acomodó y contempló su propio reflejo en la superficie oscura de la puerta corredera de cristal que había detrás de mí. Lucian era un viejo apuesto, con aires de estrella de cine, pero de rasgos más duros. Las patas de gallo le llegaban hasta donde le empezaban las entradas, pero el pelo era abundante, color platino. No tenía el porte del juez. En Lucian, todo era cuadrado, incluso su corte de pelo a cepillo. Estaba seguro de que no se lo había cambiado desde que Roosevelt estaba en el poder. Tenía los ojos color marrón oscuro, nunca había visto otros iguales: el negro de las pupilas parecía fundirse con el color caoba que lo circundaba. Yo estaba seguro de que eran capaces de absorber y expulsar la oscuridad. Lucian no había tenido hijos, por lo que la responsabilidad de que el apellido no se extinguiese recaía en Turco.

–¿Quieres una copa?

–Como no te has cansado de repetir, te recuerdo que no he traído nada.

Se rascó la barba incipiente del mentón con unas uñas que habían sido cortadas hasta la cutícula.

–Bueno, gracias a Dios no dependo de ti para todo –señaló el armario de la esquina–. Hay una botella de *bourbon* detrás del edredón de estrellas del estante de abajo.

Me levanté y rescaté un Pappy Van Winkle de veinte años. Sólo lo mejor para los ancianos residentes del asilo de Durant. Regresé con la botella, le quedaban tres cuartos.

–¿Tienes vasos?

–¿Qué te pasa? ¿Eres demasiado pijo para beber de la botella? –se la pasé y observé cómo le pegaba un buen trago. Luego, exagerando mucho los gestos,

limpió la boca de la botella con la manga de una camisa de franela que no me extrañaría que no se hubiera quitado en una semana.

–Gracias –no me gusta el *bourbon* y normalmente no bebo, pero, como cabe suponer, ese en concreto sí me gustaba. Era incapaz de describir todos los aromas suaves que asaltaron mi boca, pero te entraban ganas de masticar. Me ardía la garganta, como si le hubieran prendido fuego.

–¿Tienes a Jules bajo custodia?

–Pues sí.

–¿Va a presentar cargos? –le pegué otro trago y le devolví la botella sin limpiarla.

–Te tomas muchas libertades con mi *bourbon* para ser un tipo que no me ha traído nada de beber esta semana –me senté y él volvió a mirar las puertas de cristal. Me maravillaba la vitalidad de este hombre. Aristóteles decía que algunas mentes no son recipientes que se llenan sino fuegos que se encienden. *Bourbon* aparte, la mente de Lucian había estado encendida durante mucho tiempo y sus ojos de tigre seguían ardiendo con fuerza–. Si tuviera dos piernas, saldría a patearle el culo a ese hijo de puta yo mismo –esta vez me señaló a mí con el dedo–. ¿Te has ocupado tú?

–Algo así.

Se arrellanó en el sillón. Aquello empezaba a parecerse a un trato entre mafiosos. Lucian hizo un ruido con la nariz, se tocó el mentón otro poco, y echó otro trago.

–¿Qué quieres de mí?

–Que me des tu absolución.

Lucian le pegó otro trago a la botella y me la pasó.

–Maldita sea, esa mierda es adictiva. Será mejor que le des otro trago y que la pongas donde estaba antes de que nos emborrachemos como bellacos –y eructó–. Los cabrones de aquí te roban cualquier cosa que no esté clavada a la pared... ¿Qué?

–Cosas de *sheriff*.

–¿Hay más?

Por una vez, fui yo el que miró por las puertas de cristal.

–No sé cuánto de lo que voy a contarte en realidad querrás oír...

–Joder, tengo asuntos importantes mañana por la mañana, me tienen que meter un depresor en la boca. No estoy seguro de querer nublar me la mente con un caso de asesinato.

–¿Qué te hace pensar que es un asesinato?

–¿Qué te hace pensar que no lo es? –me quedé allí de pie mirándolo–. Siéntate, me va a salir una contractura en el cuello –hice lo que me ordenaba–. No te hagas el sorprendido, todavía leo el puto periódico.

–Podría ser un accidente de caza, Lucian.

Se cruzó de brazos para concentrarse.

–Gilipollices. Por lo que me puedo imaginar, hay un montón de gente ahí fuera dispuesta a cargarse al chaval y uno de ellos ha decidido tomarse la justicia por su mano –le conté todo lo relacionado con la balística–. Joder, ¿quedó algo del cabronazo?

–Las extremidades.

–¿Dónde le dio?

–Justo en mitad del torso.

–¿Por delante o por detrás?

–Por detrás.

–Supongo que no quedará mucho del pecho, ¿no?

–Pues no.

–¿Plomo?

–Pues sí. No es concluyente, pero todo parece apuntar a la teoría de que se trata de un fusil de cartuchos de gran calibre.

–Un Sharps.

–Bueno, hay otros...

–Sharps –Lucian apoyó la barbilla en la palma de la mano, envolviendo la mandíbula con sus dedos achaparrados, como un jugador de béisbol que aferra una pelota. Era capaz de partir nueces con aquellos dedos nudosos. El gancho de Lucian era toda una leyenda y, si tenías la desgracia de dejar que te pusiera las manos encima, te fijabas en ellos de inmediato. Era divertido ver cómo la mente de Lucian se ponía en marcha, cómo repasaba el condado de Absaroka, barriendo las montañas, los valles, las colinas, revisando todos los desvanes, baúles, armarios y armerías a doscientos cincuenta kilómetros a la redonda. Añadió cinco nombres más a la lista, ninguno de los cuales era indio. Le dije lo de la pluma.

–Mierda, ¿algo más?

–No –se mordió el labio pero, por lo demás, permaneció inmóvil. Poco después, le pregunté–: ¿En qué estás pensando?

–Estoy pensando en que vuelvas a sacar la botella de *bourbon* –coloqué con cuidado las piezas de aquellos reinos en miniatura en el compartimento del interior del tablero. Supuse que ya no habría más ajedrez por esa noche–. ¿Todavía te juntas con ese indio amigo tuyo, Oso en Celo?

–Oso en Pie.

–Sí, ese –Lucian se ensañaba con los nombres indios como un animal. A los Grandes Cuervos los llamaba Huevos Pequeños, los Flechas Rojas eran los Bragas Rojas. La lista era interminable y, por muchas veces que le corrigieras, se limitaba a ofrecerte una sonrisita y continuaba hablando. A pesar de ello, los

indios lo adoraban. Lo respetaban porque era un tipo duro y porque jugaba limpio. En el mismo puente donde me había detenido a descansar el día anterior, Lucian montó una campaña contra la embriaguez pública el día en que detuvo su antiquísimo Nash y les exigió a dos indios de mediana edad que estaban bebiendo que le hicieran entrega de la botella. Estos la apuraron y la arrojaron al Piney Creek, diciendo: «¿Qué botella?».

Lucian se deshizo de su pierna de madera y la dejó en el banco, se quitó el sombrero y saltó al arroyo para emerger un minuto después. «Esta maldita botella.» Lo ayudaron con la pierna y con el sombrero y luego, alegremente, se subieron a la parte trasera del coche de policía para volver al pueblo. Los viejos cheyenes tenían mucho cuidado cuando pronunciaban su nombre, *Nedon Nes Stigo*, El Que Muda su Pierna.

Lucian sabía de sobra quién era Henry y cómo se llamaba.

–Ese puede ayudarte a averiguar quién fabricó la pluma y de qué parte de la reserva procede. Dios, todos los contactos que tenía allí la han palmado y ahora andarán viajando a lomos del viento, pero deberías empezar por la familia de la chica.

–Henry es familia suya.

Lucian agitó la cabeza.

–¿Qué parentesco tiene Oso en Celo con los Pajarracos?

–Pájaro Pequeño. El padre de Melissa es el primo del padre de Henry.

–Así que la niña es prima segunda suya.

–Pues sí, pero a causa de la diferencia de edad se refiere a ella como su sobrina.

–El padre es el que perdió ambas piernas, Lonnie, ¿no?

–Diabetes.

–Joder, eso tiene que ser duro –miré al hombre con una sola pierna que tenía delante de mí–. La madre era una borracha y por eso la niña salió retrasada... –se volvió a llevar la mano a la cara. El aire que le salió de los pulmones siseaba como una serpiente–. Bueno, ve a hablar con el viejo Oso en Celo.

–¿No creerás que es sospechoso?

De repente, sus ojos se convirtieron en la boca de una escopeta de dos cañones.

–¿Y tú?

–No.

Lucian continuó apuntándome con la mirada.

–Es tu mejor amigo, me parece que, de haber pasado algo así, te habrías enterado.

–Pues sí.

Lucian inclinó la cabeza hacia un lado y entrecerró el ojo, como si me tanteara.

–No sueñas demasiado seguro.

–Lo estoy –Lucian me observó mientras alcanzaba mi abrigo del sofá–. ¿Debería añadir a alguien más a la lista?

Lucian se encogió de hombros.

–¿Cómo coño quieres que lo sepa? Yo estoy jubilado.

Todavía hacía una temperatura agradable cuando salí. Siempre utilizo la salida de emergencia del final del pasillo, porque da a un lateral de mi oficina. Nunca me paro a mirar por las puertas correderas de cristal cuando cruzo el aparcamiento: me parece hacerle un feo a Lucian. De reojo, veía que las luces seguían encendidas y estaba seguro de que seguía allí, observándome, sin otra ocupación que esperar al martes siguiente. Me di media vuelta.

–¿Qué coño quieres ahora?

No me llevó mucho volver a la habitación. Me apoyé en el marco de la puerta, llenando gran parte del hueco y me eché hacia atrás el ala del sombrero.

–¿Te has pensado lo del trabajo de operador del que hablamos hace un tiempo?

Lucian se había desabrochado la camisa y había llegado hasta la pared medianera a la pata coja, ayudándose con la mano.

–¿Hace dos años?

–Pues sí.

Me miró a través de sus cejas.

–Tenemos mucho lío, me vendría bien algo de ayuda.

–¿Dos días a la semana?

–Sí, los fines de semana.

–Tendré que pensármelo –no se movió, estaba abochornado porque lo había pillado dando saltos para meterse en la cama.

–No estarías yendo a por el *bourbon*, ¿verdad? –Lucian no solía sonreír muy a menudo, pero, cuando lo hacía, dejaba al descubierto unos dientes preciosos. Me pregunté por curiosidad si serían suyos.

Emprendí el camino de regreso a la oficina con las ventanillas bajadas. Nada parecía indicar que fuera a nevar. La luna era de un color blanco resplandeciente y se deslizaba entre las ramas de los sauces junto al Clear Creek. A altas horas de la noche se podía escuchar el agua y, durante la mayor parte del verano, solía dejar las ventanas de mi despacho abiertas para poder escucharla. No eran más que las ocho y media, pero todo el pueblo se había ido ya a dormir.

Había una nota de Ruby explicando que Ferg se había pasado por la finca de los Esper pero que no había encontrado a nadie en la casa. Se iba a encargar de llamarlos y se pasaría de nuevo al día siguiente. Había otro *post-it* a modo de

adenda, donde Ruby me contaba que había informado a Ferg de que acababa de ser contratado a jornada completa. Decía que su reacción no había sido muy entusiasta, pero la noticia no debía de haberle fastidiado tanto, porque me había dejado cuatro truchas pardas en la nevera, limpias y todo. Pasé junto al despacho de Vic y me fijé en que los cuadernos amarillos se habían multiplicado. El montaje era impactante. Nunca se me ocurriría desordenar lo que ella, sin lugar a dudas, consideraba una disposición cuidadosa y organizada. Éramos chiquitos pero matones. Pensé en Don Quijote, quien, sintiéndose demasiado poderoso como para luchar contra simples mortales, se había decantado por los gigantes.

Me senté en el escritorio y miré el teléfono, mientras los molinos me rondaban la cabeza. Vonnie estaría todavía levantada, pero el valor me había abandonado. Había una hoja de papel amarillo de uno de los cuadernos de Vic. Había llenado la cuartilla superior de garabatos rabiosos. La cogí, encendí la lámpara del escritorio y leí: «¿Dónde coño estás? Hemos cubierto la zona en círculos concéntricos, la hemos peinado con peine fino. Nada más que medio kilómetro, pero ¿tienes idea de cuánto hemos tardado? El cretino pensaba que podría haber hierba aplastada en uno de los riscos a unos cuatrocientos metros de distancia, así que tuvimos que marcar todo el perímetro con estacas y llegar hasta allí. ¿Tienes la menor idea de cuánto hemos tardado? Resulta que el tío también es un experto fotógrafo. No te jode. Me preguntó si quería ir a tomar algo. Seguro que no tienes ni puta idea de cuánto hemos tardado». La nota iba firmada por Vic y contenía una adenda: «PD: Recibiremos más resultados del laboratorio de balística mañana, nada que perturbe tu agitada vida social». Y otra más: «PDD: Llevé el carrete a la tienda, dicen que lo tendrán para mañana a primera hora, léase, a las doce».

Nunca había recibido una nota de Vic que tuviera menos de dos posdatas. Sostuve en alto la hoja de papel amarillo un poco más y descubrí que estaba cubierta de agujeritos que se correspondían con los puntos por los que se colaba la luz. Dejé la hoja sobre la mesa y contemplé el teléfono de nuevo. La pluma atrajo mi atención y la cogí, haciéndola girar entre los dedos, del mismo modo que le había dado vueltas todo el día en la cabeza. Levanté el auricular del teléfono, pero me limité a sostenerlo en el aire a cierta distancia. Podía escuchar la señal: eso significaba que todavía funcionaba. Lo apoyé de nuevo con delicadeza sobre el aparato y miré por la ventana: tal y como sospechaba, las nubes empezaban a envolver de bruma las montañas. Deseé que, fuera lo que fuera que Vic y Omar hubieran descubierto por la tarde, estuviese guardado a buen recaudo o cubierto con un plástico sostenido por estacas.

Volví a coger el auricular, marqué y lo oí sonar. Al cuarto tono sonó el

ronroneo mecánico del contestador automático y dejé el mismo mensaje que había dicho diariamente durante la última semana:

–Soy tu padre, sólo quería saber si has conseguido escapar o si todavía tenemos que pagar el rescate –no hubo respuesta, así que colgué.

Mis intentos por levantarme el ánimo iban de mal en peor, así que volví a la nevera de la cárcel en busca de mi cena a base de trucha, y allí, en la parte delantera de la última balda, entre las empanadillas y el pescado envuelto en papel de aluminio, había una flamante y fresca botella de cerveza Rainier de tercio. Tenía un *post-it* pegado al cuello donde se apreciaba la escritura esmerada de Ruby: «Para celebrar que te estás poniendo en forma». Ay, Ruby. Me deshice de la chapa, la tiré al cubo de basura, volví a mi despacho y me senté. Le pegué un trago a la cerveza y me sentí mucho mejor. Volví a descolgar el auricular una vez más y entonces me acordé de que iba a tener que buscar su número. Al final encontré mi vieja agenda de teléfonos en el fondo de un cajón de mi escritorio y busqué por la letra H. Michael Hayes. Marqué y Vonnie lo cogió al segundo tono.

–¿Sí?

El «sí» me cogió por sorpresa, pero me recuperé con rapidez.

–Eh, pero si todavía no te lo he pedido.

–Hola, Walter –respondió Vonnie con voz queda.

Podía imaginármela hecha un ovillo en uno de los sofás de cuero, junto al fuego, con el teléfono muy cerca de ella. Había pasado mucho tiempo y la situación me desbordaba tanto que me mareaba cada vez que le dirigía la palabra.

–¿Puedo tomarme ese «sí» en el sentido amplio del término?

–¿Un *sheriff* tiene permitido hacer este tipo de llamadas?

Apoyé la cerveza en la mesa y comencé a rascar la etiqueta con la uña del pulgar.

–¿*Sheriff*? ¿Qué *sheriff*?

–Estaba pensando en invitarte a cenar a mi casa –hubo una pausa–. ¿Qué tal mañana por la noche?

–Perfecto. ¿Qué puedo llevar yo?

–Una botella de vino y a ti mismo.

–Eso está hecho. Mañana tengo que acudir al tribunal, pero para esa hora estaré corriendo como pollo sin cabeza, siguiendo el procedimiento habitual –Vonníe se echó a reír con una risa cálida y melódica. Tendría que haber insistido en vernos esa misma noche. Vonnie me aconsejó que cuidase de mi cabeza hasta la noche siguiente y me deseó buenas noches como el resplandor que se abre paso a través de mi ventana. Era difícil de describir, pero esto de cortejar a Vonnie me había transportado a otro plano. No pretendo sonar

como un adolescente enfermo de amor, pero el mundo parecía un lugar mejor, como si le hubiesen añadido algo al aire que respiraba.

Terminé la cerveza, cogí la pluma y el pescado y me dirigí al Bullet. Observé los retazos de nubes que reflejaban la luz de la luna. Parecía que fuera a hacer frío en la montaña. Íbamos por el quinto año de un ciclo de sequía y los ganaderos se alegrarían de la escarcha que se formaría en la cima. En primavera, el agua vivificante empezaría a correr por los precipicios y esa agua haría crecer la hierba, la hierba alimentaría las vacas y de las vacas saldrían las hamburguesas que pagarían el sueldo del *sheriff*. Así era el orden natural de las cosas o eso era lo que los ganaderos me decían... una y otra vez.

Arranqué la camioneta y la puse en marcha, a la vez que subía las ventanillas y me miraba el ojo derecho en el retrovisor. Un ojo derecho bonito, pícaro a la vez que afable. También podía verme la oreja derecha, una oreja bonita para tratarse de una oreja, bien formada, con el lóbulo bien separado del cuello. La patilla estaba entreverada con algo de gris, el toque perfecto, que encajaba bien con el sombrero de *cowboy* color plata. Un pedazo de hombre o un pedazo de oreja y de ojo. Evité la tentación de reajustar el espejo para verme mejor y arruinar el efecto.

Tenía una cita. Mi primera cita desde... desde antes de casarme. Vino, tenía que acordarme del vino. La única tienda que estaría abierta sería la licorería que había junto a la gasolinera de Sinclair. No sé por qué, intuía que no iban a tener el reserva que estaba buscando. Si pillara a Henry en el bar, podría proporcionármelo. Retrocedí y me dirigí a Wolf Valley.

Al llegar al bar, mis ánimos se vinieron un poco abajo: todas las luces estaban apagadas y no había ni un solo vehículo a la vista. A menudo, si no había clientes, Henry echaba el cierre. Supongo que pensaría que aguantar a los borrachos cuando ya estaban allí era algo muy distinto a esperar a que se presentaran. Di la vuelta para dirigirme a casa. Se me pasó por la cabeza continuar hasta su casa, pero pensé que podía llamarlo a El Poni al día siguiente. Miré el magnífico pescado depositado en la alfombrilla bajo el asiento del acompañante e intenté pensar cómo cocinarlo sin destruirlo. Me relajé un poco cuando vi un destello de una luz al acercarme a mi cabaña. Mientras sacaba mis cosas, me quedé mirando el Thunderbird color azul pálido descapotable, con la capota echada hacia atrás y el interior blanco inmaculado.

El padre de Henry había comprado ese coche en Rapid City, allá por el año 1959, unos tres meses antes de que le diagnosticaran «el» cáncer. Así es como lo llamaban por aquel entonces, «el» cáncer, como «el» invierno o «la» peste negra. Me incliné sobre la puerta para mirar el cuentakilómetros: 53.804 kilómetros. Cuando el padre falleció, la cuestión de qué miembro de la familia

se quedaba con el coche causó bastante controversia. Henry puso fin al debate cuando sacó las llaves del bolsillo del último par de pantalones que llevó puestos el viejo, que yacían arrugados junto a su lecho de muerte. Henry puso en marcha el Thunderbird, condujo esa belleza sesenta y cinco kilómetros y la aparcó en Sheridan, en un garaje vete a saber dónde. Ninguno de ellos volvió a preguntarle por el coche jamás. Henry lo llamaba Lola.

—Eh, apártate de ese coche, tú —la voz, grave, provenía de la oscuridad, de algún punto indeterminado bajo el nuevo tejado del porche. Subí la pequeña pendiente hasta la fachada de mi recién reformada cabaña de troncos. El porche recorría los cuatro lados de la casa y el aroma a madera de secuoya recién cortada era embriagador. El tejado consistía en tablas machihembradas de sesenta por ochenta centímetros; los bordes estaban recubiertos de estaño y encajaban a la perfección con el tejado que existía previamente. Se trataba de un trabajo realmente bien hecho, incluso yo era capaz de admirarlo. Los toscos pilares de ciento ochenta por ciento ochenta daban a la vivienda solidez, la solidez propia de un hogar. Había un par de bloques de cemento apilados en el suelo en medio del porche, habilitando un acceso entre los dos extremos de una baranda.

Me detuve junto a los bloques y me apoyé en uno de los pilares de madera.

—Joder.

—¿No está mal, eh? —Henry estaba sentado junto a la puerta delantera y se apoyaba contra la pared con las piernas extendidas y cruzadas delante de sí. Llevaba unos mocasines tan gastados que la planta del pie se intuía a través de la piel de alce. Extendió el brazo, sacó una botella de cerveza del envase y me la lanzó. La agarré, pero por poco se me escurre—. Tenía pensado dejarte tres, pero se ha hecho tarde. Ahora sólo te tocan dos.

Abrí la cerveza y eché un trago.

—Han hecho un buen trabajo.

—Volverán mañana para terminar con la baranda e instalar los escalones.

—¿Saben que va a nevar esta noche?

Henry se encogió de hombros y apoyó la espalda contra la pared de troncos.

—Hasta medianoche, no.

Eché un vistazo al descapotable y deseé que tuviera razón.

Le pegué otro trago a la cerveza, di unos pasos por el porche e hice un gesto en dirección al coche.

—¿Una ocasión especial?

—El último baile. No creo que tenga oportunidad de volver a conducirlo de nuevo este año —Henry permaneció con la mirada fija en el coche que, a la luz de la luna, parecía aún más pálido. Otro poni fantasma para Henry.

—¿Una noche floja en el bar?

–Sí. ¿Qué llevas en el papel de aluminio, tú?

–Un par de truchas –le ofrecí una mano para ayudarlo a levantarse–. ¿Quieres que te eche una mano para poner la capota?

Henry miró en dirección a las colinas al otro lado del valle.

–Ya te lo he dicho, no va a nevar hasta pasada la medianoche, tú –dejé el pescado junto al fregadero y tiré el sobre con la pluma cerca del borde de la encimera. Henry fue al frigorífico y sacó un cartón de leche y una huevera que seguramente había metido el domingo. Abrió el cartón y olisqueó la leche.

–¿Te queda todavía harina de maíz?

Me agaché junto al armario inferior que había al lado de la puerta y saqué el envase de cartón: la esquina ya estaba mordisqueada. Me encogí de hombros mientras se lo pasaba.

–Lo siento –Henry agitó la cabeza, echó dos huevos en un cuenco y los batió con un tenedor a la vez que les iba añadiendo leche. Luego sacó la sartén que había utilizado esa misma semana, se aseguró de que no tuviera cagadas de ratón, encendió el fuego delantero y dejó caer un buen pedazo de mantequilla sobre el metal que se calentaba lentamente. Era divertido mirar cómo se manejaba en la cocina, sus movimientos eran precisos y ligeros. De repente caí en la cuenta de que tenía que preguntarle una cosa:

–¿Puedo ayudar en algo?

–No, *prefiego* mi *tgucha à la meunière* sin *miegda alguna*, tú –abrió el papel de aluminio y admiró el pescado–. Qué hermosura. ¿Dónde las has comprado?

–¿Qué te hace pensar que no las he pescado?

Henry no se dignó responderme, se dispuso a esparcir un lecho de harina de maíz en un plato y la removiò. Cuando terminó, cogió su cerveza y se la llevó a los labios para darle un trago.

–¿Asumo que no tendrás aceite de cacahuete, perejil ni vino blanco?

–No, pero tengo una cita mañana por la noche.

Henry asintió, extendió el brazo y vertió parte de su cerveza en la masa de harina. Luego rebozó las truchas, las cubrió con la harina restante, cogió un trapo que colgaba del tirador del cajón que había debajo del fregadero y lo utilizó para agarrar el mango de la sartén.

–Bien.

–Necesito un poco de ayuda.

Henry observó cómo la mantequilla se deslizaba por el interior de la sartén, añadió un poco más y volvió a soltarla encima del fuego.

–¿Sí?

–¿Vino?

–Sí, el vino es algo maravilloso, tú.

Henry no llegó a ver la miradita sarcástica que le dediqué.

–Necesito ayuda para elegir un vino.

Henry contempló el pescado.

–¿La cena es en su casa?

–Sí.

–¿Qué va a cocinar?

–No lo sé –Henry sacudió la cabeza despacio y tomó un sorbo de cerveza: yo le estaba obligando a darse a la bebida. Eché un trago de la mía e intenté poner buena cara–. No me lo ha dicho.

Henry asintió, a la vez que desplegaba las manos sobre nuestra pitanza.

–Vino tinto si es ternera, blanco si es pescado o cerveza barata, que va con todo –se apoyó en la encimera y dejó caer todo su peso sobre un brazo–. ¿Se supone que se trata de un obsequio o es para acompañar la cena?

–¿Acaso importa?

–Sí, tú. Si es para acompañar la cena y es blanco, tendrías que llevarlo frío. Si es un regalo, no.

–¿Y si no dejo que toque la botella?

Henry asintió sabiamente.

–¿Y no vas a dejar que lo pruebe?

–Oh, sí, eso sí –Henry terminó su mermada cerveza y sacó la última botella del envase de cartón–. Oye, creí que esa era mía.

–No te la mereces, tú –Henry la abrió y echó un trago antes de que yo pudiera arrebatársela–. Luego está el pollo.

–¿Qué pasa con el pollo?

–Puede ir con uno u otro.

–Los pollos son unos listos.

Henry agitó la cabeza de nuevo.

–Dependiendo de cómo se prepare, el pollo puede ir con tinto o con blanco. Se supone que el vino está pensado para complementar la comida. Hay vinos secos, vinos semisecos, vinos dulces, aperitivos, vinos espumosos, vinos generosos, jereces, oportos...

–¿Vinos de cartón? –sólo intentaba ser de ayuda.

–Hay una infinita variedad tanto de blancos como de tintos: dependiendo de la uva, los blancos pueden ser *sauterne*, *chardonnay*, *pinot grigio* o *sauvignon blanc*; del lado de los tintos, burdeos, borgoña, *beaujolais*, *pinot noir*, *zinfandel*, *shiraz*, *merlot* y *syrach*. Y eso sin tener en cuenta los viñedos y las bodegas. El vino del año es una mezcla de *cabernet* de la zona marítima de Bolgheri. Antinori ha plantado un sesenta por ciento de *cabernet sauvignon*, treinta y cinco por ciento de *merlot* y cinco por ciento de *cabernet franc*. Luego tenemos las distintas denominaciones: St. Emilion, Margaux, Barolo, Barbera y Chianti...

–¿Cuáles son los que vienen en garrafa?

Henry hizo un gesto en dirección al envase vacío con el culo de la botella.

–¿Qué me dices de un buen *pack* de seis?

–Estoy tratando de cambiar de imagen.

–Sí, también yo lo estoy intentando, pero no parece que funcione, tú –Henry tomó dos de las truchas y las dejó caer sobre el espejo de mantequilla derretida. El pescado chisporroteó al principio y luego se calmó, entonces Henry devolvió la sartén al fogón. Las truchas sólo cabían de dos en dos.

–¿Qué hay del *chenin blanc* que siempre bebe en el bar?

–Una buena elección, junto con un *merlot*, sólo por si acaso.

–¿Puedes agenciármelos? –aquel término me lo había copiado de Vic.

–Sí.

Me adelanté y comí, sin pararme a pensar en el tema que quería plantearle a Henry, mientras este preparaba la siguiente ronda de trucha.

–¿Ha estado la cosa muy floja en el bar?

Henry se sirvió la cena en un plato y se hizo un hueco en la encimera.

–Lo suficientemente floja como para cerrar esta noche.

–¿No te cansas a veces de trabajar allí?

–Todos los días, pero luego miro mi cuenta bancaria y lo supero –se dispuso a cenar y lo dejé tranquilo un momento, antes de molestarle con otra pregunta. Sabía por qué motivo era dueño del bar, por qué era algo que siempre le había atraído. Aquella era una forma de servir a la comunidad. En cierto modo, esa era la razón de que nos dedicáramos cada uno a lo nuestro. Aquel era nuestro modo de cuidar de la gente, de asegurarnos de que todo estuviera bien–. ¿Qué te ha parecido el pescado?

Supuse que ya estaba listo para hablar.

–Genial, gracias.

–Oye, que las truchas eran tuyas, tú.

–En realidad eran las truchas de Jim Ferguson –Henry era así, siempre intentaba que todo el mundo se sintiera a gusto–. ¿Va mucho Roger Russell por el bar?

Henry se lo pensó.

–No.

–La otra noche, ¿fue esa la única vez que estuvo allí?

–Sí –ladeó la cabeza y luego se inclinó un poco hacia atrás para que el pelo no cayese sobre la comida.

–Está en la lista de tiradores de Omar.

Henry continuó comiendo.

–¿Quién más aparece en la lista?

Se lo dije, su cara no dejaba traslucir ninguna emoción.

–¿Algún comentario?

Henry gruñó.

–Tío, no pienso decir una mierda hasta que hable con mi abogado – discutimos un rato sobre la lista, sus impresiones eran casi las mismas que las mías. Henry no pasaba demasiado tiempo en el pueblo, así que le costaba encontrar conexiones dentro del grupo. En el único en que estaba interesado, por razones obvias, era en Artie Cántico Corto–. Estuvo trabajando para Omar.

–Sí, Omar me lo contó.

Observé cómo los pulmones de Henry se llenaban de aire y me quedé admirado al comprobar que no lo expulsaba de inmediato forzado por el mismo pecho. Nunca tendría la complexión de Henry, concebida tanto para pelear como para salir huyendo. Mi única opción era pelear, pero podría mejorar. Todavía podía sentir un dolor sordo en las piernas y, en alguna parte, en lo más hondo, sentía una punzada en el estómago, en esa zona donde la mayor parte de la gente tiene músculos abdominales. Me re Coloqué en el taburete de cocina y Henry levantó la mirada.

–Artie estaba en el bar el día en que dispararon a Cody Pritchard.

Mierda.

–¿A la misma hora, antes o después?

Henry asintió apenas con la cabeza.

–Antes.

–¿Cuánto tiempo antes?

–Como una hora antes. Y se fue cuando Cody entró.

Solté el tenedor y el cuchillo, de repente había perdido el apetito.

–¿Viste en qué dirección se marchó?

–No.

Seguimos sentados un rato más.

–Necesito que me digas en qué estás pensando –Henry se levantó y se dirigió a la ventana con los brazos en jarras a observar cómo el viento soplaba sobre su coche con la capota bajada–. ¿Quieres que te ayude a ponerle la capota al Thunderbird?

No se dio la vuelta para hablar, su voz sonaba muy lejana.

–Te lo he dicho, no va a nevar hasta la pasada la medianoche –estuve esperando lo que me pareció un rato muy largo–. Debes de entender que esto me pone en una posición muy incómoda, tú.

–¿Qué tal si llamo a Billings o a Hardin?

–¿Qué tal si metes tus preguntas en una botella y la tiras al río Powder? Tendrás el mismo resultado, tú –esperé un poco más, estudiando su respiración.

–Estoy perfectamente preparado para ser rechazado.

–Sí, lo estás, y esa es una de las razones por las que lo voy a hacer.

–¿Crees que cooperará?

–No, no si sospecha algo –no me gustaba utilizar a Henry así, pero yo me había convencido a mí mismo de que era por el bien común. Estaba seguro de que el mismo pensamiento estaba pasando por la cabeza del hombre que tenía delante.

–¿Lo conoces?

–Bastante bien.

Cambié de tema con la sutileza que me caracterizaba.

–¿Sabes si alguien de la reserva tiene un rifle Sharps?

Esa vez no hubo pausa.

–Lonnie Pájaro Pequeño tiene uno.

–¿Qué?

Henry se volvió a medias y sonrió.

–Lonnie tiene uno.

Me eché hacia atrás en el taburete y me crucé de brazos.

–¿Sabes qué? Para ser un arma relativamente rara, esos malditos cacharros abundan mucho por estos lares.

Henry movió las manos hacia delante y se las metió en los bolsillos.

–Se lo dio el hermano de mi bisabuelo, hace muchos años.

–¿De dónde lo sacó él?

–De su padre, que se lo quitó a un hombre blanco.

–¿A un hombre blanco muerto?

–Podría ser –todavía me estaba mirando con la cabeza medio girada.

–¿Calibre 45-70?

–Sí –Henry miró por la ventana y yo me puse derecho. Henry me podía ver perfectamente reflejado en el cristal. Yo me estaba cansando de mirar el reflejo de la gente y, joder, estaba harto de que la gente me mirase a mí–. Vas a tener que hablar con la familia de Melissa Pájaro Pequeño. Yo te acompañaré.

–Tengo que enseñarte una cosa más –cogí el sobre del laboratorio y lo tiré al otro extremo de la encimera. Henry se dio la vuelta y me miró–. Esa es otra de las razones por las que tengo que ir a la reserva –Henry regresó y se sentó, abrió el sobre de cartulina y sacó la pluma envuelta en celofán. Entrecerró un poco los ojos, pero eso fue todo.

–Pavo.

–¿Cómo demonios puedes saberlo tan rápido?

Henry se echó a reír y miró la pluma como quien mira un arma.

–La curvatura –Henry sostuvo derecha la pluma entre los dos–. Todas las plumas de pavo están curvadas. Esta ha sido enderezada, doblada de nuevo, le han dado la vuelta y la han vuelto a doblar.

–¿Cómo?

–Con una plancha, con una bombilla o con vapor, pero con vapor es más difícil.

–¿Por qué molestarse?

–Las plumas de águila son rectas –me acordé de las plumas de la funda del rifle de Omar y sí, eran rectas–. También hay un saliente pronunciado en el eje. ¿Puedo quitar el plástico?

–Claro, no hay huellas dactilares.

Henry volvió a sonreír.

–¿Luego no irás a usar esto en mi contra, tú?

–No, iba a sacar tus huellas de la botella de cerveza.

Abrió el celofán desprendiendo la cinta adhesiva de uno de los lados. Henry era una de esas personas que guardan el papel de regalo de Navidad. Sostuvo la pluma por el cálamo y acarició el delicado plumón con el índice y el pulgar. Estaba examinando algo, pero yo ignoraba de qué se trataba.

–Algunos artesanos usan barniz para conseguir el color adecuado. Este color es mucho más vivo que el del pavo. Barniz para muebles color caoba, lo aplican con esponja. ¿Te importa que te pregunte de dónde procede?

–De Cody Pritchard.

Henry no apartó la mirada.

–¿Estaba encima del cadáver?

–Sí. Pensamos que era algún despojo de los bichos de la zona, pero...

–Sí –Henry estuvo reconsiderando la pluma–. Sí...

–No llevaba nada parecido encima cuando lo viste en el bar, ¿verdad?

–No –Henry hizo girar la pluma entre sus dedos de la misma forma que yo lo había hecho durante todo el día–. Es un buen trabajo. Sólo hay un par de personas que podrían haberla fabricado.

Asentí.

–¿Podrías hacerme una lista?

–Podría investigarlo yo mismo –suspiró y depositó la pluma entre nosotros.

–¿Crees que alguien quería marcarlo como un enemigo?

Henry se encogió de hombros.

–No estoy seguro de que entiendas ese concepto correctamente, tú. En el pasado, cuando combatíamos contra otras tribus y contra el ejército, no había nada más honorable que marcar al enemigo: llegar, tocarlo con el arma y dejarlo vivo. Significa que eres capaz de tocar a un enemigo que está frente a ti completamente armado. Marcarlo no significa golpearlo, sólo sirve para demostrarle al enemigo tu valor. Esta acción se considera más meritoria que ninguna otra, es un despliegue absoluto de coraje, convierte la batalla en un juego.

–Bien, entonces lo descartamos –contemplé a Henry, este estudió la pluma de nuevo, recorriéndola en toda su extensión, una y otra vez.

–Por varias razones, esto no tiene sentido.

Le di el último trago a la cerveza y aparté la botella a un lado.

–¿Por ejemplo?

–Las plumas de búho son símbolo de muerte, son los mensajeros del otro mundo. La pluma de águila es un símbolo de vida, está vinculada a todas las actividades de los vivos: provocar la lluvia, plantar y recoger cosechas, tener una pesca provechosa, proteger las casas y curar enfermedades. La pluma se considera el hálito de la vida, transmite el poder y el espíritu del pájaro del que una vez formó parte.

A veces se me olvidaba lo espiritual que era Henry. Yo me había criado en el seno de la fe metodista, donde el sacramento más importante era la venta de tartas.

–El águila es un remedio poderoso. Simboliza la vida, la valentía, la libertad y la unidad de todos nosotros. La pluma de águila está bendecida por todos los pueblos indios. La pluma de águila debe ser pura, para que su portador no se contagie del mal que pueda haber en una pluma no bendecida. Un hombre medicina puede bendecir la pluma y luego la pluma puede pasar a otra persona.

Aquello no parecía conducirnos a ningún sitio.

–Eso no encaja en esta situación en concreto.

Henry retiró los platos y los depositó en el fregadero, a continuación se apoyó en la encimera y se cruzó de brazos.

–Esta pluma no es una auténtica pluma de águila.

–Vale. ¿Y qué significa eso?

–No estoy seguro. Podría ser un indio que estuviera enviando señales equívocas o...

–¿O qué?

–Un blanco intentando hacerse pasar por indio –me quedé pensando en eso–. O, volviendo al punto de partida: no todos los indios serían capaces de distinguir esta pluma de una real –y se encogió de hombros.

–Eres de gran ayuda.

–Esto va a ser mucho más difícil que lo del vino. Y exige salir a hacer algunas preguntas –Henry miró los restos de la cena esparcidos por la cocina–. ¿Quieres que limpie todo esto?

–Creo que puedo arreglármelas. ¿Te marchas ya?

–Mañana temprano tengo algo pendiente, tú.

Me empezó a entrar pánico, sin prisa pero sin pausa, y el dolor de las piernas se hizo más fuerte.

–No vamos a volver a correr, ¿verdad?

Henry no dijo nada, simplemente se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

Me acerqué hasta la ventana y lo observé mientras ponía el Thunderbird en marcha y rodeaba mi camioneta con cuidado. Vi las luces de los faros traseros subir y bajar por el camino de grava y desaparecer en la noche como turbinas rojas. Todavía hacía una buena temperatura fuera, así que cogí lo que quedaba de la cerveza de Henry, salí al nuevo porche y me apoyé en uno de los pilares de madera. Estaban toscamente cortados y, si pasabas la mano por las astillas en dirección opuesta, parecía el pelo de algún animal. Levanté la botella y eché un trago. Estaba casi llena, eso me hizo sonreír. Los detalles son importantes.

Levanté la vista a los pequeños alfilerazos del cielo nocturno y estos me recordaron la letra de Vic y sus diminutos agujeros en el papel. Estuve un rato pensando en mi hija y en Vonnice, pero luego mi mente se detuvo en Melissa Pájaro Pequeño. Iba a tener que volver a ver de nuevo a Melissa. No había tenido ningún trato con la chica desde el juicio, sólo la había visto una vez en la fiesta donde se recreaba la batalla de Little Big Horn y de eso hacía ya más de un año.

Estaba sentada en el coche de su tía Arbutus mientras esperaba para salir de uno de los improvisados aparcamientos en la pradera que cada año acogían a la avalancha de visitantes. Aquel era un día de finales de junio y, entre el bochorno y el reflejo del sol de la tarde, costaba distinguir nada, pero la vi. Acababa de levantar la cabeza para reírme de algo que Henry había dicho, mientras avanzábamos penosamente bajo el sol de la última hora de la tarde, pensando en cuántos habrían muerto allí, preguntándome si sus fantasmas andarían al acecho. Seguramente así fuera, porque cuando subimos un repecho, mis ojos se toparon con Melissa Pájaro Pequeño y fue como si todo discurriera a cámara lenta.

Llevaba puesto el tocado tradicional de danza cheyene, de colgantes, con una tira de símbolos solares hechos a base de cuentas y plumas. Y era distinto de cualquier otro que hubiera visto antes. Tenía tres vueltas de cuentas que le llegaban hasta debajo de los ojos. Las cuentas le cubrían las orejas hasta la altura de la gargantilla de conchas que llevaba en el cuello y la coraza de hueso de alce. Una cartulina con el número 383 en rojo le colgaba del cuello. Inmediatamente, me pregunté la cantidad de horas que habría empleado su familia en prepararla para el concurso de baile. Y me dije que ojalá hubiera ganado. Su cabeza se giró en dirección al coche que pasaba lentamente. Su mirada era dócil y alegre, pero se quedó congelada. Llevó la mano al cristal, apretando la palma contra la superficie. Abrió los labios levemente, justo lo suficiente para dejarme ver sus dientes, blancos y perfectos, y se marchó.

Mientras estaba meditando, noté que un pequeño copo de nieve se había colado en mi campo de visión y a continuación se había posado en uno de los bloques de cemento, para luego desvanecerse. Ahora que caía en la cuenta, había más copos de nieve, flotando lentamente en mitad de la fría brisa nocturna. Los científicos dicen que los copos de nieve hacen un ruido al aterrizar sobre el agua similar al aullido de un coyote, el sonido alcanza el clímax y luego se desvanece, todo en una milésima de segundo. El fenómeno fue descubierto cuando utilizaban un sonar para rastrear la trayectoria migratoria de los salmones en Alaska. Los copos de nieve hacían tanto ruido que anulaban las señales de los peces y el experimento tuvo que ser abortado. El copo flota encima de la superficie e, inmediatamente, se produce un sonido debajo del agua, pero, tan pronto como empieza a derretirse, comienza a absorber el líquido por acción capilar. Se cree que las burbujas de aire son expulsadas por el copo o que se quedan atrapadas en el ascenso del agua. Cada una de estas burbujas vibra mientras trata de alcanzar un equilibrio con aquello que la rodea y por eso envía ondas de sonido, un grito tan leve y tan agudo que el oído humano es incapaz de detectarlo.

Levanté la vista hacia las estrellas que quedaban. Parecía que en mi vida había un montón de gritos tan leves y tan agudos que el oído humano era incapaz de detectarlos.

Saqué mi reloj de bolsillo y miré la hora: las doce y un minuto.

Todos tenemos una lista de coches que odiaremos de por vida. La mía empezaba con el Studebaker del 50 color amarillo pálido con el que aprendí a conducir. Tenía la suspensión tan suave y aceleraba de una forma tan fulgurante como lo haría un cacho de roca. Otro vehículo de mi lista era el *jeep* Willys M-151A1 que el ejército me obligaba a conducir en Vietnam: volcaba continuamente y tenía la pésima costumbre de golpearme la rótula cada vez que metía tercera. Pero la auténtica espina que tenía clavada en cuestión de coches en realidad era la camioneta del 63 de Henry. Yo estaba con él cuando la compró. Habíamos ido a pasar el día a Denver para ver el partido y estábamos sentados en un pequeño restaurante mexicano situado detrás del Mile High, el antiguo estadio, el que no parecía un centro comercial. Yo estaba leyendo la sección de deportes del *Post* y Henry leía los anuncios por palabras.

Capacidad para tres cuartos de tonelada, motor V8, cuatro velocidades, cierre centralizado, guardabarros delantero, baca y cajón de carga y la suspensión más firme concebida por el hombre. El precio de la etiqueta, mil dólares, parecía demasiado bueno para ser verdad y así fue. Nos contaron que la camioneta había sido utilizada para cargar árboles de Navidad desde una granja de más allá de Grand Junction, pero nunca nos dijeron que también la habían usado para talarlos. Parecía haber salido del bosque más feo sobre la faz de la tierra tras golpear todos y cada uno de los árboles. Si alguien era capaz de encontrarle una sola pieza recta de metal en toda la carrocería, no sería yo. Era como si alguien la hubiera pintado con ceras y, además, mal. En su mayor parte, la camioneta era verde, mientras que el guardabarros y la baca eran color naranja fosforescente. Él la llamaba Rezdawg y yo la chatarra. No había ni una sola vez que hubiéramos viajado con ella que no se hubiera averiado, quedado sin gasolina, pinchado, recalentado o, sencillamente, incendiado de forma espontánea.

–Sube.

–No –Henry me había obligado a correr en mitad de la nieve.

–Sube.

–No –Henry quería llegar temprano a la reserva, pero yo tenía que ir a declarar al juzgado ese día y cancelar mi almuerzo con el juez.

–Sube.

–No –me había obligado a cambiarme dos veces de ropa.

–Mira... –tenía las manos alrededor del volante y la mayor parte de su cara quedaba oculta por el pelo–. Estamos de incógnito –miré con desconsuelo mi

propia camioneta, que comparada con la suya estaba casi nueva, con su motor, su suspensión y una calefacción que funcionaba, pero mi camioneta también tenía unas estrellas doradas bien grandes en las puertas. Eran unas estrellas preciosas, en el medio tenían dibujado un libro del que emergían las montañas Big Horn, pero no pasaban precisamente desapercibidas.

Henry acababa de abrir la puerta del asiento del acompañante, así que pude ver la nieve que comenzaba a derretirse a través de los agujeros en el suelo del coche sin problema. El salpicadero era mitad turquesa y mitad blanco, en la parte delantera tenía atornillado un micrófono de una vieja radio de aficionado, encima de la caja de cambios, tenía la palanca para las marchas y el volante estaba gastado y era de color blanco. También había un número indefinido de botones y palancas cromadas que eran infalibles a la hora de dislocar, pinchar o chamuscar cualquier cosa que entrara en contacto con ellas. Casi todas las ventanillas estaban rajadas y no tenía cinturones de seguridad. En la punta de la antena, a pesar de que no había radio, colgaba una bola de espuma color blanco sucio donde se leía «Capitán América».

–Va a dejarnos tirados.

–No va a dejarnos tirados. Sube, tú. Me está entrando frío.

Henry había empañado con el aliento el interior del cristal, así que miré el aparato de la calefacción, que estaba pegado con cinta adhesiva.

–Por lo que recuerdo, la calefacción de este trasto es una de tantas cosas que no funcionan.

–La he arreglado –Henry se había tomado en serio lo de ir de incógnito: llevaba puesta una sudadera gris con capucha, una chaqueta con estampado militar y una gorra color caqui donde podía leerse «Fort Smith, Montana, Gran Torneo Abierto de Pesca de Carpa»–. Vamos tú, sube –me rendí y me arrastré sobre un asiento con más capas que una cebolla, que había sido recientemente reparado con cuerdas elásticas y una cortina de ducha usada comprada en Pamida.

La camioneta siempre había sido un enigma en la vida, cuidadosamente estructurada, de Henry, pero era fundamental y muy importante para él. Podría haberla arreglado, me refiero de verdad, pero no lo había hecho.

En cierta manera, había algo de glorioso en su fealdad que recordaba al chaval de pecho estrecho cuya mirada sabía cosas que yo nunca comprendería. No importaba lo lejos que fuera, no importaba lo que hiciera, siempre pertenecería al lugar hacia donde nos encaminábamos en ese momento.

No se podía dar marcha atrás con la furgoneta. Vi cómo Henry, sin guantes, ponía el coche en marcha. Al mismo tiempo se encendieron dos luces rojas de emergencia en el salpicadero, sobre las siglas GEN y OIL. Henry asintió con la cabeza como si supiera de qué iba la cosa.

–¿No tendrás pinzas de batería, tú?

Una vez retiramos mi camioneta para que el Rezdawg pudiera salir, bajamos a la carretera lentamente, porque lentamente era todo lo rápido que podía ir el Rezdawg. Cruzamos el puente que separaba los terrenos del condado de la reserva como si condujéramos un carro de los pioneros y, en un abrir y cerrar de ojos, nos encontrábamos en territorio desconocido, una nación soberana en sí misma. No es que la topografía cambiase demasiado. Había salido el sol y su luz caía sobre los ángulos precisos haciendo resaltar los picos y las crestas de la montaña, con la calidez propia de una estampa. La forma en que estaban cortados los pastos daba cuenta de la ética del trabajo de sus dueños, algunos ya preparados para el invierno que se aproximaba, otros no.

Siempre que voy a la reserva me vienen a la mente distintas cifras: cifras sociales, cifras del gobierno, cifras de esperanza de vida. La media de vida de un indio es once años menor que la de su hermano blanco. Yo pasaba mucho tiempo tratando de ignorar esas cifras cuando estaba con Henry: esas cifras interferían en la forma que tenía la gente de percibir a este pueblo y hacía mucho tiempo que había comprendido lo importante que era fijarse en ellos.

–¿Estás armado?

Me sentí ligeramente culpable ante la presión de una pistolera en el hueco de la espalda.

–Pues sí, ¿por?

Henry se encogió de hombros.

–Simplemente quería saberlo –condujimos durante un rato–. Tú no dispares a nadie, ¿vale?

–Vale.

Contemplé los álamos y los matojos de salvia al pasar.

–¿Adónde vamos primero? –preguntó Henry.

–Tú dirás.

–Oh, no. Yo simplemente soy el explorador en esta expedición.

–Pensaba que tu gente dejaba esos menesteres a los cuervos –Henry se inclinó sobre el volante un poco más y gruñó. En general, esa solía ser su respuesta para todo lo relativo a los cuervos. La mayoría de los cheyenes todavía no les habían perdonado que Patada en la Barriga guiase al general Custer en Little Big Horn: la mayoría de las tribus indias que conocía no se habían perdonado casi nunca nada. Y eso no se le había pasado por alto al gobierno federal, que se había encargado con regularidad de emplazar las reservas de las tribus enfrentadas unas al lado de otras–. ¿Dónde podemos tomarnos un café?

–En el Bisonte Blanco.

Asentí y escuché cómo el motor de la calefacción empezaba a rechinar, mientras el líquido anticongelante iba goteando desde su interior hasta la

alfombrilla de goma desgastada, para luego convertirse en un reguero color verde dudoso que iba a parar a mi bota.

—¿Está puesta la calefacción?

—Sí.

—Bien, no quiero empezar por los Pájaro Pequeño. ¿Quieres que antes intentemos localizar a Artie Cántico Corto?

La estación de servicio Bisonte Blanco se encontraba diagonalmente opuesta al centro comunitario Ciervo Cojo y al lado de la cooperativa de panaderos. Me pregunté si no nos la estaríamos jugando yendo al centro comunitario, ya que funcionaba como Oficina de Asuntos Indios, un temor que se vio acentuado por la presencia de un *jeep* Cherokee verde estacionado en diagonal en la esquina del edificio. Al Departamento de Asuntos Indios le chiflan los chismes y aquel pequeño *jeep* estaba atestado de ellos. Todas sus unidades estaban repletas de antenas, refuerzos internos, defensas, pantallas divisorias, radares, láseres, radios, así como un surtido de armas de fuego alojadas en distintos compartimentos en el interior del vehículo. En los laterales del *jeep* había dos águilas pintadas, las puntas de las plumas parecían mecidas por el viento, a pesar de estar aparcado. No obstante, no tenía estrellas. No le pregunté nada a Henry cuando este pasó junto al centro cívico con el cacharro que tenía por camioneta y aparcó junto a la estación de servicio Bisonte Blanco, pero entonces no pude resistir la tentación.

—¿Algún problema?

Henry abrió la puerta y saltó fuera del coche.

—No, simplemente no me gusta la poli.

Cuando vi detrás del mostrador a Brandon Bisonte Blanco, empecé a sentirme mejor respecto a mi propia dosis de colesterol. Nunca he sido muy bueno calculando a ojo, pero que me mataran si no rondaba los ciento setenta kilos. Brandon era mucho más alto que cualquiera de nosotros dos y parecía el doble de ancho y de recio. Tenía la cabeza tan grande como la calabaza que me había servido de blanco el día anterior e incluso tenía algo de calabaza de Halloween: la sonrisa. No creo que haya visto en mi vida una sonrisa tan grande, con o sin dientes de oro. Al igual que el resto de él, su sonrisa inundaba la habitación. A su lado, los fluorescentes que iluminaban la estación de servicio no tenían nada que hacer. La redecilla que le sujetaba los largos mechones de pelo negro azulado mientras le daba la vuelta al mostrador para dirigirse a nosotros, cubierto por un delantal color verde, no hacía nada por disminuir el efecto. Me fijé en los guantes de plástico semitransparente que cubrían sus enormes manos, también en sus antebrazos, tan gruesos como jamones. Brandon Bisonte Blanco había estado haciendo sándwiches para el desayuno y llevaba dos en la mano cuando entramos. Quedarse allí parados y verlo caminar

frente a nosotros era como ver pasar un tren. Su voz era como la de Henry, hablaba de una forma entrecortada pero musical, tan grave como el bajo de un conjunto de jazz.

—Hermanito, ¿dónde has estado? —contemplé cómo Bisonte envolvía a Oso con sus brazos y lo levantaba del suelo sin ningún problema. Henry no se revolvió ni hizo ningún sonido: habría sido inútil resistirse a una muestra de cariño tan contundente. Simplemente se quedó así, con los pies colgando a quince centímetros por encima del suelo—. Seguro que no has hecho nada bueno.

Henry intentó responder sin mucho entusiasmo. Observé cómo los brazos de Bisonte se estrechaban y las manos se cruzaban en la zona baja de la espalda de Henry, mientras continuaba sosteniendo los sándwiches. Observé cómo los tendones y los músculos de Brandon empezaban a marcarse, mientras su mirada permanecía tranquila y traviesa. La cara de Oso empezaba a enrojecerse ligeramente, pero no dejaba escapar ni un ápice del aire que tenía en los pulmones. Si espiraba, sus costillas se vendrían abajo como una frágil estructura de espigas de madera. La cara de Henry quedaba ligeramente más arriba que la de Brandon, tenía la barbilla a cinco centímetros de distancia de la frente de Bisonte. Henry podría haberlo dejado k.o. de un cabezazo, pero supuse que esa no era la cuestión. Me pregunté si esa escena sería algo habitual, si cada vez que Henry entraba en la estación de servicio Bisonte Blanco tenía que pasar por eso. Desde luego, yo iría a poner gasolina a otra parte.

Me sabía la historia de Bisonte Blanco. Ya hacía años que había sucedido y tenía que ver con la casa que su madre poseía cerca de la frontera con Montana. Se trataba de un terreno seco y la señora no tenía dinero para excavar un pozo, así que Brandon iba como un buen chico todos los sábados por la mañana al parque público de Durant, donde había un depósito municipal con una fuente que dispensaba agua gratis. Turco, por entonces un adolescente, estaba allí con sus colegas cuando llegó Brandon a descargar una cuba de doscientos litros del cajón de su camioneta para llenarla con una manguera. No eran más que chavales, así que empezaron a darse codazos y a reírse mientras el tonel de acero seguía y seguía llenándose. Brandon escuchó las risitas y levantó la vista con su habitual sonrisa beatífica. La manguera se soltó y le salpicó los pantalones en la entrepierna, lo que hizo que Turco y sus amigos redoblaran las risas. Brandon se unió a ellos, meneando la cabeza. Luego, con calma, Bisonte Blanco se agachó, agarró el tonel y lo levantó para meterlo en el cajón de la sobrecargada furgoneta. Con un solo movimiento rápido, metió el tonel en la trasera y cerró la puerta. Sonrió, se marcó un bailecito para que se le secaran los pantalones, saludó con la mano a los chicos de ciudad y se marchó. Según me contó el Turco, llegados a ese punto ya nadie se reía.

No podía hacer mucho por Henry, a menos que sacara la pistola para disparar a Brandon. Supuse que Bisonte se comería la bala, de la misma forma que se comía todo lo demás.

–Brandon, ¿no crees que podrías estar haciéndole daño?

Bisonte miró en mi dirección y luego volvió a mirar a Oso.

–No, es un tipo duro. Desvirgó a mi hermana, hay que ser duro para hacer algo así.

–Tú... deberías... saber... –las palabras fueron pronunciadas entre dientes y brotaron ahogadas y entrecortadas, pero fueron suficientes. En la parte baja de la espalda de Brandon se formó una especie de temblor sísmico que le bombeaba y le llenaba los pulmones de aire, que acababa siendo expulsado en forma de pequeñas bocanadas que agitaban el pelo de Henry, hasta que Bisonte ya no pudo más, dejó caer a Oso y se echó a reír con tantas ganas que los estantes se sacudían. Cuando recuperó el aliento, se colocó delante de Henry con los brazos abiertos.

–Hermanito, ¡tengo unos sándwiches deliciosos!

Nos sentamos en una mesa de plástico junto a la ventana, Henry y yo en un lado y Brandon ocupando todo el banco del lado opuesto. Nos comimos los sándwiches y nos tomamos dos tazas humeantes de café donde se leía «Siempre recién hecho». Me quedé mirándolos mientras Henry se ponía al día de todo lo sucedido el mes pasado.

–¿Alguna novedad sobre Lonnie?

Bisonte se arrellanó en el banco y colocó un brazo en el respaldo.

–Es una historia muy triste, la de los Pájaro Pequeño, cuando Margie se dio a la bebida, la familia sufrió mucho, ¿quizá fuera un alivio que falleciera? –sus ojos se volvieron hacia mí-. ¿También has perdido a tu mujer, agente?

Aquello me sorprendió.

–Sí, así es.

–¿Es horrible perder una esposa?

Brandon formulaba sus opiniones a modo de preguntas, lo cual otorgaba a sus conversaciones un cierto deje filosófico. No estaba seguro de cuáles debía contestar y cuáles no, así que respondía todas.

–Pues sí.

–¿No dicen que es como perder una parte de ti mismo pero todavía peor?

–¿Y eso? –si uno podía jugar a ese juego, dos también.

–Cuando se van, ¿no nos dejan con lo que somos después de haber estado con ellas y a veces no reconocemos a esa persona? –Brandon dio unas palmaditas sobre la mesa para insinuar que no pretendía ofenderme-. Estarás bien, agente. ¿Es un buen hombre, el hombre con el que ella te ha dejado? –se

giró hacia Henry antes de que pudiese contestar—. Deberías ir a ver a Lonnie, pregunta mucho por ti. ¿O es que no quieres a la familia?

Oso ignoró la reprimenda y sonrió a su café.

—Así lo haré, tú. ¿Lonnie estará hoy en casa?

—No tiene piernas, ¿adónde iba a ir? Está en casa todos los días; ¿ve la televisión? Lo ve todo, ¿como si pensara que las cosas de la televisión no pasan si él no está allí para verlas?

—Puede que tenga razón, él.

—Ajá, sí. Es así... —diciendo esto, se echaron a reír en voz baja sin mirarse a la cara. Esperé un momento y entonces Bisonte se giró hacia mí—. ¿Conoces a Lonnie? —admití que así era. Muchos años antes del juicio, me vi obligado a convencer a Lonnie de que sólo porque alguien dejase su vehículo en marcha en el pueblo no significaba que otra persona pudiera cogerlo para darse una vueltecita—. Ajá, sí. Es así —los dos se echaron a reír de nuevo. Si Lonnie hubiera estado presente, también se habría reído.

La conversación continuó en cheyene y, gracias a Henry, me enteré de que Melissa ya no vivía con su padre y que se había mudado con una de sus muchas tías a una casa cerca del pueblo. Pasado un rato, la conversación volvió a nuestro idioma.

—Entonces, ¿quizá esté viviendo con su madre? —ahora hablaban de Artie Cántico Corto.

—Sí, ¿la chica con la que salía de la Agencia Cuervo? ¿Decidió que no le gustaba que bebiera tanto?

—¿Y ha vuelto a beber?

Brandon asintió ligeramente con esa enorme cabeza suya envuelta en la redecilla.

—Sí —Brandon miró en mi dirección y volvió a asentir, siempre sonriente—. ¿Te gusta tu sándwich, agente?

Le di otro mordisco y mastiqué. Y lo cierto es que estaba muy bueno.

—El mejor de la reserva.

Sus puños golpearon la superficie de la mesa haciendo saltar nuestras tazas de café y unas gotitas emanaron del centro del líquido oscuro.

—¡El mejor del mundo! —asentí con la cabeza y le devolví la sonrisa, mientras Henry desviaba su atención a la ventana.

—¿Su madre todavía vive cerca de Rabbit Town?

Brandon se cruzó de brazos encima del delantal verde, pero mantuvo la sonrisa.

—Hermanito, ¿empiezo a creer que no has venido a verme hoy por mis deliciosos sándwiches ni porque me tienes aprecio?

Henry levantó los ojos al techo pero volvió a posarlos de inmediato en los de

Bisonte. Yo ya conocía esa mirada. Era una mirada que no podías sostener durante mucho rato, te quemaba. Te quemaba porque él quería que así fuera. Observé a Bisonte para comprobar qué clase de efecto tenía sobre él, pero lo único que ocurrió fue que oí un sonido de tambores a lo lejos. Estoy seguro de que los oí en mi cabeza, pero, al pensarlo, vi cómo Bisonte asentía levemente con la cabeza al compás de los tambores. No apartó los ojos de Henry, estoy seguro de que él también los podía oír.

Cuando salimos, una de las ruedas se había pinchado, así que le presté a Henry un cuarto de dólar y le ayudé a hincharla de nuevo. Henry dijo que aguantaría y yo maldije el día en que fabricaron la furgoneta. Mientras salíamos del aparcamiento, me fijé en que el Cherokee había desaparecido. Mi departamento no podía permitirse *jeeps* tuneados con el presupuesto raquítico que tenía. Mi camioneta tenía dos años, pero el resto del cuerpo conducía coches de más de cinco o, como Jim Ferguson, conducían su propio coche y cobraban el kilometraje. Tenía intención de llamar a la oficina desde el local de Bisonte, pero se me había pasado. Menuda forma de llevar una investigación por homicidio.

*

El caso Pájaro Pequeño fue llevado a los tribunales a las 14:50 de la tarde del 16 de septiembre, coincidiendo con el Yom Kippur, el Día de la Expiación. Estoy seguro de que era la única persona que se había fijado en el día gracias al calendario que colgaba del tablón de anuncios tras el estrado. El juicio y toda su parafernalia habían asumido la apariencia de la película de la semana de la tele. Tenía que recordarme a mí mismo constantemente que aquello era real.

El jurado debía alcanzar un veredicto teniendo en cuenta los nueve cargos que se les imputaban a los acusados: un cargo por conspiración, cuatro por agresión sexual con agravantes, por utilizar una escoba y un bate de béisbol y obligar a la víctima a practicar sexo oral, y cuatro por contacto sexual ilícito, por tocarle el pecho a Melissa y por obligarla a masturbarles. También les fueron imputados otros quince cargos menores. Recuerdo cómo Vern Selby se inclinó sobre su estrado y enlazó las manos en un solo puño. Vern aleccionó al jurado para que se plantease dos cuestiones fundamentales: Melissa Pájaro Pequeño ¿fue forzada o coaccionada?, ¿tenía la chica una discapacidad? Y una cuestión adicional: Cody, George, Jacob y Bryan ¿conocían este hecho o debían haberlo sabido?

El juez explicó que la coacción no implica únicamente la fuerza bruta sino que podía tratarse de un proceso más sutil: al jurado le tocaría decidir si Melissa había sido engañada para acudir al sótano; si era vulnerable debido a su

condición psíquica; si el tamaño o la disposición del sótano la habrían intimidado, o si el número de chicos y lo que le habían dicho antes habían sido determinantes para que se entregase a ellos.

Vern no levantó la vista cuando cambió de tercio, simplemente continuó mirándose el puño y hablando como uno de esos vendedores en una subasta en la que nadie compra nada. Les dijo que el término legal discapacitado físico no significaba que la persona fuera lenta o retrasada. Significaba que esa persona no entendía que tenía derecho a negarse a practicar sexo o que era incapaz de negarse y que, para declarar culpables a los acusados de este cargo, el jurado tendría que determinar que los chicos sabían o debían haber sabido que Melissa Pájaro Pequeño sufría una discapacidad.

Lucian y yo mantuvimos una larga conversación sobre el tema después del juicio: él me dijo que uno hace lo que puede y que si uno lo hace lo mejor posible y luego resulta que las cosas salen mal o de un modo que no habías previsto, lo dejas pasar. Si actuabas de otra forma, te exponías a una serie de cosas muy malas. Yo no lo había dejado pasar, así que ¿ahí era donde me encontraba, en el terreno de las cosas malas? ¿Me encontraba solo o Melissa me acompañaba, empujando nuestra piragua entre los tipis de las altas llanuras? ¿Y quién más nos acompañaba, bajo esos cielos negros y azules, con un rifle de gran calibre para bisontes?

—¿En qué estás pensando, capullo? —no respondí, me quedé allí quieto, mirando pasar las cosas a través del parabrisas—. ¿Sabes qué? Creo que voy a empezar a llamar a eso la mirada Pájaro Pequeño.

Contemplé cómo la decrepita antena cromada temblaba a la trepidante velocidad de setenta kilómetros por hora. Capitán América nos vigilaba. Sí, claro, aunque camine por el valle de las sombras no temeré... Iba a tener que traer de vuelta a Turco de Powder Junction y había una pequeña y sombría parte de mí que lo estaba deseando. Le dije a esa parte que se callara y que se marchara a un rincón y así lo hizo, pero no del todo. Nunca lo hacía, no del todo.

—Es esa en que se te ponen los ojos un poco saltones y se te marcan dos pequeñas arrugas en la comisura de los labios —Henry volvió a concentrarse en la carretera—. Es muy masculina, tú —continué mirando por el cristal y traté de que mis ojos volvieran a su posición habitual—. Me encantaría tener una mirada como...

Necesitaba cambiar de tema.

—¿Todavía conservas los caballos?

Henry respiró aliviado y respondió.

—Los caballos de mi tío, sí —Henry nunca se atribuía los caballos, a pesar de que hacía diez años que los tenía. Se debía a que eran *appaloosas*. Henry sentía

por los *appaloosas* lo mismo que yo por su furgoneta: únicamente existían para joderlo. Henry estaba convencido de que los cheyenes siempre habían montado *appaloosas* cada vez que iban a la guerra, porque, cuando los guerreros por fin llegaban al campo de batalla, estaban tan cabreados con sus monturas que podían cargarse a cualquiera.

–Deberíamos ir a montar alguna vez.

Henry se giró de nuevo para mirarme; esta vez los ojos saltones eran los suyos.

–Odias los caballos, tú.

Yo no odiaba los caballos, sencillamente no me gustaban. En realidad, no quería ir a montar, pero esperaba que mi declaración causara una impresión suficiente como para cambiar definitivamente de tema.

–Los padres fundadores solían decir que montar a caballo es bueno para la digestión.

–¿Los padres fundadores de quién?

–Los míos. Tu gente ni siquiera tenía caballos hasta que se los robasteis a los españoles... ¿Nos dirigimos a la Misión?

Henry sonrió y asintió.

–Sí.

Como la mayoría de las casas de la reserva, la Misión Saint Labre tenía una cancha de baloncesto en la parte de atrás. Se trataba de un sitio de aspecto tosco, hecho a base de grandes placas de asfalto que se desmoronaban por los bordes, cayéndose a trozos del tamaño de una pelota de béisbol. La escasa pintura que en su día señalase las líneas de terreno de juego, de tiros libres y de tres puntos hacía tiempo que se había borrado de la capa de asfalto gris oscuro. El tablero de acero tenía pintado un escudo de guerra en gastados tonos rojos, negros, amarillos y blancos. Había una canasta sin red y, a pesar del frío, había cuatro chicos echando una pachanga en camiseta. En una de ellas podía leerse «Mis héroes siempre han matado *cowboys*» y en otra, con tipografía años cincuenta, «Combate a los blanquitos». Los chicos tenían los típicos rasgos cheyenes, eran altos y delgados, y la inconsciencia propia de su edad. Me pregunté qué hacían allí y por qué no estaban en el instituto, pero pensé que ya tenía bastante con lo mío como para ponerme a controlar a los que hacían novillos. Henry detuvo el motor y se dispuso a salir.

–Hazme un favor y quédate en el coche, tú.

Lo miré con cara de preocupación.

–¿Ni siquiera si te pegan una paliza y salen corriendo?

Henry cerró la puerta y lo observé encaminarse a la cancha. La palabra suficiencia la habían inventado para Henry y, a su lado, la versión adolescente no tenía nada que hacer. Oso encarnaba la versión *vintage* de James Dean y,

comparados con él, los chavales parecían la versión joven de Pat Boone jugando al baloncesto. Me pregunté si conocerían a Henry. En la reserva, todo el mundo estaba emparentado de una forma u otra. Me pregunté a cuántos habría ayudado Oso. Yo lo había acompañado a hacer numerosas transferencias a distintas cuentas bancarias: cien dólares por aquí, cien por allí. También sabía que toda la comida que compraba en el pueblo no terminaba en el bar. Todas estas acciones alimentaban una complicada red de la que se servía para ayudar a otras personas sin herir su orgullo.

Henry se detuvo en el borde de la pista y se inclinó contra una cochambrosa verja metálica con los pulgares encajados en los vaqueros. Los chicos lo estudiaron, intercambiaron miradas, como si pensarán que, si tenía algún problema, allá él. Iba a ser interesante comprobar lo rápido que podía conseguir que su problema se convirtiera en el de ellos. No tardó mucho. Lanzaron la pelota desde una de las esquinas opuestas, rebotó en la canasta y botó en su dirección. Henry no se movió, simplemente detuvo el balón con la bota.

Los chicos se desplegaron mientras se aproximaban, como coyotes que acechan a su primer lobo. Uno de ellos, el más alto, dijo algo y Henry asintió echando hacia atrás la cabeza e invitándolos a que se acercaran. El más alto intentó agacharse para coger el balón, pero se paró en seco. Oso debía de haber dicho alguna cosa. Nadie se movía y entonces vi que la cabeza de Henry cambiaba ligeramente de postura y que los chicos se echaban a reír, todos menos el alto. El chaval ladeó la cabeza y le respondió, apostaría a que no fue nada agradable. Un momento después, Henry se inclinó para recoger la pelota y la hizo girar entre ambas manos. Por cómo movía la cabeza, juraría que estaba diciendo gilipollices. El chico alto asintió, se dio la vuelta y echó a andar hacia la cancha; mientras tanto, Henry dio un paso tras él, armó el brazo y lanzó a canasta. No fue lo que se dice un milagro, fue un tiro desde unos siete metros que botó en el aro dos veces y luego entró, pero para un tipo que llevaba sin coger una pelota diez años, no estaba nada mal. El chico alto se dio la vuelta y lo miró. Henry abrió las manos en un gesto de disculpa y caminó hacia el chaval. Le rodeó el hombro con una de sus zarpas y lo llevó de vuelta al grupo. Ya estaban todos hablando y riendo, los chicos señalaron con un gesto la carretera que discurría detrás de la escuela india de la Misión y que se adentraba en la reserva. Volvieron a lanzar el balón a Henry cuando este se giró para dirigirse a la camioneta. Lo vi detenerse, observar la distancia entre él y la canasta, ahora mucho mayor, encogerse de hombros y pasarle la pelota al chico alto. Intentarlo habría sido una chulería. Los chicos empujaron el Rezdawg para arrancarlo y nos pusimos en marcha de nuevo.

—¿Sabes? Recuerdo una época en la que habrías intentado ese tiro y que habría entrado limpio.

La madre de Artie Cántico Corto vivía en un camino que se bifurcaba en la 566 en dirección al Parque Nacional Custer. En aquel lugar proliferaban las cuevas, sus habitantes habían sacado provecho de ellas introduciendo vehículos y remolques abandonados en los muros de roca del pequeño cañón. Se trataba de un buen emplazamiento, quizá un poco abarrotado y, a medida que avanzabas, los vehículos se volvían más antiguos. Cuando llegamos a un tráiler del que sobresalía el conducto de una estufa por el que se escapaba un hilo de humo, yo estaba preparado para encontrarnos con la rueda primigenia. Le pedí a Henry que aparcase la camioneta cuesta abajo, en la colina, y lo hizo a regañadientes. Una vez más, mientras esperaba, me pregunté qué demonios estaba haciendo allí.

Bajé la ventanilla todo lo que pude, es decir, hasta la mitad, y respiré. El aire del cañón contrastaba con el ambiente rancio y caldeado de la camioneta. Había sólo una cosa que me gustaba del cacharro de Henry, aunque no se lo había confesado nunca: el familiar aroma a acero viejo, tierra y cuero. Yo había crecido en camionetas viejas como esa y te daban una sensación de seguridad: esos trastos eran portadores de una memoria que trascendía las marcas y las matrículas. Miré a mi alrededor, me fijé en ese grupo de vehículos que parecían sacados de un sueño y pensé que la nostalgia del Oeste giraba en torno a la movilidad. Ninguna de esas ruedas echaría a andar de nuevo, pero ¿no habría antiguas pasiones todavía ancladas a esos interiores achicharrados por el sol, a esos cuerpos herrumbrosos? Lo dudaba, aunque la esperanza es siempre lo último que se pierde.

Henry estaba en un porche improvisado, hablando con una mujer mayor a través de una puerta mosquitera. Las manos le colgaban a ambos lados; poco después la puerta se cerró y Henry regresó al coche. Intentó ponerlo en marcha un par de veces y luego, tranquilamente, giró el volante y se dirigió colina abajo con cara de decepción.

—¿Y bien?

Cuando el motor se puso en marcha, Henry murmuró:

—Otra novia diferente.

Continuamos por la 566 hasta la 39, giramos a la derecha y nos dirigimos al norte.

—¿Se habrá llevado el arma consigo o la habrá dejado en casa de su madre?

La respuesta fue un poco siniestra:

—Artie siempre lleva sus armas consigo.

La última conquista de Artie Cántico Corto no vivía demasiado lejos del atajo que llevaba de vuelta al Ciervo Cojo. Alice Hombro Recto estudiaba odontología en la Universidad de Sheridan, pero pasaba los fines de semana en la reserva con Artie. Henry dijo que, al ser miércoles, lo más probable es que no

estuviera en casa, pero que nunca se sabía cuándo podía aparecer Artie. Era una casa blanca y pequeña, con paneles de madera a los lados y un patio de tierra en el que había varios perros durmiendo junto a los cimientos y bajo el porche. Cuando entramos, salieron espantados en todas direcciones, hicieron finta de atacar la camioneta y montaron un follón de mil demonios. Uno era un cruce entre pastor australiano y border collie, el resto Dios sabe. Cuando hubo aparcado, Henry bajó la ventanilla y rugió bien fuerte: «*Wahampi!*». Los perros se quedaron helados, aullaron y se fueron corriendo bajo el porche, tan lejos que no alcanzaba a verlos. Al abrir la puerta, Henry se detuvo y me miró.

–Ni *lakota* ni leches, estos perros son *siox* de Pine Ridge.

–¿Cómo lo sabes?

Henry llamó a la puerta.

–Los perros cheyenes habrían esperado tranquilamente a que te bajaras de la camioneta –nadie contestaba, así que volvió a llamar. Esa vez, la fuerza de los nudillos de Henry hizo que la puerta se abriera cinco centímetros y nos miramos el uno al otro–. En la reserva, algo así se considera una invitación, tú.

Pensé en todas las leyes que estaba infringiendo, tanto federales como locales, mientras me colaba tras él en la casa. No había gran cosa, sólo algunos muebles y una fotografía enmarcada de Alice tomada indudablemente durante su baile de graduación. Había un montón de cajas desperdigadas por el salón repletas de ropa de caza, botas viejas, cintas de vídeo y equipo para recargar munición. Y, así, resultaba difícil determinar si Artie se estaba mudando allí o si era más bien al revés.

–Puede que Alice ya no viva aquí –le dije a Henry, que puso los ojos en blanco y me dio la espalda para registrar la pequeña cocina.

Me arrodillé junto a la caja que contenía el equipo y le eché un vistazo a los troqueles: las balas que estaban en el cargador eran del calibre 223. Henry regresó al salón y entró en el pasillo, comprobando las habitaciones una por una. Yo registré con cuidado la caja de las municiones y di con un pequeño estuche de madera con troqueles separados por cartulinas. El tercer troquel que saqué era viejo y no tenía ninguna marca. Automáticamente, me llevé la mano a la pistolera que tenía en la espalda. Cuando abrí el cierre de seguridad y saqué mi calibre 45, Henry había vuelto del pasillo. Cuando vio la pistola se detuvo y echó un vistazo rápido a su alrededor, a continuación se quedó mirándome fijamente.

–¿Qué?

–¿Qué de qué?

–¿Y esa pistola?

–Estoy comparando el calibre con sus troqueles.

Henry relajó los hombros.

–Joder, me has pegado un susto de muerte, tú.

Sonreí y quité el seguro, presionando el botón con el pulgar y sujetando una revista con la otra mano. Apoyé el troquel en el estuche de madera cerrado y extraje una bala de mi Colt, colocándola junto al troquel. La circunferencia era idéntica. Artie podía recargar un rifle Sharps del calibre 45-70.

–Vale, si yo fuera un arma en esta casa, ¿dónde me metería?

Los dos lo dijimos a la vez.

–En el armario.

Volví a guardar los troqueles cuidadosamente, colocando todo en la caja tal y como estaba antes. Luego cogí la bala con la revista, recargué mi arma y la coloqué en la pistolera. Seguí a Henry hasta el final del pasillo, al único dormitorio que había, giré la esquina y le vi con los brazos en jarras.

–Será mejor que vengas a ver esto, tú.

Me adentré un poco en el armario y miré en el interior. Allí había armas suficientes para abastecer una unidad militar. Había rifles automáticos FAL 308, AK-47 y MAC-10. Varios fusiles M16 descansaban contra la pared. Había incluso un fusil de asalto Armalite M-50 y una colección de escopetas de corredera Mossberg del 12, recortadas y de asalto. Las armas, a pesar de estar dispuestas sobre cajas de madera en el interior del armario de una odontóloga, parecían letales. Algunas de ellas eran versiones para uso civil, pero otras eran completamente automáticas y estaban en perfecto estado. Me apoyé en el quicio de la puerta y me crucé de brazos.

–Guau.

–Sí –Henry parecía triste–. Supongo que Artie no tiene licencia federal para armas automáticas.

–Quizá tenga pensado abrir una tienda.

–Sí. Armas-R-Us –se inclinó para echar un vistazo más de cerca–. ¿Eso es un M-50?

–Eso me parece a mí –metí la cabeza en el armario y escudriñé todos los rincones–. Apuesto a que si abrimos las cajas que hay debajo encontraremos un par de pistolas automáticas del 45 que encajen con los troqueles de la otra habitación –miré a mi alrededor–. Quizá deberíamos mantener esta conversación en la camioneta.

Henry me siguió después de cerrar la puerta del armario y, la verdad, me sentí mucho mejor cuando salimos al porche. Me pareció oír algunos gruñidos mientras bajamos los escalones, pero la jauría no se abalanzó sobre nuestros talones. Nos apoyamos en la defensa delantera de la camioneta para hablar. Al final, hacía un hermoso día y la temperatura rozaba ya los siete grados. Me desabroché la chaqueta y puse un brazo sobre el capó.

–Bueno, te diré lo que no he visto ahí dentro...

–Sí, parece que a Artie le gustan las armas *à la mode*, tú.

Me giré para mirarlo.

–Me alegra ver que todavía conservas el francés del instituto.

Henry no apartó la vista de la casa.

–*Oui*.

–¿Qué sabes de Artie, además de que su mamá ya no lo quiere?

Esperé a que se arrancara a hablar. No sabía si Henry estaba más avergonzado por no estar al corriente de que Artie era un amante de las armas de tomo y lomo o por plantearse la posibilidad de que fuese el responsable del asesinato de Cody Pritchard, pero apretó la mandíbula y su mirada se endureció.

–Artie es un joven lleno de ira –hizo una pausa–. ¿Tú qué sabes sobre él?

Yo había investigado a Artie y estaba limpio.

–Tiene dos sentencias por agresión con agravantes, una de ellas todavía pendiente. Cumplió sentencia por violencia de género en Dakota del Sur y tiene dos multas de tráfico por superar la velocidad permitida en Wyoming –esperé un momento antes de seguir–. Parece que te lo estás tomando como algo personal.

Henry negó con la cabeza.

–Es mi forma de reaccionar a todo este potencial perdido.

–Sí, sé que no sabías nada del arsenal de este joven lleno de ira.

Los dos negamos con la cabeza.

–No.

Esa vez me tocó a mí empujar la camioneta, dos veces. La primera, dio un respingo cuando Henry soltó el embrague y me levantó toda la piel de la espinilla de la pierna derecha. La segunda, cuando tenía los brazos extendidos tratando de mover ese monstruo de dos toneladas, me chamuscó el hombro y me escupió una nube de hollín y gasolina en toda la cara. Me monté y cerré la puerta.

–Odio esta camioneta –condujimos de regreso al centro cívico Ciervo Cojo por la 39, yo me deshice de la chaqueta y la dejé en el asiento que quedaba entre los dos. Pensé en el lugar al que nos dirigíamos y en Lonnie.

Me pregunté cuánto tardaría en aparecer la mirada Pájaro Pequeño

Jim Ferguson llevaba pistola el día del juicio; en otras circunstancias, eso me habría hecho reír, pero el contexto me había privado de mi sentido del humor. Vic todavía no se había trasladado, así que mis dos ayudantes eran Lenny Rowell y Jim. Jim no paraba de toquetearse el cinturón y, mientras tanto, Lenny intentaba echarse un sueñecito apoyado contra las librerías que contenían la edición completa encuadernada en cuero color borgoña del compendio Shepard's de citaciones de Wyoming. Le dije a Jim que se apretara

el cinturón porque normalmente los agentes armados inquietos suelen poner nervioso al ciudadano de a pie y me excusé para ir al baño. Cuando llegué, Lonnie Pájaro Pequeño estaba intentando entrar en uno de los retretes con la silla de ruedas. El condado todavía no había instalado ningún baño para minusválidos y Lonnie no cabía. Me miró a través de sus gafas de culo de vaso y sonrió.

–Ajá, sí. Estoy teniendo dificultades. Es así.

Me di la vuelta. No había visto a nadie más al entrar en el baño.

–Lonnie, ¿hay alguien que pueda ayudarte?

–Ajá, ajá... –dijo Lonnie sin dejar de sonreír–. Tú.

Lonnie era un hombre menudo, también lo habría sido de conservar ambas piernas, así que fue relativamente sencillo levantarlo y sostenerlo mientras se desabrochaba los pantalones. Lo dejé sentado en el retrete. La sonrisa nunca se le borró de la cara. Tenía la cabeza grande, las orejas prominentes y la nariz chata, como si se la hubiese partido en numerosas ocasiones. Corría el rumor de que el viejo Lonnie había jugado al béisbol profesional para uno de los equipos del medio oeste pero, por lo que yo sabía, no era más que un rumor. Me dirigió la palabra cuando me disponía a cerrar la puerta del retrete.

–Hummm... ¿*Sheriff*?

Me detuve.

–¿Sí, Lonnie?

–¿Sabes cuántos años tengo, *sheriff*?

Supuse que sesenta y cinco.

–No, Lonnie, creo que no.

–Hummm... Cincuenta y tres años. Sí, así es.

Dios.

–Lonnie, eres bastante joven –de repente se hizo el silencio y temí haber metido la pata–. ¿Lonnie?

–Hummm... A veces creo que soy muy viejo –hubo otro silencio, me subí la cremallera y me dirigí al lavabo para lavarme las manos–. A veces creo que llevo aquí demasiado tiempo.

Cogí una toallita de papel y me sequé las manos.

–Sí, a veces yo también siento lo mismo, Lonnie.

–Esos chicos, los que le han hecho esto a mi hija... –se me hizo un nudo en la garganta–. Han hecho algo muy malo, ¿verdad?

Me apoyé en el lavabo y miré en dirección a la puerta del retrete.

–Sí, han hecho algo muy malo –se hizo un largo silencio y me alegré de que nadie pudiese ver toda la rabia y la frustración en mi mirada–. Realmente malo.

En esa ocasión Lonnie dijo con voz queda:

–Hummm... A veces me confundo, sólo quería preguntarte.

Cuando volvimos a la sala, la luz del jurado estaba en rojo.

Había una pequeña pantalla en la casa de Lonnie que le conectaba con el resto del mundo y no me costaba imaginar quién la había comprado y pagado. Los ojos de Henry se iban poniendo vidriosos a medida que Lonnie nos ponía al día de todo lo ocurrido en su culebrón matinal, pero yo hice lo posible por atender.

—Los problemas comenzaron en la clínica, ahí fue donde Dirk le suplicó a Catalina que no siguiera adelante con el aborto. Cat accedió y dijo que estaba deseando fundar una familia. Ajá, ajá... Pero no estoy seguro. Después de que abandonaran la clínica tuvo complicaciones, pero los médicos dijeron que se pondría bien, así que Dirk la dejó en la mansión y se marchó a ver a Latisha. Cuando llegó, Latisha le dijo que, ahora que Catalina estaba embarazada, él debía estar con ella, así que Dirk se marchó, pero no importa porque ahora Latisha está con Ben, que parece ser un buen tipo. Ajá. Sí, es así.

Lonnie veía los culebrones porque en noviembre no había béisbol. Los rumores de que Lonnie había sido jugador de béisbol profesional resultaron ser ciertos. Había trastos relacionados con ese deporte en distintos puntos de la casa: bates de béisbol en las esquinas, guantes viejos apoyados en las estanterías. Había fotos de Lonnie junto a Billy Williams y Ferguson Jenkins, de los Cubs; Lou Brock y Joe Torre, de los Cardinals, y Tony Perez y Johnny Bench, de los Reds. Y culpaba a este último de terminar con su carrera.

—Después de verlo en el campo, fui incapaz de encontrar una razón para seguir jugando. También tiene sangre india, sabes. *Choctaw*. Ajá... Sí, es así.

Las únicas fotos que superaban en número las imágenes de béisbol eran los retratos de Melissa. Las únicas fotografías que yo tenía de Melissa no eran nada favorecedoras. Me detuve ante una especialmente hermosa. Estaba vestida con el traje tradicional de danza, montada en un caballo palomino frente a un tipi pintado. En su día, el marco había sido dorado, pero los bordes estaban oxidados y sin brillo: debían de cogerlo y sostenerlo con frecuencia. Pensé en la discapacidad, en la violación, en el juicio y en la recreación de la batalla de Little Big Horn, donde la había visto por última vez. También Lonnie pensaría en todas estas cosas a menudo.

Casi era la una. Lonnie se desplazó en su silla de ruedas hasta la cocina para dar instrucciones a Henry sobre cómo preparar nuestro almuerzo: sándwiches de mortadela con aceitunas, queso en lonchas y pan de molde untado con mayonesa Kraft. Sí, el tipo de comida que a mí me gustaba, pero Henry, con su sensibilidad de *gourmet*, estaba pasando un mal rato.

—Lonnie, yo te compro comida sana, ¿por qué no te la comes?

—Tu comida sana es complicada y me cuesta un buen rato prepararla.

Hummm... Hay un tarro de pepinillos Vlassic en esa puerta.

Con un suspiro, Henry regresó al frigorífico, sacó un bote de pepinillos troceados y se sirvió un poco de hielo del congelador.

–Lonnie, ¿has vuelto a comprar congelados de la camioneta de Schwan?

Lonnie me miró a través de sus cristales gruesos enmarcados en montura metálica, buscando un aliado. Si Lonnie hubiera dicho que unos hombrecillos verdes habían metido ocho cajas de empanadillas precocinadas en el congelador, yo me habría puesto de su parte.

–Me da pena que conduzca hasta la puerta de la casa para nada –yo asentí mientras Lonnie continuaba–. Charlamos bastante. Schwan es de Kentucky –asentí de nuevo.

Era una casa de campo de una única planta que debía de haber sido construida en los cincuenta; lo único que me disuadía pensar que estábamos en uno de esos *realities* familiares que tanto se llevaban era la cantidad de objetos de artesanía india que decoraban la vivienda, eso y las rampas de cemento que conducían a las puertas de aquella casa impoluta. Lonnie Pájaro Pequeño estaba haciendo campaña para conseguir liberar a su hija de esa panda de tías que vivían cerca del pueblo. La campaña consistía en que Lonnie no bebiera, Lonnie no fumara y Lonnie no usara el nombre de Dios en vano, al menos cuando alguna de las tías podía oírlo. Junto a las manitas de cerdo en escabeche, había cerveza de raíz marca Barq's en el frigorífico y eso es lo que estábamos bebiendo. No dejé ni rastro de mis dos sándwiches.

–Lonnie, ¿cuándo vendió Artie ese rifle?

–Ajá... Hará un año. Vendió el arma al Museo de Búfalo Bill de Cody. Sí, era invierno, necesitaba el dinero –Lonnie le dio un trago a su cerveza de raíz y escrutó la mesa de formica por un instante–. No todo el mundo tiene una casa tan bonita como la mía... –Lonnie le dirigió a Henry una mirada furtiva. Tenía la sensación de que a Lonnie le gustaban los secretos. Pasó un momento–. *Sheriff...*

–¿Sí, Lonnie?

–¿Crees que Artie podría haberle hecho eso al chico?

Cogí la lata de cerveza de raíz y la estudié: si no habían pasado veinte años desde la última vez que la había probado no había pasado ninguno.

–Bueno, tengo que investigar todo, todo y a todo el mundo.

Lonnie sonrió.

–Ajá. ¿A mí también me estás investigando?

Contemplé la pequeña chispa que se distinguía tras los cristales y decidí que no iba a ser yo quien le dijera que, sin piernas, no se encontraba en los primeros puestos de nuestra lista de sospechosos.

–Sólo sigo las pistas, Lonnie.

Lonnie continuó sonriendo pero miró a Henry y le dijo algunas palabras en cheyene. Henry me miró primero a mí y luego a su primo, a continuación se levantó y salió de la habitación, para después desaparecer tras un recodo del pasillo. Miré a Lonnie con cara de interrogación, pero él permaneció allí quieto mirándome a través de sus gafas, tan gruesas que podías ver pequeños arcoíris en los bordes. Poco después escuché que Henry regresaba por el pasillo, las pisadas de sus botas amortiguadas por la omnipresente moqueta. Cuando dobló el recodo, llevaba una antigua funda de cuero para rifles con las tiras para amarrarla a la montura colgando desabrochadas. Gracias a mis recientes estudios, pude reconocer la culata de un rifle Sharps sobresaliendo de un extremo. Cuando llegó a la mesa de la cocina, hizo ademán de entregarme el arma. Miré a Lonnie, que me hizo un gesto para que cogiese el rifle.

Con cuidado, extraje el rifle de cazar bisontes de la funda ribeteada de lana y apoyé la culata en la rodilla. Aquella era el arma más bonita que había visto en mi vida. No estaba en tan buenas condiciones como la de Omar, pues se distinguían algunos arañazos a lo largo del cañón y parte del guardamanos era de madera, pero cada rasguño había sido tratado esmeradamente con aceite y había sido abrillantado hasta dejarlo reluciente. El metal no había tenido tanta suerte. Alguien lo había limpiado con un estropajo en alguna ocasión y el tono sepia rojizo del original sólo era visible en los intersticios, el resto era de un fantasmal color plata. El cañón tenía una sencilla cruz de tachuelas de latón, el diseño se parecía mucho al que había pintado en el costado de la camioneta de Contratas Red Road y había diez muescas bien diferenciadas en el lado izquierdo del cañón. El guardamanos tenía tres tiras de lana roja decoradas con púas de puercoespín de colores y plumas más pequeñas que las que había visto en la funda del rifle de Omar o, últimamente, en bolsas de plástico. Toqué las plumas y miré a Henry.

–Búho –el mensajero del mundo de los muertos, desde luego.

Le di la vuelta al rifle y contemplé el excelente diseño de cuentas de cristal de la parte inferior. Lonnie me miró a través de sus gafas de aumento.

–Ajá. Este diseño se llama el Cuerpo del Hombre Muerto. Sí, es así.

La tarde del 25 de junio de 1876 una masa de aire caliente barría la hierba, dando la falsa impresión de una brisa que no existía. El coronel George Armstrong Custer, acompañado de cinco compañías del Séptimo de Caballería, marchó sobre el valle de Little Big Horn. Esa misma tarde, Davey Force, un lanzador de los Philadelphia Athletics, hizo seis de seis contra Chicago, anotó cuatro carreras en la novena entrada y consiguió que su equipo ganase 14 contra 13. Custer no tuvo tanta suerte.

El informe del secretario de la Guerra revela que las cinco compañías disponían de 405 carabinas Springfield del calibre 45, además de 396 revólveres Colt de mecanismo de acción simple del mismo calibre. Lo que no llevaba el contingente del Séptimo de Caballería era ningún Sharps. Cuando la batalla comenzó, únicamente la mitad de los indios tenía armas de fuego y todas eran de muy distinta índole: de avancarga, carabinas Spencer, rifles Henry anticuados y un número indeterminado de Sharps. El ejército no tuvo ninguna posibilidad. Quedó atrapado en esa hermosa ladera, sin refuerzos que acudieran en su ayuda. Pensé en los sonidos y olores de esas suaves colinas en un hermoso día de verano, así como en los sonidos y los olores de ese día de junio de 1876. También pensé en la calabaza que explotamos a larga distancia en el prado tras la casa de Omar.

Cuando Lobo Pequeño guió a un grupo de guerreros cheyenes del norte rezagados a que presentaran su rendición dos años y medio más tarde, el 25 de marzo de 1879, estos entregaron una veintena de rifles y carabinas, entre los que había un total de nueve Sharps. Yo tenía en mis manos el décimo.

–Así que tu tatarabuelo no entregó el suyo.

Henry continuó mirando por el parabrisas mientras conducía.

–Supongo que no se fiaba del todo del hombre blanco. No sé por qué sería...

Observé el rifle, la culata descansaba en la puntera de mi bota: no quería que rozase si quiera la camioneta.

–Estas muescas a lo largo del cañón ¿significan lo que creo que significan?

–Otro rostro pálido que muerde el polvo –Henry redujo la velocidad porque un ciervo estaba atravesando la carretera unos doscientos metros más allá, luego lo siguió otro tan tranquilo–. No, quiere decir que es el décimo rifle, tú. Esa era la forma que tenían de distinguirlos –Henry me pilló mirando las cuentas, las plumas y las tachuelas plateadas–. Todo eso se lo pusieron más tarde. Los

cheyenes conseguían sus armas mediante intercambio o como botín. Nunca pregunté cómo habían conseguido esos diez rifles.

–Vale, entonces tu tatarabuelo se rindió en 1879 pero ocultó a su amiguito para luego volver a por él.

–Lo tuvo metido en cinco centímetros de grasa de oso.

–¿Cuándo los dejaron en libertad?

–Por lo que yo sé, todavía no somos libres, tú.

Arqueé una ceja.

–¿Cuándo lo soltaron los soldados?

–Unos seis meses después. El invierno se aproximaba y no querían tener que alimentarlos.

–¿Regresó y lo encontró seis meses después?

–Sí –Henry sonrió para sí–. En esos tiempos éramos unos tipos duros.

Yo volví a mirar el arma.

–¿Tienes idea de cuándo fue la última vez que fue disparado?

Sus labios dibujaron una sonrisa.

–¿El viernes de la semana pasada?

–Muy gracioso. ¿Cómo lo tiene tu primo?

–Pertenece a la familia, eso es lo que importa. Ningún miembro de la familia lo posee a título individual, pero no creo que nadie discutiera si me lo quedara yo.

Pensé en el Thunderbird.

–¿Igual que con Lola?

–Igual que con Lola –Henry continuó sonriendo para sí–. En cualquier caso, está hechizado.

Estaba oscureciendo y el suave cielo de Wyoming se preparaba para la noche. Saqué el reloj para mirar la hora: 17:30. Todavía tenía tiempo de pasarme por casa y darme una ducha para quitarme el olor de la furgoneta. Tenía ganas de estar con Vonníe, con alguien que no guardase ninguna relación con el caso.

✱

Cuando nos detuvimos a recoger el vino en El Poni, Henry dejó la camioneta en marcha. Dena Muchos Campamentos salió para hablar conmigo mientras Henry rebuscaba entre las neveras para el vino. Dena se encargaba del bar cuando él se ausentaba. La joven era una de las pupilas de Henry y una excelente jugadora de billar y, además, era una buena amiga de Cady, aunque le sacaba casi cuatro años. Habría sido casi imposible encontrar una mujer más guapa. Caminaba con una gracia perversa, como una pantera con un taco de billar.

–¿Qué te cuentas, Problema?

Siempre me llamaba Problema, aunque no me cabía duda de que ella había causado más de los que yo nunca provocaría.

–Vaya, si es la chica que hace que las malas tierras luzcan bien –Dena escribía poesía y le habían ofrecido una beca en Dartmouth, pero en lugar de aceptarla había decidido continuar con su carrera como jugadora profesional de billar. Probablemente ganase más pasta jugando, pero me pregunté si no se arrepentiría alguna vez de no haber ido a la universidad–. ¿A qué te dedicas, además de a atraer a los hombres hacia la perdición económica y sacarles los cuartos en cada partida?

Dena apoyó los brazos en el herrumbroso hueco de la ventanilla e hizo tamborilear los dedos sobre sus codos desnudos.

–Me gusta torturarlos lentamente. De todas formas, una chica tiene que vivir de algo y no puedo hacerlo con el sueldo que me paga este tío –Dena me dedicó una gran sonrisa, sólo para demostrar que no lo decía con malicia–. Hay un torneo de billar en Las Vegas, me marchó la semana que viene.

Me fijé en los flecos blancos del vestido camisero de seda que llevaba puesto. Siempre que competía en torneos se ponía vestidos llamativos al estilo del lejano Oeste. En cierto modo, no me parecía justo. Dena volvió la vista al bar.

–¿Qué hace ahí dentro?

–Está escogiendo un vino para mí.

–¿Vino para ti...?

–¿Qué? ¿No tengo pinta de que me guste el vino?

Dena se inclinó hacia delante y tocó las plumas del rifle con la punta de los dedos.

–Búho –miró con atención y su mano se quedó congelada.

–*Ohohyaa...*

–¿Eso quiere decir búho?

–No –Dena negó con la cabeza–. No, quiere decir... terrible. *Sehan...* –la chica entrecerró los ojos y su mano se apartó del arma como si el rifle fuese a morderle–. Es un arma del Campamento de los Muertos.

–En realidad es de Lonnie Pájaro Pequeño –Dena se llevó las manos a la cabeza y comenzó a soltarse la trenza y yo sabía que tenía alguna razón para hacerlo–. Es para unas pruebas de balística.

Sus ojos se encontraron con los míos y Dena continuó soltándose la melena

–Es un arma fantasma, un arma enviada por los muertos para cobrarse...

–¿Cobrarse el qué?

–No se trata de algo... sino de alguien.

–¿Qué pasa, les hace falta uno más para jugar a las cartas?

Sus ojos se volvieron cortantes como fragmentos de sílex.

–No tiene gracia. Es medicina poderosa.

–Medicina poderosa –estuve a punto de hacer otro comentario jocoso, pero me lo pensé mejor–. Yo simplemente...

–¿Te la ha dado Lonnie Pájaro Pequeño?

–Para balística, tenemos que compararlo con el que mató a Cody Pritchard.

Dena deshizo su trenza completamente y agitó la cabeza, dejando caer su melena sobre los hombros.

–Devuélvesela.

–Lo haré, cuando la hayamos disparado –extendí la mano para tocarle el brazo, pero ella lo apartó–. ¿Y por qué te has soltado ahora el pelo?

–Como signo de respeto y protección. Hay espíritus ligados a ese rifle y pueden robar el alma a los vivos y llevársela consigo.

La mano que sostenía el arma de repente se me quedó helada, así que me pasé el rifle a la otra.

–Se lo devolveré de inmediato, tan pronto como le hagamos el test –Henry acababa de salir del bar con dos botellas de vino y sus ojos se encontraron con los de Dena.

–¿Qué pasa, Fanfarrona? –Henry subió al coche pero los ojos de ella permanecieron fijos en él, mientras mi amigo se ocupaba de la palanca de cambios y de cerrar la puerta–. ¿Qué?

–¿Has permitido que Lonnie le deje eso?

La voz de Henry sonó como un rugido, grave y firme.

–Es su trabajo –pasaron un total de quince segundos antes de que ella suspirara, se diera la vuelta y entrara en El Poni Rojo sin volver la vista atrás. Los flecos del vestido se movían al compás de su pelo suelto. Me giré para mirar a Henry–. Mujeres –arrancó la camioneta para salir marcha atrás del aparcamiento, pisó el viejo freno, metió primera y dejó el recinto en dirección a mi casa. Yo no paraba de mirarlo–. ¿Qué?

–¿Cómo que qué? ¿Esto que tengo entre manos es el Rifle Cheyene de los Muertos?

Henry agitó la cabeza.

–Más o menos –me miró de reojo–. ¿Te molesta?

–Sólo si van a empezar a salir fantasmas volando del cañón para llevarme al Campamento de los Muertos.

Henry soltó una carcajada sonora y sincera.

–¿Qué?

Henry continuaba riéndose.

–No eres tan buena compañía, tú.

El rifle, Henry, los fantasmas y yo continuamos por la carretera y nos detuvimos en mi cabaña. El rifle y yo entramos, Henry dio media vuelta con el

coche y se marchó y, en cuanto a los fantasmas, Dios sabrá dónde se metieron. Deposité con cuidado el rifle encima de los brazos de mi sillón y lo observé.

El instrumento que los muertos usaban para ajustar cuentas. Aquel objeto estaría valorado en un millón de dólares –y quizá su valor fuera incalculable– y la idea de dejarlo allí tirado en mi casita sin cerrojos no me parecía una buena ocurrencia. Iba a tener que llevarlo conmigo a la cita con Vonnice, aunque siempre podía dejarlo en el Bullet. Conseguí que mi cuarto de baño se dignara darme una ducha y me puse ropa limpia. El contestador automático de mi dormitorio parpadeaba, pero lo ignoré. El rifle todavía estaba en el salón cuando volví y, aunque busqué con la mirada alguna aparición, me sentí un poco decepcionado al no ver nada. Puede que Henry tuviera razón, quizá era un asco como compañía, ni siquiera los muertos me necesitaban para sus saraos. Regresé al dormitorio y miré el contestador. Esperaba que Cady hubiera llamado, pero la lucecita roja parecía decididamente enfadada. Quizá los fantasmas hubieran dejado un mensaje, así que presioné el botón.

–Vale. Nos informan de que tres buzones de cartas han sido golpeados en Rock Creek. También han llamado para decir que hay un chaval persiguiendo caballos con una máquina quitanieves, pero el chaval ha resultado ser el dueño de los caballos y no hay ninguna ley que prohíba conducir ganado con una máquina quitanieves... Eso dice el sospechoso de once años. Earl Walters se ha salido de la carretera entre Klondike y Upper Clear Creek y se ha llevado por delante una señal de ceda el paso. Siempre supe que ese puto vejestorio no sabía leer. Y nuestro crimen del día: la vieja señora Grossman ha denunciado que alguien ha robado el muñeco de nieve de su jardín y se lo ha llevado. Ferg detuvo al sospechoso, quien resultó ser su sobrino, que se lo había llevado para gastar una broma.

Con una selección de crímenes como esos nunca saldríamos por la tele en *Los más buscados de América*, pero era material de primera para un noticiario de radio.

–Entonces, de los tipos de nuestra lista, los únicos que tienen equipo de recarga son Mike Rubin y Stanley Fogel.

El dentista.

–El dentista –y hubo una pausa: el contestador se limitó a grabar a Vic pensando–. ¿No crees que sería flipante que acabara siendo el dentista? Desde luego que no tiene el mismo estilo que el carnicero, pero ¿no crees que la gente se sorprendería? –asentí con la cabeza–. Bueno, me acerqué para interrogarle. Es mono. Creo que voy a cambiarme de dentista –Dios. Se escuchó un crujir de papeles y Vic continuó–: También me acerqué a la tienda de Mike Rubin mientras tú te lo pasabas bomba en la reserva. ¿Ese tío es un completo imbécil o

qué le pasa? –asentí–. No sé si le ponía más nervioso tener allí al ayudante del *sheriff* o a una mujer. No sale mucho, ¿verdad? –esta vez negué con la cabeza–. He tomado muestras de los dos troqueles y ninguna encaja con lo que ya teníamos. Ferg por fin consiguió pasarse por casa de los Esper y dice que no hay huellas en la nieve en el camino que conduce a la casa. Llamé a Correos y me han asegurado que mañana comprobarán si han recogido sus cartas. He llamado a la mina y les he preguntado. Me han dicho que Esper está en Colorado, visitando a su hermana, no ha dejado ningún número. La hermana está casada y por aquí nadie parece conocer el nombre o en qué parte de Colorado vive, así que estamos como al principio. Me pasaré por allí esta noche para ver si han vuelto del otro estado cuadrado –hubo una pausa, luego el contestador soltó un pitido, y Vic volvió a hablar de nuevo–: Vale, me he pasado por casa de los Esper y he dejado una nota en la puerta diciéndoles que se pongan en contacto tan pronto como regresen. Ferg tiene razón, por allí hace días que no ha pasado nadie. Si llaman, te llamaré. Pasaré aquí la noche, por si me necesitas. Bueno, Glen y yo nos hemos peleado, así que voy a dormir aquí –me quedé mirando el contestador–. No te preocupes, no es nada gordo, sólo la misma mierda de siempre. No llates para ver cómo estoy y no vengas a verme, estoy bien. Ah, por cierto, Phil La Vante murió hará unos tres meses, así que supongo que podemos tacharlo de nuestra lista.

Asentí y el contestador enmudeció. Odiaba las peleas de pareja. Las odiaba cuando estaba casado. Me preguntaba a menudo cómo sería el matrimonio de Vic. Había veces en las que Glen y ella parecían llevarse bien, pero la mayor parte del tiempo era como si cada uno viviese por su lado. Esa no era la primera noche que mi ayudante pasaba en la cárcel. Vic no era un huésped tan habitual como yo, pero hacía un mes una noche me encontraba en mi despacho poniendo al día el papeleo cuando escuché que alguien abría la puerta delantera. Cuando entró en el despacho frente al mío, lo único que dijo fue: «No preguntes», y cerró la puerta de un portazo. Unos instantes más tarde reapareció con su taza de la Policía de Filadelfia y una botella de tequila, se sentó en un sillón junto a mi puerta, puso los pies encima de mi escritorio, se sirvió un trago y siseó: «Todos los tíos son unos hijos de puta, ¿verdad?». Yo asentí con vehemencia, terminé silenciosamente mis informes mientras ella bebía y luego me escabullí fuera del despacho, con cuidado de no despegar la espalda de la pared.

Luché contra el impulso de llamarla y regresé a la parte delantera de la casa para recoger las dos botellas de vino y el rifle. Y, la verdad, pesaba bastante para estar hechizado. La carga emocional de todo el día comenzaba a hacer tanta mella en mí que me pregunté si no me encontraría ya en el Campamento de los Muertos. Me planteé si no llevaría allí los últimos cuatro años. Apoyé las

botellas en el suelo y saqué el arma de la funda, fijándome en los arañazos. El cañón era redondo, como caracterizaba al modelo militar, en lugar de ser octogonal como el de Omar. Me fijé en las cuentas pegadas a la piel que recubría el guardamanos.

El Cuerpo del Hombre Muerto era un complejo diseño de triángulos, puntas y figuras geométricas que representaban no sólo el cuerpo en sí sino también las heridas y las lanzas que habían acabado con él. Henry me había explicado que era más bien un diseño *síoux* para advertir a los *lakota* que no debían tomarse a la ligera su alianza con los cheyenes. Se trataba de esas pequeñas cuentas de vidrio veneciano, tan habituales en torno a 1840, que tenían un color más vivo que las miniaturas anteriores. Los puntos estaban bien apretados, no eran las puntadas sueltas que se veían en la actualidad y, cuando sujetabas el rifle a contraluz, no se veía espacio entre las filas. Pensé en todos esos hilos de cuentecitas cruzando el Atlántico procedentes de Italia. Quizá los antepasados de Vic fueran los proveedores de ornamentos de los de Henry y sólo los separaran unos cuantos eslabones de cuentas y de generaciones.

Sonreí e hice un esfuerzo consciente por convertirme en un buen compañero de los viejos cheyenes y, para probarlo, levanté el rifle en alto y lancé el grito de guerra más escalofriante que pude. Estoy seguro de que cuando tenía siete años lo hacía mejor, pero el grito resonó por toda la casa y me hizo sentir mejor, así que lo repetí cuatro o cinco veces. El último me dolió, pero fue el que mejor me salió. Me sentía como un extra en una peli de serie B de los años cincuenta, así que devolví el rifle a su funda, cogí el vino y me dirigí a la camioneta.

La temperatura había caído, tenía pinta de que iba a nevar más. Busqué el canal del tiempo en el dial y escuché cómo el ordenador con acento noruego que hacía las veces de locutor me contaba que se esperaban de cinco a diez centímetros de nieve en la montaña, pero sólo dos y medio aquí abajo. De momento, no había caído ni un solo copo, pero supuse que siempre me quedaría llamar a Henry, él podría decirme exactamente a qué hora empezaría la nevada.

Empecé por digerir el informe oral de Vic: los Esper me preocupaban. Si Reggie Esper y su mujer se habían marchado a Colorado y me sonaba que la hermana vivía en Longmont, ¿habían ido sus dos hijos con ellos? No parecía probable que dos chicos con edad de ir a la universidad se fueran una semana con sus padres a visitar a su tía. Para ser sinceros, yo había creído que la muerte de Cody había sido un accidente, al menos hasta la aparición de aquella pluma. Me estaba empezando a dar la fastidiosa y persistente sensación de que ese caso podría terminar con todos los cabos sueltos de los que yo había ido tirando. Hay un viejo dicho de la poli que dice que, cuando has acabado y no has

sacado nada en claro, vuelve al principio y empieza de nuevo. Así que ahí estaba yo, contemplando el principio e intentando entender qué era lo que se me había pasado la primera vez.

Giré en el camino que llevaba a la casa de Vonnie, atravesé la cancela delantera y aparqué delante de la casa. Los sensores de movimiento encendieron de nuevo todas las luces, yo cogí las cosas y me dirigí a la casa. Cuando llegué al porche, Vonnie ya había abierto la puerta.

–Todavía pareces cansado.

–Tan mala pinta tengo, ¿eh? –la luz de la entrada era cálida y anaranjada y resaltaba los destellos rojizos de su pelo mientras esperaba en el umbral de la puerta.

–Tienes la voz ronca, ¿estás bien?

–Sí, hoy he tenido que gritar un poco, eso es todo, perdona.

Me cogió del brazo cuando entré en la casa.

–No, me gusta. Es *sexy*.

Empezaba a sentirme mejor y, una vez cerró la puerta, le di las dos botellas de vino.

–Toma, he traído vino. Lo he escogido yo mismo.

Me miró un instante y luego sus ojos descubrieron la funda.

–¿Qué es eso?

Levanté el rifle y me encogí de hombros.

–Es una larga historia.

–¿Es un arma de fuego?

–Pues sí...

–No la quiero en mi casa.

La miré a la cara esperando encontrarla contrariada, pero no era así. Simplemente estaba constatando un hecho y en sus ojos se leía la misma calidez con la que me había recibido. Sentí la necesidad de explicarme.

–Es una pieza cara y no me pertenece. Pensé que estaría más segura aquí.

Vonnie volvió a mirar el rifle, pero no dijo nada.

–Lo pondré en la camioneta –me dispuse a darme la vuelta, pero ella me retuvo cogiéndome del brazo.

–No.

Hubo un momento de silencio mientras trataba de sopesar las opciones que teníamos.

–No pasa nada, lo pondré en la camioneta y cerraré con llave.

–No, lo siento –levantó el rostro y la sonrisa era un poco triste, pero generosa.

–¿Te parece bien aquí, junto a la puerta?

Yo también sonreí.

—Sí, eso estará bien —apoyé el rifle en el rincón y por primera vez me percaté de que también estaba allí mi abrigo de piel de borrego, doblado sobre una silla. Me di la vuelta y la miré.

—¿Vas a echarme con todas mis cosas?

Vonnie ladeó la cabeza y de repente estaba preciosa.

—No, me gusta cómo huele y, si no te lo llevas esta noche, quizá no te lo devuelva jamás —y, diciendo eso, se dio la vuelta, echó a andar por el vestíbulo y atravesó el salón donde la había dejado la última vez que estuve en su casa. Llevaba botas de montar de tacón bajo, pantalones de ante con ribetes de cuero y una blusa de seda color blanco roto con cierto aire del Oeste. Por detrás, el efecto te quitaba el aliento. Dejé el Rifle Cheyene de los Muertos para que conversara íntimamente con el aroma de mi abrigo y fui en pos de una compañía más agradable.

La parte elevada entre los arcos hacía de comedor y al otro lado estaba la cocina. Por la puerta se colaba el olor de algo delicioso, un olor delicado y ácido, pero con un sutil aroma a mar que me llegó a lo más hondo del estómago. Tenía los sándwiches de mortadela con aceituna por los tobillos.

La cocina era un despliegue de contrastes: el suelo era de azulejos mexicanos y las paredes tenían el mismo enlucido que otras partes de la casa, sólo que elaborado en distintas tonalidades de rojo. Unas enormes vigas de madera talladas a mano recorrían el techo y los muebles parecían rescatados de alguna casa antiquísima. Los electrodomésticos eran unos mamotretos de acero inoxidable que me recordaron al laboratorio de criminalística del juez de instrucción de Cheyenne. Había varias ollas puestas sobre una cocina de ocho fogones, pero lo que atrajo mi atención fue la isla central donde había un jarroncito con tulipanes rodeado de platos pintados y bandejas de plata que me parecieron tan imponentes como para haber sido usados en la coronación de la reina. Unos anillos de latón y plata contenían las servilletas de lino. Empezaba a darme la triste impresión de que había ido allí a leer el contador.

—Espero que no te importe si cenamos en la cocina —se dirigió a los fogones, levantó la tapa de una de las ollas y removió el contenido con una larga cuchara de madera sacada de un cacharro lleno de utensilios que había en la esquina de la encimera. De la olla salió una vaharada que se dividió al tocar la superficie brillante y labrada de las vigas. Y, claro, habría apostado a que Vonnie no tenía que preocuparse de la caca de ratón. Se acababa de dar la vuelta y me miraba.

—Me parecía más acogedor. Si cenamos en el comedor nosotros dos solos, parecerá la escena de *Ciudadano Kane* —yo asentí mientras trataba de acordarme de la escena de *Ciudadano Kane*, pero sólo me venía a la mente la de la cacatúa chillando—. Como han dicho que va a nevar, había pensado preparar ron

caliente con mantequilla, ¿o preferirías que abriésemos una de las estupendas botellas de vino que has traído?

–Creo que no caerán más de dos centímetros y medio de nieve –Henry tenía su magia y yo contaba con un ordenador con acento noruego–. Pero el ron caliente suena genial.

Vonnie espolvoreó azúcar, clavos y nuez moscada en dos vasos de cristal grueso, echó ron encima, añadió canela en rama y agua caliente, terminando con un buen cacho untuoso sacado de un envoltorio donde se leía «Mantequilla casera irlandesa».

–Dejaremos el vino para más tarde, esto le vendrá bien a tu garganta –se inclinó en la encimera y levantó el vaso–. Por nuestra primera cita –brindamos y sentí un calor en el pecho incluso antes de tomar el primer sorbo.

–Entonces, ¿tenía depresión clínica?

–Sin diagnosticar.

La cena había sido todo lo que mi estómago podía esperar: pasta con salsa de espinacas, tomate, almejas y mejillones, con una hogaza de pan casero de la que dimos cuenta mojando en la salsa que sobró; le siguió una tarta de manzana casera, coronada con un helado de vainilla, y continuó con el ron caliente, a pesar del vino. Me encontraba tan calentito y tan tranquilo que me entró miedo de caerme del pequeño taburete italiano e ir a parar al suelo.

–Recuerdo cuando venía aquí con mi padre siendo un crío. Solía herrar los caballos de tu padre y yo lo acompañaba.

–Sí, estaba intentando recordar si yo también estaba.

–Pues sí, sí estabas.

Vonnie miró el interior de su vaso.

–¿Era una mocosa?

–Pues sí, toda una mocosa.

Vonnie se rió en voz baja.

–Mi única oportunidad y voy y la fastidio, ¿eh?

–Era verano, el resto de las veces no estabas aquí. ¿No solías irte a otro sitio?

–A Maine.

–A Maine. No es justo, uno sólo se merece el verano en Wyoming si pasa aquí el resto del año –Vonnie removió su bebida con un trozo de canela.

–En aquel momento no tenía otra opción.

Intenté animar la conversación sin parecer grosero.

–Siendo el hombre más rico en tres condados a la redonda, ¿qué podía deprimirle tanto? –Vonnie sonrió, pasando por alto mi pequeña grosería.

–No creo que se preocupara demasiado por sí mismo.

–¿Qué me dices de ti?

–¿Si me preocupaba por él? –Vonnie hizo una pausa, considerando a fondo la pregunta–. Supongo que no, pero a medida que mi vida avanzaba, me daba cuenta de que su relación conmigo afectaba a todas las decisiones que tomaba... de una forma positiva o negativa –Vonnie contempló las velas que se habían ido consumiendo en los candelabros y las sopló–. Eso le habría puesto contento – extendió una mano por encima de la mesa y yo saqué una de mis zarpas para tocarla. Vonnie me cogió la mano y le dio la vuelta, examinando las arrugas a ambos lados de los dedos. Podía sentir una corriente eléctrica recorriéndome los brazos mientras ella dibujaba los pliegues con la uña–. Me gustan tus manos, son grandes y poderosas, pero se mueven con mucho cuidado, como las de un artista.

–Clases de piano.

–¿De verdad?

–Hace mucho tiempo, desarrollé un gran amor por el *boogie-woogie*.

–Oh, Dios mío. Supongo que estas son lo que se dicen manos de una octava –pasó un instante–. Eso explica el piano en tu casa. Deberías tocar para mí.

–Estoy falto de práctica: ese podría ser el lema de mi vida los últimos años.

Se hizo un largo silencio.

–Uno de los vaqueros lo encontró en la caseta de herramientas. Supongo que no quería dejar la casa hecha un asco –Vonnie continuó mirándome la mano y, por un momento, pensé que se iba a echar a llorar, pero en lugar de eso se rió un poco y sonrió mientras me miraba–. La niña pequeña de papá. No es lo que se dice un perfil psicológico convincente, ¿eh?

–¿Cómo pudo dejar sola a una niña como tú? –me salió antes de que pudiera darme cuenta de lo sensiblero que sonaba, pero Vonnie no se rió. En vez de eso, se le escapó un sollozo entrecortado que la obligó a sonarse la nariz y a llevarse el borde del pulgar al rabillo del ojo, para evitar que se le corriera el rímel. Le pasé la servilleta sin dejar de cogerle la mano. Esa vez se echó a reír y se enderezó ligeramente–. ¿Dónde está tu perro?

Vonnie se sorbió la nariz y volvió a reírse.

–Está en la caseta de la parte de atrás, enfurruñado.

–¿No deberías presentármelo?

Vonnie trazó un pequeño movimiento a la altura del rabillo del ojo con la servilleta.

–No creía que te gustaran los perros.

–A mí los perros me gustan. ¿Le gustan a él las personas?

Vonnie se sonó la nariz.

–No ha conocido demasiadas.

–Genial, permíteme que coja el rifle –esta vez se rió con ganas–. ¿No permites que entren armas en casa por lo de tu padre?

–Simplemente no me gustan. Creo que no importa lo que hagas, siempre conducen a algo malo. En mi opinión, el hecho de que sean fabricadas con ese fin las convierte en algo intrínsecamente maligno –nos miramos durante un instante, luego continuó–. Sé que son un mal necesario en tu trabajo, pero no dejo que los males necesarios entren en mi casa.

Me aclaré la garganta y asentí.

–Y en tu vida, ¿qué? –sus ojos permanecieron fijos en los míos.

–Tendré que pensármelo.

–De acuerdo –le solté la mano–. Hablando de males necesarios, ¿dónde está la caseta?

Vonnie se levantó y dio unos golpecitos sobre la mesa de la misma forma que lo había hecho Brandon Bisonte Blanco ese mismo día.

–Quizá sea mejor que os presente.

Esperé con mi ron caliente con mantequilla y me zampé el último trozo de tarta. Por tartas así, un hombre podría colgar su estrella y su pistola y convertirse poco a poco en un remolque con vaqueros ajustados. Posé el tenedor en la mesa y oí las pisadas de un perro muy grande tratando de no escurrirse sobre los azulejos mexicanos. Escuché algunas protestas y golpetazos, y me habría preocupado de no haber sido por las continuas risas que acompañaban la conmoción general.

Era mayor de lo que pensaba y eso que lo recordaba muy grande. Le pilló por sorpresa ver a alguien que no fuera su dueña en la casa y ese desconcierto quedó patente en el movimiento de la cabeza, tan grande como una garrafa de veinte litros de gasolina, que se giró hacia un lado con curiosidad. Vonnie todavía lo tenía sujeto por la correa de cuero y, de no haber sido así, estoy seguro de que habría ido derecho hacia mí. Escuché cómo se formaba un gruñido de advertencia en el fondo de su garganta a la vez que intentaba recordar a la desesperada cómo se decía estofado en *lakota*, con la esperanza de que lo comprendiera.

Vonnie le dio un tortazo en la cabeza y le gruñó a su vez:

–¡Déjalo ya! ¡Ahora! –el cambio fue instantáneo: el perro bajó las cejas y agachó la cabeza. Tenía la misma pinta que un oso *grizzly* al que le hubieran echado la bronca. El perro empezó a jadear y a mirarme, levantando la cabeza con un considerable interés, las orejas tías y, de nuevo, un aire interrogante. Vonnie le agitó la cabeza un poco con ayuda de la correa, pero no lo soltó.

–Ahora ya puedes acercarte a saludar.

Me levanté y sus ojos me siguieron, pero parecía tranquilo. Pensé en lo que Henry había dicho sobre perros y deseé que ese no fuera cheyene. Mientras rodeaba la isla de en medio de la cocina, empezó a mover la cola. Conocía el procedimiento: me acerqué con la mano extendida, con la palma hacia abajo y

los dedos flexionados. El perro estiró su enorme cabeza, la olisqueó y luego, con una lengua tan ancha como mi mano, me lamió los nudillos. Acaricié aquella enorme cabeza peluda y le rasqué detrás de las orejas, mientras él golpeaba con una de las patas traseras, tan grande como mi propio pie, la superficie de baldosas.

–Es un niño grande.

Nos llevamos las bebidas al salón y Vonnie se trajo el teléfono de la cocina: dijo que esperaba una llamada de Scottsdale. Se quedó esperando en el sofá mientras yo encendía la chimenea, fabricada con rocas cubiertas de musgo. El perro gruñó con satisfacción y se estiró sobre la alfombra navajo que había frente al fuego. Cada cierto tiempo, sus ojos se volvían hacia el rifle que estaba en el rincón junto a la puerta. Lo hizo más de una vez, estoy seguro de que era capaz de ver algo ahí invisible para mí.

Estaba pensando en los Esper y en Artie Cántico Corto cuando noté que Vonnie me estaba mirando.

–¿Qué tal va?

–¿Disculpa?

–El caso. Apuesto a que estabas pensando en eso –tomó un sorbo de su bebida y luego otro, mientras yo trataba de pensar en algún tema para distraerla–. No pasa nada. Si yo estuviera en tu lugar, no pensaría en otra cosa.

Sonreí, asentí y agaché la cabeza.

–De camino aquí, me moría de ganas por pasar la velada con alguien que no tuviera ninguna relación con el caso.

Vonníe me miró por encima del borde del vaso.

–Grandes expectativas.

Le di un trago a mi ron y reconsideré la situación.

–He pasado el día en la reserva con Henry.

Sonó el teléfono, Vonnie lo cogió y estuvo hablando con algún agente inmobiliario de Arizona sobre una propiedad que quería comprar en las Montañas Blancas. Escuché mi lado correspondiente de la conversación mientras discutían una inversión inmobiliaria que iba a costar más que el presupuesto fiscal anual de todo el condado. Cuando colgó, le pregunté.

–¿Lo has comprado?

–La agente me tiene que volver a llamar. Se están poniendo tontos con el tema de los derechos de explotación mineral –se detuvo un momento–. Lo siento, esto es una enorme falta de educación, pero si no actúo ahora, no lo conseguiré.

–No pasa nada –le sonreí–. ¿Así que te va el tejemaneje?

–No quiero perder la práctica. Justo ahora estoy adquiriendo muchas

propiedades en la zona sur del río Powder. Incluso he comprado algunas tierras a la familia de uno de esos chicos.

–¿Los Esper?

–Se rumorea que van a construir una planta energética ahí... –sonrió de nuevo–. ¿Qué?

–No te tenía por latifundista.

–Señora latifundista –Vonnie contempló el fuego.

–¿Pasa algo?

Tardó un momento en responder.

–No, sólo estaba pensando en la chica.

–¿Melissa?

–Sí –se giró para mirarme–. Un verano estuvo viniendo a limpiar la casa con su tía, pero lo cierto es que no funcionó –parecía triste y cambió de tema–. Walter, ¿cómo demonios acabaste siendo agente de la ley?

–En los marines, durante Vietnam –la miré un buen rato, apreciando todos los detalles. Su pelo, por ejemplo, era abundante y sensual. Lo llevaba suelto, a un lado de la cara, recogido detrás de una oreja con un pasador de plata que contenía aquella cascada rojiza. Era como tener asientos de primera en un espectáculo hecho especialmente para mí. El pendiente que quedaba al aire era una espuela con incrustaciones de turquesa y coral y pequeños colgantes. Tenía unas orejas preciosas, mejores incluso que las mías. De cerca, podía distinguir las arrugas en torno a sus ojos y el efecto era agradable. Las arrugas dulcificaban su mirada lupina y el suave color marrón de sus ojos era tan atractivo como el lodo a la orilla de los arroyos, que te suplica que te quites los zapatos y los atraveses a nado.

Me revolví en el asiento y comencé por el principio.

–Me gradué en 1966, agoté la prórroga y los marines me llamaron a filas. Me enviaron una carta y me acojoné vivo. Joder, ni siquiera sabía que los marines pudieran llamarte a filas. Estuve en Paris Island siguiendo un entrenamiento para oficiales y, como era tan grandullón, terminé en la policía militar de los marines, lo que significaba que me tocaba hacer cosas tan interesantes como atender los puestos de control en las zonas de mayor tráfico, asegurar los convoyes, investigar accidentes de vehículos a motor y patrullar las zonas limítrofes. Y luego estaba la tradicional tarea de mantener el orden y la disciplina dentro del batallón –me giré para mirarla, enderezando la espalda para darle más efecto.

–Supongo que ese tipo de cosas no se olvidan.

Me eché a reír y miré el fuego.

–No, no las olvidas. Evidentemente, yo era un crío tonto de Wyoming, pero era todo muy confuso.

–¿La guerra?

–La guerra, los militares, un país extranjero. Joder, no estaba más que empezando a acostumbrarme a California. Así que decidí volcarme en el lado más policial de mi trabajo. Esa era la única parte que parecía tener sentido. No era fácil, porque la policía de los marines no es una especialidad formalmente reglada. Nos turnábamos para hacer de polis, operábamos bajo el mando de un grupo de oficiales de la Marina. Tuve suerte, porque pasado un tiempo cogí experiencia y credibilidad como investigador.

–¿Y cómo lo lograste?

–Resolví un par de casos.

–¿No quieres hablar de ellos?

Volví la vista al fuego.

–No son buenas historias.

–¿Buenas?

–Felices.

–Oh –Vonnice cambió de postura y rellenó los vasos directamente de la botella–. ¿Te parezco el tipo de persona que sólo se interesa por las historias felices?

–Puede que no, pero no estoy seguro de querer ser yo el que te cuente las tristes –agarró mi vaso y se negó a devolvérmelo. Me reí–. De acuerdo, me has convencido –le di un sorbo a lo que prácticamente era ron a palo seco e hice memoria, acordándome del calor–. En enero de 1968 me asignaron como enlace al escuadrón de policía aérea 379, Grupo de Apoyo en Combate 379, a cargo del Oficial al Mando No Comisionado para la Investigación de la Policía Aérea. Había una serie de miembros del cuerpo que solían volar desde la base aérea de Tan Son Nhut y resultó que muchos de ellos se automedicaban.

–¿Así que las fuerzas aéreas llamaron a los marines?

–Oh, no, nada de eso. Ellos no me querían allí, pero la oficina del oficial preboste del cuerpo de marines sí. Y consideraron que aquello era una oportunidad excelente para mí, para formarme junto a un oficial de operaciones de investigación que, como miembro de carrera de las fuerzas aéreas, me odiaba con todas sus fuerzas por ser marine.

–¿Nadie le contó que estabais luchando contra los norvietnamitas?

–Ese sólo era el frente secundario –me reí un poco de lo absurdo de aquel episodio del pasado–. Me habían asignado a ese tipo, pero yo no era uno de ellos. Tuve que separar a un montón de tíos que se peleaban y patrullar muchas zonas limítrofes, como Laos y Camboya...

–¿Estás de broma?

–Pues sí, pero conseguí conocer a Martha Ray –esa vez se echó a reír con ganas–. No me malinterpretes, muchos de los agentes de la policía aérea con los

que trabajé eran grandes profesionales, pero tenían exceso de trabajo y, a veces, está bien tener un par de ojos que vengan de fuera. Los vietnamitas estaban vendiendo las drogas en la misma base, a cambio de artículos del mercado negro provenientes del economato. Había un montón de cabecillas de la policía militar vietnamita implicados. Yo rastree el problema hasta remontarme al personal de las fuerzas aéreas.

–Seguro que te adoraron por ello.

–Ya sabes el lema de los marines: «Siempre fieles».

–¿Qué más? Dijiste que tuviste un par de casos.

–Sí, así fue –eché otro trago y apoyé el vaso en la rodilla; el ron con los restos de azúcar y canela estaba sorprendentemente bueno–. Una prostituta fue asesinada cerca de la base. En realidad no teníamos ninguna jurisdicción, pero yo convertí el caso en algo personal.

Vonnie levantó la mano y la apoyó en el respaldo del sofá, cerca de mi hombro.

–¿Cómo has sobrevivido dedicándote a eso durante tanto tiempo? Me refiero a que todavía te importa lo que haces –entornó los ojos como solía hacer–. ¿A la mayoría de los tipos que hacen este tipo de trabajo les sigue importando pasados treinta años?

Lo pensé por un momento.

–No, no creo que puedan permitírselo. Nadie es capaz de construirse un chaleco antibalas emocional, así que tienes que llevar contigo la metralleta allá donde vas.

Le costó un buen rato responder.

–Debes de ser un hombre duro.

Me giré para mirarla.

–No, no lo soy. Esa es una de mis armas secretas –Vonnie sonrió–. Esa prostituta vivía en el pueblo cerca del Hotel California, el viejo fuerte francés donde tenían alojada a la compañía RVAN, en la punta norte de la base aérea de Tan Son Nhut. Parecía algo sacado de la novela *Beau Geste*. Los muros eran de seis metros de alto por tres de ancho de cemento encalado y formaban un rectángulo perfecto. Se accedía al interior pasando por unas arcadas cerradas con portones de hierro de una sola pieza que daban a un enorme patio con pequeños cubículos.

Había una aldea detrás de la alambrada, un depósito de cadáveres y un cementerio con miles de pequeñas lápidas blancas...

Me vino el recuerdo mientras contaba la historia y sentí que era increíble comprobar que los detalles seguían allí, metidos en un baúl que se resistía al paso del tiempo.

–Su nombre era Mai-Kim, la conocí tomando unas cervezas Tiger en el

pueblo, en el bar Buenos Chicos Buenos Ratos. Nos decían que nunca probásemos el agua, así que bebía otras cosas...

—¿Eras su cliente?

—No, nos dijeron que tampoco hiciéramos eso, yo era un joven marine e hice lo que se me ordenó —Vonnie se rió un poco más—. Aunque era bonita. Tenía una hermosa dentadura, algo raro en ese lugar. Era diminuta y le encantaba hablar sobre Estados Unidos. Estaba muy orgullosa de tener tantos amigos americanos.

—¿Tantos como el dinero podía comprar?

—Sí, pero ella estaba por encima de eso.

—Lo siento, no quise decir...

—No, ya lo sé —la interrumpí para que supiera que no había herido mis sentimientos—. Tenían un piano de pared en el bar y yo solito me encargué de saturar a todo Vietnam con la música de Fats Waller y Pete Johnson —me detuve a pensar un momento—. Mai-Kim solía leer la revista *Barras y Estrellas* en el bar entre un cliente y otro y yo la ayudaba con la pronunciación y con las palabras que no entendía. Después del caso de drogas, ninguno de los tipos de las fuerzas aéreas me dirigía la palabra, tampoco la policía vietnamita, así que hablaba con ella —me detuve a recordar—. Tenía una voz estupenda, ronca, como la tuya. Como si acabara de levantarse de la cama —asentí—. Aunque ahora que caigo, igual era exactamente así —otra risa.

—¿Murió?

—Sí, de mala manera.

Volví a mirar el fuego y oí la respiración del perro.

—Su cuerpo fue encontrado en uno de los búnkeres abandonados. Había sido violada y estrangulada. Todavía recuerdo la escena del crimen. El asesino había amontonado unos sacos de arena para formar un lecho y todo parecía normal, hasta que te fijabas en los ojos y en las marcas del cuello —fui a llevarme a la boca otro trago de ron, pero lo detuve a la altura de los labios para olerlo—. Nadie abría la boca, nadie. Así que allí estaba yo, en el último puesto fronterizo de la última de las guerras, investigando un asesinato que a nadie le importaba —exhalé un poco de aire, riéndome de mí mismo—. Aquella era mi forma de poner algo de orden en todo ese caos.

Vonnie esperó un instante, pero tenía que preguntar.

—¿Lo atrapaste?

El perro bostezó profundamente y se dio media vuelta. Observé cómo el enorme abanico que era su rabo caía hacia un lado.

—Batallitas... Hasta el perro se muere de aburrimiento.

—¿Quién la mató?

Le di otro trago al ron y me hice el misterioso.

–No puedo contarte todas mis historias hoy: no querías tener una segunda cita conmigo –me pegó un puñetazo en el hombro, así que continué en un tono más ligero–. Mai-Kim quería vivir en Tennessee. Uno de sus clientes debía de habérselo puesto por las nubes, contándole que era el mejor lugar del mundo. El Estado Voluntario, la tierra de Elvis. Sabía todo lo que hay que saber sobre Tennessee –observé al perro, que estaba hecho un cuadro, y esperé, pero ella no dijo nada–. Vale, hablemos de ti.

–Oh, no.

–Sí, lo justo es justo, te toca.

–Al contrario que tú, yo no tengo historias interesantes que contar.

Le dediqué mi mirada más incrédula.

–Háblame de Nueva York. ¿No es allí donde has estado todos estos años?

Vonnie se echó a reír.

–Tenía una galería en el Upper East Side, cerca de la calle Ochenta y Seis.

–¿Qué vendías?

–Arte de mierda a precios elevadísimos.

–Pareces a la defensiva.

–Soy una artista –dijo revolviendo el azúcar del fondo del vaso–. Siempre nos ponemos a la defensiva en lo tocante al arte de mierda... Nos da miedo ser nosotros uno de sus autores.

–¿Todavía haces esculturas?

Vonnie le hablaba al vaso, evitando mirarme a los ojos, así que levanté el brazo y lo apoyé en el respaldo del sofá y le toqué el pelo con delicadeza, pero el teléfono volvió a sonar. Me miró con una sonrisa triste y rozó la mejilla contra mi mano antes de inclinarse para contestar.

Estuve un rato escuchando, luego me levanté y fui junto al fuego. El perro abrió un ojo, su cabeza parecía todavía más grande con las orejas arrastrándose a ambos lados. Me incliné, le pasé la mano por el estómago y cerró el ojo. Supuse que le gustaba o que, al menos, confiaba en mí. Me senté en el escalón de la chimenea, cogí un atizador del gancho a la derecha y re coloqué los troncos para avivar el fuego. Las ascuas al rojo vivo dibujaban una cuadrícula en la madera y unas chispas diminutas desaparecieron en la oscuridad de la chimenea.

Se oía el aullido del viento a través del tiro, así que pensé que era hora de volver a casa. Al día siguiente tocaba empezar de cero. Supuse que podía arrancar en la escena del crimen de Cody: si se trataba de un asesinato, ahí era por donde había empezado el asesino. Volvería a examinar las pruebas: la pluma, las armas y las muestras de balística. Luego volvería a interrogar a todo el mundo. Iba a tener que cerrar filas y traer a Turco de vuelta. Miré al perro. Él, a su vez, estaba mirando de nuevo el rifle junto a la puerta.

Hacía poco más de dos años, sólo dos años, que dejaron en libertad condicional a los cuatro chicos. ¿Por qué ahora? No tenía sentido. ¿Por qué escoger a Cody Pritchard? Se había comportado como un energúmeno durante el juicio, pero ¿por qué matarlo ahora? La pluma era la clave de todo y, de alguna manera, yo tenía que extraer las respuestas.

Volví la vista al Rifle Cheyene de los Muertos. ¿Y si hablaba en alguna lengua que yo no podía entender? ¿La comprendería el perro? Estaba metiéndome en un terreno en el que ya era todo un experto. Deseé tener una banda de Ancestros Cheyenes siguiéndome a todas partes y susurrándome cosas sobre la vida y la muerte al oído. ¿Me ayudaría el viejo Pájaro Pequeño o el antiguo Oso en Pie a encontrar al asesino del chico que había violado a su tataratataranieta? No sé qué razón tendrían para echarme una mano, pero creo que estarían dispuestos a ayudarme. Lucian me había contado historias sobre ellos, sobre su sentido del honor, su gracia, así como sobre su defensa de las virtudes cheyenes.

En 1949 tuvo lugar el siguiente incidente: Lucian detuvo el coche de una pareja india entrada en años en un control rutinario. Acababan de salir de Durant y se dirigían a la reserva. Me contó que era una de esas noches de invierno increíbles, cuando el viento cesa y la nieve parece el glaseado ondulado de una tarta de vainilla. Había una luna llena y brillante, lo suficientemente brillante como para que Lucian distinguiera un viejo Dodge pasar junto a una señal de *stop*, girar a la derecha y dirigirse a la reserva sin intermitentes. Lucian puso su Nash en marcha y siguió al coche para amonestarles por la falta de luces traseras. Dice que le costó más de tres kilómetros conseguir que aminoraran la marcha y eso que no iban a más de treinta por hora.

Y creí estar viendo a Lucian en plan gallito, ajustándose el cinturón y abrochándose la chaqueta estilo Eisenhower, mientras echaba a andar sobre sus dos piernas de carne y hueso hasta el viejo Dodge color pizarra. Creí estar viéndolo echarse hacia atrás el sombrero con el pulgar, como solía hacer, y apoyarse en la puerta del coche mientras bajaban la ventanilla.

—Eh, jefe —no estaba de broma: Frank Escudo Rojo era uno de los jefes de los cheyenes del norte—. Te he hecho parar porque se te han fundido las luces traseras.

Me contó que el jefe parpadeó y que le dio unos golpecitos en el brazo apoyado en el coche.

—Oh, está bien. Pensé que me habías parado por no tener carné.

Lucian dice que se mordió el labio casi hasta hacerse sangre intentando reprimir la risa, hasta que la señora de Escudo Rojo le dio un golpe a su marido en mitad del pecho y le dijo:

—No le hagas caso, *sheriff*, cuando bebe no sabe lo que dice.

Sonreí y me reí para mis adentros. Quizá los tipos del rifle ya me estuvieran ayudando. Noté un movimiento en el sofá y levanté la vista para encontrarme con Vonnie, que me tendía el teléfono. Tan absorto había estado en mis pensamientos que ni siquiera lo había oído sonar de nuevo. Vonnie tenía la cara inmóvil y sus hombros se estremecieron como si tuviera frío.

–Es para ti.

Miré el teléfono, luego la miré a ella y después alargué el brazo para coger el aparato. Vonnie parecía asustada y yo, de repente, me sentí muy cansado. Escuché cómo mi voz decía:

–Aquí el *sheriff*.

Escuché las interferencias del teléfono móvil y el mal rato que le estaba haciendo pasar el viento, estuviera donde estuviera. Vic tenía la voz tensa e intentaba hacerse oír por encima del aullido del viento, que parecía acoplarse al que oíamos desde la chimenea.

–Vale... Acabamos de encontrar a uno de los Esper.

–Bienvenido a Hooverville –la medianoche se aproximaba y Vic hacía todo lo posible por evitar parecer una tortuga a pesar de llevar el cuello de piel artificial de la chaqueta de su uniforme bien subido hasta arriba.

–¿Dónde está? –Vic se giró y enfiló el viento de cara, con las manos enterradas en las profundidades de los bolsillos de su chaqueta, y me llevó hasta donde las luces brillaban. El pulso intermitente de las luces azules y rojas se reflejaba sobre la grava congelada del aparcamiento improvisado que había surgido a lo largo de la valla de alambre de espino.

Lo de Hooverville iba por el pequeño grupo de cabañas variopintas que rodeaban el lago Dull Knife en la parte sur de las montañas Big Horn, conocido por los lugareños como South End. Como estaba fuera de la jurisdicción del Parque Natural Cloud Peak y del gobierno federal, se habían vendido muchos terrenos y se había construido sobre la orilla que bordeaba el lago. Y así daba la impresión de ser un gallinero. Algunas de las cabañas no estaban nada mal, pero la mayoría eran caravanas de caza con pequeños anexos a su alrededor añadidos hacía tiempo. La pesca era buena en todo el perímetro del lago, pero la vista era más hermosa en la zona norte. Allí la orilla era empinada y el agua desaparecía dentro del poblado bosque. Pensé en el auténtico Hooverville, que el propio presidente Herbert Hoover mandó construir a las afueras de Washington D. C. para meter allí a todos los veteranos de la Primera Guerra Mundial que sobraban en la ciudad. Y supuse que haría falta una nueva versión de Patton o de MacArthur para limpiar también este.

Enfoqué con la linterna al suelo y vi que el único juego de pisadas que conducía hasta el cadáver lo estaba rellenando la nieve poco a poco. Le di a Vic mis llaves y le pedí que volviese a aparcar la furgoneta más cerca, para formar una especie de barrera que detuviera el avance de los copos de nieve, que caían caprichosos y dificultaban la investigación de la escena del crimen.

No cabía duda de que se trataba de Jacob Esper, sentado sobre su propio pie y con la otra pierna completamente estirada. Estaba apoyado contra la rueda trasera de su camioneta y tenía un gesto socarrón. Se distinguía un pequeño roto en medio de su anorak Carhartt y estaba rodeado por un líquido congelado de tonalidad marrón: sangre seca. A juzgar por la temperatura, llevaba allí entre treinta minutos y dos horas. No tenía que pararme a mirar su espalda, ya que la mayor parte de ella era un charco congelado junto al sucio camión. Empezaba tras la puerta, donde Jacob había sido alcanzado, y

continuaba hasta donde ahora se sentaba. Tenía los ojos abiertos, pero ya estaban vidriosos. Tres horas. Me estiré y le moví la bota a un lado y a otro; el cuerpo estaba rígido y había desarrollado plenamente el rígor mortis. De seis a veinticuatro horas. Necesitábamos tomar la temperatura interior del cuerpo y no podríamos hacerlo en las próximas siete horas.

Una de las pisadas tras la barrera de nailon amarilla que Vic había levantado estaba cerca de mí, así que soplé sobre ella y examiné la impronta: se trataba probablemente de un 43, de ancho regular. El arco tenía impresa una palabra, Skywalk, y el logo era un medallón con unas palabras en el borde y una cadena montañosa en miniatura. Las luces se apagaron un momento.

—¿Dónde están los testigos?

—Ahí arriba, en el Hummer. Están a punto de quedarse sin gasolina porque la calefacción está encendida, así que tienen prisa.

—Oh, ¿de veras?

—Les dije que lo entenderías perfectamente —Vic dio varias patadas al suelo, intentando que no se le congelaran los pies—. No estaba muy segura sobre cómo debíamos asegurar la escena, pero Ferg y yo pensamos que se podía atar la lona en lo alto de la camioneta y luego atar el otro extremo al otro vehículo. Quizá se mueva como el ala de una tabla de windsurf, pero...

—Pues sí —miré a mi alrededor, intentando retener todo, porque una hora más tarde aquello podía parecerse a Stalingrado. Ya empezaban a formarse pequeñas dunas de nieve en los puntos del cuerpo de Jacob que más sobresalían—. ¿Ruedas de neumáticos?

Vic se arrodilló a mi lado.

—Sólo las de esos tíos, detuvieron del vehículo, rodearon la zona y volvieron a pararse.

—¿Cómo os llamaron?

—Por el móvil.

—¿Por qué se marcharon de aquí?

—Tenían mala cobertura.

—¿Has visto las marcas de pisadas?

—Sí. Son unas botas Vasques, iguales a las del aquí fallecido y a las de uno de los agentes.

—Una bota muy corriente.

—Una talla muy corriente.

Los dos nos encogimos de hombros y miramos en dirección a Jacob.

—¿No hay ovejas?

Vic torció el labio y negó con la cabeza.

—Esta vez no. La triangulación preliminar indica una zona más allá del lago, puede que más allá de donde están aquellas cabañas tan cutres.

Me giré en dirección opuesta a la camioneta y escruté la oscuridad y la nieve. Las luces de la unidad de Vic no me ayudaban. Nos levantamos para evitarlas y sondeamos las tinieblas.

—¿Desde dónde dispararías?

—Desde la cima de ese risco, a la altura de la línea de árboles.

Me giré para mirarla.

—¿Alguien vio algo?

—Dicen que oyeron gritar al otro lado del lago cuando estaban aparcando, sobre las nueve.

—¿Qué hacían aparcando aquí a las nueve de la noche?

—Por lo visto Dave McClure les iba a prestar un chalé. Vinieron en coche desde Casper al terminar la jornada. Aunque no están seguros de si habían quedado para hoy.

—Es martes.

Vic asintió.

—La historia ha sido verificada y corroborada. Ferg está interrogando a Dave sobre sus planes.

Pensé en el siguiente movimiento que debíamos hacer.

—Ata la lona tan pronto como Ferg acabe con la radio.

Vic volvió dar patadas al suelo.

—¿Los de la División habrán llegado ya a Wheatland?

—Sí, si el tiempo se lo permite.

Vic se quedó mirándome el perfil mientras yo contemplaba a Jacob.

—¿Walt?

—Di a Ferg que te ayude a colocar la lona. Luego dile que se traiga el detector de metales que tiene en casa y que rastree aquel lado de la colina cuando regrese...

—¿Cuándo regrese?

—Luego vuelve a tu camioneta, ponte el equipo de invierno y trata de entrar en calor.

Vic tenía razón. Habíamos pasado de una simple muerte por imprudencia a un homicidio múltiple y la División de Investigación Criminal iba a querer su ración de carne post mórtem. Mi voz de la conciencia me recordaba insistentemente que su experiencia y su capacidad técnica les daban una gran ventaja a la hora de resolver el caso, pero luego hizo su aparición otra voz más fuerte y declaró con rotundidad que se trataba de mi caso y mi condado. En algún momento, se había convertido en algo personal. Lo primero que tenía que hacer era sacar a los dos chicos restantes del condado, del estado, del país, si era necesario. Lucian diría que había un zorro en el gallinero y yo decía que ya era hora de que los pollos echaran a andar por la carretera. Me giré hacia Jacob.

No había cambiado mucho desde la última vez. Los muertos no te cuentan nada, pero yo siempre espero que se levanten y me digan que todo ha sido una broma pesada. Después de treinta años como agente de la ley, me seguía decepcionando enormemente que no lo hicieran.

La luz del interior de la camioneta de Jacob estaba encendida, pero era muy tenue. La puerta estaba entreabierta, las llaves colgaban del encendido. Miré bajo la camioneta: se habían congelado unas gotas de vapor condensado en la parte inferior del tubo de escape. En la nieve había una hondonada, dejada por el tubo al arrancar, y una gran mancha congelada bajo el motor. Escudriñé el guardabarros buscando el nombre del modelo y, por supuesto, era diésel. Jacob había puesto en marcha la camioneta para calentarla y, fuera lo que fuera lo que hubiese ocurrido, había tenido que pasar cuando estaba saliendo o volviendo al vehículo. Teniendo en cuenta la orientación del cuerpo, me inclinaba a pensar que se disponía a bajarse. Estoy seguro de que había seguido ahí sentado igual que ahora, mientras la camioneta se quedaba sin gasolina.

No se veían cañas de pescar por ninguna parte y no llevaba puesto el chaleco, ni las botas de goma, ni los demás avíos que solían llevar los pescadores. Me levanté y rodeé la camioneta para echar una ojeada al interior. La puerta del asiento del acompañante tenía el seguro puesto y, en Wyoming, prácticamente nadie hacía eso. Las ventanas estaban empañadas por dentro, pero todavía se podía distinguir sobre el asiento un par de fundas de aluminio para cañas de pesca con mosca, dos chalecos y una pequeña nevera. La nevera era un trasto viejo con una pegatina donde se leía «Charlton Heston es mi presidente».

Basándome en las observaciones preliminares y sin comprobar si había decoloraciones a ambos lados del abdomen, la víctima llevaría muerta, a mi parecer, de catorce a dieciséis horas, lo que situaba la hora de la muerte, como muy pronto, a las cinco de la mañana. Si había truchas en la nevera, cabría suponer que Jacob había salido a pescar temprano. ¿Antes del amanecer? Eché un vistazo al resto de la camioneta buscando una tienda, un saco de dormir o cualquier otra prueba que indicase que había pasado más de un día fuera. También podía haber descansado en las cabañas, pero íbamos a tener que inspeccionarlas de todos modos.

Volví a dar la vuelta a la camioneta y examiné el punto donde yacían desparramados los restos del corazón y parte de un pulmón, junto al borde de la parte trasera. Eso significaba que el casquillo debía de estar en el lado de la colina adyacente al aparcamiento, en la camioneta o en el interior de Jacob. Algo se movía bajo el vehículo, así que me agaché para ver qué era. El sombrero negro de *cowboy* de Jacob había volado hasta la caja de cambios y se había quedado encajado en una de las ruedas delanteras. En uno de los lados de la cinta del sombrero había un pequeño surtido de plumas. Volví a mirar los ojos

vacíos del chico y recorrí el cuerpo con la linterna hasta llegar a la parte donde se abría el anorak. Aparté una de las solapas lo justo para revelar una punta de una pluma de pavo blanqueada, tiesa y barnizada.

—¿Qué cojones está pasando aquí?

Estoy seguro de que me levanté y me di la vuelta mucho más rápido que en toda mi vida. La voz pertenecía a un hombre un poco mayor que yo, por debajo de la estatura media y con una complexión nada corriente. Tenía la cara como un boxeador retirado, las facciones eran bulbosas y abotargadas. Al parecer, la vida estaba empeñada en salir adelante incluso cuando la situación se empeñaba en machacarla y, en ese preciso momento, tenía a la situación justo delante de mí. La situación también se caracterizaba por tener los vasos sanguíneos rotos y cierta flacidez en el resto del rostro; no se trataba de un bebedor aficionado sino de un alcohólico en toda regla. Mis ojos fueron del anorak abierto color verdoso a la piel sintética de la capucha, de la camiseta a rayas rojas y blancas y la abultada barriga al bañador con estampado de flores y unas piernas delgadas como palillos que desaparecían en el interior de un par de botas de nieve sin anudar. También me fijé en la copa que llevaba en la mano, una copa de martini decorada con una rodaja de manzana ácida y una sombrillita verde.

—¿Quién es usted?

El tipo no me hacía ningún caso, se había inclinado hacia un lado para tener una mejor perspectiva de la escena del crimen.

—¡Hostias!

Me moví un poco para bloquearle la vista.

—¿Perdone?

Volvió a mirarme e hizo el saludo militar.

—Perdona, general, ¿qué pasa? —suspiré y repetí la pregunta—. Al Monroe, poseo una de las cabañas del lago —se inclinó un poco más hacia el lado.

—Joder, está muerto de cojones.

—Señor Monroe, ¿lleva mucho tiempo en el lago?

—Los últimos tres días, estaba pillándome una borrachera de las buenas y entonces vi esas putas luces, pensé que alguien habría muerto —le dio un sorbo al martini y me miró pensativo—. Joder, pues parece que sí.

Mientras contemplaba el espectáculo que me ofrecían Al Monroe y su persona, se me pasó por la cabeza una idea.

—Al, ¿podrías preparar café en tu cabaña?

—Hostias, claro que sí, el mejor café de la montaña.

—¿Te importaría volver allí y hacernos una cafetera grande? Parece que vamos a tener que quedarnos aquí un buen rato.

—¡Puedes apostar tu culo a que sí! —hizo el saludo militar de nuevo y se

marchó tambaleándose en dirección al lago.

–Al –se giró mientras Vic se me acercaba–. ¿Cuál es la tuya? –Al señaló vagamente una de las cabañas ruinosas en la orilla de enfrente. Saludó una vez más antes de montarse en una mula enorme atada con una cuerda y desapareció en la oscuridad sin derramar una sola gota de martini.

Vic oteó aquella visión a punto de desaparecer.

–¿Quién coño era ese?

La miré de reojo.

–Los dos os llevaríais bien.

Los dos testigos del Hummer se calmaron cuando les expliqué que no tendrían que preocuparse por dónde quedarse y que el *sheriff* del condado de Absaroka siempre tenía un par de camas de sobra para compartir con los testigos principales de un homicidio. Les dije que me encantaría alojarlos de tres a seis semanas a pensión completa. Me contestaron que no, gracias. Quizá hubieran oído hablar de las empanadillas congeladas de los fines de semana, pero, en cualquier caso, a partir de entonces, cooperaron mucho más y eso era todo lo que realmente me importaba.

Habían llegado de Casper después de ponerse el sol y habían visto la camioneta cuando pasaron junto al aparcamiento por primera vez. Se suponía que iban a verse con Dave McClure, pero no estaban seguros de cuál era su cabaña, así que, como habían visto la camioneta, habían dado la vuelta para que les indicaran el camino. Cuando entraron en el aparcamiento, la camioneta ya no estaba en marcha. Aparcaron y uno de ellos se acercó para ver si el tipo que había descansando en el suelo estaba bien. No habían tocado nada y contaron que la única razón por la que habían conducido de vuelta hasta la estación de servicio Muddy Guard Ranger era para poder tener mejor cobertura. El 911 nos los había derivado, Vic había respondido y allí estábamos, rodeados de viento y nieve.

Les pregunté por los gritos y me contaron que alguien les había chillado desde la otra orilla del lago cuando pasaron por primera vez junto a la escena del crimen. A juzgar por la dirección de los gritos y por el florido lenguaje empleado, sólo podía tratarse del tristemente célebre Al Monroe. Quería saber si podía invitarlos a uno o doce martinis de manzana ácida.

Ferg había conseguido localizar a Dave McClure durmiendo, quien corroboró la historia de los tipos y nos dio la situación exacta de su cabaña y de la llave de la misma, que estaba escondida en la repisa superior de su barbacoa. Dejé que fueran a resguardarse a la cabaña de Dave y me uní a Vic y Ferg, que habían iluminado la escena y estaban empezando a sacar fotografías. Vic bajó la cámara y enderezó la espalda.

–¿Eso que asoma del abrigo del fallecido es lo que creo que es?

–Pues sí –me crucé de brazos y comencé a dar órdenes–. ¿Ferg? –acudió a mi encuentro después de ajustar las luces, la calidez de los focos halógenos le sentaba bien a mi espalda–. Vas a tener que darte prisa –dijo que no le importaba. Ferg era como un mulo. Yo no lo habría cambiado por todos los purasangres del mundo–. Di a Ruby que nos prepare algunas provisiones, sándwiches y café. Dile que hable con Lucian para que se quede de guardia en el despacho y que traiga de vuelta al Turco de Powder.

–¿Lucian?

Asentí.

–Sí, Lucian. También quiero que pongas a Bryan Keller y George Esper en prisión preventiva.

–¿En la cárcel?

Vic casi le gruñe.

–No, en un puto motel.

Todos estábamos sometidos a mucha presión. Tras sacar el máximo partido a nuestro personal, conduje a Ferg hasta su camioneta.

–Llama a los Esper y luego pásate por allí si no te queda otro remedio. Si todavía no han vuelto, la hermana de Reggie Esper vive en Longmont, Colorado. Llama a la policía de Longmont y diles que estamos buscando cualquier vehículo registrado de los Esper que no sea la camioneta diésel marrón.

–¿Y luego qué?

–Vuelve aquí –le miré mientras saltaba a bordo de su pequeña Toyota azul marino. Llamé a la ventanilla–. ¿Ferg? –bajó el cristal y sacó la cabeza fuera–. ¿Tienes algún alcoholímetro digital a mano? –me lo pasó con una mirada interrogante–. No te olvides del detector de metales. Y gracias –me metí la maquineta en el bolsillo y regresé donde Vic seguía tomando fotos–. Cuando acabes con eso, vuelve a tu camioneta y resguárdate un rato más. Va a ser una noche larga. Iré al otro lado a tomar declaración a Al Monroe.

Vic asintió, enderezándose para la siguiente foto.

–Buena suerte.

Resultó que había unos ochocientos metros entre donde estábamos y la orilla este del río. No me extrañaba que Al se hubiese llevado la mula. La cabaña de Al había sido construida de cualquier manera. No tenía la forma particular de las que habían comenzado siendo refugios de caza. La estructura original era un cobertizo de cinco por cinco metros que se completaba con un revestimiento de planchas de madera superpuestas y un tejado de zinc de colores. El resto del conjunto estaba hecho a base de cobertizos, que se inclinaban hacia delante con tanto interés que el perímetro exterior de la cabaña tocaba prácticamente el

suelo. No estaba seguro de qué hacía Al para ganarse la vida, pero podía jurar sin arriesgarme que no era carpintero. La mula estaba en uno de los cobertizos más verticales, justo al lado de la cabaña, y por poco no piso sus excrementos. Había tres hatos grandes de troncos apilados junto a la puerta. El fuerte resplandor del propano iluminaba las ventanas y la rendija de cinco centímetros debajo de la puerta a la que acababa de llamar. Un momento después, volví a golpearla.

–¡Que no cunda el puto pánico! –oí tropiezos, golpes y más blasfemias. Al Monroe abrió la puerta de par en par y del interior de la cabaña emanaron oleadas de calor y un fuerte olor.

–Pase, mi general. El café está listo.

El interior de la cabaña de Al era mucho peor que el exterior, una especie de leonera llevada al extremo. Consistía en un sofá gastado de color y forma indefinidos pegado a la pared, un sillón reclinable de la misma cosecha y una mesa de cocina gris de formica rodeada de tres sillas plegables: dos marrones y una más marrón todavía. En el centro de la habitación había una de esas estufas caseras fabricadas con dos bidones de doscientos litros; la parte inferior del bidón de abajo estaba al rojo vivo, seguro que ahí dentro estábamos próximos a los cuarenta y tres grados. Habían intentado sin mucho éxito darle un aire polinesio, con una decoración a base de pinturas nativas de mujeres desnudas y esculturas de madera tallada. Había montones vertiginosos de revistas y catálogos apilados contra la pared. La mayoría de *National Geographic* o de la revista oficial de la Asociación Nacional del Rifle. Aquello era como estar en la oficina de objetos perdidos de Fidji. Lo seguí y cerré la puerta tras de mí de mala gana, mientras Al se abría paso hasta la cocina. No llevaba puesta la camisa y tenía todo el torso cubierto de tatuajes. Cuando regresó con una taza de café humeante, no me hubiera sorprendido verle un albatros colgado del cuello. Se sentó en el sillón reclinable y me hizo un gesto para que me sentara en el sofá. Me eché el sombrero hacia atrás y lo miré.

–¿Marino mercante?

Al cogió un martini de un montón que tenía convenientemente cerca.

–El puto 11.º Cuerpo de Ingenieros, ¿y tú?

–1.ª División.

–No me jodas –se inclinó hacia delante y extendió la mano y nos la estrechamos como si fuésemos viejos camaradas–. Siempre fieles. Con dos cojones.

–Al, necesito que hagas algo por mí.

Al hizo todo lo que pudo para aparentar seriedad.

–No tienes más que decirlo.

Saqué el alcoholímetro del bolsillo de la chaqueta y se lo pasé mientras me

quitaba el abrigo y lo ponía junto a mí.

–Necesito que soples aquí.

Sus ojos fueron del aparato a mí, luego se encogió de hombros.

–No hay ninguna ley que prohíba conducir una mula borracho.

–Esa sería la única razón por la que me vieras subido a alguna.

Al sopló y me devolvió el aparato.

–¿Qué tal lo he hecho, general?

Le di unos golpecitos al alcoholímetro, pero no bajaba de 4,2.

–Te aproximas peligrosamente al coma etílico –Al brindó por ello y sumó puntos al porcentaje de azúcares complejos que ya tenía en la sangre–. Al, ¿cómo no te conozco?

Al volvió a encogerse de hombros: esa parecía ser su forma de comunicación predilecta.

–No lo sé. Joder, ¿cómo no te conozco yo a ti?

Me miré mis ropas de paisano, mi abrigo de piel de borrego y el ala de mi sombrero plateado sin distintivo alguno.

–Al, soy el *sheriff* del condado de Absaroka.

–¿De veras? –Al se tomó un momento para procesar esa información–. ¿Y eso por dónde queda?

–Te encuentras en Absaroka.

Al miró alrededor como si esperara encontrarse con un letrero.

–Creía que estábamos en el condado de Big Horn.

Lo estudié por un momento.

–Al, ¿eres *barman*?

–Desde hace treinta y dos putos años.

–¿Cómo es que estás aquí?

–Mi colega y yo nos juntamos y compramos esto a un capullo en Kemmerer.

–¿Y allí vives el resto del año?

–No, en Lander –echó otro trago de martini y yo le di el primer trago a mi café: no era malo y, además, estaba caliente.

–Necesito hacerte unas preguntas –intenté pasar por alto el hecho de que mi testigo principal llevara los tres últimos días borracho–. ¿Has oído algún ruido fuerte esta mañana?

–¿Te refieres al puto obús que dispararon justo antes de amanecer?

Nuestros ojos se encontraron.

–Entonces, ¿lo has oído?

–Bueno, joder, estamos en la temporada de caza, así que, desde que llegué aquí, se oye bastante follón de armas pequeñas. Tuve que poner lazos de colores a Sally para que esos putos subnormales no le dispararan –se detuvo un

instante para hacer memoria—. Pero ese era diferente, venía de más cerca y era temprano, muy temprano.

—Supongo que no te fijarías en la hora.

Al se sorbió la nariz.

—Cero-cinco-doce.

Una vez hecha la traducción, abrí los ojos como platos.

—¿Estás seguro de eso?

—Oh, sí, joder —me señaló un despertador de cuerda enorme que había sobre la mesa —miré mi reloj.

—¿Y luego qué?

Al hizo un gesto.

—Me fui hasta la puerta y les grité que se dejasen de tanta hostia.

—¿Por qué fuiste a esa puerta?

—El disparo provenía de esa dirección.

—¿Este u oeste?

Al negó con la cabeza.

—Directamente de lo alto de la colina —asentí mientras Al continuaba con su martini.

—¿Fue eso lo que mató al chico?

—Puede que sí —me incliné hacia delante y apoyé la taza de café en la rodilla, todavía estaba demasiado caliente—. Cuando fuiste hacia la puerta, ¿la abriste y miraste fuera?

—Sí.

—¿Viste alguna cosa?

—Vi a alguien caminar colina arriba y atravesar la línea de los árboles, estaba vuelto de espaldas hacia mí —probablemente mi expresión no dejara lugar a dudas—. ¿Te sirve de alguna ayuda?

—Nunca había oído nada mejor. ¿Qué pinta tenía?

—Bastante grande, diría yo, pero era temprano y no había mucha luz.

—¿Algún rasgo distintivo? ¿El pelo quizá?

Al negó con la cabeza.

—Espera —oía perfectamente los latidos de mi corazón—. Era largo.

Estoy bastante seguro de que el corazón se me paró en seco.

—Pelo largo...

—Sí, ahora que lo pienso, sí.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí, pelo largo.

—¿Cómo de largo?

—Por lo menos hasta los hombros.

—¿De qué color?

–¿Oscuro? –luego negó con la cabeza–. No había suficiente luz como para estar seguro, pero creo que oscuro.

–¿Sombrero?

–No.

–¿Podrías decirme qué tipo de ropa llevaba?

Al asintió lentamente.

–Uno de esos monos isotérmicos –esperó un instante–. ¿Estás bien?

Pasó un momento antes de que se me ocurriera algo que decir y tuve que humedecerme la boca un poco.

–Sí. ¿Llevaba un arma ese individuo?

–Sí, una grande.

–¿De qué tipo?

–No sabría decirte. Quiero decir, pude ver que llevaba algo y, por la forma de llevarla...

–¿Con ambas manos?

–No, con una. Con un lado colgando hacia abajo.

–¿Por qué has dicho grande?

Al dejó a un lado la copa de martini y separó los brazos más de un metro veinte.

–Muy larga.

–¿Algo más? ¿Culata de madera? –Al negó con la cabeza y se encogió de hombros.

–¿Había algo colgando del rifle?

Continuó negando con la cabeza.

–Lo siento.

–¿Algo más? Cualquier otra cosa... –Al se quedó mirando el brazo del sillón y negó con la cabeza.

–¿Quieres repasar o ampliar algún aspecto de tu declaración?

Al parecía confundido.

–¿Qué? ¿Estoy arrestado o algo?

Negué con la cabeza y sonreí.

–No, acabas de hacer una declaración muy importante en una investigación por homicidio. Quiero estar seguro de que no te dejas nada.

Al miró a su alrededor, como si buscara algún cartel invisible que supuestamente le informara de dónde se encontraba, qué estaba haciendo y cuándo debería hacerlo. Empezaba a comprender su relación con el reloj.

–Quizá luego recuerde algo...

–No pasa nada. ¿Cuándo te diste cuenta de que la camioneta de ahí fuera estaba en marcha?

–Nunca.

–Nunca. ¿En todo el día?

–No. Volví a ese sofá y me volví a dormir –se detuvo y luego miró el suelo de cemento pintado como si fuera a encontrar allí el pensamiento que había perdido–. Noté algo a la hora de comer. Me levanté y calenté un poco de estofado –hizo ademán de levantarse–. ¿Quieres un poco?

Lo detuve con la mano.

–Quizá más tarde. ¿A qué hora fue eso?

–Doce cuarenta y siete

Eché un vistazo a la esfera del reloj que descansaba sobre la mesa de la cocina, que me indicó que era la una de la madrugada.

–Miras mucho el reloj, Al.

–Son treinta y dos putos años esperando la hora de echar el cierre.

Me confirmó que les había gritado a los dos tíos del Hummer exactamente a las veintiuna doce. Cuando me levanté para ir a investigar el risco, le pregunté a Al si podía ensillar su mula y llevar a mi fogosa ayudante una taza de café y algo de estofado. Dijo que estaría encantado de hacerlo, joder.

La colina era empinada y llevar puestas unas botas de *cowboy* no ayudaba. La nieve había amainado, pero el viento seguía soplando con insistencia y, cuando llegué a la cima, estaba cubierto por una considerable cantidad de sudor. Me quedé ahí de pie, mientras trataba de recuperar el aliento, mirando las luces de la cabaña de Al y las nuestras de emergencia, rojas y azules, que giraban en el techo de los vehículos aparcados. Los únicos sonidos que se distinguían eran el viento, Sally mascando y el clic que hacían nuestras luces. Aquel lugar era hermoso, tranquilo, terminalmente tranquilo para Jacob Esper. El disparo había sido realizado a unos trescientos sesenta metros, me apostaba cualquier cosa. El frío era ahora más intenso que esa mañana, probablemente con un viento de cara leve o imperceptible, el tirador se situaría a una altura relativa de veinticuatro metros y a unos trescientos sesenta de distancia. Suspiré hondo y observé cómo el vapor me nublaba la cara. Un disparo difícil, incluso con mira.

Eché a andar en dirección a los primeros árboles del borde del risco, apuntando con la linterna el suelo parcialmente cubierto de nieve. Al había dicho que el tirador era alto, pero Al era bajo de estatura, así que empecé a preguntarme cómo de grande querría decir en realidad. No había ningún rastro sobre la hierba congelada, así que decidí continuar andando por el sendero, a la vez que rastreaba la zona a ambos lados. Si yo fuera a disparar a alguien, ¿utilizaría el sendero? Probablemente no. Me arrodillé al final del claro que quedaba frente al lago y escudriñé cada brizna de hierba. Si yo fuera a disparar a alguien desde una distancia de trescientos sesenta metros, ¿me tumbaría? Probablemente sí. Advertí que era algo raro el ligero desnivel de la hierba a mi

derecha, así que abandoné mi zona de seguridad y volví a examinar el punto donde la hierba parecía tener una disposición extraña. Me arrodillé y me encontré mirando la hipotenusa de un triángulo agudo: los catetos apuntaban en mi dirección.

Bingo. Ahí era donde había empezado todo, de donde había partido cada grano de pólvora de ese calibre 45. Había una ligera impresión donde alguien había intentado aplanar la hierba con el pie para ocultar las marcas, pero la aparición de Al Monroe debió de impedirle terminar. Amplié el campo de visión y miré entre los árboles que quedaban a mi espalda. Supuse que alguien de mi tamaño podría pasar por allí, pero sus aptitudes para bailar el limbo debían de ser mucho mejores que las mías. Regresé al sendero y empecé a abrirme paso entre la espesura, inspeccionando el estrecho paso en busca de pisadas, pero no di con ninguna. Si era un tipo grande, tenía los pies ligeros. Trasladé mi búsqueda a un plano superior, tratando de ver alguna alteración en el espeso follaje de los pinos. Nada.

Pensé en Henry y respiré hondo por primera vez desde que Al hiciera su identificación parcial. Me quedé allí de pie con las manos en los bolsillos, intentando convencerme de que un tipo con una tasa de alcohol en sangre del 4,2 podría considerarse afortunado si era capaz de identificar su propia mula, pero no colaba: Al había sido demasiado preciso en todos los demás puntos. Quizá Al fuese un borracho profesional, pero también era un borracho muy observador.

¿Qué razón podría tener Henry para hacerlo? Tenía lazos familiares y, por tanto, el móvil más viejo del mundo, la venganza. Si alguien le hubiera hecho algo así a mi sobrina, ¿cómo habría reaccionado yo? Me quedé pensando en los comentarios de Omar sobre Henry. ¿Servía de algo buscar al asesino entre quienes ya sabían qué era matar? Tomar una vida no era algo fácil. Henry había matado a varios hombres, pero yo también. Por mucho que lo intentase, no podía compartir las ideas de Omar y regresé a lo que más me gustaba... Volví a buscar argumentos que demostraran que no se trataba de Henry.

Teniendo en cuenta la descripción física parcial de Al, estaríamos buscando a una persona de estatura más bien alta, probablemente varón y posiblemente indio. Teniendo en cuenta el móvil, tenía que ser alguien que tuviera conexión con la víctima de las víctimas, Melissa Pájaro Pequeño. Y eso nos llevaba a Artie Cántico Corto o a Henry Oso en Pie. Necesitaba tener una pequeña charla con Artie.

¿El pelo largo suponía necesariamente que se trataba de un indio? Omar llevaba el pelo largo y la mitad de mi plantilla lucía melena. A Vic y a Turco el pelo les llegaba hasta los hombros. Vic llevaba dos años dejándose largo y el corte *mullet* de Turco era perenne. Yo siempre intentaba mantener la mente

abierta cuando se trataba de hacer una lista de sospechosos: los agentes de la ley también eran seres humanos, lo que significaba que podían cometer un homicidio como cualquiera. Si me tocaba jugar esa partida, en el tablero de juego había sitio para todos.

¿Qué razón podría tener Vic para hacerlo? Vic era una feminista militante, tenía un máster en balística y había sido la primera en llegar a ambas escenas del crimen. Hacía dos años que le había propuesto que se uniera al cuerpo, cuando a esos chicos se les condenó a penas suspendidas. Miré hacia abajo, hacia las luces de emergencia, las siluetas que trajinaban entre los vehículos y la sombra de Jacob, un manchurrón inmóvil. Vic tenía un sentido de la justicia que no encajaba con todo aquello. No tenía ninguna razón para hacerlo y, además, sí, tenía el pelo largo, pero no era corpulenta.

¿Qué razón podría tener Turco para hacerlo? Ser gilipollas no era razón suficiente, el tener tantas ganas de vérmelas con él como el general Grant con Gettysburg no debería interferir con mi capacidad como investigador. ¿Tantas ganas tenía de quitarme el puesto como para intentar dejarme en evidencia de esa manera? No parecía muy probable, pero era corpulento, su nombre aparecía en la lista de Dave y tenía el pelo largo.

¿Qué razón podría tener Omar para hacerlo? Omar era capaz de disparar así, pero ¿qué motivo podía tener? Empecé a pensar en qué actor secundario interpretaría Omar en la película de la semana de la tele, pero, aunque era bastante corpulento, tenía el pelo largo, un rifle Sharps y sabía disparar, lo dejé estar.

¿Qué razón podría tener Artie Cántico Corto para hacerlo? ¿Y por qué razón no había usado un lanzaproyectiles o una bazuca? Artie encajaba con la violencia del caso y no debía olvidar su parentesco con la familia. Las técnicas básicas de investigación estaban apuntando hacia Artie acusatoriamente: Artie era un tipo grande, puede que tuviera el arma y tenía el pelo largo.

¿Qué razón podría tener Henry para hacerlo? Yo me decía que aquello era imposible y no había más que hablar, pero... la víspera había venido tarde a correr por la mañana. No había llegado a mi casa hasta pasadas las ocho. Hice memoria e intenté acordarme de a qué hora lo había hecho, pero no tenía el talento de Al para fijar horas y minutos. Si había usado el Rifle Cheyene de los Muertos, ¿cómo se lo devolvió a Lonnie a tiempo? Se suele decir que dos hombres pueden mantener un secreto sólo si uno de los dos está muerto, pero no veía posible ir de donde estábamos a la reserva y después a mi casa en sólo tres horas.

Eché un último vistazo, satisfecho de haber hecho todo lo que podía y comencé a bajar la colina. Cuando llegué al camino, Al estaba de regreso hacia su cabaña.

–Al, ¿cuánto tiempo vas a quedarte por aquí? –era toda una visión, montado en la mula con su bañador de flores.

–Estaba pensando en sacar mi culo de aquí mañana, pero con toda la mierda que ha ocurrido puede que me quede.

–Bueno, si te decides a marcharte, ¿te importaría pasarte antes por mi oficina? Se encuentra en Durant, detrás del juzgado, o simplemente llámame por teléfono –le entregué mi tarjeta–. Ahí aparecen el número de mi casa y todos los teléfonos de la oficina. Si te acuerdas de alguna otra cosa, por pequeña que sea, no dudes en llamarme. Probablemente alguien más vaya a tu casa más tarde para hacerte las mismas preguntas y tomarte los datos. ¿Quieres que les diga que esperen a que sea de día?

–¿Qué hora es?

Me eché a reír, luego saqué mi reloj de bolsillo.

–Oh, las cero-dos-cero-cero.

–Ah, joder, si la noche no ha hecho más que empezar. Diles que se pasen ahora.

Me aparté del paso de la mula y empecé a rodear el lago. Cuando llegué, Vic estaba dentro de su unidad intentando entrar en calor. Dejé atrás el vehículo y me arrodillé junto a Jacob Esper. Había algo que me mosqueaba, algo que me rondaba la cabeza desde hacía horas. Observé el cuerpo y miré por encima del hombro. Aquel era un disparo limpio y había dejado al chico plantado en el suelo contra el flanco de la camioneta. ¿Cómo había logrado el autor del crimen poner una pluma en el cadáver? De acuerdo, en los momentos en los que Al alcanzara el clímax de su borrachera cualquiera podría haberle colgado una pajarera a Jacob, pero eso le restaba margen a Henry para llegar hasta mi casa. Había otra razón por la que mi amigo no podría haberlo hecho y eso me hacía sentir mejor. A pesar de sentirme mejor, aquello que me rondaba la cabeza me seguía molestando como un picor en mitad de la espalda. Ahí había algo, algo que estaba viendo pero que no conseguía encajar. Me quedé mirando a Jacob Esper de la misma forma que había mirado a Cody Pritchard y deseé con todas mis fuerzas que se me ocurrieran mejores respuestas.

–Abre la puerta –Vic extendió el brazo con un bostezo y quitó el seguro. Con certeza la había despertado. El interior de la unidad era como un nido, lleno de trocitos de papel, con todo el equipo desperdigado o metido en cualquier hueco a la vista. Saqué un montón de libretas de multas de debajo de mi culo, las dejé en el suelo junto a mis botas mojadas y pensé en lo mucho que se parecía la camioneta de Vic al oasis de Al, justo al otro lado del lago. Había dos termos apoyados contra la palanca de tracción a las cuatro ruedas. Y, naturalmente, no me había guardado ni un poco de café. Me arrellané en el

asiento y observé a mi ayudante, que tenía la cara apoyada contra la puerta. Al parecer había vuelto a quedarse dormida.

Vic no tenía pinta de asesina. Su hermosa piel italiana contrastaba con el brillo oscuro del pelo e incluso dormida tenía una ceja arqueada con gesto incrédulo. Desde ese ángulo se distinguía la punta de la nariz, ligeramente respingona. Siempre me entraban ganas de cogérsela entre los dedos y de apretarla, pero nunca me había atrevido a hacerlo, pues suponía que lo más probable era que me pegase una patada en las partes pudendas. No era la primera vez que me fijaba en que mi ayudante era una mujer muy guapa.

—Entonces, ¿has llegado a tercera base con ella o no?

Tal y como sospechaba, todo su cuerpo podía quedarse quieto menos la boca.

—¿Disculpa?

—Oh, eres de esos tíos que las mata callando. Vale, entonces me volveré a dormir —observé el vaho que se había formado en la ventanilla junto al lugar donde había hablado.

—¿Tercera base?

—Sí, estaba intentando no herir tu delicada sensibilidad. ¿Te la has tirado?

—Creo que esta no era la conversación que tenía en mente cuando me he subido a tu camioneta.

—Qué putada... O dejas que salga la verdad o sales tú —Vic se repantigó en el asiento y sonrió, orgullosa de su propio ingenio.

—La verdad sería demasiado aburrida.

—Eso me temía —la observé mientras el vaho de la ventanilla subía y bajaba al compás de su aliento—. Sospecho que nadie folla en este condado.

Dejé pasar un momento esperando que continuase, pero no lo hizo.

—¿Ese es el problema que tenéis Glen y tú?

—¿Cuál, que no nos hayamos acostado en los tres últimos meses? ¿Qué pensarías si eso fuera así? —no se había movido en todo el rato y yo empezaba a plantearme la posibilidad de bajarme de la camioneta e ir a dar un paseo—. ¿Crees que soy atractiva?

—¿Tú? —eso me valió que me atravesara con un ojo. No le haría daño que fuera sincero con ella y en ese momento estaba vulnerable, algo que sólo ocurría en año bisiesto—. Hace un momento estaba aquí sentado pensando en lo apuesta que eres.

—¿Apuesta?

Contuve el aliento.

—¿He elegido la palabra equivocada?

—Suenas masculina —el ojo de nuevo—. ¿Crees que soy demasiado marimacho?

—No, no lo creo, y de verdad que estaba viendo lo guapa que eres.

El ojo se cerró pero regresó la sonrisa.

–Bien.

–Luego siempre vas y abres la boca...

Vic intentó darme una patada pero sólo consiguió rozar el acelerador y avivar el motor. Se quedó mirando la funda del salpicadero.

–Cállate –se giró para mirarme–. ¿Con cuánta frecuencia follabas cuando estabas casado?

–¿Al principio o al final?

–Olvida que te he hecho esa pregunta –se volvió a apoyar contra la puerta y ahuecó la manta enrollada que estaba usando de almohada–. ¿Cómo no me has tirado nunca los tejos?

No pude evitar reírme. En general, la vida era mucho más interesante cuando uno está rodeado de mujeres.

–Ejem, yo... Considero que sería una negligencia teniendo en cuenta nuestra relación *sheriff*-ayudante.

–No, la negligencia es lo que Glen está haciendo conmigo.

–Bueno, ese es otro tema. Estás casada y yo no estoy para hipótesis a las tres de la madrugada.

–En seis semanas no será una hipótesis –me quedé sentado, dejando que sus palabras se extinguieran–. Acaba de conseguir un trabajo de mierda en Alaska y no pienso ir. Ya hice el experimento una vez y no voy a volver a hacerlo –se quedó callada, sin moverse–. ¿Me seguirás queriendo como ayudante ahora que estoy soltera?

–No estoy seguro de que el condado pueda permitírselo –alargué el brazo y le estreché el hombro–. Hey, ¿no sabes que eres mi heredera oficial?

Vic se acurrucó un poco más y su sonrisa se hizo más grande.

–Sí, pero me gusta oírte decir –la sonrisa continuó en sus labios, pero los ojos permanecieron cerrados–. Entonces, ¿quieres follar o te debo una disculpa?

Solté una carcajada, sonó como si fuera la primera risa auténtica que hubiera tenido en mucho tiempo, me apoyé contra la puerta, me cubrí la cara con el sombrero y me dormí tan profundamente que no soñé.

Ferg apareció a las seis y media de la mañana con el detector de metales. Le gustaban los artilugios y eso estaba muy bien, porque a mí no me gustaban nada. El viento había amainado un poco y la nieve de la noche anterior se había amontonado en la cara este de todo lo que nos rodeaba, dejando una estela blanca con bordes tan afilados como cuchillos. Todavía hacía bastante frío, pero el día prometía ser más cálido y, si te despistabas, estabas todo el rato de cara al este.

Mientras Ferg descargaba el equipo y las provisiones, aproveché para

quitarme la ropa que había llevado puesta a mi cita y me puse el equipo de invierno que siempre llevo detrás del asiento de mi camioneta. Se trataba de una prenda igual a la que, según Al, el tirador había llevado puesta la noche anterior: un mono isotérmico y un abrigo con capucha a juego. El marrón había desteñido y el mono había terminado siendo de un color caqui claro con las costuras raídas, pero mi estrella continuaba bien cosida y, además, llevaba mi nombre. El resto del departamento también tenía ese equipo, pero el de ellos tenía mejor aspecto. Sentado en la trasera de mi unidad, poniéndome las botas de montaña, llegó Ferg con el detector.

—¿Y los Esper?

Mi ayudante acababa de abrir el detector y estaba comprobando el cargador.

—He llamado a Tráfico y tengo los números de matrícula y las descripciones de todos los vehículos y he emitido una orden de busca y captura para la policía de Longmont, les he comentado que tiene que ver con un caso de homicidio.

—Para atraer su atención.

—Oh, claro.

Apoyé una bota sobre la trasera de la camioneta y empecé a atarme los cordones. Sentí que el pie entraba inmediatamente en calor. Debía de haberme calzado así por la noche, pero supongo que las circunstancias me lo impidieron. Dejé caer el pie al suelo y me volví para mirarlo.

—¿En la casa, nada?

—No.

—¿Y la familia K?

—Encontré a Bryan y lo llevé a la cárcel —tenía cara de no querer hablar del tema.

—¿Y el resto de la familia?

—La señora Keller estaba, pero Jim no.

—Apuesto a que fuiste recibido con una cálida bienvenida —busqué los guantes en los bolsillos de la chaqueta y metí los dedos en el cuero endurecido, para después flexionarlos—. ¿Dónde estaba a las cuatro de la madrugada?

—De caza.

Jim Keller cazando, eso era interesante.

—¿Dónde?

—La mujer no me lo dijo.

Lo dejé correr.

—¿Has traído provisiones?

—Están en la nevera. También he quedado con los del albergue South Pass para que traigan comida caliente.

—¿Qué hay de Turco?

—No he hablado con él, pero le he dejado un mensaje.

–¿Y dónde se mete a las cinco de la madrugada?

–En la cama de alguna conejita, supongo –cerró la tapa de plástico, le dio la vuelta al aparato y accionó un interruptor. Una pequeña pantalla se iluminó.

Sonreí, cosa poco frecuente tratándose de Turco.

–¿Estás celoso?

Levantó la mirada y nuestros ojos se encontraron.

–Sí, un poco.

–Yo también –me levanté de la trasera del Bullet y traté de estirar los músculos de la espalda, que notaba entumecidos. Me sentó bien. Además, tenía los pies calientes por primera vez en doce horas. Señalé el detector de metales–. ¿Funcionará ese cacharro o me voy a ver obligado a montar un numerito dramático y tirarlo al lago?

–Creo que funcionará.

Vic se unió a nosotros justo cuando yo me asomaba a la parte trasera de la camioneta de Jacob. Se giró para mirar las colinas cubiertas de nieve que había detrás de nosotros.

–Bueno, el casquillo no está en la camioneta y, a juzgar por el aspecto que tiene Jacob, diría que tampoco se le ha quedado dentro –extendí un dedo en la dirección que habría seguido la trayectoria recta de una bala.

–A detectar.

Fui caminando en dirección al lago para apartarme del camino y no vi ninguna luz en la cabaña de Al. Supuse que estaría durmiendo. Me equivocaba. Un momento después, oí que la puerta se abría y vi una figura familiar saliendo de detrás de uno de los cobertizos y gritar a la otra orilla del lago:

–¡¡Eh!! ¿Quieres un puto café?

Me eché a reír.

–¡Me encantaría! –el eco de mi respuesta resonó alrededor de la cuenca del lago: mi voz no estaba mal del todo, sonaba como si fuera un tipo competente. De todas formas, había algo que seguía rondándome la cabeza y apenas cuatro horas de sueño no habían sido suficientes para hacerlo aflorar a la superficie. Me consolé pensando que hacía todo lo que podía para resolver los casos así: llamar a todas las puertas, revisar las fotografías de la escena del crimen una y otra vez, hacer la enésima llamada, intentar todo hasta el final. Regresé junto al cuerpo de Jacob y me metí bajo la lona para echar otra ojeada. Resultaba evidente que Vic también estaba mosqueada por algo. Había dejado en la escena una escalerita plegable, así que la abrí y me senté para mirar a Jacob de nuevo. Me apoyé en la parte de arriba, puse un pie en el primer escalón y apoyé el codo en la rodilla, sosteniendo el mentón en la palma de la mano. Por fin estaba cómodo y eso era mucho más de lo que Jacob podía decir. Ahí estábamos, él y yo, mirándonos el

uno al otro, aunque sólo uno de los dos pudiera ver. Había algo que no encajaba y que me matasen si era capaz de descubrir de qué se trataba.

Me quedé escuchando la discusión que Vic y Ferg mantenían al otro lado de la camioneta.

–Creo que tenemos algo.

Ferg no parecía demasiado seguro.

–¿En la trayectoria de los puntos de referencia?

–Tenemos una señal bastante fuerte proveniente de un punto a la derecha.

–Cava ahí entonces.

Pasó un momento.

–¿No querías esperar a los del Departamento?

–Por lo que sabemos, podrían estar en un motel de Casper –la voz me salió demasiado alterada y advertí que estaba volcando toda la frustración que sentía en uno de mis ayudantes. Me esforcé por ser más agradable–. Seguiremos adelante y cavaremos.

Jim Keller de caza... ¿Por qué eso me mosqueaba tanto? Porque, que yo supiera, nunca iba de caza. Empecé a recordar el día en que había llevado a Bryan para que se entregase, lo severo que se había mostrado con el chico. Recuerdo que pensé lo duro que había sido para él y que me pregunté por qué la familia no se habría mudado. Por lo que yo sabía, no tenían parientes en el condado, no había ninguna razón para que continuasen allí que no fuera torturar al chico. Hacer algo así a un hijo era tan terrible como lo que les habían hecho a Cody y Jacob. Alguien te arruina la vida, la vida de tu hijo y su futuro... Todos eran móviles bastante poderosos.

–Creo que tenemos algo aquí –la voz de Vic me llegó plana y monocorde.

Me quedé mirando a Jacob un instante más, luego me levanté y rodeé la camioneta. Ferg estaba de pie en el otro extremo, apoyado contra la trasera del vehículo mientras sostenía el detector de metales en equilibrio con el pie. Me quedé justo delante de la ventanilla del asiento del acompañante y observé trabajar a Vic. Me giré para mirar a Ferg.

–Si tuviéramos a cuatro o cinco tipos del Departamento con nosotros, ya habrían montado un proyecto urbanístico –Ferg sonrió y mis ojos se toparon con el asiento trasero de la camioneta de Jacob. Examiné aquel desorden: así que yo no era el único que almacenaba cosas en su vehículo. Miré más allá de Ferg, en dirección al Toyota, y me fijé en todos los contenedores de PVC que había atados a la parte inferior de la cubierta trasera para cuando salía de pesca.

–Ferg, ¿cuántas cañas llevas contigo cuando vas a pescar?

Se quedó un momento pensativo.

–Siete, quizá ocho.

–¿Cuántos chalecos?

–Sólo uno.

Volví a mirar en el interior de la camioneta de Jacob y vi dos chalecos sobre el asiento: la sensación de que algo no encajaba había desaparecido.

–Si la cagas en un homicidio, parecerá que ha sido un error. Si la cagas en dos, empezará a parecer negligencia o, lo que es peor, estupidez –T. J. no había traído consigo a ningún investigador de Cheyenne, pues me conocía demasiado bien, pero se había traído todo lo demás en su unidad móvil, fregadero incluido, que, en ese momento, quedaba a mi derecha.

–Creo que voy a imprimir eso en pegatinas para las próximas elecciones: «Vota a Longmire, es estúpido».

–Bueno, no pienses en eso. Si la cagas en este caso no tendrás que preocuparte por las próximas elecciones, te echarán del pueblo a palos.

Le di un sorbo a su café e intenté no torcer el gesto.

–¿Sin rencores?

–Hey –me sonrió con el pliegue que le salía en la comisura de los labios–. Este es tu condado.

Los carretes de película de Vic y la cámara digital del Departamento de Investigación Criminal estaban sobre la mesa del remolque, junto al casquillo de bala que Ferg había encontrado enterrado en la colina. El cartucho estaba aplastado a causa del impacto y se había convertido en una especie de disco en forma de champiñón, del tamaño de la palma de mi mano. Que conste que tengo la mano grande. La pluma también estaba allí. Extendí el brazo y cogí el envoltorio de plástico de la mesa.

–¿Te importa? –T. J. negó con la cabeza, así que me guardé la prueba en la chaqueta.

–Puede que recibas una llamada a lo largo de esta semana.

–Yo recibo muchas llamadas... Soy bastante popular.

El sol se había abierto brecha entre la tormenta y el cielo estaba azul, aunque algún que otro copo de nieve se colaba desde gran altitud. Digi-Sven, la voz generada por ordenador del canal del tiempo, estaba anunciando que se acercaba una gran tormenta y que llegaría a nuestra zona por la noche. Fuertes nevadas y rachas de viento. Me alegraba que T. J. Sherwin se hubiese traído la unidad móvil del Departamento. Yo iba a regresar al pueblo, pero al menos Vic estaría cómoda ahí arriba.

–Entonces, ¿qué pasa con George Esper? –me preguntó.

–Hay dos equipos de pesca en la camioneta de Jacob.

–¿Cabe alguna posibilidad de que suela llevar consigo todo ese equipo cuando sale a pescar?

–Es posible, pero los que pescan con mosca son bastante quisquillosos con sus chalecos, ahí es donde llevan las moscas y esas cosas. No sé si George dejaría su chaleco en la camioneta de su hermano tan tranquilamente.

–¿Hay alguna posibilidad de que estuvieran juntos?

–Contenido de la nevera: dos pescados limpios, un sándwich de queso a medio comer y dos latas vacías de cerveza Busch Light.

–No es suficiente para dos.

–Ni suficiente cerveza ni bastante comida. Además, la puerta del asiento del acompañante tenía puesto el seguro. En todos mis años de experiencia he comprobado que la gente de por aquí sólo echa el seguro cuando va a un poblado cheyene –y esto me valió una mirada de soslayo–. No iba nadie en el asiento del acompañante.

–Entonces, ¿cuál es tu teoría?

–Creo que Jacob y George Esper habían quedado para verse en algún sitio. Que Jacob subió a la montaña y pasó allí la noche, puso en marcha la camioneta ayer por la mañana y fue a buscar a su hermano y que en lugar de eso sufrió los tiros penetrantes de la fortuna injusta.

–¿*Romeo y Julieta*?

–*Hamlet*. Todas las citas sobre la muerte están en *Hamlet*, al menos las que teorizan sobre la muerte –me desabroché un poco la chaqueta: la estufa de propano del interior de la caravana no hacía más que elevar la temperatura–. Supongo que George podría estar con sus padres, pero no tendremos la seguridad de que sea así hasta que consigamos dar con ellos. Hemos emitido una orden de búsqueda para su vehículo tanto en Colorado como en Wyoming. Llamaría a Trinidad y Tobago si supiera que iba a servir de algo –nos quedamos allí sentados, rodeados de nuestras maravillas de la tecnología, deseando que a alguna patrulla de Longmont le diera por pasar por la carretera adecuada. No importaba lo mucho que nos adentrásemos en la era moderna: al final todo parecía depender del patrullero de turno–. También tengo a la Policía Montada, al oso Yogi y a todas las criaturitas de Dios buscando un Mazda Navajo negro con matrícula Tuff 1.

T. J. me miró como quien mira un experimento científico.

–Pareces cansado.

Suspiré.

–Sí, bueno... Siento que todas mis pesadillas se han hecho realidad –nos quedamos sentados sin hablar un momento–. Vamos 0 a 2 –me quedé mirándola un instante y luego me levanté, intentando no tropezar con sus pies y apretándome contra la pared para llegar hasta la puerta–. No me necesitas. Vic puede ser otra vez el investigador principal del caso. ¿Tienes material para hacer las pruebas de balística, aquí, en la Máquina del Misterio?

–Sí

–Necesito que le hagas unas pruebas a un rifle que tengo en mi camioneta. Se lo dejaré a Vic.

–¿Y de dónde ha salido?

Me detuve con la mano en la manilla de la puerta.

–Si te lo dijese no me creerías.

–¿Walt?

Me quedé esperando.

–¿Sí?

–No estás siendo castigado por tus pecados.

El aire del exterior me sentó bien e inspiré una bocanada de mi segunda ventisca. El olor de los pinos destacaba sobre todo lo demás, un aroma cortante imposible de trasladar a los ambientadores o a los productos de limpieza. También era por la altitud: el aire parecía moverse de una forma un poco más libre por encima de los tres mil metros. Eché un vistazo rápido a mi alrededor, usando los escalones como atalaya, y llamé a Vic para que se acercara.

–Hay que analizar el rifle que tengo en mi camioneta, tienen el equipo necesario en la caravana.

Vic llegó hasta mí y los dos caminamos uno junto a otro.

–¿Adónde vas a ir ahora?

–Al pueblo. Voy a intentar resolver unas cosas en la oficina, luego volveré – abrí la puerta del coche y saqué el Rifle Cheyene de los Muertos del asiento y se lo pasé.

Vic lo sostuvo entre las manos, estudiando la funda con detenimiento. Luego apretó los labios y me miró.

–¿Te lo ha dado Henry?

–Lonnie, por medio de Henry.

Vic inspiró lentamente y luego sacó el rifle, sosteniéndolo a la luz del día.

–Que me follen.

–Pensé que ya habíamos discutido esa cuestión.

Ella me ignoró y continuó.

–Esto me da muy mala espina.

–Esa suele ser la impresión que causa esta arma en concreto.

–Es hermosa.

–Está hechizada. Se supone que los Ancestros Cheyenes están ligados a esa cosa y buscan gente para abducirla y llevársela al Campamento de los Muertos.

Ella lo estudió un poco más.

–Guay.

Vic se alejó de mi camioneta y yo me dirigí a la parte trasera de uno de los

todoterrenos del Departamento, donde Ferg y Al Monroe se encontraban discutiendo animadamente acerca de las ventajas de la Ninfa Bitch Creek sobre la mosca seca Elk Hair Cadis número 16. Siempre me han llamado la atención los individuos que se pasan el tiempo intentando entender a un pez para anticiparse a sus movimientos en un mundo donde el conocimiento mutuo entre seres humanos sólo puede definirse como escaso. Que una persona creyera que era capaz de pensar como un pez, bajo mi punto de vista, la convertía automáticamente en un ignorante. Luego estaba el gran engaño de la mosca artificial: la sutileza, la astucia que encerraba esa artimaña creada y diseñada sólo para atraer a un pez cauto e indeciso a la muerte. Los peces eran tan malvados como los traficantes, viviendo en su mundo opaco de intrigas acuáticas.

Yo a veces pescaba con mosca, pero siempre soltaba la presa y siempre me llevaba un libro.

—Ferg, ¿has examinado su equipo?

—Sí —miró a Al buscando su aprobación y asintieron mutuamente con aire sombrío—. Royal Humpies y Humpies Amarillas, Parachute Adams, Irresistibles y un par de moscas mojadas, sobre todo Ninfas de Montana.

—No hay nada como una Royal Humpie. ¿Alguna idea de dónde puede haber ido George?

—Tenemos algunas —esperé—. Meadowlark, West Tensleep Creek, Medicine Lodge, Crazy Woman, la parte alta del Clear y puede que incluso el brazo norte del Powder.

—Bueno, eso debería reducir la búsqueda unas setenta y cinco hectáreas. ¿Cuánto crees que te llevaría?

Ferg miró con desaliento el cielo tormentoso que amenazaba desde el oeste.

—Un buen rato...

Seguí la dirección de su mirada, hasta toparme con una fila de nubes negras que convergían en la base de las Big Horn y la cordillera Wind River. Esa era la tormenta que iba a poner punto final al otoño. Si llevas aquí viviendo lo suficiente, la sientes venir. Las pocas hojas que quedan en los árboles tiemblan y casi notas el cambio de presión a medida que la tormenta gana intensidad. Ese día las nubes eran planas y raquíticas y se extendían en el horizonte. Mirarlas me provocaba dolor de ojos. Ya tenía bastantes problemas llevando una investigación por homicidio sin que se desatara una tormenta de nieve a tres mil metros. Cuando Ferg se disponía a marcharse, me incliné hacia él.

—¿Llevas un rifle en la camioneta?

—Se detuvo en seco y me miró.

—¿Qué?

Me quedé mirando a Al, que de repente se encontró muy interesado en la

reunión del Departamento de Investigación Criminal.

– ¿Llevas un rifle en la camioneta?

–Hummm... No.

–Coge el 243 de Vic. Aunque nosotros no sepamos dónde está George, quizá alguien sí lo sepa.

El camino de bajada de la montaña no estaba demasiado mal, pues los únicos tramos donde se había formado hielo eran llanos. El viento había arrastrado hasta ellos una capa de nieve tras otra que se habían ido derritiendo. En cualquier otra circunstancia, el descenso por las suaves colinas y las praderas habría sido perfecto para que se me despejara la cabeza, pero mi mente no hacía más que toparse con las señales en forma de tipi que señalaban los poblados indios del Bosque Nacional Big Horn. Henry tenía razón, no había habido ni un indio en el jurado.

El miércoles, el jurado regresó a la sala vestido de punta en blanco y quienes íbamos por los pasillos pensamos que, tras ocho días de mucho deliberar, el veredicto debía de estar cerca. Todavía recuerdo la mirada que teníamos cuando la luz roja se encendió. Los miembros de la familia ocuparon sus asientos en las tres primeras filas, en silencio, como si estuviéramos en una iglesia, como si los ruiditos que pudieran hacer fueran a influir en el destino de sus personas queridas: los Esper, los Pritchard y la señora Keller en la primera fila, pues Jim Keller nunca asistía; Lonnie Pájaro Pequeño se acomodaba en el pasillo con una sonrisa confiada, su silla de ruedas cromada y reluciente parecía fuera de lugar, y luego estaban los acusados, tres de ellos sonreían con aire de suficiencia, Bryan Keller parecía triste.

–Pónganse en pie, por favor –Vern tenía la voz firme y tenía un tono patricio que encajaba bien en esa atmósfera de oración, resonando en aquella sala ávida de justicia. Estábamos a punto de descubrir de parte de quién estaba la justicia. Bryan cerró los ojos, Jacob y George permanecieron inmóviles y Cody se quedó mirando descaradamente. Cody Pritchard fue declarado culpable de dos delitos en primer grado por agresión sexual con agravantes, un delito por agredir a una mujer con discapacidad mental y otro por utilizar la fuerza y la coacción en dicha agresión. También fue declarado culpable de conspiración en segundo grado. Jacob Esper recibió el mismo veredicto. George Esper fue declarado culpable de delito por agresión sexual con agravantes y culpable de conspiración en segundo grado. Bryan Keller fue absuelto de los delitos más graves pero se le declaró culpable de conspiración en segundo grado. Una vez que Vern leyó el veredicto, Cody se inclinó hacia Jacob y le susurró algo. Y los dos se echaron a reír. Sentí ganas de abalanzarme sobre ellos. Anoté mentalmente no quitarles el ojo de encima y, a ser posible, tomarme un interés

personal en todas sus miserias. La vista para sentencia fue fijada para tres semanas más tarde. Los cuatro fueron puestos en libertad bajo fianza, así que, después de haber pasado dos años en su casa a la espera de juicio, volvían a soltarlos.

Cuando hice el último repaso de la sala del juzgado, ya vacía, sólo quedaba una persona.

–Menudo espectáculo. Hummm... sí. Es así.

Yo estaba allí de pie, vestido de uniforme, mezcla de algodón y poliéster, y mi mirada fue de Lonnie a los paneles baratos que recubrían las paredes. En ese momento sentí que las instituciones humanas eran una farsa. Los ojos de Lonnie no se apartaron de mí. No me dejaron acompañarlo hasta la puerta y terminar con todo aquello, así que me acerqué y me senté en el brazo de la silla que había frente a él. Lonnie me sonrió a través de las gruesas lentes de sus gafas y me dio unos golpecitos en la pierna.

–¿Un día largo?

Le sonreí.

–Pues sí.

Lonnie miró a su alrededor, con la mano todavía sobre mi pierna.

–A la gente no le ha costado mucho marcharse de aquí, ¿eh?

–No.

–Hummm... No es como en la tele.

–¿Tienes a alguien que pueda ayudarte, Lonnie?

–Oh, sí. Arbutus ha ido a por el coche.

–¿Necesitas ayuda para volver a la planta baja?

–Oh, no, usaré el ascensor –nos quedamos allí sentados en silencio, mientras los radiadores crepitaban y chirriaban. Sus ojos fueron a parar a la pistola que tenía enganchada a la pierna–. Esos chicos –esperé–. ¿Se han marchado a casa?

Me aclaré la garganta.

–Sí, Lonnie, así es.

Sus ojos continuaron fijos en la pistola.

–¿Irás a por ellos?

Hice una pausa.

–En tres semanas volverán aquí al juzgado para oír su sentencia. Será entonces cuando Vern decida qué les pasará después de haber sido declarados hoy culpables.

Levantó la vista y su mirada era profunda.

–Ese juez, sí, se parece a Ronald Colman. Ajá. Es así.

Cuando llegué a la oficina, me encontraba en un estado de rabia justificado. Entré en el aparcamiento haciendo derrapar el Bullet antes de detenerlo. Mi

estado emocional no mejoró cuando vi el coche de Turco aparcado junto a la puerta. Salió de la oficina mientras yo salía de la camioneta, llevaba los pulgares metidos en el cinturón de la pistola mientras bajaba los escalones. Me fijé en lo grande y lo joven que era.

–Joder, como continúes conduciendo así voy a tener que...

No lo vio venir, nadie lo habría hecho. Acostumbrado a mi mal humor, solamente pensó que había pillado al *sheriff* en un mal momento. Así era. Levanté el brazo y le propiné un gancho con todas mis fuerzas. Le golpeó en un lado de la cabeza y fue a darse en la cara con el guardabarros de su Pollo Móvil, al mismo tiempo que yo le ponía la zancadilla para que perdiera el equilibrio. El impacto sonó como un trueno contra la chapa del coche y la abolladura que dejó fue considerable. No se levantó, se quedó tumbado junto a la rueda trasera, en medio de un charco de sangre proveniente del lado de su cara contorsionada.

Pasé por encima de sus piernas y lo hice rodar hacia un lado, apartando el sombrero y cogiéndolo de la camisa para acercar su cara a la mía.

–Si vuelves a hacer daño a un prisionero en mi cárcel otra vez...

Pero él ya no me escuchaba, se había desmayado. Le sostuve la cabeza en esa posición un momento y luego la apoyé con delicadeza sobre el asfalto. Me sentía mareado. Y el mareo se debía a la adrenalina o al menos yo se lo achacaba a eso. Tenía que conseguir que se me bajara. Me percaté de un movimiento detrás de mí mientras me alejaba de Turco y subía los escalones de acceso a mi oficina. Quienquiera que fuese había seguido su camino tras decidir que nada de lo que pudiera contarme tenía la menor importancia.

La puerta de la oficina estaba abierta cuando entré. Ruby sostenía el picaporte con una mano y se había llevado la otra al corazón, los ojos tan grandes como platos.

–Oh, Dios mío...

Pasé junto a ella como un relámpago y cuando entré en la recepción casi me choqué con Lucian. El viejo *sheriff* trastabilló y estuvo a punto de caerse, pero lo cogí y lo puse derecho. Supuse que una buena ofensiva era mi mejor defensa.

–¿Tienes algo que decir?

Su cara se iluminó con una gran sonrisa.

–Joder, ¡menudo soplamocos!

Lo dejé y continué andando por el pasillo, atravesé la puerta y llegué a las celdas de la cárcel. Cerré la puerta de un portazo, entré como una fiera en el cubículo y, al sentarme en uno de los catres, me golpeé la espalda con la pared. Me agarré las manos temblorosas y apreté la mandíbula. Me concentré en las manos y deseé que dejaran de temblar. Y eso me costó un rato. Mi respiración había vuelto a la normalidad y el subidón se me estaba empezando a pasar. Me

humedecí los labios e inspiré, intentando que el resto de la adrenalina fluyese por la corriente sanguínea. Lo odiaba, odiaba verlo, odiaba escucharlo y odiaba hacerlo. Levanté la cabeza para encontrarme con un Bryan Keller aterrorizado mirándome desde el catre opuesto. No tenía muy claro qué decir. Bryan estaba agazapado en una esquina abrazándose las rodillas, por encima de las rótulas sólo eran visibles los ojos.

Nos quedamos escuchando el alboroto que se había formado en la recepción, los sonidos atravesaban el pasillo y retumbaban en los muros de obra. No tenía ni idea de que se escuchara todo tan bien desde las celdas. La puerta delantera estaba cerrada, pero se oía ruido de sillas al ser arrastradas y murmullo de voces. La voz de Lucian se oía por encima de las demás.

–Tráelo aquí, Oso en Celo... –más murmullos y más voces–. ¿Es que no has tenido bastante, pequeño hijo de puta? Trata de levantarte y te patearé el culo hasta que...

La frase se perdió en el fragor de mis oídos. Aquello era como estar bajo el agua y, por unos instantes, me quedé allí, flotando, dejando que el peso que tenía sobre los hombros me consumiera. Estaba cansado.

Un rato después, Henry se asomó por la mampara. Tenía el pelo suelto y me miró de soslayo.

Me quité el sombrero y lo deposité en el catre junto a mí, pasándome las manos por la cara.

–¿Qué? –se diría que no se había desvanecido toda la adrenalina.

–Nada.

Continué sentado un momento.

–¿Se encuentra bien?

Henry rodeó la mampara y agachó la cabeza para mirar entre los barrotes de la celda.

–Nunca volverá a tocar el violín con la nariz, si es lo que me estás preguntando, tú.

–Será mejor llamar a urgencias.

–Ya se ha marchado. Ruby lo ha llevado al hospital. Sin duda, la mejor opción, pues su tío no dejaba de pegarle patadas.

Esperé.

–¿Crees que he reaccionado de forma exagerada?

Henry negó con la cabeza con una severidad fingida.

–Oh, no. Me parece una reacción perfectamente razonable tratándose de alguien que ha aparcado en tu plaza –echó a andar hacia la entrada de la celda–. ¿Qué tal si desayunamos, tú? –miró en dirección a Bryan–. ¿Qué me dices de ti? –para alivio mío, Bryan declinó y nosotros salimos por la puerta de atrás–.

Interesante tu capacidad de dirigir el departamento, ya veo tu filosofía: la violencia no es la respuesta, así que te voy a moler a palos.

Yo estaba mirando al cielo, pero todavía nada, aunque podía sentir aproximarse la tormenta. Mis ojos continuaron hasta South Pass y las copas de los árboles nevados: buscaba a George Esper.

–Se parece a los preliminares indios.

Tenía que estar allá arriba, en alguna parte.

–¿Qué tienen en común diez mujeres indias con los ojos negros?

La clave estaba en las moscas de pesca y, si Ferg podía conectar cada cebo con determinada área, tendríamos una oportunidad.

–Que no te escuchan.

Si George sabía lo de la tormenta, ¿bajaría de la montaña? ¿Iría en busca de su hermano?

–¿Qué tal fue tu cita anoche, tú?

Cuanto más tiempo pasara sin que lo encontrásemos, más probabilidades había de que estuviese muerto. Tendría que nombrar a uno de los amigos de Ferg ayudante provisional y mandarlo a que se sentara delante de la casa de los Esper por si alguien aparecía.

–No la dejaste tocar el vino, ¿verdad?

¿Y qué coño estaba pasando en Longmont? Ya me habría dado tiempo a ir hasta allí a buscarlos yo solito. Al menos Bryan estaba a salvo, pero necesitaba hablar con su padre. Quizá ahí hubiera algo.

–Por cierto, tú, he tenido noticias de Artie Cántico Corto.

Me detuve.

–¿Qué?

–Pensé que eso podría atraer tu atención –Henry sonrió y sacudió la cabeza–. Su madre me llamó, pensó que estaríamos interesados en saber que Artie había estado detenido en la cárcel del condado de Yellowstone, en Billings, desde el sábado.

Eso reducía las posibilidades.

–¿Con qué cargos?

–Llevar oculta un arma no registrada y sin permiso.

Hice un gesto de saludo a Dorothy mientras nos abríamos camino entre los tres o cuatro habituales de la barra para sentarnos en los taburetes del fondo. Todos habían levantado la vista, pero yo no les sonreí.

–Entonces, ¿qué haces siguiéndome?

–Pensé que podría interesarte lo de Artie y tengo información sobre la pluma

–Henry apoyó los codos en la barra y se inclinó hacia delante.

–¿Ha ocurrido algo?

–¿Qué te hace pensar eso?

–Estás borde y ligeramente agitado.
 –Jacob Esper está muerto –lo observé con mucha atención, pero no hubo ninguna reacción aparente.
 –Eso responde a algunas de tus preguntas, tú.
 –No pareces demasiado disgustado.
 –Es que no lo estoy. ¿Debería estarlo?
 Me quedé mirándolo un momento.
 –No, supongo que no –Dorothy nos trajo café y un par de cartas.
 Se había fijado en mi equipo de invierno y sonrió.
 –¿El juego ha comenzado?
 Le devolví el menú.
 –Lo de siempre –Dorothy arqueó una ceja y miró a Henry.
 –Tomaré lo mismo que él.
 Dorothy levantó la otra ceja.
 –Él no sabe lo que va a tomar.
 –Tomaré eso de todas formas.
 Nos miró a los dos, se encogió de hombros y volvió junto a la plancha.
 –Háblame de la pluma.
 Henry se enderezó en su taburete, tomó un sorbo de café y se hizo de rogar.
 Por fin, se dio la vuelta y me miró a los ojos.
 –Wanda Lobo Verdadero. Solía estar a cargo de la cooperativa de artistas cheyenes.
 –¿La que quebró?
 –Sí. Hacer que los indios trabajasen juntos era mucho más fácil que poner a trabajar a los artistas.
 –¿Las plumas son tuyas?
 –¿Plumas, en plural? –apreté la mandíbula y asentí. Henry se quedó observándome un rato–. Interesante. ¿La llevas contigo? –saqué la pluma de la chaqueta y se la entregué. Puso el envoltorio de plástico a contraluz y estudió un momento el contenido–. También podría ser de Wanda.
 –Imagino que Wanda no llevará un inventario de las ventas de plumas, ¿no?
 Henry depositó la pluma entre nosotros y tomó otro sorbo de café.
 –Mucho peor, no las vende por separado sino que forman parte de objetos fabricados por ella y por su familia cercana.
 –¿Por ejemplo?
 –Cazadores de sueños, flautas, pipas, tocados de danza, ese tipo de cosas.
 –Imagino que no tendrá una clientela limitada.
 –Se venden en tiendas de recuerdos de las caras por todo el país.
 –Genial. Entonces, ¿estas cosas se podrían arrancar de cualquiera de esos objetos?

–Sí. Le he preguntado si había alguna manera de rastrear las piezas o de saber su antigüedad, pero me ha dicho que no.

Hice ademán de tomarme otro trago de café, pero su olor me informó de que ya había tenido bastante.

–¿Hay alguna forma de saber de qué tipo de objeto se podrían haber desprendido las plumas?

–Wanda dice que los agujeritos de la base del cálamo probablemente indican que proceden de cazadores de sueños o de pipas destinadas a un uso no tradicional –Henry me pilló mirando la pluma que nos separaba–. Ambos tienen este tipo de agujeros. Me temo que eso no reduce mucho las posibilidades, tú.

–No –cogí la pluma y me la volví a guardar en la chaqueta.

Henry esperó en silencio.

–¿Hay algo más?

Sopesé mis opciones y decidí calmar los ánimos.

–¿Por qué llegaste tarde ayer a correr?

Henry dejó su taza de café en la barra y se le encendió una lucecita traviesa en los ojos.

–Estaba por ahí disparando a rostros pálidos.

–Lo digo en serio.

Se giró y me miró de frente.

–Lo sé, estoy empezando a mosquearme, tú.

Había llegado el momento de la verdad.

–¿Dónde estabas?

Hizo girar el taburete, enderezó la espalda y apoyó una mano en la pierna. La sonrisa había desaparecido y los ojos no dejaban traslucir ninguna expresión.

–¿Vas a pegarme?

Mi voz sonó metálica.

–Ya estoy harto de pegarle a la gente por hoy. ¿Dónde estabas? –hubo una larga pausa.

–Durmiendo con Dena Muchos Campamentos.

Dos platos humeantes de gachas, bacon canadiense y huevos con la yema a la vista aparecieron bajo nuestras narices. La miré a ella y luego al plato.

–¿Esto es lo de siempre?

Dorothy miró a Henry.

–Te lo dije –y nos rellenó el café y se marchó a otro punto de la barra para atender a los demás clientes. Una cosa había que concederle a Dorothy: siempre sabía cuándo dejar en paz a sus clientes o guardar silencio.

Comencé a tomarme lo de siempre, pero Henry continuaba observándome y yo empezaba a sentirme avergonzado conmigo mismo.

–Tiene la mitad de años que tú.

Henry se echó a reír.

–¿Ahora me vas a meter en la cárcel por eso, tú? –se giró y empezó a comer.

–Debería darte vergüenza.

–Sólo se considera sexo prematrimonial si uno está pensando en casarse.

Le respondí con la boca llena.

–Debería darte más vergüenza todavía.

Henry continuó comiendo.

–Eres un mojigato, tú –protestó entre bocado y bocado.

–Perverso.

–Celoso.

Le conté la descripción que Al había hecho del tirador y discutimos sobre ello, pero Henry se quedó callado un rato. Continué con la historia de los dos chalecos de pesca, las moscas y Al Monroe. Henry aprobaba mi teoría: quizá George estuviese en algún sitio. Me preguntó si había comprobado las hojas de registro del Servicio Forestal y le dije que sí. Henry continuaba pensando.

–¿Más bien alto, con pelo largo, probablemente oscuro?

–Ajá.

–Interesante –volvió a dar cuenta de su desayuno–. ¿Estaban atadas a mano o eran compradas?

–¿Qué?

–Las moscas. Si eran nuevas y las habían comprado en una tienda, quizá le comentasen a alguien dónde tenían pensado ir.

–Llamaré por radio para preguntarle a Ferg.

Terminamos el desayuno y le pedí a Dorothy que preparase lo de siempre para mi recluso. Lo puso en un envase desechable y me lo entregó con una sonrisa cansada pero sin preguntas. Traté de portarme como un buen chico.

–Probablemente vuelva para cenar.

–Pondré un cartelito con tu nombre.

Subimos las escaleras de detrás de los juzgados. El tiempo no había cambiado y empezaba a pensar que me habían indultado. Cuando regresamos a la oficina, Lucian se había marchado, pero Ruby me estaba esperando. Le entregué el desayuno de Bryan.

–Tiene la nariz machacada.

–Ya me siento bastante mal, no necesito que añadas nada más.

–No te sientes ni remotamente tan mal como él. Le han dado puntos, pero dicen que tendrá que ir a Billings para que lo dejen en condiciones.

–Sí, señora –esperé a que continuase la bronca, pero no fue así–. ¿Podrías tratar de localizar a Ferg por radio?

Ruby accionó las palancas de la consola y alargó el brazo para coger los auriculares, sosteniendo uno de ellos junto a su oreja.

–¿Qué pasa, quieres darle una paliza a él también?

Continué hasta mi despacho con Henry pisándome los talones. Ocupó el asiento frente a mi escritorio y sonrió. Yo me senté en mi sillón.

–Entonces, ¿quieres ser mi ayudante?

Henry contempló el revoltijo que había acumulado sobre mi escritorio y el desorden que reinaba en la habitación. Tenía que admitirlo, no resultaba nada tentador.

–Creo que trabajaría mejor fuera del sistema.

–Bueno, tenemos una cláusula contra el comportamiento inmoral.

La lucecita roja del teléfono comenzó a parpadear y yo estaba empezando a hacerme a la idea de lo enfadada que Ruby estaba conmigo. Nunca usaba el interfono, siempre venía a mi puerta. Cogí el auricular y dije precavidamente.

–¿Sí?

–Ferg, línea uno –y colgó.

Pulsé el botón.

–¿Ferg? –la conexión no era excelente, pero al menos podía oírlo–. ¿Qué zonas has cubierto?

Hubo interferencias durante un rato.

–Comencé por Crazy Woman, el brazo intermedio de Clear Creek, y ahora me estoy dirigiendo a Seven Brothers.

–Tengo que hacerte una pregunta. ¿Las moscas eran caseras o compradas?

–Compradas, indudablemente –Ferg hizo una pausa–. Creo que son de la tienda de deportes.

–Eso son buenas noticias, gracias –colgué el teléfono y miré a Henry.

–¿Quieres que vaya a casa de los Esper y espere a ver quién aparece?

–También le sirve el que inmóvil espera, como dice Milton.

–Sí, pero la paga es una mierda, tú –Henry echó un vistazo a la oficina–. ¿Tienes algún libro por aquí?

–Creo que tengo una edición de bolsillo de *Crimen y castigo* –le acompañé a las estanterías–. Y debería tener *Lolita* por algún sitio.

–Ya encontraré algo.

Cuando se marchaba, Ruby apareció en la puerta. Noté que Henry la esquivaba.

–Necesito hablar contigo.

Hice todo lo que pude para parecer arrepentido, pero creo que la contrición no va conmigo.

–¿Sí?

–Necesitas hablar con Bryan. Creo que no entiende por qué motivo se

encuentra aquí.

Pensé en todas las cosas que tenía que hacer.

–De acuerdo –Ruby se quedó allí quieta, apoyada en el marco de la puerta, observándome–. ¿Qué?

–Tú eres el *sheriff*. Se supone que tienes que estar en contra de esas cosas, no a favor de ellas –cometí el error de sonreír–. No tiene gracia –ahora sí que estaba enfadada, sus ojos azules parecían de neón–. Podías haberle hecho pasar a tu despacho y hablar con él, podrías haberlo despedido... Tenías un sinfín de posibilidades, pero no, esperaste, lo planeaste y lo ejecutaste. Tus acciones fueron deliberadas y premeditadas.

Esperé, suspire y di un paso más hacia mi condena.

–¿Has acabado?

Me miró desde arriba, como si midiera tres metros.

–Estoy pensando en presentar mi dimisión.

–Ruby, lo siento –me miró fijamente, sin ceder un ápice–. Lo sentí desde el momento en que lo hice –me eché hacia atrás en el sillón, intentando interponer una pequeña distancia entre nosotros–. Estoy abochornado. Todo esto me pone enfermo –suspiré de nuevo y miré por la ventana para evitar sus ojos–. ¿Cómo está?

–Tiene un aspecto horrible, los dos ojos morados y su nariz... le han entubado la nariz.

–Ruby, por favor... –me levanté y rodeé el escritorio, pero Ruby dio un paso atrás.

–No me toques –respondió con fiereza.

Seguí adelante y di un paso más, abrí los brazos y la estreché. Como no se resistía, la acuné.

–Lo siento, de verdad que lo siento –me fijé en lo delgada y lo frágil que era. Tenía los omóplatos como las alas de una golondrina.

–Estoy tan decepcionada contigo.

–Lo sé, lo sé –la sostuve un rato, escuchando su respiración.

–¿Sabes que esto podría ser interpretado como acoso sexual?

–Eso espero... ¿Qué tal lo está haciendo Lucian?

Noté que se ponía tensa.

–No preguntes si no quieres tener más problemas todavía.

La dejé ir y le sostuve la mano para mirarla.

–Sí, señora –la campanilla de la entrada principal sonó cuando alguien la abrió. Los dos miramos en dirección a la puerta–. Ocúpate de eso, iré a hablar con Bryan –le di un beso rápido en la frente y me dirigí a las celdas. Cuando llegué, el chico estaba tumbado en el catre, los restos del desayuno estaban en el

suelo y la puerta seguía abierta. Entré y me senté de nuevo en el catre opuesto—. ¿No te ha gustado el desayuno?

Tenía los brazos cruzados bajo la cabeza, pero se giró para mirarme cuando apoyé mis botas en el borde de la cama.

—Es que no tengo hambre.

—Si yo fuera tú aprovecharía ahora, los fines de semana comemos empanadillas congeladas.

El chico volvió a concentrarse en el techo.

—¿Voy a tener que pasar aquí el fin de semana?

—Sí, a no ser que encuentre al asesino de tus amigos —lo observé mientras esperaba un momento—. Jacob Esper está muerto —al principio no se movió, pero luego se llevó las manos a la cara. Lo taché de la lista—. Supongo que el señor Ferguson no te lo ha contado —lo miré—. ¿George y tú habéis ido de pesca juntos alguna vez?

Bryan hizo memoria.

—Sí, hemos ido a pescar juntos.

—¿Adónde? —el chico era consciente de lo importante que podía ser la respuesta, así que se quitó el brazo de la cara y me miró—. ¿Algún sitio en especial? ¿Algún lago de la montaña que le guste mucho?

Sus ojos se apartaron de los míos para fijarse en el suelo.

—El Gemelo Perdido, ese es su favorito.

Me levanté y salí de la celda, entonces me acordé.

—¿Bryan?

Todavía estaba sentando y me miró.

—¿Sí, señor?

—No estás aquí por haber hecho algo malo, estás aquí porque hay alguien ahí fuera que va a por ti, pero no voy a dejar que eso suceda.

Me precipité fuera de la celda y salí pitando por el pasillo, pero me detuve en seco cuando llegué a la entrada. Turco tenía una pinta horrible, le salían tubos y tapones de algodón de las fosas nasales y una gasa le cubría el puente de la nariz y las mejillas, pasando por debajo de los ojos morados. Estaba sentado en el borde del escritorio de Ruby cuando entré. Hizo ademán de levantarse pero lo detuve.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy aquí para trabajar, a no ser que esté despedido.

La voz sonaba nasal y como quebrada, al parecer tenía problemas para respirar.

—¿No deberías estar en el hospital o de camino a Billings?

Se puso de pie, a pesar de que extendí una mano para detenerlo.

—Estoy aquí para trabajar.

–¿Crees que puedes hacerlo?
Trató de ponerse más erguido.
–No me duele tanto.

Seguía intentando ver en él a Lucian, algo que me recordase al viejo chivo y que hiciera que mereciera la pena salvarlo. Quizá Lucian hubiera sido igual que él si el viejo *sheriff* no hubiera vivido en una época tan interesante. Quizá un par de años en un campo de internamiento japonés fuera justo lo que Turco necesitaba, pero yo no deseaba que me construyeran un puente sobre el río Kwai, así que tendríamos que conformarnos con Powder Junction.

–Ve donde los Esper y releva a Henry Oso en Pie. Dile que vuelva a la oficina –se marchó sin decir nada caminando con cautela.

Cuando me di la vuelta, Ruby estaba cruzada de brazos.

–Supongo que eso es todo lo cerca que vamos a estar de una disculpa.

–No lo he despedido –Ruby puso los ojos en blanco–. ¿Puedes ponerme con Ferg, por favor? –yo también le dirigí una mirada de pocos amigos–. Y luego, si eres tan amable, ¿crees que podrías ponerme al teléfono con Jim Keller? –eso me valió otra mirada inquisidora–. Oh, ¿y podrías llamar a la cárcel del condado de Yellowstone y preguntarles si tienen arrestado a Artie Cántico Corto?

Mientras Ruby intentaba localizar la unidad tres, caminé en dirección a la ventana y contemplé el valle. Las nubes empezaban a ceñirse sobre los picos más bajos, aquello no tenía buena pinta. El tiempo nos había dado una tregua, pero, según mis cálculos, no duraría más de cinco horas. Necesitaba ayuda... Y, echando cuentas, ayuda por valor de siete millones de dólares.

–Lo tengo.

Me di la vuelta y cogí el micro.

–Ferg, ¿dónde estás?

Interferencia.

–Más arriba de Hunter Corrals.

–Da la vuelta.

Hubo una larga pausa.

–¿Qué?

–Creo que está en el lago del Gemelo Perdido –me encogí de hombros para regocijo de Ruby y mío–. El nombre resulta bastante apropiado.

Hubo una pausa mucho más larga.

–Nunca conseguiremos llegar antes de que anochezca y, con la tormenta que se avecina...

Coloqué el micro en su sitio y mantuve la conexión.

–Sí, lo sé –miré de reojo a Ruby–. Voy a conseguir algo de ayuda, te llamaré de nuevo. Lo único que necesito que hagas es que llegues al aparcamiento de West Tensleep.

Interferencia.

–¿Sólo hasta el aparcamiento?

Otra interferencia.

–Oye, ¿Ferg?

–¿Sí?

–Si hay alguien allí... retenlo –le pasé el micro a Ruby. Estaba encantado de que no supiera lo que estaba tramando–. ¿Podrías añadir a Omar a tu lista de llamadas?

–Por todos los cielos, ¿por qué?

Esperé un momento, luego pestañee y expliqué lo evidente.

–Necesito hablar con él –crucé la sala, saqué las llaves y las colgué en el gancho, por si alguien necesitaba mover la camioneta. Ruby meneó la cabeza y marcó mientras yo regresaba a mi despacho. Me senté en el escritorio y fui tomando notas mentales para las próximas conversaciones y para el plan que estaba empezando a fraguarse en mi cabeza. Miré en dirección a la puerta y a la esquina donde estaba la caja fuerte donde guardábamos las armas. Sabía lo que teníamos allí dentro y calculé lo que necesitaríamos: armas de largo alcance. Había un par de Remington 700 muy usados y un Winchester Modelo 70, y, si mal no recordaba, los Remington eran calibre 30-06 y el Winchester, 270. Todos ellos eran buenos rifles, pero yo estaba pensando en el Weatherby Mark V de 308 milímetros que aguardaba en el fondo. Omar lo había donado al rastrillo de la biblioteca hacía unos cinco años. Para mi vergüenza, yo lo había ganado y, desde entonces, había estado en la parte de atrás de la caja fuerte. No estaba seguro de tener munición para ese cacharro. Me acordé de un cartel que había en la Escuela de Francotiradores del Cuerpo de Marines que rezaba así: «Para causar una baja con un M16 se gastan balas por valor de mil quinientos dólares. Un francotirador de los marines emplea 1,3 balas por baja. Eso supone una diferencia de dos mil trescientos dólares frente a 27 centavos». Ahí es nada.

De un impulso, marqué el número de Vonnie sólo para escuchar cómo su contestador me decía que no estaba disponible en ese momento pero que, si dejaba un mensaje, me llamaría tan pronto como pudiera. Cuando colgué el teléfono, Ruby estaba en la puerta. Quizá el perdón estuviese en camino.

–¿Sí, señora?

–La señora Keller dice que Jim se fue a cazar con un amigo a Nebraska. También que le va a traer a Bryan el almuerzo y algunas cosas más y quiere saber por cuánto tiempo tenemos intención de retenerlo.

–Ay, madre... –apoyé los codos en el escritorio y el mentón en mis manos entrelazadas.

–Desearás no haber metido la mano en ese avispero.

Miré las lucecitas rojas que parpadeaban en mi teléfono.

–¿Crees que estaba mintiendo?

Ruby se cruzó de brazos y se tapó la boca con una mano, meditando.

–Tiene sentido, ¿no crees?

–Pues sí que lo tiene –Ruby echó un vistazo al pasillo en dirección a la cárcel, tratando inconscientemente de ocultar sus pensamientos–. Cuando Henry llegue aquí, dile que vaya a la tienda de Dave y que compre ropa de invierno de la buena, de la que se usa a gran altitud, y munición del 308 para Winchester – Ruby asintió distraída y desapareció en dirección a su escritorio–. ¿Tengo a Omar en la línea uno?

–Línea uno –exclamó Ruby desde el pasillo, para luego reaparecer en mi puerta–. Por cierto, Artie Cántico Corto lleva en la cárcel del condado de Yellowstone desde el sábado. Preguntan si quieres quedártelo, dicen que come como un caballo.

–Diles que es una oferta espléndida, pero que no, gracias –Ruby asintió y desapareció mientras yo descolgaba el aparato y pulsaba el botón de la línea uno–. ¿Omar?

–Sí –no fue un sí alegre. Me quedé pensando un instante–. ¿Te suena el término *posse comitatus*?

–Sí –me quedé escuchando la línea silenciosa y tracé un plan.

–¿Todavía tienes el helicóptero que compraste en Neiman Marcus?

–Creo que el último en el que estuve no era así, tú.

Observé el lujoso interior del helicóptero tapizado en cuero italiano, pero el paisaje que discurría velozmente mientras ascendíamos por la ladera norte a más de doscientos cincuenta kilómetros atrajo de nuevo mi atención, algo de lo que mi estómago era plenamente consciente.

–No me hables, estoy concentrado en no vomitar.

–No sabía que los fabricaran con puertas. Y los jarroncitos de flores le dan un toque muy bonito.

–Voy a esforzarme por vomitar, primero encima de ti y, después, dentro de ellos.

Henry sonrió y miró por la otra ventanilla mientras sostenía el Weatherby Mark V como si tal cosa entre sus recias manos, completamente ajeno a la velocidad y a la altitud. Había hecho estragos en la pequeña sección de excedentes militares que había junto a la de deportes en la tienda de Dave. Llevaba puestos unos mitones de lana, una de esas antiguas chaquetas Bomber color verde reflectante, forrada de auténtica piel acrílica, un mono marca Carhartt y un nuevo par de botas. Parecía un esquimal versión disco.

–¿De verdad que Omar compró este helicóptero en los almacenes de lujo Neiman Marcus, tú?

Suspiré y traté de que mis órganos internos se asentaran.

–Estaba en el reparto de bienes que hizo cuando se divorció de Myra.

–Entonces, ¿fue ella la que compró el helicóptero en Neiman Marcus?

Eructé y me llevé una mano al estómago.

–Omar lo compró para ella cuando todavía se llevaban bien. Cuando se divorciaron, él se lo quedó –Henry se quedó callado unos momentos, pero yo sabía que su silencio era algo demasiado bueno para que durase.

–¿Dónde queda exactamente la sección de helicópteros en esos grandes almacenes?

Agaché la cabeza y la apoyé en el cañón del rifle Remington que sostenía.

–Cállate, por favor.

Henry estuvo examinando el rifle que tenía entre las rodillas.

–¿Compraría este Weatherby en los almacenes Nordstrom's?

Notaba el frío del metal contra la frente. Se escuchaba el chirrido de los sobrealimentadores del poderoso motor Bell que pugnaban por transportarnos entre las corrientes térmicas generadas por los picos afilados a nuestros pies.

Pensé en mi plan. Tenía que repetirme a mí mismo una y otra vez que este berenjenal se me había ocurrido a mí solito, que yo era el único responsable de mis propias miserias, pero nunca habríamos podido cubrir tanta superficie por tierra. Si encontrábamos algo, si encontrábamos a George Esper, nos lo llevaríamos en volandas, vivo o muerto, y saldríamos de allí como alma que lleva el diablo. Sólo de pensar en subir y bajar se me revolvía el estómago.

Henry debió de darse cuenta de que cerraba los ojos.

—¿Quieres que te cuente cómo fue mi primera vez, tú?

—No me digas que fue con Dena Muchos Campamentos.

Henry sonrió, mientras jugaba a desajustar y reajustar la mira del rifle.

—Recuerdo la primera vez que monté en uno de estos chismes. Corría el año 1968 y fuimos a realizar una operación difícil a Laos: teníamos que rescatar a un coronel del ejército norvietnamita y dejarlo en un idílico pueblecito pesquero de la costa. Habíamos perdido casi la mitad de nuestra patrulla y estábamos volando muy bajo para evitar los radares, a unos treinta metros por encima del agua. El tipo estaba seguro de que lo íbamos a tirar al mar, tan seguro que decidió tomar las riendas. Debió de intentar tirarse del helicóptero como media docena de veces. Al sexto intento, me pegó una patada en la barbilla. Así que me crucé de brazos y pensé que la próxima vez que se acercara a la puerta más le valía haber aprendido a volar.

Abrí los ojos y levanté la vista.

—¿Y?

Henry seguía mirando por la ventana.

—No lo hizo.

—¿Qué?

—Volar.

Me quedé meditando sobre ello.

—¿Pretendes hacerme sentir mejor con esa historia?

Miré la nuca de Omar. A él tampoco se le veía especialmente contento. En ese momento habíamos llegado a la cima y ya se divisaban las praderas de la cabecera del valle y las copas de los árboles se balanceaban al paso de los rotores. Miré el cielo e hice mis cálculos sobre la tormenta. Cogí los auriculares de la consola que había junto a mí, apoyé uno de ellos contra una oreja y ajusté el micro.

—¿Omar?

Este se giró en su asiento para que pudiera verlo mientras hablaba.

—¿Sí?

—Le echo dos horas antes de que estalle.

Omar estudió el horizonte que se abría ante él.

—Puede que tres, nunca se sabe.

–Dejémoslo en dos, yo prefiero saberlo.

Omar asintió con la cabeza y mi estómago hizo una pirueta con tirabuzón. Pensé en todos los accidentes de aeronaves ligeras que había investigado en el ejercicio de mi profesión: me salía una media de uno cada dos años. Buenos pilotos, buenos aparatos, pero el clima de la montaña era siempre impredecible. Entre las corrientes térmicas, las corrientes de aire descendentes y los vientos caprichosos, no sabía muy bien cómo la gente era capaz de mantenerse a flote, a no ser que fuera gracias a una ingente dosis de pensamiento positivo.

–¿No estás preocupado? ¿Ni aunque sea un poco?

Henry me miró, balanceándose ligeramente atrás y adelante a causa de los movimientos del helicóptero.

–No, la verdad es que no –Henry me miró durante un largo instante.

–¿Qué es lo que te preocupa entonces?

–Tú, que me consideras capaz de cometer un asesinato.

Lo miré, con el cañón del arma apoyado entre los ojos y traté de adivinar si eso era algo de lo que Henry realmente quería hablar o si era otra distracción simplemente. Al final, decidí que daba lo mismo.

–Eres capaz de hacerlo.

Henry asintió.

–Supongo que física y técnicamente sí –se inclinó un poco hacia delante–. ¿Pero crees que sería capaz?

–¿Crees que estarías aquí si pensase así?

Henry sopesó mis palabras.

–Hay un viejo dicho que dice que mantengas cerca a tus amigos, pero más todavía a tus enemigos, tú.

–¿Piensas que eres mi enemigo?

–Estoy intentando averiguar si tú crees que lo soy –se echó hacia atrás sobre el cuero color crema y observó los monitores del techo–. Sobrevolamos Sourdough Creek.

Nos quedaba menos de la mitad del camino.

–Trata de verlo bajo mi punto de vista.

Henry cerró los ojos. Siempre llevaba sus hipótesis hasta el extremo, incluso si esto significaba hacer de sí mismo el sospechoso de asesinato en una investigación en curso. No era capaz de trabajar en un único nivel.

–¿Medios, móvil y oportunidad?

–Móvil.

–¿A una de tres?

Habíamos jugado en muchas ocasiones a ese juego, pero Henry nunca había interpretado el papel de autor de los hechos.

–Uno.

Henry empezó a hablar con rapidez, con los ojos todavía cerrados.

–No puede demostrarse de forma irrefutable que yo conociera a Cody Pritchard ni a Jacob Esper ni que tuviera razones para desearle mal alguno a ninguno de los dos.

Imposible.

–Dos.

–No sólo conocía a Cody Pritchard y a Jacob Esper sino que existe un fuerte rencor entre nosotros desde que metieron a mi sobrina en un sótano y la violaron en repetidas ocasiones con sus diminutas pichas circuncidadas, con botellas y con bates de béisbol.

Un frío intenso me atenazó la base de la columna.

–Tres.

–Fui visto merodeando por el juzgado después del proceso con un rifle Sharps del calibre 45-70 bajo el brazo y mascullando algo relativo a que Cody Pritchard y Jacob Esper iban a cancelar sus suscripciones a *La Nación India Hoy* –entonces abrió los ojos–. Le doy un dos al móvil.

–Dos y medio.

Pareció sinceramente herido.

–¿Por qué?

–Por la descripción de Al Monroe del asesino: un tipo grande con pelo largo tirando a oscuro.

Henry suspiró y se llevó el cañón del rifle al pecho, cruzando los brazos alrededor de él.

–De acuerdo, dos puntos y medio, pero no voy a ponértelo tan fácil en los próximos dos, tú.

–¿Medios materiales?

Henry meditó.

–Uno: he contraído una extraña enfermedad tropical que me ha paralizado los dos dedos con los que podría apretar un gatillo.

–Ajá. Dos.

–Los dos chicos han sido asesinados con el calibre de un arma que está en mi poder.

–Tres.

–Los análisis de balística revelan que esta arma casa con los cartuchos que mataron a los dos chicos –Henry se encogió de hombros y miró por la ventana.

–Dos.

–Medios materiales, dos –escruté las líneas de su rostro, a Henry ya no le hacía tanta gracia el juego.

–¿Oportunidad?

–Uno: estaba en Ciudad del Vaticano con el papa en ese momento.

–Dos.

–Fui visto en la zona en donde se cometieron ambos asesinatos, pero nadie puede situarme en la escena de ninguno de ellos.

–Tres.

–Me encuentran junto a los cuerpos con el ya mencionado Sharps en las manos mientras Cody y Jacob exhalan respectivamente su último suspiro – volvió a mirarme–. ¿Le damos un dos a la oportunidad?

Negué con la cabeza.

–Uno y medio. Tuviste una pelea con Cody en el bar, no demasiado lejos del puente Hudson, pero nadie te vio en la montaña.

–¿Qué hay de la descripción de Al Monroe?

–No fue una identificación positiva y, de todas formas, ya hemos usado eso en el móvil.

–¿Qué me dices de las plumas?

–Son circunstanciales. En mi opinión, las plumas falsas apuntan a un falso indio.

Henry sonrió.

–Ayer llegué tarde a correr –me quedé mirándolo un momento–. No tiene sentido jugar a esto si no juegas limpio. Es un dos.

Nos quedamos allí sentados mirándonos el uno al otro. La teoría dice que si sacas tres puntos de nueve significa que deberías ir buscándote otro sospechoso. Un nueve de nueve significaría que deberías empezar a desviar el correo del sospechoso a la cárcel de Rawlins. Los fiscales no suelen ir a juicio si no se alcanza el seis, así que el seis de Henry parecía empujarlo a la horca.

–Se diría que eres inocente, al menos de los asesinatos –hice una pausa–. Ya en serio, ¿quién crees que lo está haciendo?

–¿En serio? –Henry inspiró y dejó caer la barbilla sobre el pecho–. Creo que se trata de alguien que no conocemos. Creo que es alguien en quien no hemos pensado.

–¿Un dormilón?

–Sí. Alguien que está haciendo esto por alguna razón poderosa, pero que todavía no somos capaces de entender.

Asentí.

–¿Conoces bien a Jim Keller?

Henry levantó la vista muy despacio.

–No.

–¿Cuál de los cuatro chicos te parece el más inocente, al que más le ha jodido la vida todo esto y que menos culpa tiene?

–Bryan –su mirada permaneció firme–. Lo de hacerte el listo forma parte de tu trabajo, ¿no, tú?

- A veces.
- ¿Jim Keller es buen tirador?
- Se supone que está en Nebraska cazando con un amigo.
Lo observé dándole vueltas a las ruedecitas.
- ¿Tú te marcharías y dejarías aquí a tu hijo con todo lo que está pasando?
- No estuvo presente en el juicio.
Sus ojos no se movían.
- Ni yo tampoco.
- A ella no la estaban juzgando.
- Y una mierda que no.
No tenía ganas de que la conversación siguiera por esos derroteros.
- Supongo que eso nos conduce de vuelta a ti. ¿Conoces tus derechos?
- Sí, pero son los reverses los que me llevan por el mal camino, oficial.

Observamos los árboles balancearse a nuestros pies mientras Omar y su helicóptero comprado en unos grandes almacenes practicaban una variación de la maniobra del Reglamento de Circulación Aérea IFR, léase Intentando Fastidiarla Relativamente, para llevarnos al Gemelo Perdido. Me quedé meditando un instante y caí en la cuenta de que el estómago se me había asentado. El lago West Tensleep yacía en la base del alto valle que recorría la cordillera hasta llegar a Cloud Peak, la joya de la corona de las montañas Big Horn. Los indios lo llamaban el Pico de la Nube, porque, como la mayoría de los accidentes geográficos pronunciados, tenía su propia meteorología. La mayor parte del tiempo se ocultaba de las llanuras de abajo, dejándose entrever tras una masa de cúmulos de gran altitud. Omar estaba rodeándolo por la ladera, tratando de sacar el máximo partido a los cuatrocientos ochenta kilómetros que tenía como tope. Llevábamos casi una hora en el aire y, a través del cristal delantero de la cabina del lado del acompañante, pude distinguir unas cuantas cabañas que habían sido construidas antes de que el gobierno comprase los terrenos. Técnicamente nos encontrábamos en el condado de Big Horn, pero cuanto menos mencionásemos eso, mejor. Cuando tomásemos el arroyo Middle Tensleep por el Mather Peak, habríamos vuelto al condado de Absaroka y a mi propia jurisdicción. Se sentía la fuerza propulsora y el balanceo del helicóptero al seguir el curso del arroyo en dirección al lago Mirror, para luego continuar subiendo hacia el pequeño valle que era nuestro destino, el Gemelo Perdido. Los dos tenían una extensión considerable. Noté que Omar me hacía un gesto con la mano desde la cabina. Me puse los auriculares y ajusté el micro.

- ¿Sí?
- Tienes una llamada por radio. Te la pasaré.

Se oyeron algunas interferencias y de repente tenía a Ruby hablándome al oído.

–Walt, han llamado de Caza y Pesca y dicen que nadie se había registrado en la caseta que hay al comienzo del camino que lleva al Gemelo Perdido, pero aseguran que tienen un Mazda Navajo negro con matrícula Tuff-1 en el aparcamiento de Tensleep.

–Esa parte son buenas noticias. ¿Algo más?

–Afirmativo.

–¿Afirmativo? Oye, estás pillándole el tranquillo a esto.

–Walt, estaba repasando la lista de sucesos para poder escribir mi sección semanal en el periódico. Ayer por la mañana dejaron una queja en el contestador que me pareció sospechosa.

–¿Y qué es?

–Tracy Roberts, la hermana de Kent, llamó. Tienen una casa por la carretera de Mesa, a la altura de la 115. Bueno, ella y su padre estaban en el exterior dando de comer a las vacas cuando el anciano vio un puercoespín que había causado algunos daños y dijo que dejase lo que estaba haciendo para poder dispararle.

–¿En medio de la carretera comarcal?

–Lo sé, la chica no estaba segura de si debía llamar, pero estaba enfadada. Dice que alguien pasó a toda velocidad por la carretera y que casi se lleva por delante a su padre –me quedé esperando–. Dice que era una camioneta verde vieja –me quedé mirando a Henry, que seguía viendo pasar el paisaje.

–¿A qué hora?

–Poco después del amanecer –continué observando a mi amigo, que acababa de moverse un milímetro–. Walt, ¿me recibes?

–Sí. ¿Pudieron ver al conductor?

–No.

Las ondas permanecieron en silencio unos momentos.

–Recibido. Corto y cierro.

Me quité los auriculares y los dejé apoyados en el regazo. Un momento después, Henry se giró.

–¿Pasa algo, tú?

Asentí despacio con la cabeza.

–Pues sí –le conté lo del Mazda negro y lo de que nadie se había apuntado en el registro, pero evité mencionar que había sido vista una camioneta verde parecida a la suya.

Henry sonrió.

–El Gemelo Perdido. No podría haber sido de otra manera.

Seguíamos hacia delante mientras yo trataba de imaginarme con todas mis

fuerzas que el helicóptero se encontraba completamente quieto. Miré por la ventana lateral y observé. Sentí que toda la sangre se me subía a la cabeza cuando Omar redujo la velocidad de doscientos cincuenta kilómetros hora a cero y se detuvo en el aire sobre el pequeño risco que separaba los dos lagos. Podía distinguir fácilmente las ondas que hacían los rotores sobre la superficie del agua, pequeños remolinos al principio que luego se convertían en olas enfurecidas que rompían contra la orilla. Sin que se lo pidiera, Omar comenzó a girar despacio, siguiendo el sentido de las agujas del reloj, para que tuviéramos una panorámica completa. Henry fue a la puerta del otro lado y yo aplasté la cara contra el plexiglás de la ventana, oteando la zona en busca de signos de actividad humana.

Los lagos están situados en el fondo de la cadena montañosa de Mather Peak, que asciende por encima de los dos mil cuatrocientos metros. Sólo se podía retroceder de alguna forma por el valle por el que nos habíamos aproximado y eso estaba en dirección noroeste, la misma por la que se aproximaba la tormenta. Hasta ese momento, el frente no se había manifestado y empecé a pensar que nos habíamos librado por los pelos, cuando algo en los picos más altos al oeste atrajo mi atención. La tormenta estaba en camino, simplemente se había detenido un instante para cobrar fuerza y arrasar la ladera oeste de las Big Horn. Las áreas colindantes serían barridas por un torbellino helado antes de que cayera la noche. Mi intención era haber salido de allí para entonces, pero, por si acaso, había dos mochilas con capacidad para cien litros cúbicos en el suelo entre Henry y yo. Contenían ropa, comida, una tienda, dos sacos de dormir y provisiones suficientes para mantenernos durante casi una semana. Cada vez que miraba las nubes que se cernían sobre nosotros, rozaba con el pie las mochilas y me sentía mejor.

—Oye —me figuré que sería Henry el que descubriera algo antes. Me giré y mire a través de la cabina. Omar también había visto algo y señalaba a una zona en un pequeño barranco escondido entre los árboles, junto al lago más alejado. Lucía en el brazo tres brazaletes de turquesas. Qué estilazo. El morro del helicóptero se inclinó cuando Omar aceleró para dirigirnos a aquel punto y quedamos suspendidos justo por encima de las copas de los árboles. Había una pequeña tienda verde de dos plazas, con una funda para lluvia anclada al suelo. Resistía estoicamente ante las arremetidas del motor.

Alargué el brazo y le di unos golpes a Omar en el hombro. Se quitó uno de los cascos e inclinó la cabeza hacia mí.

—¿Este cacharro tiene megáfono? —Omar asintió con la cabeza y pulsó los botones correspondientes de la consola del techo. Luego me hizo un gesto para que cogiese los auriculares y utilizara el micrófono. Si el helicóptero tenía jarroncitos para flores, ¿cómo no iba a tener altavoces? Me aclaré la garganta y

oí cómo el sonido rebotaba en las montañas circundantes. Levanté la vista a la vez que Omar y Henry me miraban—. Mierda –también se escuchó el eco de esa palabra en las montañas.

Henry agitó la cabeza.

–¿Crees que no puede oír el helicóptero, tú?

Me encogí de hombros y continué.

–¿George Esper? –el volumen me daba autoridad, así que continué–. Al habla el *sheriff* Walt Longmire, del condado de Absaroka. Si estás ahí abajo, ¿podrías dejarte ver? –observamos con atención por si ocurría algo. Yo lo único en lo que podía pensar era en lo difícil que iba a ser encontrar el cuerpo en mitad de una tormenta de nieve. Continuamos rastreando la zona, pero allí abajo no se movía nada que no fuera agitado por la hélice del helicóptero. Volví a darle a Omar unos golpecitos en el hombro, pero él señaló los auriculares y pulsó varios botones del techo–. ¿Ves algún sitio donde aterrizar?

Omar giró la cabeza y el helicóptero viró hacia la izquierda. Aquello era como estar dentro de su cabeza y dudaba de que fuera un buen sitio en el que estar. Extendió el brazo de nuevo para señalar un pequeño prado en la orilla norte del lago, en un punto donde el sendero giraba bruscamente y luego discurría paralelo a la orilla.

–Allí.

El morro se inclinó otra vez y el helicóptero se dirigió hacia una roca que sobresalía, recubierta de hierba y pequeñas plantas alpinas. No había mucho espacio y las hélices guillotinaban las ramas de los pinos que rodeaban la orilla norte del lago. Volví a fijarme en Omar, pero él seguía concentrado en los patines de aterrizaje. Tocamos suelo apenas a un metro del saliente que bajaba en picado a la orilla. Me alegraba no tener que pagarle, porque no me podía permitir ni su pericia ni su helicóptero. Se quitó los cascos y se giró en el asiento para mirarnos. Cuando abrió las puertas del aparato, se oía un sonido atronador.

–Quiero dejar una cosa clara. Hemos gastado la mitad del depósito y, en las actuales circunstancias, lo único que puedo decir es que sólo tenéis tres cuartos de hora para encontrar a George Esper y salir cagando leches de aquí –me bajé con dificultad del aparato por el lado que estaba cuesta arriba y esperé a que Henry me pasara el Weatherby y se deslizara fuera de la cabina. Omar señaló las mochilas.

–Deshaceos de eso: las usáis o las abandonamos aquí. Cuando esté listo para dar la vuelta, cuanto menos peso lleve, mejor.

Henry introdujo los brazos en el interior de la lujosa parte trasera del helicóptero y arrastró las mochilas por la mullida alfombra. Tras dejarlas caer

sobre el granito recubierto de liquen, volvió a coger el fusil y se cuadró frente a la puerta del piloto, delante de Omar.

–Señor, sí, señor.

Omar lo ignoró y me miró.

–Cuarenta y cinco minutos. Id a buscar al chico y yo haré una batida con este trasto.

Nos echamos las mochilas a la espalda y caminamos agachados hacia el lago más cercano. Unos pasos después, tras asegurarnos de estar fuera del alcance de las hélices, Henry se inclinó hacia mí.

–Creo que no le gusto, tú.

–Es que se te coge el gusto sólo con el tiempo.

Los parches de nieve se acumulaban en las zonas elevadas de la cara norte, así que abandonamos el sendero cubierto de blanco y nos dirigimos a la orilla del lago en dirección al risco. Una vez allí, un pequeño paso cruzaba al otro lado, donde habíamos divisado la tienda. Miré hacia atrás mientras subíamos. No sé cómo, había adelantado a Henry. Me detuve y lo esperé mientras él subía andando sobre mis pisadas. Si alguien quisiera seguirle el rastro, creería que había desaparecido. Henry extendió una mano y lo ayudé a auparse. Para sorpresa mía, su respiración era más pesada de lo que habría pensado, así que lo agarré mientras se cambiaba el Weatherby a la otra mano.

–¿Estás bien?

Miró a su alrededor, a la cadena montañosa que nos rodeaba. Probablemente nos encontráramos en la cota más baja de la zona.

–No querría aguarle el momento, pero estamos en un sitio ideal para que nos peguen un tiro.

–Es como estar en el fondo de un lavabo –estábamos al descubierto: la espesa masa de pinos oscurecía la zona que nos rodeaba. Me entró la sensación de que había algo maligno al acecho—. Vamos.

Al final del risco, el camino se bifurcaba en dos senderos que rodeaban una roca enorme para luego dividirse. Uno de ellos continuaba cuesta arriba y costeaba el lago más lejano. El otro conducía a la depresión donde estaba plantada la tienda. Aquel era un buen sitio, seco pero cerca del agua. No tenía mucha vista, pero estaba al abrigo del viento. Levanté la mirada por encima del valle en dirección noroeste y vi con claridad la línea de nubes oscuras que continuaba engullendo el cielo. Por el momento estaba tranquilo, pero los triángulos de granito negro y nieve recién caída parecían estar conteniendo el aliento, preparándose para lo que se avecinaba. Parecían colmillos largos.

Henry extendió una mano para que me detuviese y miró el camino.

–Huellas –echó una rodilla al suelo y dejó caer los hombros para atrás para

que el peso de la mochila no lo empujase ladera abajo—. ¿George Esper es muy grande?

Dejé escapar una bocanada de aire e hice memoria.

—Medirá menos de dos metros y pesará unos 77 kilos.

—¿Botas de montaña Vasques, talla 43?

Me quedé helado.

—¿Qué?

Levantó la vista, su mirada era afilada.

—Botas de montaña Vasques, parece la huella de un 43. ¿Te dice algo?

—¿Tienen un pequeño dibujo en la puntera, algo parecido a una cordillera?

No tuvo que volver a mirar.

—Sí —estiró el cuello para otear la zona circundante. Me incliné sobre su hombro y observé la pisada—. ¿Hay algo que quieras decirme, tú?

Ahora yo también miraba a mi alrededor.

—Había huellas como estas en el lugar donde Jacob fue asesinado.

Henry se levantó.

—Entonces, ¿George estaba allí?

—Las examinamos, uno de los tíos que denunció el incidente usaba también Vasques del 43.

—¿Qué calzado llevaba Jacob?

Hice memoria.

—El mismo.

—¿Un 43?

—Son gemelos.

—Bueno, un juego de pisadas es mejor que dos, aunque yo no sabría distinguirlas —continuamos por el sendero hacia la tienda. La funda estaba cerrada con cremallera y había una mochila apoyada contra un árbol con la funda de lluvia puesta. A unos tres metros de la tienda yacían fríos los restos de una pequeña hoguera, rodeados por un círculo de rocas; había una sartén de aluminio y una bolsa de plástico con harina de maíz apoyada sobre una de las rocas más planas. Entre las cenizas había varias cabezas y raspas de trucha unidas por la cola. Henry se arrodilló junto al fuego y colocó la palma de la mano sobre las cenizas, presionando con cuidado. Un momento después, levantó la vista.

—La hoguera no es de ahora, pero todavía guarda algo de calor. Quizá de esta mañana.

—¿Alguna huella más?

Henry asintió.

—Botas Vasques del 43.

Nos miramos el uno al otro durante un instante.

–Esto no me gusta, ¿y a ti?

–Tampoco.

Levantó la mano y se sacudió el polvo mientras yo continuaba hacia la tienda y dejaba la mochila en el suelo. Después me agaché y abrí la cremallera de la funda y de la entrada de la tienda. Me levanté de nuevo y me giré para mirar a Henry.

–Bueno, ha pasado la noche aquí.

–Pero ¿no hay equipo de pesca?

–No.

Henry miró a nuestro alrededor.

–Yo me encargaré de un lago y tú del otro. Toma –Henry me pasó el Weatherby y extendió la mano para que le entregara la escopeta. Sonrió a la vez que cogía la Remington–. Eres mejor tirador que yo, tú –dijo oteando las colinas que nos rodeaban–. Por si acaso hay alguien ahí arriba.

Asentí.

–¿Tienes el resto de las municiones?

Henry se palmeó los bolsillos y se encogió de hombros.

–Sólo se necesita una bala, ¿no? –Henry se dio la vuelta y desapareció entre los pinos en dirección al lago este.

Me quedé mirando el rifle y me pregunté si estaba cargado o no. Por lo que yo sabía, Oso podría estar esperando justo fuera del alcance de mi vista, escuchando para comprobar si abría el cargador. Agité la cabeza al darme cuenta de lo ridículo de la situación y me eché el rifle al hombro. Si estaba allí al lado, no le iba a dar la satisfacción de verme comprobarlo. En lugar de eso, me ajusté la pistola calibre 45 en la cadera y le hice una mueca al tipo que, sin duda, ya habría empezado a inspeccionar su lago correspondiente. Empecé a darle la vuelta al que me tocaba a mí pensando en lo que Ruby había dicho. Que alguien hubiera avistado una camioneta vieja verde no significaba que Henry fuese un asesino. La experiencia me había enseñado que el humo sólo indicaba humo, nada más.

Habían sido halladas bolsas de gas metano en las inmediaciones del rancho de los Roberts. Para esos tipos, el tiempo era oro y el tiempo en nuestra zona de las altas llanuras significaba conducir y eso para muchos de ellos representaba ir a gran velocidad. Por cuestiones económicas, a muchos no les quedaba más remedio que conducir modelos viejos, por lo que alguno de ellos podía haber pasado de camino a uno de los pozos de la zona a esa hora de la madrugada. Aun consciente de estar montándome una enorme película, sabía que haber visto una camioneta, verde y vieja, no quería decir que fuera la de Henry. De todas formas, me volvieron a entrar ganas de quitar el seguro al rifle y

comprobar si estaba cargado. Volví la vista al otro Gemelo pero mantuve el rifle al hombro, considerándolo un gran triunfo de la lógica, y me pregunté cuántos capullos imbéciles con la misma manera de pensar que yo estarían muertos ahora. Me mantuve en el camino que rodeaba el lago, evitando con cuidado las zonas más mojadas, donde la nieve derretida se había acumulado y saturaba el terreno, pero no vi más pisadas. Me consolé al recordar que tampoco había encontrado ningún cuerpo.

Botas Vasques del 43. ¿Habría estado George con Jacob? De ser así, ¿por qué razón? ¿Por qué iba a estar presente en la escena del crimen, donde su hermano había perdido la vida, y luego irse a pescar? Quizá Cody Pritchard conociera a su asesino. La cabeza me daba vueltas de pensar en todas las posibilidades, pero una cosa empezaba a estar clara: ser una víctima no significaba que no pudieras ser el autor de un crimen.

Pensé en Jim Keller. La señora Keller había acudido a la cárcel para ver cómo estaba su niño y se calmó al verlo en mi despacho con los pies encima del escritorio bebiendo *ginger ale* y hojeando un montón de catálogos de suministros de la policía. Supongo que debió de pensar que lo teníamos encadenado en el sótano. Le pregunté por Jim y me contó que estaba cazando en Nebraska con unos amigos. Gansos o eso, dijo. Noté un cierto titubeo en sus palabras que me indujo a pensar que ahí había algo más. Así que utilicé mis viejos trucos de poli y le pregunté si había alguna otra cosa que quisiera contarme. Ella utilizó uno de sus viejos trucos de madre y contestó que no. Los trucos de poli palidecen en comparación con los trucos de madre.

Me giré para contemplar la cadena montañosa en forma de media luna y me pregunté qué haría yo si quisiera matar a alguien allí: lo atraería a una zona alejada y le abriría la cabeza como si fuera una calabaza madura. Ya era hora de que decidiera concentrarme un poco más en el entorno que me rodeaba. El Gemelo Perdido se parece mucho a otros cientos de lagos alpinos y prístinos de las montañas Big Horn, de esos que parecen estar allí a la espera de que llegue un fotógrafo y los saque en un calendario. El lago está situado en uno de los pocos valles a gran altura de la montaña y era fácil imaginar el brazo del glaciar que, poco a poco, había moldeado el paisaje. Con su lecho de piedra, los lagos del Gemelo Perdido habían resistido el paso de la erosión, como si el glaciar les hubiera hecho añicos el corazón y no estuvieran dispuestos a que nadie se tomara de nuevo esas libertades. Los glaciares formaban escalones y bancales sucesivos a gran altura. Había visto fotos del Coliseo de Roma y las similitudes no me tranquilizaban precisamente. Sentí el viento y me di la vuelta hacia el valle automáticamente. Las nubes habían empezado a moverse a una velocidad fantástica: su pausa para tomar aliento había terminado. Quizá sea por la altitud, la cuestión es que el tiempo siempre parece cambiar más rápido en las montañas.

Volví a concentrar mi atención en los árboles, donde había visto moverse algo. No era un único movimiento sino una serie de movimientos que rápidamente achaqué al viento.

Omar todavía estaba jugando con su helicóptero cuando alcancé la colina que llevaba al risco. Me quedé allí quieto, el aire sabía bien. En el lado sur del estrecho risco había un tramo de delicadas flores amarillas que el relente había secado. Henry sabría su nombre. Mi amigo estaba abriéndose camino por la orilla pedregosa del otro lago, probablemente había rastreado la zona mucho más a conciencia que yo. Lo observé agacharse y examinar una hondonada entre las rocas. La piel acrílica le resguardaba el cuello y llevaba la escopeta despreocupadamente colgada del hombro, sin soltar la culata. Se quedó en esa postura y tuve la sensación de que estaba ante una visión única de la etnia athapaskan que había cruzado el estrecho de Bering en pos de mastodontes más grandes y más fuertes. Creo que, a veces, el ADN de Henry no pensaba que las cosas hubieran salido bien precisamente. No estaba muy seguro de por qué me había decidido por el rifle, a no ser que fuera porque tenía un alcance más largo que la escopeta y, como buen *scout*, yo siempre intentaba estar listo o para servir o algo por el estilo. Continué observándolo mientras estudiaba el hueco entre las rocas y eché una ojeada al otro lado del lago, en dirección a la zona donde estaba plantada la tienda. Cuando Henry llegó a la cima del risco, le pregunté:

—¿Has encontrado algo?

Henry negó con la cabeza y yo miré en la dirección por la que había venido. Como si algo que a él se le hubiera pasado fuera a verse mejor a ochocientos metros de distancia. El viento se había levantado y las rachas eran cada vez más intensas.

—Huellas de pisadas, las mismas que las de antes, pero nada reciente.

—¿Tú qué crees?

Henry estiró las piernas y se metió la escopeta debajo del brazo: vi que tenía puesto el seguro.

—Es difícil estar seguro con todos los guijarros. Podría haberse marchado en cualquier dirección.

—¿Abducción alienígena?

—Es posible, pero poco probable. Normalmente van en busca de vida inteligente, tú.

Exhalé una bocanada de aire lleno de los aromas de la montaña y los dos contemplamos el sendero que se extendía valle abajo.

—Estará pescando.

—Sí, pescando o pudriéndose bajo tierra.

Me volví para mirarlo.

–Vamos a concentrarnos en la pesca, ¿vale?

–Sí –Henry continuaba oteando el sendero–. Para eso se necesita agua – finalmente se giró para mirarme–. ¿Estás pensando lo mismo que yo, tú?

–¿Tres horas de camino si el tiempo es bueno?

Sus ojos escrutaron las nubes, todavía más cerca que antes.

–No creo que vaya a ser el caso. De todas formas, con las mochilas serían cuatro horas.

Intenté que mi voz no sonara demasiado grave.

–No tenía pensado llevárnoslas.

Henry arqueó una ceja.

–¿Vas a ponerte a dar coces? Creo que te han crecido unos cojones de caballo.

–Son sólo tres horas...

–Con buen tiempo. Y no será buen tiempo lo que tengamos –Henry estaba mirando el reloj cuando una fuerte racha de viento hizo que encogiéramos la espalda–. Incluso así, llegaríamos de noche –yo continuaba mirándolo–. Si nos quedamos aquí, atrapados y sin provisiones, podemos darnos por muertos.

–Sí, pero moriremos con honor –me hacía gracia ser el tipo duro para variar.

–A mí me preocupa más morir congelado, tú.

–Tengo que encontrar a ese chico, vivo o muerto.

Me quedé mirando a Henry mientras se erguía y se giraba en dirección a Omar, que estaba junto al morro del helicóptero de brazos cruzados. Los cuarenta y cinco minutos de mi chaleco salvavidas habían expirado y el piloto se disponía a largarse al doble de la velocidad permitida. Me planteé por un momento decirle a Henry que se diera la vuelta sin mí, pero habría sido un insulto para él, así que me quedé allí quieto, esperando.

–Si lo encontramos muerto, lo dejamos aquí, tú.

–De acuerdo –mentí yo.

–Sacaré algunos víveres de la mochila. Me niego a quedarme aquí sin agua y algo de comida.

–Siempre podemos comernos a George, si es que damos con él –observé cómo Henry cruzaba el risco en dirección a la tienda, donde habíamos dejado las mochilas. Su paso parecía haber perdido parte de su garbo natural. Le grité–: ¿Cuánto falta para que empiece a nevar?

Me respondió sin darse la vuelta.

–¿Cómo coño quieres que lo sepa, tú?

Quizá fuéramos a morir. Trepé por la pendiente en dirección a Omar y su helicóptero.

–Tienes que salir de aquí.

Omar se encajó las Ray-Ban en la nariz.

–¿Qué vas a hacer?

–Vamos a seguir el camino que lleva a West Tensleep. El chico está ahí arriba en alguna parte, supongo que lo único que puedo hacer es ir donde está el agua.

–¿El indio y tú?

Miré mi reflejo en las lentes polarizadas.

–Pues sí –no quería que sonase tan a la defensiva, pero así es como me salió. Omar no dijo nada, se limitó a abrir la puerta de la cabina y se inclinó en el interior para sacar una PDA. A continuación, me la entregó. Las hélices cabecearon ligeramente cuando otra racha de viento barrió el valle.

–Está sintonizada en tu frecuencia, así que si necesitas hablar con alguien, no deberías tener problemas, siempre y cuando tengas señal.

–Gracias.

Se quedó mirándome un momento, como si quisiera retenerme en la memoria. No puedo decir que fuera una sensación agradable.

–Me he fijado en que ahora llevas el Weatherby.

–Nos hemos cambiado las armas.

Omar sopesó mis palabras un momento.

–Asegúrate de que siempre camine por delante de ti –dijo con severidad–. No estoy de broma.

Lo miré fijamente y pensé en decirle un par de cosas.

–Estaremos bien –esperé un momento–. ¿Te importaría ponerte en contacto con Ferg y Vic y decirles que se encuentren con nosotros en el aparcamiento de West Tensleep? –los dos miramos en dirección a la tormenta–. Diles que traigan café caliente.

Omar suspiró profundamente, se subió al helicóptero y mantuvo la puerta abierta con el pie. Empezó a accionar botones y desde el interior del aparato brotó un chirrido que hizo que las hélices se pusieran en movimiento. Omar hizo ademán de ponerse los cascos pero se detuvo, se inclinó hacia un lado con la puerta todavía abierta y gritó para hacerse oír en medio del creciente fragor del motor.

–Dile al indio que si sale de aquí él solo... –esperé a que continuase–. Lo mataré.

Agaché la cabeza, sostuve el rifle con ambas manos y bajé la pendiente del risco. Los lagos se reflejaban en la superficie oscura del exterior del helicóptero. Despegó de entre las rocas con rapidez y viró hacia el centro del valle, mientras algunos trozos de ramas de pino caían al suelo. Una fuerte ráfaga de aire golpeó el helicóptero en el flanco y lo obligó a perder altura, amenazando con hundirlo en el lago. Omar se desvió de la corriente y convirtió la entrada en pérdida en un viraje que lo llevó a la otra punta del valle. Continué

observándolo durante un minuto mientras ganaba altura y se introducía por el paso en dirección a la ladera, camino de la seguridad del aeropuerto internacional de Durant. Recorrí el resto de la pendiente y me encontré con Henry en el risco.

–Neiman Marcus ha decidido no premiarnos como pasajeros VIP.

–Eso es lo que se consigue por volar en tercera clase –Henry me pasó una versión reducida de mi mochila–. He arrancado la parte superior para hacer una riñonera. Los dos llevamos dos botellas de agua y algo de comida, eso es todo.

–Unas gotas de vino del color del rubí, un pedazo de pan, un buen libro de versos y tú... –Henry no articuló palabra pero se dio la vuelta y comenzó a descender por la ribera del lago que quedaba más al oeste hacia el sendero que nos sacaría de allí.

La bruma había empezado a cubrir las colinas por las que desaparecía el sendero. Las nubes más bajas habían dado paso a una niebla que comenzaba a engullir las montañas. Nosotros nos hallábamos entre sus fauces. No estaba demasiado seguro de por qué me sentía tan bien. Quizá fuera porque había advertido un desafío y lo había afrontado o quizá fuera porque no veía ninguna otra opción, pero me sentía bien, así que decidí no arruinarlo con demasiadas recriminaciones. Apreté el paso y me situé junto a Henry.

–No debería estar demasiado lejos, teniendo en cuenta que ha dejado todas sus cosas en el lago.

–O está muerto.

–Ojalá dejaras de decir eso.

Henry volvió el rostro hacia mí un poco, sin dejar de caminar.

–¿Tú irías a pescar tan lejos y dejarías todos tus víveres en el lago?

–No es el tío más listo de su clase.

–Puede.

–¿Qué se supone que significa eso?

Me fijé en que había atado a la escopeta un trozo de malla de la mochila, a modo de bandolera, para llevarla más sujeta al hombro.

–¿Te acuerdas del aspecto de George Esper, tú?

Me quedé pensando un instante.

–Sí.

–Yo recuerdo cómo era Cody Pritchard, qué aspecto tiene Bryan Keller y tengo una imagen clara de cómo era Jacob Esper, pero cada vez que pienso en George, siento no poder enfocar la imagen.

Me acordé de las fotografías, las que tenía guardadas en el expediente del caso Pájaro Pequeño, las que había recortado del anuario del instituto de Durant. Las había examinado lo suficiente los últimos años como para haber sido capaz

de recordar todos y cada uno de los rasgos de la cara de George Esper, pero no podía. Agité la cabeza.

–Mira, quizá nos estemos agobiando por nada. Puede que simplemente esté esperando a su hermano.

Henry continuó bajando por el sendero en cuesta y gritó por encima del hombro:

–Pues va a estar esperándolo un buen rato, tú.

Trepamos la ladera de la colina por el camino zigzagueante que había trazado el Servicio Forestal. Conducía a un saliente de granito por el que discurría la esorrentía de los lagos, para luego desembocar en las rocas de más abajo. El viento había vuelto a levantarse y el frío se cebaba con cada centímetro de piel descubierta de las manos, orejas y cuello. Escruté el valle y el sendero que tendríamos que usar cuando la nieve comenzara a cubrir absolutamente todo en un radio de cuatrocientos metros. En dos minutos, la tormenta caería sobre nosotros. Henry también se había detenido para ponerse la capucha de la Bomber y volver la vista a los lagos. Le di un empujón en el hombro.

–Teniendo en cuenta la situación, ¿por qué no cuentas algo alegre?

Le observé mientras se ataba la capucha al cuello.

–Creía estar haciéndolo.

Se cambió la escopeta de hombro y lo cogió en brazos, luego miró el sendero y la tormenta de nieve que se abría entre nosotros y, a continuación, los lagos en la distancia. Sus ojos se suavizaron con la vista y, de repente, pareció apenado.

–Estos... chicos. Cuando hicieron aquello a mi sobrina... Para mí, dejaron de existir. Para bien o para mal, desaparecieron –sus ojos se encontraron con los míos–. ¿Me entiendes, tú? –sus ojos se quedaron conmigo–. Es lo mejor que podía ofrecerles.

Me quedé un momento esperando, pues creí que quería añadir algo más.

–Está bien.

Henry sonrió y volvió a echarse la escopeta al hombro.

–De bien nada, pero tendremos que conformarnos con lo que hay –continuó sonriendo y luego le puso la capucha a los guantes desmontables y estiró los dedos por el interior de la lana. Su sonrisa me hizo entrar en calor a pesar de que los copos de nieve empezaban a rozarme la cara. Levantó una zarpa y golpeó el hombro dos veces.

–De todas formas... La venganza es un plato que se sirve frío –y, con esas palabras, se dio la vuelta y echó a caminar entre las nubes bajas y el torbellino de nieve que acababa de alcanzarnos.

Oí un rumor de tambores al son de un ritmo pausado, mientras las anchas

espaldas de Henry emprendían el camino de bajada. El mundo comenzó a volverse blanco y, entonces, Oso desapareció.

A pesar de que la nieve y la distancia entre nosotros amortiguaban los sonidos, oí el disparo.

Habíamos estado luchando por abrírnos paso entre la nieve y la ventisca. Aquella era una tormenta temprana, así que los copos eran tan grandes como dólares de plata y, con la fuerza del viento, impactaban con la misma energía. Henry y yo nos habíamos abierto camino a lo largo del pequeño repecho, manteniéndonos a la derecha del sendero que seguía el curso general del torrente y habíamos pasado Mirror Lake sin ningún resultado. El agua continuaba discurriendo con rapidez proveniente del valle a mayor altura y era posible oírla cuando el viento amainaba, cosa que hacía pero cada vez con menos frecuencia. La ventisca ya estaba sobre nosotros, la visibilidad se había reducido a unos seis metros y no se distinguía prácticamente nada más que el arroyo.

El camino del Servicio Forestal permanecía visible porque discurría a lo largo de la cuenca del arroyo, pero, en una hora, el surco que marcaba el sendero quedaría cubierto por la nieve que se iba acumulando rápidamente. Me consolé un poco al pensar que la parte del camino que conducía al aparcamiento de West Tensleep no sólo estaba cubierta de árboles sino que además era cuesta abajo y no nos quedaba demasiado para llegar a esa zona, pero a medida que avanzábamos, el corazón se me encogía un poco más, porque sabía que no íbamos a encontrar a George Esper. Me había venido a la mente la imagen de los huesos de George, desperdigados por los animalejos cuando llegase la primavera, el blanco oxigenado sobre el verde de los pastos frescos. Observé cómo la silueta de Henry se disipaba entre las ráfagas blancas de nieve. Cada vez que desaparecía por completo, aceleraba el paso, buscando el consuelo en esa forma oscura que caminaba por delante de mí.

¿Estaría por ahí el asesino? Los dos últimos asesinatos habían tenido lugar en sitios de fácil acceso por carretera, lo que le permitía entrar y salir con rapidez, así que no creía que anduviera cerca. Pero, entonces, ¿qué pasaba con las huellas? Se trataba de botas muy corrientes, tan corrientes como la talla, de manera que la posibilidad de que George, Jacob y un tipo de Casper llevaran el mismo calzado no era ningún disparate. Estaba a punto de convencerme a mí mismo de que se trataba de una coincidencia cuando oí el disparo. Y no era el sonido de la Remington que sabía que Henry llevaba.

Había sido cerca, tan cerca que pensé que tendría que haber visto el

resplandor del cañón del arma. Normalmente, oír el sonido de un disparo cuando no te lo esperas es como meter los dedos en un enchufe, pero con ese disparo creí haber metido los dedos en una caja de fusibles. Sé que pegué un salto porque tuve que sujetarme para no escurrirme sobre la tierra helada y caer a las gélidas aguas.

No soy consciente de haber echado a correr ni de lo rápido que cubrí la distancia entre los dos, pero lo siguiente que vi fueron dos figuras bien diferenciadas envueltas en un torbellino de nieve. Una de ellas estaba sentada en el camino con las piernas estiradas e inclinada hacia delante, la otra estaba reclinada sobre la primera y sostenía algo entre las manos. Con el aullido del viento no me oyeron acercarme, aunque estoy seguro de que mis zancadas y mi respiración entrecortada hacían tanto ruido como para despertar a un muerto. Por alguna razón, no me había descolgado el rifle durante mi carrera, lo tenía todavía enganchado al hombro y agarrado con las dos manos.

Sentí haber caído dentro de un cuadro impresionista: los trazos de los copos de nieve daban a aquella escena un aire irreal. Cuando llegué hasta ellos vi que Henry era el hombre que yacía en el suelo. Yo golpeé al otro, no era una persona grande y no lo reconocí cuando chocamos. Sé que no se lo esperaba porque no opuso resistencia cuando me empotré contra él. Llevaba el rifle delante de mí, pero no lo usé para golpearlo sino como si fuese un ariete. En retrospectiva, supongo que podría haberlo usado de una forma más estratégica, pero no hubo tiempo para muchos cálculos.

Cuando cayó, caí con él en medio de una nube de nieve. La primera vez que golpeamos el suelo, el rifle se levantó y me dio en el puente de la nariz, pero la mayor parte del impacto se la llevó la cabeza del otro, que rebotó cuando el cañón del Weatherby le sacudió con fuerza en la mandíbula. Durante la caída lo aplasté con todo mi peso y había escuchado el crujido de un hueso al romperse. La segunda vez que golpeamos el suelo fue la última y caímos enredados por el terraplén que iba de la ribera al arroyo, rebozados en barro. Sentí un dolor agudo en el lado izquierdo del torso: algo había atravesado mi abrigo aislante y se me había clavado en las costillas flotantes y entonces oí una detonación amortiguada. A pesar de estar en medio de un vendaval, el olor a pólvora quemada y a cuarcita impregnaba el aire. Bajé una mano al sitio donde debía estar la pistola y rocé el pequeño revólver que se había quedado aprisionado entre nuestros diafragmas. La mano que lo agarraba estaba flácida. Había sangre derramada entre los dos y no sabía decir si era a causa de la caída o si alguno de los dos había recibido un disparo. Arranqué el revólver de la mano de quienquiera que fuese y me quedé un momento allí tirado para asegurarme de que estaba realmente noqueado para poder recobrar el aliento. Un momento después, la voz grave de Henry resonó en medio de la ventisca.

–¿Estás herido?

Tenía la voz pastosa, por lo que supe de inmediato que el que estaba herido era él. Gruñí, aparté el cuerpo inerte y me toqué el costado. Miré hacia arriba desde el fondo del barranco.

–No, no creo. Sólo estoy intentando que mi corazón vuelva a su sitio. ¿Y tú?

–¿Quién es?

Me enderecé apoyándome en un codo y contemplé a mi víctima. Tenía la cara girada y enterrada en la capucha de su abrigo de gore-tex. Utilicé el cañón del rifle como palanca para colocarme en una postura más propicia para mirarlo y extendí el brazo para volverle la cara hacia mí. La mandíbula rechinó un poco cuando le moví la cabeza, revelando que había sufrido algún daño, pero, aparte de tener el maxilar ladeado, la cara pertenecía a una versión de Jacob Esper pasado por agua.

–George Esper.

Henry todavía tenía la voz espesa, pero parecía un poco más animado.

–¿Le ha alcanzado algún disparo, tú?

–No lo sé.

–Compruébalo. Yo puedo esperar.

Me senté por completo y, aunque examiné la zona donde pensé que podría haber recibido algún tiro, no encontré nada. Estaba a punto de anunciarlo cuando me fijé en un pequeño desgarró en sus pantalones de montaña.

–Mierda... –me quité un guante y pasé la mano por encima de la tela negra. Estaba empapada de sangre–. Mierda.

–¿Lo ha alcanzado alguna bala?

–Pues sí –le rasgué los pantalones para descubrir una herida de entrada y salida en la parte delantera del muslo–. Daño subcutáneo, posiblemente de los músculos del muslo, pero no ha tocado el hueso ni las arterias principales.

–¿Puedes detener la hemorragia?

Suspiré.

–Quizá sí, pero no será capaz de caminar –cogí un guante, lo volví del revés y coloqué el cuero recubierto de lana sobre los dos agujeros, buscando a mi alrededor algo con que sujetarlo. Todavía llevaba la riñonera atada, así que tiré las botellas de agua y la vacié, amarrándosela alrededor de la pierna. Le levanté la cabeza y le abrí un párpado. Sólo se le veía el blanco del ojo, no daba señales de volver en sí. Había visto que el pecho subía y bajaba, pero le tomé el pulso sólo para asegurarme de que no lo había matado. Su pulso era fuerte, pero George continuaba inmóvil. Volví a examinarle la pierna y luego recogí el Smith and Wesson Detective Special del calibre 38. Accioné el resorte y observé los dos casquillos y las dos balas que quedaban. Saqué los casquillos, alineé el tambor en una recámara vacía y volví a amartillarlo en posición de disparo,

manteniendo la recámara libre alineada con el cañón. Me lo metí en el bolsillo, recogí el agua y trepé por el barranco hasta llegar donde mi amigo, que seguía sentado en el camino.

A medida que me acercaba, tenía una imagen más clara de él y observé que la nieve había empezado a acumularse contra sus piernas extendidas. Oso se había cruzado de brazos y tenía la capucha tan calada que parecía estar intentando dormir. La Remington 870 descansaba en su regazo. Me arrodillé junto a él y lo miré a los ojos: los tenía hundidos.

—Déjame ver —Henry dejó caer lentamente las manos a ambos lados y sólo entonces noté que tenía los guantes de lana empapados de un líquido oscuro. El abrigo se abrió para revelar un agujero de bala en el abdomen, justo por encima del ombligo, ligeramente a la derecha. La sangre le había empapado el faldón de la camisa y la ropa interior térmica y se le estaba haciendo un charco en el regazo. Tragué saliva y se me escapó una palabra antes de que pudiera detenerla.

—Mierda.

Henry se echó a reír pero se detuvo cuando el movimiento del torso le causó Dios sabe cuánto dolor.

—Por favor, me estás agobiando con tu optimismo.

No tenía ni idea de dónde podía estar la bala o del daño que podía haber causado a su paso. Con las heridas abdominales siempre existe la posibilidad de que haya un desgarramiento traumático en uno de los órganos vasculares, lo que provoca con frecuencia hemorragias masivas en el abdomen. La tasa de mortalidad por herida de bala se me pasó por la cabeza. El porcentaje dependía de si se trataba del hígado, 30 por ciento, el riñón, 22 por ciento, el estómago, 18 por ciento, o los intestinos, 12 por ciento. Los números crecían geométricamente cuanto más me concentraba en lo lejos que estábamos de una paracentesis en condiciones, de un lavado peritoneal o de una tomografía computarizada, también conocida como TAC. También pensé en todo el tiempo que había pasado en la sala de espera de Urgencias adquiriendo unos conocimientos no deseados y en cuánto deseaba estar en una sala de esas en ese preciso instante.

—Tenemos que detener la hemorragia.

Henry continuó sonriendo.

—Sí, tenemos que hacerlo, tú.

Volví del revés el otro guante y lo coloqué sobre la herida.

—¿Te duele arriba o abajo?

Henry gruñó cuando sostuve el guante sobre la herida.

—¿En términos de tolerancia o de localización?

Mis ojos se encontraron con los suyos.

—¿Dónde te duele?

Se rió sin fuerza.

—No más arriba de la herida.

—¿A la izquierda o a la derecha?

Se lo pensó, concentrándose en el dolor.

—Se diría que está alojada a la derecha.

Suspiré y miré su riñonera rota. Comencé a desabrocharme el cinturón, tratando de recordar si a Henry le habían extirpado el apéndice.

—Ya sabes, si se hubiera ido demasiado a la derecha...

Le pasé el cinturón por detrás y apreté la hebilla y, por supuesto, no había agujeros donde los necesitaba.

—¿Tienes una navaja de bolsillo? —empezó a trastear en uno de los bolsillos del pantalón, pero le aparté las manos con cuidado y las coloqué encima del guante, ahora empapado—. Sujeta eso —pesqué la navaja y resultó ser un estilete de mango de hueso con una hoja de trece centímetros. Agité la cabeza mientras lo abría y horadaba el cuero en el punto que había marcado con la hebilla. Henry gruñó cuando por fin conseguí colocarlo encima del guante.

—¿Demasiado apretado?

—No.

Saqué la radio de la funda de la parte de atrás del pantalón, maravillado de que siguiese allí después de todas mis acrobacias. Hice girar la ruedecita que tenía en el lateral, oí las interferencias y pulsé un botón.

—Oficina del *Sheriff* del condado de Absaroka, al habla la Unidad Uno, ¿me recibe, Base? ¿Unidad Dos?

Solté el botón y oí unas cuantas interferencias más.

—Vamos, ¿hay alguien ahí? —nada. Miré a mi alrededor. Las montañas que nos rodeaban, cubiertas de nieve y envueltas en la bruma, también tenían parte de culpa en la mala cobertura. Creí escuchar el fantasma de una voz en la frecuencia de radio—. ¿Alguien me recibe? Tenemos una emergencia. ¿Hay alguien? —me quedé escuchando, pero la voz no volvió a pronunciarse. Me giré y miré a Henry.

—¿Qué ha pasado? La versión resumida.

Henry se aclaró la garganta.

—Estaba de pie en medio del camino cuando lo vi, así que yo me detuve y él disparó.

—¿Dijo algo?

—No.

—¿Y tú?

—Creo que puede que gritara antes de llevarme las manos al estómago y caer al suelo, pero eso es todo.

Pulsé el botón de la radio.

–Aquí la Oficina del *Sheriff* del condado de Absaroka, al habla la Unidad Uno, ¿alguien me recibe? –esperé un momento–. Si alguien puede oírme, tengo dos hombres heridos y necesito ayuda en el sendero del Gemelo Perdido. Necesito refuerzos y una ambulancia. Si alguien puede oírme, le agradeceré enormemente su ayuda.

–Eso sería quedarse corto, tú.

Suspiré.

–¿Crees que le sorprendiste?

–Sí, pero teniendo en cuenta todo esto me parece que él me sorprendió aún más –miró en dirección a George, que estaba empezando a convertirse en un montículo de nieve–. ¿Se ha desmayado?

Miré por encima del hombro.

–Sí.

Henry me puso una mano ensangrentada encima del brazo.

–Será mejor que te marches.

Me giré y me arrodillé para comprobar si a George se le habían dilatado o contraído las pupilas. Por ahora parecían normales. Estaba concentrado en eso, así que me llevó un momento procesar lo que acababa de decir.

–¿Qué?

Le hizo un gesto al postrado George Esper.

–Tienes que sacarlo de aquí.

De golpe entendí lo que estaba diciendo.

–No voy a dejarte aquí.

Henry agitó la cabeza despacio.

–No tienes otra elección, tú. George es más pequeño que yo, con él podrías conseguirlo.

–No voy a dejarte aquí.

Henry sonrió.

–No te equivoques, no tengo ninguna intención de morirme. Me quedaré esperándote aquí.

–Pero cuando regrese ya habrá anochecido, estaremos en medio de una tormenta. No te encontraremos.

–Entonces tendré que encontraros yo a vosotros.

Encorvé un poco la espalda, pero continué mirándolo fijamente.

–Vale, deja ya esa mierda mística. Te han disparado, las posibilidades de que sobrevivas ya son lo suficientemente escasas como para que te dediques a merodear por ahí –su sonrisa se entristeció un poco–. ¿Qué?

–Esa mierda mística es la que va a salvarme la vida.

Aparté la vista y suspiré.

–Lo siento.

–¿Me haces un favor, tú?

Enarqué una ceja.

–No voy a poner fin a tu sufrimiento.

–Tengo una bolsita en el bolsillo delantero, ¿serías tan amable de cogerla? – extendí la mano al bolsillo delantero de su abrigo, desabroché la tapa y saqué un saquito de terciopelo verde con un caballo encabritado y un guerrero bordados en el frontal. Tenía cuentas y plumas cosidas en el cierre y se apreciaban una serie de objetos sobre la suave tela, algunos reconocibles y otros un completo misterio. Le pasé la bolsa de medicina india y no volvimos a mencionarla-. Tienes que llevártelo –se le volvió a iluminar la sonrisa-. Quién sabe, puede que el clima coopere –hizo una mueca y cambió de postura.

–¿Dolor?

–No, tengo un montón, gracias.

Me entraron ganas de pegarle.

A pesar de nuestras esperanzas, el viento soplabla cada vez más fuerte y la niebla a ras de suelo había hecho su aparición, por lo que no se veía a más de tres metros. Volví a girarme para estudiar a George y estuve valorando los setenta y tantos kilos con los que tendría que cargar durante los próximos tres cuartos de hora. Al menos era cuesta abajo. Un pie que sobresalía por encima del desnivel atrajo mi atención y me pregunté si sería una bota Vasques del 43. Cuando me di la vuelta, Henry se había echado la capucha un poco hacia atrás y tenía la mirada afilada.

–Ahora debes marcharte, tú.

Cuanto más esperara, menos probabilidades de sobrevivir tendría él.

–¿Quieres que te lleve junto a uno de los árboles para que estés un poco más resguardado?

–No, no pienso moverme hasta que regreses –encajó la mandíbula con tanta fuerza que los músculos a ambos lados de la cara se hincharon como puños. Deseé con todas mis fuerzas que me hubieran disparado a mí. Me desprendí del abrigo, después de sacar la botella de agua, y le puse otra capa encima a Henry-. ¿Qué estás haciendo?

–Si voy a sacarlo de aquí, estaré sudando como un cerdo cuando llegue. Tú necesitas el abrigo más que yo –abrí la botella y me la bebí de un solo trago.

–Vete.

Me incliné para rescatar las botellas de agua que se habían caído en el camino. Henry me observó mientras volcaba parte de mi frustración lanzándolas tan lejos como podía. Nos quedamos escuchando cómo golpeaban las ramas de los árboles en la lejanía y caían al suelo con un ruido sordo y satisfactorio. Me di la vuelta y lo miré mientras lanzaba la botella vacía colina arriba.

–Prométeme que no te comerás la nieve.

–Te lo prometo.

Le dirigí una sonrisita.

–Pensé que debía decírtelo: voy a sacarte de la lista de sospechosos oficiales.

–Todo un consuelo, tú –naturalmente aquello no era consuelo alguno, pero apoyé la mano en su hombro y los dos nos entendimos sin necesidad de decir nada.

Me levanté y recorrí el pequeño terraplén para detenerme junto a las botas de George: Vasques del 43. Aparté la nieve y traté de sacar al todavía inconsciente Esper de su estado narcoléptico. Si volvía en sí, cabía la posibilidad de que yo pudiera cargar con Henry y que todos saliésemos de allí, pero no obtuve respuesta, así que le registré los bolsillos, encontré las llaves y me las metí en el bolsillo de mi mono Carhartt. Si no había nadie esperándonos, al menos tendría algún sitio donde dejar a George, pero si allí no había nadie, ¿cómo iba a conseguir sacar del bosque a un herido de bala de cien kilos? Decidí resolver los problemas uno a uno. Agarré a George de un brazo y me lo pasé por encima del hombro para levantarlo. No pesaba tanto como pensaba, no debía de llegar a los setenta kilos, cosa que me dio ánimos. Me quedé de pie con George echado sobre los hombros y enderecé la espalda, a pesar de que la mayor parte del peso del chico se acumulaba en mi costado derecho. No iba a ser fácil, pero abandonarlo estando inconsciente y echar a correr como un loco por el sendero no me parecía la mejor opción. Terminaría muriendo de hipotermia, aunque no estaba seguro de que a Henry no fuera a sucederle lo mismo y, la verdad, si tuviera que apostar por quién de los dos podría superar la prueba y resistir con vida, me jugaría todo mi dinero a favor de Oso. Subí con cuidado el pequeño terraplén hasta el camino y me detuve para mirar mi abrigo.

–¿No podías haberle disparado tú primero?

No levantó la cabeza, pero su voz retumbó en el bosque.

–¿Tú qué crees?

Pensé en darle una patada en el pie a modo de respuesta, pero sabía que debía evitar cualquier movimiento innecesario, gestos de cariño incluidos, así que encaré el viento, me coloqué a George un poco más arriba y di el primer paso de los muchos que vendrían.

Justo un poco más allá del lugar de los hechos, me topé con una caña de pescar y una cesta apoyadas junto al camino. Le pegué una patada a la cesta pero estaba vacía. A George le había abandonado la suerte. Me sentía frustrado y estaba empezando a cabrearme, así que utilicé esas emociones como combustible para continuar. El problema de la rabia es que, una vez que la has quemado, te quedas con el tanque vacío. Me detuve para recuperar el aliento. Pensé en quitarme a George de encima y descansar un poco, pero no lo hice

porque tenía miedo de que el esfuerzo de volver a cargar con él fuera más de lo que podía soportar. Eso era lo que había. Y luego estaba Henry.

Mientras caminaba, lo escuchaba cantar. Su voz grave se abría paso entre el aullido del viento y se fundía con él para dispersar su fantasmal melodía por todo el valle. Había escuchado cantar a Henry varias veces en ceremonias religiosas de la reserva y en los *powwow* a los que me había arrastrado. Siempre me sorprendía el timbre de su voz. Daba por hecho que era una voz fuerte y poderosa, pero las complicadas cadencias que expresaba, la capacidad de cambiar de tonalidad tantas veces como fuera necesario, siempre me hacía sonreír. Los buenos amigos son aquellos que siempre están a tu lado pero que nunca pierden la capacidad de sorprenderte. Escuché mientras el ritmo del cántico me transportaba más lejos y su voz me acompañaba por el largo descenso al valle de West Tensleep.

No sabía qué cántico estaba entonando, no sé cuál era el significado de la letra y no quería saberlo. Me limité a escuchar la compleja melodía y dejé que impregnara mi corazón y mi mente, como si el sonido de otras pisadas se uniese a las mías y compartiera la carga de George Esper. Pisadas antiguas, tan antiguas como las montañas y tan perdurables como ellas. Escuché que otras voces se unían al cántico de Henry, voces fuertes, voces que no sólo resonaban en el valle sino también desde dentro del mismo. Los Ancestros Cheyenes estaban conmigo, podía sentir su fuerza mientras continuaba caminando por el sendero, aplastando la nieve a mi paso. También se sentía un rumor de tambores. Se acoplaba a mi paso a la perfección, marcando un ritmo sencillo y haciendo que mis piernas continuasen en movimiento. Me sentía fuerte, tan fuerte como no me había sentido en muchos años, puede que en mi vida. Advertí que mi aliento se concentraba delante de mí, como si el viento no pudiera arrastrarlo. El aire gélido le sentaba bien a mis pulmones y me sentía como si pudiera echar a correr, pero el batir de los tambores me obligaba a marcar el paso, así que me contuve.

Sentía como si los Ancestros Cheyenes me retaran a salvar a mi amigo, al mismo tiempo que ellos trataban de llevárselo al Campamento de los Muertos. Un buen desafío, algo apasionante, un reto que me tocaba muy dentro, pero yo no lo consentiría. Miré las sombras que caminaban junto a mí. Sonreían y desaparecían como flechas entre los árboles, saludándome con un gesto cuando nuestros ojos se encontraban. Portaban bastones de mando pero los mantenían fuera de mi alcance. Sus pasos eran tan firmes como los míos y fue sólo un rato después cuando me di cuenta de que estaban perfectamente acompasados. Les sonreí para darles a entender que su compañía era bien recibida, pero que su misión no. Podían tomárselo como una sonrisa o como que alguien les estaba enseñando los dientes. No importaba: volvería a pasar pronto por aquí y estaría

encantado de que se unieran a mí, pero que no se interpusieran en mi camino. Iban vestidos con taparrabos de verano y mocasines en los pies, pero el frío no parecía afectarles más que a mí. Uno de ellos asintió como si comprendiera y se deslizó entre dos pinos muy próximos entre sí para después desaparecer al otro lado.

Había un repecho en el camino y sólo entonces me di cuenta de que las encías se me estaban congelando, porque estaba sonriendo, porque sabía lo que me esperaba. Alargué las zancadas y los cánticos siguieron mi ritmo. Había dormido muy poco en las últimas veinticuatro horas, tenía más de medio siglo y nada de eso importaba. El chaval con el que cargaba a la espalda no pesaba más que una enorme bolsa de patatas, así que daba un paso y luego otro y otro más.

A pesar de que el cielo estaba totalmente cubierto, sabía que el sol se estaba poniendo, pues el valle estaba ligeramente más sombrío. Me concentré en mis pies, dejando a los Ancestros Cheyenes con sus cosas, e intenté no escurrirme en las partes del camino donde el hielo se había acumulado. Tenía razón respecto al calor: ya estaba sudando y la ropa se me empezaba a pegar al cuerpo, se endurecía y me ralentizaba. Noté un principio de dolor y cansancio en los músculos al alcanzar la entrada de una curva que se abría a un pequeño valle, la recordaba de años atrás. El viento me golpeó como una puerta batiente, obligándome a dar un paso atrás, antes de poder recuperarme y continuar hacia delante, todavía concentrado en los pies.

El peso que llevaba a la espalda empezaba a pasar factura cuando noté algo junto a mis botas, algo que se colaba en mi campo de visión. Se trataba de un bastón forrado en piel, con cuentas pequeñas y plumas, que ahora sabía que eran de búho. Levanté la cabeza. Me caían regueros de sudor por en medio de la espalda y por la cara. Había alguien en el sendero, justo delante de mí, caminando marcha atrás, al mismo paso que yo. Se trataba de un hombre grande con el pelo como Henry y, cuando entorné los ojos para que no me entrara nieve, me di cuenta de lo mucho que se parecían. El rostro era más severo y más delgado, tenía cicatrices donde Henry no tenía ninguna, pero no había lugar a dudas de que eran parientes. Tenía los ojos entrecerrados y eran como dos trozos de obsidiana afilada que miraban de izquierda a derecha. Tenía la misma mirada que un perro cuando se encuentra con un hueso.

Me subí a George un poco más arriba de la espalda y seguí mi camino, mientras el guerrero continuaba retrocediendo, manteniendo el extremo del bastón a apenas unos centímetros de mi estómago. Cada vez que yo daba un paso hacia delante en un intento de sobrepasar el cayado, él retrocedía exactamente a la misma velocidad, como si el vaho que formaba su aliento sólo manase para que yo lo capturase con mi propia respiración, como si los dos

respirásemos el mismo aire. Ambos nos conformábamos con eso y acompañamos nuestros pasos. Yo me incliné hacia delante, caminando como un extraño animal de cuatro patas.

El guerrero me ofreció una sonrisa con los labios apretados y la luz que se reflejaba en sus ojos iluminó el camino que se abría ante nosotros. Me pilló mirando algo grande y cuadrado que se intuía en la distancia, que quedaba por encima de su hombro derecho. Se movió enarbolando el bastón, que no me dio por los pelos, y pude oler el aroma de la hierba y el cedro. Volví la vista atrás mientras me sonreía y sus palabras fueron el murmullo de muchas voces: «A veces, los sueños son más sabios que la realidad».

Asentí con la cabeza y me reí tanto que el peso de George Esper sobre la nuca me obligó a inclinar la cabeza. Cuando re Coloqué al chico y levanté la vista, el guerrero que había en el camino había desaparecido. Miré a mi alrededor: lo único que se veía era la parte de atrás del mapa de dos metros que mostraba el camino hasta el Gemelo Perdido. Me reí un poco más mientras rodeaba los postes que sustentaban la señal, me apoyé en ella y me fijé en la nieve que se había amontonado en el lado en la cara norte. Me adentré en la nieve: el peso de dos hombres hacía crujir la grava bajo la capa que recubría el aparcamiento.

Este tenía dos niveles. Y yo recé deseando que el que quedaba más abajo, que también era el más cercano, fuera el que George había elegido para aparcar. El terreno estaba más alto en los puntos donde los miembros del Servicio Forestal habían utilizado traviesas de tren como topes para los coches. Eché a andar junto a ellas hasta que, literalmente, me empotré contra el guardabarros de un vehículo cubierto de nieve. En el proceso, casi dejó caer a George sobre la trasera del coche. Recuperé el equilibrio y me giré hacia el pequeño todoterreno, extraje las llaves de George del bolsillo y recé deseando que el coche fuera el suyo. Cuando alcancé la parte de atrás del vehículo, aparté la nieve de la carrocería con una mano y leí con satisfacción las letras cromadas parcialmente expuestas: Mazda. Por intentarlo, accioné el tirador de la puerta y, sí, el maletero se abrió con un pequeño clic. Levanté la puerta y dejé caer a George con suavidad como si fuera una bolsa de la compra. Había una manta de viaje y lo envolví con ella y, tras comprobar cómo tenía la pierna, cerré el maletero, le di la vuelta al coche como pude y abrí la puerta del conductor. Me deslicé en el asiento. El volante me apretaba la barriga, así que accioné una manivela y el asiento se echó hacia atrás de golpe. Cogí el llavero y, tan pronto me lo permitieron mis dedos congelados, separé la llave del Mazda del resto y la introduje en el contacto mientras le advertía con determinación:

—Más te vale arrancar.

Giré la llave y el motor rugió, a la vez que el CD de un grupo *heavy metal*

irreconocible que estaba puesto en el reproductor a todo volumen. Pegué un puñetazo en el salpicadero e hice saltar unos cuantos botones, que acabaron sobre la esterilla. Me quedé allí sentado un instante en relativa calma, luego me incliné y puse la calefacción a tope, enfocando todas las rejillas hacia la parte de atrás.

El depósito de gasolina estaba lleno en tres cuartas partes. Supuse que podía dejar el motor encendido, volver a por Henry y todavía quedaría gasolina para que todos pudiéramos salir de allí. Lo que me hubiera gustado saber era dónde estaban mis refuerzos. Si todo el mundo había entendido mi plan, debería haber ya alguien allí. Bajé las ventanillas apenas un centímetro, por si a George le abandonaba todavía más la suerte y se acababa asfixiando por ingestión de monóxido de carbono. Oí un gemido procedente de atrás. Pasé un brazo por el asiento del conductor y le eché un vistazo al bulto que había bajo la manta.

George empezó a pasarse la mano por la mandíbula mientras se sujetaba la pierna con la otra.

—Og, Güios —sonaba a jerigonza, pero todavía se podía distinguir lo que decía.

—¿George?

Uno de los dos ojos se abrió un poco para luego cerrarse rápidamente.

—¿Güé?

—¿Sabes quién soy? —el ojo volvió a abrirse a medias y el chico se esforzó por reconocer mi cara—. Soy el *sheriff* Longmire, ¿te acuerdas de mí? —George asintió ligeramente—. George, nos encontramos en una situación muy grave, así que necesito que entiendas lo que voy a decirte.

George hizo una mueca y levantó un poco la cabeza.

—Pogqué megüele la pieгна...

—Sí, sé que te duele y me imagino que tu mandíbula no está en su mejor momento, pero necesito que me escuches. Estás malherido, pero te he estabilizado las heridas. No puedo hacer mucho más hasta que consiga sacarte de aquí. El problema es que tengo a otro hombre herido en el sendero y necesito ir a buscarlo.

—¿Elingdio?

—Te acuerdas de él, ¿eh? ¿Recuerdas haberle disparado? —George permaneció en silencio y no se movió—. Bueno, pues lo hiciste y ahora tengo que volver y traerlo.

George abrió los ojos un poco más y parpadeó.

—Elingdio igtegtó matagme...

—No, no lo hizo. Se llama Henry Oso en Pie y ha subido conmigo a la montaña para tratar de rescatarte —suspíré e intenté dar por cerrado el tema—.

George, estamos atrapados en una tormenta de nieve y tengo que volver a buscar a Henry antes de que resulte imposible encontrarle...

–Eligtegtó matagme...

–No, George, no intentó matarte, porque, si lo hubiera intentado, tú y yo no estaríamos teniendo esta conversación.

–¿Nome dispagó?

–No, te disparaste tú solo cuando tratabas de pegarme un tiro.

–Eligtegtó...

Me incliné hacia delante y lo miré fijamente para enfatizar mis palabras.

–¿George? Necesito que cierres el pico –debió de funcionar, porque George abrió mucho los ojos y esa fue la única parte de su cuerpo que se movió–. Esto es lo que necesito que hagas: que te quedes aquí y te mantengas despierto. ¿Me entiendes?

George asintió con la cabeza.

–Bien. He arrancado tu coche y la calefacción está puesta, así que esto va a caldearse bastante rápido. Ahora viene la parte importante –me incliné un poco más hacia delante–. No importa lo que tardemos, tú nos esperarás aquí. ¿Lo pillas? –lo miré fijamente un momento–. Bien, ahora quédate aquí y trata de entrar en calor. Volveré pronto, ¿de acuerdo?

Le quité la funda al asiento del acompañante y la arrastré tras de mí cuando salí del coche en medio de la nieve y el viento. Cerré la puerta y me envolví en la funda, echándomela por encima para formar una rudimentaria capucha. Saqué la radio de la parte de atrás del pantalón y le sacudí la escarcha antes de que se congelara por completo.

–Al habla Walt Longmire, *sheriff* del condado de Absaroka. Tengo una emergencia con dos hombres heridos. ¿Hay alguien ahí? Corto –esperé, pero la señal parecía aún más débil que antes.

Miré al otro lado del aparcamiento en dirección al inicio del camino, pero lo único que se veía aparte del techo del todoterreno eran mis pisadas, que se estaban llenando lentamente y que conducían a la nada. Volví a colgarme la radio en el enganche de la parte de atrás del pantalón y eché a andar. Me ceñí con fuerza la funda del asiento y descubrí que tenía en la parte delantera una serie de bolsillos de vinilo. Metí las manos ateridas en ellos y le di mentalmente las gracias a George por gastarse veinte dólares más en el modelo caro. Palpé el interior y encontré lo que parecía un abrebotellas y un trapo del coche, que me enrollé alrededor de la cara. Estoy seguro de que parecía un beduino: Ben el Napa. Me partí de risa pensando en la cara que pondría Henry cuando me viera así, estaría riéndose hasta la muerte.

Justo donde acababa el aparcamiento y empezaba, según creía, el camino, había una bajada brusca. Traté de orientarme entre la nieve, que me echaba para

atrás la capucha casera, pero no pude encontrar la señal. No era lo que se dice alentador el hecho de tener dos metros de alto y, al menos, uno y medio de ancho y no ser capaz de encontrarla. Volví a liarme el paño de nailon a la cabeza y continué caminando hacia delante con dificultad. Estaba pensando en lo mal que comenzaba mi búsqueda si no era capaz de encontrar ni la señal, cuando me di de bruces con uno de los postes de teléfono. La cabeza me dolía bastante, pero al menos había encontrado el primer indicio que señalaba la dirección que debía seguir.

Las ráfagas de aire me empujaban por la espalda y hacían ondear los extremos de mi improvisado poncho alrededor de mi cuerpo.

¿Qué estaba haciendo? ¿Qué había hecho? Me costaba pensar. Ahora estaba más oscuro y la nieve había arreciado. Los copos eran más pequeños que los dólares de plata de antes, apenas eran discos diminutos que se apiñaban en el aire, moviéndose a merced de las corrientes. Se arremolinaban, se detenían y luego se zambullían en la distancia, dándome la sensación de que me estaba cayendo hacia atrás continuamente sin importar todo lo que me encorvase hacia delante. Cerré los ojos para aclararme la cabeza, pero continuaba desorientado. Ya estaba mucho más oscuro: el sendero discurría montaña arriba y los árboles se apreciaban a ambos lados. Mientras me mantuviera entre ellos y continuara subiendo, acabaría por encontrarlo.

Henry no había estado presente durante el veredicto, pero eso no fue ninguna sorpresa, ya que tampoco asistió al juicio. No habíamos tenido contacto durante el caso y, a pesar de que yo estaba siempre ocupado, tenía la sensación de que se estaba distanciando de mí. No sé si yo habría actuado de forma diferente si hubiera hablado con Henry. Como él había dicho en el sendero, parecía que todo hubiera sucedido en otra época: ignorarlos era lo mejor que podía hacer. Yo no estaba seguro de si habría podido contenerme de esa manera, dadas las circunstancias.

Vern dijo que había recibido unas setenta y cinco cartas sobre el caso y que las opiniones estaban completamente divididas: unos solicitaban que se tratase a los chicos con cierta indulgencia y otros pedían que los llevaran hasta Kemmerer dándoles latigazos. Después de que Vern tomara asiento en el estrado, la defensa solicitó una sentencia que «reflejase los valores locales y el sentido del perdón, fiel reflejo de la cultura de la frontera». Incluso Ferg levantó la vista cuando Steve Miller soltó aquello, pero su tono pretencioso y la firme convicción con que lo dijo evitaron que nadie se riese en voz alta.

A cada chico se le permitió levantarse y hacer una declaración y esa fue la primera vez que Bryan Keller habló en público sobre la violación. Se puso en pie y extendió los dedos en la mesa que tenía delante. El blanco de los nudillos

revelaba que necesitaba ayuda para mantenerse en pie y todos nos quedamos esperando. Unos momentos después, Vern se dirigió a él.

—¿Desea hacer alguna declaración, señor Keller?

—Sí... —Bryan se aclaró la garganta—. Sí que quiero, señoría —dejó caer la cabeza para examinar el acabado en roble de la mesa. Tomó aliento y la levantó—. Señoría, mi abogado me ha recomendado que permanezca en silencio, pero, para ser sincero con usted, creo que llevo callado demasiado tiempo —lo dijo todo de un tirón y me pregunté cuánto rato podría seguir antes de hiperventilar—. He pensado mucho en todas las cosas que quería decir y he tenido mucho tiempo para pensar en ellas. He pensado en las malas decisiones que tomé aquel día y ahora que soy más mayor espero que me permitan aprender del terrible error que cometí... Pero nada de eso parece importar ahora. Para mí sólo hay una cosa importante que decir y es que lo siento —giró la cabeza hacia atrás, se podía ver que se le empezaban a humedecer los ojos—. Quiero decirle a Melissa que lo siento, quiero decirle a su familia que siento lo que les he hecho pasar y quiero decir a la gente de la reserva que siento todo lo que se ha dicho de ellos y quiero decir a mi familia... —Bryan se detuvo un momento, luego se enderezó y dejó caer los brazos a los lados—. Pero la más importante es Melissa. Sólo quiero decirle cuánto siento lo que le he hecho a ella y a su vida —se quedó de pie un momento más, luego se sentó, tapándose los ojos con una mano.

—¿George Esper?

George se levantó y se metió las manos en los bolsillos, pero las sacó rápidamente y las dejó caer. Su voz era suave y bajaba el tono al final de cada frase, como le suele pasar a la gente que no está acostumbrada a hablar en público.

—Señoría, no se puede dar marcha atrás y cambiar lo que ha sucedido... —la mayor parte de sus disculpas iban dirigidas a sus padres, que estaban sentados detrás de él, y luego fueron decayendo.

—¿Jacob Esper?

Jacob se levantó con las manos a ambos lados cerradas en un puño.

—Señoría, me gustaría decir que no puedo expresar la pena que siento —así que no lo hizo. En lugar de eso, pronunció una disculpa generalizada diciendo que lo sentía mucho por todo y lo dejó ahí. Me pregunté vagamente a qué se referiría con todo.

—Cody Pritchard, ¿hay algo que quiera decir?

Cody no se movió y se quedó sentado con las manos metidas en los bolsillos. Un momento después, sonrió con suficiencia y dijo:

—No —pensé cuánto tiempo me llevaría tirarle por una de las ventanas del segundo piso de un único lanzamiento.

Luego, Kyle Straub, el fiscal, se levantó y pronunció un discurso en el que exponía que esperaba que los acusados cumplieran penas ejemplares de cárcel. Argumentó como un poseso que aquellos jóvenes no podían quedar impunes y que, si no se emitía una condena dura para los cuatro, sería el colofón de un juicio que se había convertido en un chiste. Vern también levantó la vista al escuchar aquello.

Dada la edad que tenían cuando violaron a Melissa Pájaro Pequeño, Kyle anticipó que Vern podría enviar a los tres jóvenes acusados de violación a un centro de menores en lugar de mandarlos a prisión. A los delincuentes que cumplían pena en los centros de menores no se les solía imponer una condena mínima, por lo que la decisión de determinar el tiempo de reclusión recaía sobre los hombros de los responsables del centro. Todo eso venía a decir que la acusación necesitaba una sentencia mínima de cinco años o, por el contrario, los acusados podrían solicitar la libertad condicional en poco tiempo. El juez debía establecer el mínimo. Hasta yo entendí eso.

Tropecé pero recuperé el equilibrio antes de acabar enterrado en la nieve. Cada vez me cubría más, me alcanzaba la mitad de la pantorrilla y mis pasos eran cada vez más pesados. Aparte de mis pies, las únicas partes de mi cuerpo que no estaban ateridas eran la nariz y la barbilla. El olor a gasolina y a aceite de motor usado proveniente del trapo estaba empezando a afectarme. Tenía las piernas cansadas, la espalda dolorida y la funda del asiento no ofrecía una gran protección. Como tenía las manos metidas en los bolsillos de nailon, no había sido capaz de ir ajustándome la parte de atrás del poncho para que el viento no la levantase y dejara pasar las ráfagas del viento del noroeste. Entonces, al tratar de envolverme con la funda del asiento, los dedos fueron las víctimas de mis intentos. Los dedos eran la parte del cuerpo que más me dolía, hasta que llegó el momento en que perdí toda la sensibilidad en ellos. El problema de ir caminando por el surco que formaba el camino era que las botas no paraban de resbalar en las aristas y, a veces, me hacían tropezar sobre el suelo helado e irregular. Cuando esto ocurría, tenía que abrir los brazos en un intento de mantener el equilibrio. En uno de estos episodios de estabilización, acabé por perderlo.

Caí al suelo de boca porque tenía las manos enganchadas en la funda. No me dolió tanto como me habría pensado, así que me quedé allí tirado un momento mientras la nieve junto a mi cara empezaba a derretirse. Me molestaba el picor en los ojos, pero parecía un buen lugar para descansar. Por alguna razón, cerca del suelo hacía menos frío y me empezó a inundar el sueño y una sensación de bienestar con la nieve derretida. Exhalé con fuerza para apartar la nieve de mi velo de trapo, pero no se movió demasiado. Eso debería haberme preocupado,

pero no fue así. Todavía tenía aire suficiente y eso era todo lo que necesitaba. De repente, fui consciente de que algo comenzaba a hacer presión sobre mi cuerpo, como si se tratase de una manta cálida. Me moví un poco para librarme de la piedra que se me clavaba en la cadera desde debajo del manto de nieve y sentí una quemazón en la oreja derecha. En algún momento había quedado al descubierto, así que liberé el brazo derecho del nailon y me llevé la mano al trozo de piel expuesto.

Oí el fragor del viento y ya estaba pensando echarme una siestecita cuando las escuché. Las voces eran agudas, iban y venían con el viento, junto con el sonido de un carillón o quizá fueran campanillas muy pequeñas. Se trataba de campanas, el sonido de miles de campanas diminutas, no de esas afinadas con precisión, sino más humildes, hechas a mano. Me quedé escuchando su tañido mientras se arremolinaban a mi alrededor junto con el viento y la nieve, como si las campanillas no sonasen por sí solas y su sonido proviniese de rozarse con algo al pasar, al girarse y mecerse con el viento, iniciando un ritmo que marcaba los compases de su movimiento circular. Habían empezado a lo lejos, pero parecía que me habían rodeado y eran muy insistentes.

También había sombras, pero eran diferentes de las anteriores. Las sombras entraban y salían de los árboles cubiertos de nieve con un propósito diferente, más complicado que el de sus predecesoras. Mientras las primeras se habían movido en línea conmigo, esas parecían dejarse llevar por los infinitos dibujos del viento, la nieve, los árboles y quizá otras cosas que no llegara a ver.

Me quedé allí tumbado, con la mano que tenía libre lista para taparme la pequeña abertura de la capucha improvisada, como si fuera un niño con miedo a mirar y, a la vez, demasiado asustado para apartar la mirada. Me costaba ver porque mis párpados estaban a punto de congelarse y era incapaz de mover los dedos por separado, así que me restregué los ojos con el dorso de la mano y parpadeé para aclararme la vista. En ese momento, el remolino estaba justo delante de mi cara y llevaba el ritmo de todos. Los dibujos en el viento descendieron en picado hacia el suelo para luego apartarse rápidamente, como si quisieran provocar al suelo para que los siguiera. Levanté la mano para tocar el extremo de uno de ellos, pero se me escapó entre los dedos con la nieve. Extendí la mano un poco más, pero cada vez que me acercaba aquellos zarcillos blancos se esfumaban. Moví un brazo debajo del cuerpo, me apoyé en un codo y miré a través del túnel de nieve en que se había convertido mi trazo. Eran campanillas cónicas que tintineaban al moverse, que colgaban en pequeñas hileras de los bordes de un paño redondeado, que se cimbrea recreando formas ampulosas. Las campanillas continuaron sonando incluso después de que una ráfaga de viento las barrierá.

Me así a uno de los bordes del camino y me quedé allí sentado un momento,

escuchando las voces y el tintineo que ascendía a las copas de los árboles. Las voces tenían un registro más agudo que las que me habían acompañado en mi descenso y me consolaban y me animaban al mismo tiempo. Cogí la capucha improvisada y noté que la cabeza se me caía hacia el hombro izquierdo. Los dedos en forma de flecos trazaban senderos de fuego por mi espalda, pero, cuando me volví, retrocedieron en la nieve. Noté que otros me atravesaban la base de la columna, pero, cuando me enderecé, también continuaron por su camino. Saqué una pierna de debajo de mí, conseguí ponerme de rodillas y luego me levanté. Al principio me costó caminar, pero el ritmo de las campanillas y la forma en que el paño y los flecos se extendían por mis lánguidos músculos me impulsaron hacia delante. Unas voces me susurraban al oído descubierto en lenguas que no podía entender. Nunca escuchaba el principio ni el final de las frases, sólo la cadencia juguetona que las avivaba. Las palabras hacían cosquillas y quemaban a la vez. Algunas era lúgubres y dilatadas, otras breves y agudas, como exclamaciones de sorpresa. Escuché las palabras y la melodía y eché a andar penosamente colina arriba. La ladera subía para encontrarse con mis pies, a medida que ellos se hundían en la nieve que los acogía. Ahora era mucho más profunda y el viento me pegaba la funda del asiento a la parte de atrás de las piernas y allí se congelaba, golpeándome la cabeza cada vez que daba un paso demasiado largo.

Dejé de prestar atención al sendero. Me limité a seguir el sonido de las campanillas y el ondulante paño de piel de ciervo, que continuaban trazando círculos colina arriba. Los labios de mis acompañantes no sonreían, pero sus ojos sí. La misma obsidiana centelleante de antes, pero esta vez anunciaba promesas, todas las promesas del mundo bajo unas cejas arqueadas y unas espesas pestañas.

El camino se volvió más llano durante un tramo y a continuación siguió cuesta abajo y entonces mis tobillos empezaron a toparse con la nieve amortiguadora antes que los dedos de los pies. El impulso me arrastró hacia delante y sólo reduje el paso cuando otras voces se unieron a las primeras, las mismas voces que había escuchado antes. Su tono grave funcionaba como contrapunto en la escala ascendente de las campanillas y se mezclaba armoniosamente con la belleza sinuosa de las voces que me habían precedido en el ascenso. Después los vi ante mí, todos estaban agrupados de pie y observaban algo que había en el suelo. Todos sonreían con los labios cerrados y miraban hacia mí. Avancé con dificultad y me encontré en medio de ellos, mirando a mi alrededor y sonriendo también, pero había algo más en medio del grupo, algo inmóvil, y me llevé la barbilla al pecho para mirarlo. Se trataba de algo grande y parecía pesado, pero ellos parecían tenerlo por un bien preciado, así que me agaché y aparté la nieve a un lado. Cuando terminé de retirar la mayoría, me

puse de pie junto al resto y escuché un nuevo cántico, mucho más cercano. Ahora recordaba las palabras de la letra. Era capaz de escuchar el cántico en toda su extensión, de principio a fin. Era una melodía enérgica y procedía de aquella cosa que había en el camino.

Nos quedamos escuchándola un rato, todos sonrientes, y luego empezaron a dispersarse, pero antes de que cada uno comenzase a arremolinarse, a retorcerse y a quebrarse, me indicaron que me llevase aquello que había en el camino conmigo, como si de un regalo se tratase. Di un paso atrás cuando me lo ofrecieron. Dos de ellos tomaron una de mis manos y la colocaron sobre el objeto. Aquello cantó aún más fuerte cuando lo toqué, lo rodeé con el brazo y lo levanté del suelo, mientras la nieve que quedaba se desprendía. Se trataba de algo muy pesado e incómodo de llevar, pero dejarlo allí parecía una falta de cortesía. El cántico se hizo más apremiante cuando me lo cargué a la espalda.

La nieve parecía dividirse a medida que avanzaba, al compás de los cuerpos en las sombras a derecha e izquierda. Había pequeños fogonazos en la oscuridad frente a mí, como si estuvieran despejando el sendero a mi paso, destellos silenciosos color cobalto y carmesí que el blanco extinguía. La carga del regalo hacía que me pesaran las piernas, pero abandonarlo allí después de tanta hospitalidad habría sido imperdonable, así que continué caminando. Pronto, la parte llana del camino se convirtió en una suave pendiente cuesta abajo y las apariciones inclinaron el mundo a mi favor, permitiéndome dar unas zancadas más largas y respirar con menos dificultad a través del trapo que, definitivamente, se había congelado en mi cara. Ya no sentía el frío. Una sensación alegre acompañaba mis pasos, que se movían al compás de la música de las campanillas y con la marcha de las figuras que pasaban como flechas a mi alrededor.

La parte más hermosa del cántico provenía del regalo con el que cargaba. Capaz de sumarse a todos los ritmos y melodías del grupo, los hacía suyos de una forma singular que los volvía más inteligibles. La voz estaba justo detrás de mi cabeza y su fuerza reverberaba a través de mí y en el mismo suelo a cada paso que daba, pero, un rato después, el cántico se transformó en algo más dilatado y quejumbroso. Sacudí el peso de mi espalda para hacer que regresara a la melodía anterior, pero aquello no funcionó. Me costaba más continuar la marcha con ese nuevo cántico, ya que los motivos no eran rítmicos y mis pasos no encajaban. Ya estaba empezando a preguntarme qué tendría de bueno el don que me habían concedido, cuando pasé por el sitio donde me había echado la siestecita durante el ascenso.

Estaba pensando en echarme otra, cuando otras voces se unieron al cántico de mi espalda y aquello empezó a parecerse a una procesión. Yo no quería ser el primero que rompiera el paso, así que continué. Un rato después, percibí una

forma grande que sobresalía a mi derecha. Me acordaba de que era algo importante, pero no era capaz de recordar qué era ni el porqué de su importancia. Pasé por una pendiente más pronunciada cuando me aproximaba a la forma y casi pierdo pie al ir a bordearla. Tenía el vago recuerdo de que me había hecho daño en el pasado, aunque parecía bastante inofensiva. Llegué a un punto llano y luché por mantenerme a flote. Recordé que había algo esperándome justo un poco más allá, así que emprendí el camino una vez más, aunque las voces permanecieron en las sombras que iban quedando a mi espalda. Habían decidido quedarse en el bosque. Me habría encantado darme la vuelta para verlas, pero para eso habría necesitado más energía de la que me quedaba. Me sentía mal por no despedirme. El cántico continuó a mis espaldas, aunque el tono se había vuelto más débil. Tenía que llegar a mi destino antes de que el cántico se apagase. No estaba muy seguro de por qué razón, pero sabía que tenía que hacerlo así.

Continué mi marcha hacia delante y, cuando llegué a una zona donde la nieve era menos profunda, recordé una promesa que me había hecho a mí mismo. Se trataba también de algo importante. Una promesa acerca de abandonar algo. Todas las promesas importantes están basadas en el abandono o en todo lo contrario. Pensé en darme la vuelta para comprobar qué era lo que estaba dejando atrás, pero si lo hacía no lo estaría abandonando de verdad y... ¿no iban de eso todas las promesas? Continué caminando. El cántico a mis espaldas apenas era audible, así que volví a sacudirlo para que continuase. Se detuvo. Lo sacudí un poco más, tratando de que volviera a pronunciarse, pero ni por esas. Pensé en dejarlo caer ya que no funcionaba, pero puede que los otros estuvieran vigilándome desde los árboles.

Supongo que pensaron que necesitaba ayuda, porque las luces regresaron, destellos cobalto y carmesí que iluminaban la nieve con su propio ritmo, pero los espíritus debían de estar también cansados, porque las luces habían perdido su personalidad y parpadeaban de una forma monótona e irritante. La música había cesado y las campanillas y los tambores se habían disipado con el viento. Me quedé escuchando, pero sólo se oía un horrible graznido. Sacudí el cántico a mis espaldas, pero continuó igual de obstinado. Supuse que era cosa del frío, que alguna parte del mecanismo debía de haberse congelado. Tendría que ver si tenía arreglo cuando llegara a mi destino. Traté de recordar adónde iba, pero todo lo que podía evocar era la calidez del sitio. Ya estaba a punto de dejar el cántico en el suelo y descansar un rato, cuando las sombras reaparecieron. Algunas surgieron de las nubes de nieve a mi derecha y ya estaba empezando a distinguir las de mi izquierda, cuando me di cuenta de que, a diferencia de las otras, esas venían derechas a por mí. Lo único que se me ocurría era que querían que les devolviese el cántico.

Así hacen siempre los indios con los regalos.

Me paré y me mantuve erguido. Yo era mucho más grande que ellos, como comprobé al encontrarlos al mismo nivel que yo. Ellos también se detuvieron, pero extendieron sus brazos en dirección del cántico. Yo lo rodeé para hacerles saber que no podían quedarse con él. Traté de hablar, pero era como si las cuerdas vocales se me hubieran congelado, así que me limité a rugir y tomé aire para prepararme para la pelea.

El más pequeño estaba justo delante de mí: él era el que menos había retrocedido. Me concentré en esa sombra y me incliné para aplastarla. Seguía sin moverse, simplemente se quedó allí, ladeado y medio encogido, como si la mayor parte de su peso recayera en un lado y tuviera la mano en la cadera. Había que tener cuidado, porque los pequeños pueden ser tan poderosos como los grandes. No importaba lo grandes que fueran o cuántos de ellos hubiera, yo no iba a renunciar al cántico. El pequeñajo seguía sin moverse y estaba a punto de machacarlo cuando habló, con una voz brusca y desagradable, aunque extrañamente familiar.

—Joder, vaya pintas que llevas.

Más tarde, cuando giré la cabeza hacia un lado y me encontré con Henry mirándome con los ojos apenas abiertos, a medida que la ambulancia se abría paso lentamente entre los montones de nieve que se habían acumulado por la tarde hasta bien entrada la noche, le pregunté si creía que había sido una buena idea ponerse a cantar tanto rato con todas las heridas internas que tenía.

Medio dormido, todo lo que dijo fue:

—Pero ¿qué dices de cantar, tú?

–¿Qué quieres decir? ¿Que te has dado el alta por tu cuenta?

–Pulsé el timbre un montón de veces, pero no vino nadie –estaba intentando parecer respetable, pero era un poco difícil con la ropa que llevaba puesta.

–¿Así que te marchaste sin más? –nos quedamos donde estábamos un momento, mirándonos el uno al otro–. Están al teléfono y ¡quieren saber dónde estás!

A Ruby no le faltaba razón y, en retrospectiva, parecía algo un tanto irresponsable. Alisé algunos de mis papeles en un intento de parecer ocupado.

–Bueno, pues diles que estoy aquí.

–Se lo dices tú. Explícale al médico por qué no puede encontrarte en su propio hospital.

Me quedé mirando parpadear la lucecita roja. Tenía que hacerla cambiar de color. Todavía era temprano y el cielo empezaba a amarillear por el este. La tormenta había pasado en dirección a la región del río Powder, pero el cielo continuaba prácticamente gris. Dijeron que había terminado, pero yo sentía como si estuviera pisándome los talones. Me quedé allí un rato, intentando que el dolor en los dedos y en la oreja no me doblegase. Podía escuchar a Lucian reírse en el pasillo. El cambio de guardia. Lo había cronometrado mal: si hubiese llegado más temprano, habría resuelto varios asuntos y habría salido pitando antes de que Ruby hubiera entrado a trabajar.

Me levanté muy temprano y no podía volver a dormirme, así que me quedé tumbado y me estuve acordando de Henry. Pulsé el timbre para llamar a la enfermera de guardia y esperé unos cinco minutos. Después volví a llamarla y luego otra vez. Pasó media hora, por lo que decidí ir a buscar a Oso yo solo. Las vías intravenosas fueron lo más coñazo, pero conseguí quitármelas con bastante facilidad y aproveché el esparadrapo para cubrir los orificios, así detuve la hemorragia. Había descartado la idea de arrastrar el cacharro del suero conmigo, eso le quitaría parte del encanto y de sigilo a la misión. La enfermera había escondido mis efectos personales, pero los encontré en una taquilla cerca de su puesto, que era, como pude comprobar, el lugar idóneo para evitarla. Había un cartelito encima de la mesa donde se leía «En caso de emergencia, continúe hasta la clínica o pulse el timbre». Soy una persona discreta, así que ni pulsé el timbre ni me dirigí a la clínica.

Cuando volví a mi habitación para ponerme la ropa, había un tipo fregando el pasillo, quizá fuera medio cuervo. Tenía el aspecto enfermizo que caracteriza a todo aquel que lleva un tiempo trabajando de noche. Yo antaño había tenido ese aspecto.

—¿Qué tal estás? —se quedó mirándome la bata y la ropa que llevaba agarrada junto al pecho, pero no dijo nada. Se apoyó en la fregona y continuó mirándome—. ¿Sabes dónde han metido a Henry Oso en Pie? —señaló con el mango de la fregona en dirección a la habitación situada frente a la mía: la 62. Nos quedamos allí parados un largo instante—. Gracias.

El hombre continuó fregando y yo me colé en mi habitación para vestirme. Tenía las manos magulladas y se me estaban empezando a formar ampollas, sólo con gran dificultad conseguí cerrarme la camisa. Las botas de goma eran la parte más difícil, así que las dejé desabrochadas. Mi sombrero no estaba con el resto de mis pertenencias, por lo que me detuve un momento a pensar dónde lo había visto por última vez. Pensé que habría sido en la montaña, pero no estaba seguro. Me palpé el amasijo de esparadrapo que tenía pegado a un lado de la cabeza y noté el bulto que debía de ser mi oreja. Me dolía más que cualquier otra cosa, pero al menos no me la habían tenido que amputar.

Cuando abrí la puerta y eché un vistazo, el tipo de la fregona se había mudado a otro pasillo o había ido en busca de la escurridiza enfermera. Crucé el pasillo con rapidez y entré en la habitación de enfrente, esperando que fuera la buena. Me quedé quieto, dejando que mis ojos se ajustaran a la oscuridad. Aquella habitación era idéntica a la mía, exceptuando la orientación, pues no daba al aparcamiento. La respiración era pesada, regular y familiar. Me aproximé con cuidado a la cama y miré hacia abajo. Parecía estar de una pieza y, a falta de retirar la sábana y examinar la herida por mí mismo, tendría que dar por hecho que estaba bien. También le habían puesto un par de vías, pero no estaba conectado a ningún monitor, detalle que me esperanzó. Fui en busca del típico informe a los pies de la cama que diera cuenta de su estado, pero no había ninguno. El Memorial Hospital de Durant no cumplía con las expectativas de alguien que había crecido viendo *Hospital General*.

No estaba seguro de qué más podía hacer y no tenía muy claro qué hacía ahí, aparte de constatar que estaba vivo y se encontraba bien. En los hospitales mienten mucho: ese es su trabajo, suplantar el poder del Todopoderoso con medias verdades, así que era mejor comprobar las cosas por uno mismo. Estaba a medio camino de la puerta cuando Henry habló.

—Gracias por la visita, tú.

Me detuve y me di la vuelta.

—Te he dejado una caja de bombones en la mesilla de noche.

—Qué considerado.

Tomé aliento.

–¿Cómo te encuentras?

–Drogado.

–Eso debe de estar bien. A mí sólo me han dado paracetamol.

Volvió la cabeza en mi dirección un poco, fijándose en mi ropa.

–¿Dónde vas?

–A buscar a George Esper.

–¿Quieres matarlo antes de que otro lo consiga, tú?

Continué mirándolo.

–No estás tan drogado.

–Ahora mismo estaba pensando en llamar para pedir más.

–Buena suerte –le di una palmadita en el brazo y me dirigí a la puerta–.

Descansa un poco.

–¿Walt? –me detuve–. Gracias.

Cuando salí al pasillo, seguía sin haber nadie, así que doblé rápidamente la esquina. Para mi enorme sorpresa, había una enfermera sentada en el puesto de enfermeras. Estaba mirándome, así que fui derecha hacia ella, me crucé de brazos, me apoyé en la mampara divisoria que me llegaba hasta la altura del pecho y dejé caer las manos donde no pudiera verlas. No había nada que pudiera hacer con la oreja.

–Hola, sólo he venido a ver cómo estaba un paciente, Henry Oso en Pie. Lo tenéis en la número 62 –tenía el pelo color rubio rojizo, ojos azul intenso y pinta de no tener más de catorce años.

–¿Sí?

–Se estaba quejando del dolor, así que me preguntaba si alguien podría conseguirle más medicación.

Parecía un poco distraída al coger el teléfono.

–Claro –se me quedó mirando con más atención–. ¿No tendrías que estar en la habitación 61, tío Walter?

Eché un vistazo a mi alrededor como si fuera algo obvio.

–No, yo no soy... –la miré con más atención–. ¿Te conozco?

–Soy Janine Reynolds. La nieta de Ruby.

Los ojos empezaron a resultarme más familiares, así que sonreí.

–¿Qué tal estás, Janine?

Ella no me devolvió la sonrisa.

–¿Qué estás haciendo fuera de la habitación?

Lo pensé un segundo.

–Se trata de un asunto oficial.

La cría llamó a su abuela y se lo contó todo, subrayando que yo no tenía ni

la más remota idea de quién era su nieta. Quizá me hubieran dado algo más que paracetamol, al menos eso fue lo que le dije a Ruby. Me senté en mi escritorio y observé a Lucian, que se aproximó renqueando con su pierna artificial para sentarse en el sillón frente al mío. Me estaba haciendo un escrutinio en toda regla con el que no me sentía especialmente cómodo.

—¿Qué?

—¿Qué te apuestas a que te cortan la oreja?

Yo suspiré.

—Sólo porque a ti siempre te estén amputando miembros...

—Eso es lo mejor que saben hacer, amputar.

—Le tengo bastante cariño a mi oreja.

Lucian se rascó el muñón.

—Ya, yo le tenía un cariño de cojones a mi pierna.

Esperé.

—¿Alguien sabe algo del paradero de George?

Se echó hacia atrás en el sillón, con las manos sobre los muslos y los dedos extendidos.

—He emitido una orden de busca y captura, pero los tíos de la Patrulla de Carreteras son tan inútiles como un jabalí con tetas.

—¿Cómo consiguió escapar antes de que Vic y Ferg llegaran?

Lucian se encogió de hombros.

—Debió de marcharse nada más irte tú, en ese coche japonés de mierda —ladeó la cabeza. Cuando miró al suelo, Lucian era el vivo retrato del descontento—. El puto caso del Pájaro Pequeño —volvió a levantar la vista—. Deja de toquetearte la oreja —eso mismo estaba haciendo—. Te vas a hacer más daño tocándotela que congelándotela.

Decidí cambiar de tema.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Turco sigue de guardia en la casa de los Esper. Supongo que está intentando caerte en gracia otra vez. Ferg fue a llevarle algo de comer, pero de eso hará una hora —Lucian gruñó—. Ferg tiene tu sombrero.

—Me estaba preguntando dónde lo habría dejado.

—Vas a necesitarlo para esconder esa media oreja que te va a quedar.

Suspiré un poco más.

—¿Y Vic?

—Está en el barracón del Departamento de Investigación —dijo con la misma convicción y el mismo desdén que le reservaba a la Patrulla de Carreteras. Luego miró por la ventana al cielo gélido—. ¿Con qué arma se disparó ese tarado? —me palpé la chaqueta, que todavía llevaba puesta, y solté la pistola encima del escritorio con un ruido satisfactorio. Le estaba enseñando a Lucian

que yo también podía ser un tipo duro. En un abrir y cerrar de ojos, estaríamos trincándonos el *bourbon* y tirándole los tejos a Ruby: ahí sí que iba a empezar la auténtica diversión. Lucian miró el pequeño revólver—. Tuvo que ser eso —nuestras miradas se encontraron—. ¿Su herida es muy grave?

—Lo bastante leve como para saltar al asiento del conductor y dejarnos más tirados que una colilla.

Me incliné sobre el escritorio y le conté a Lucian lo de las Vasques del 43 y la conversación que mantuve con George antes de volver a por Henry. Lucian no contestó ni apostilló nada hasta que terminé, se limitó a quedarse sentado mirándome. Estaba empezando a recordar lo buen agente de la ley que era cuando, por fin, se pronunció:

—Bueno, tendrá que ir a curarse a alguna parte —se aclaró la garganta—. Se diría que acabas de marcharte del sitio por el que deberías empezar a buscarlo.

—¿Crees que es lo bastante estúpido como para ir al hospital?

—Fue lo bastante estúpido como para estar pescando en mitad de una tormenta de nieve, lo bastante estúpido como para intentar dispararos a ti y a Oso en Celo y lo bastante estúpido como para hacerlo y salir pitando —Lucian se detuvo, sacudió la cabeza y se cruzó de brazos, como si quisiera ilustrarme sobre los fallos de mi razonamiento—. Yo diría que las profundidades de su estupidez son insondables, pero la tuya está empezando a irle a la zaga.

Me había tocado oír un montón de diatribas por el estilo cuando era el ayudante de Lucian, pero nunca me las había tomado demasiado a pecho.

—Entonces, tenemos los hospitales y las consultas de los médicos, pero ¿no tendrían que informar de cualquier tipo de herida de bala?

—No fueron capaces de contestar al timbre cuando llamaste, ¿cuánto tiempo crees que les llevará rellenar un informe?

No le faltaba razón.

—¿Quieres ir a dar una vuelta?

—Tengo mi propia montura. Si necesitas que te cubra las espaldas, voy a acabar retrasándote.

Aquello era como trabajar con Louis L'Amour.

Ruby me detuvo mientras intentábamos salir del despacho.

—¿No crees que deberías hacer un esfuerzo y lavarte un poco?

Miré hacia abajo y me topé con las manchas y las arrugas que componían mi atuendo de ayer y hoy.

—Deja que los contribuyentes sepan que tienen lo que se merecen por lo que pagan.

—Tienes la espalda cubierta de sangre seca.

Me escabullí por la puerta antes de que pudiera decir nada más y Lucian me

siguió cojeando. Le di la mano al viejo *sheriff* y él mismo se subió a la camioneta. Sacó la pipa y una petaca de tabaco de cuero y cuentas y comenzó a llenar la cazoleta de cerezo. Me fijé en el dibujo de la petaca y reconocí el Cuerpo del Hombre Muerto del rifle cheyene. Se lo comenté a Lucian. Observó de nuevo la bolsa mientras las volutas de humo le envolvían la cabeza y sus ojos oscuros. A continuación miró por la ventana, a la vez que decía sonriendo:

–Manda huevos.

Regresar al hospital era una tarea complicada, pero también un riesgo que estaba dispuesto a correr. Lucian esperó pacientemente mientras Isaac Bloomfield estudiaba mis manos y me examinaba la oreja. Le pregunté si se habían presentado más heridos de bala la pasada noche. Me dijo que no tenía nada sospechoso de lo que informar, pero que si se presentaba cualquier cosa, se pondría en contacto conmigo lo antes posible. Le pregunté por Henry, pero lo único que hizo fue reírse entre dientes y decirme que las enfermeras estaban cuidando muy bien de él. Temí por la virginidad de Janine Reynolds. Muy a pesar de Lucian, tanto yo como él y mi oreja nos marchamos intactos poco después. Continuamos nuestra búsqueda en la farmacia del pueblo, donde nos informaron de que no habían vendido ni una sola tirita desde el día anterior por la tarde. La economía no daba para mucho en las altas llanuras. Me di la vuelta y miré a Lucian mientras arrancaba la camioneta.

–¿Veterinarios?

–Taxidermistas.

No sé muy bien por qué, pero tenía sentido.

–¿Cuál de ellos?

Lucian le dio una calada a la pipa y meditó el asunto: si de algo no andábamos escasos en Wyoming era de taxidermistas.

–¿Qué me dices de la tienducha que tiene Pat Hampton al final de Swayback Road?

Pisé a fondo el Bullet para cambiar de sentido y nos dirigimos en dirección sur. Algunos conductores redujeron la velocidad y nos miraron con cara de pocos amigos. Lucian les enseñó el dedo impúdico y yo tuve que darle un manotazo. El viejo *sheriff* se rió entre dientes y me dijo que encendiera las luces y la sirena para demostrarles que íbamos en serio. Imaginé que le haría ilusión ponerlas una vez más, así que le hice caso. Accedimos a la autopista por el lado sur y, como no había nieve sobre el asfalto, puse la camioneta a ciento treinta. Lucian no dijo nada, simplemente miró hacia delante, pero me imaginé que no tardaría en volver a la carga. Yo estaba en lo cierto, aunque no fue lo que me esperaba.

–¿Sabes? Eso que hiciste allí arriba...

–¿Sí?

–Fue algo del carajo –asentí y yo también miré hacia delante. No le conté nada acerca de los Ancestros Cheyenes.

La tienda de Pat Hampton era una extraña mezcla entre gabinete de taxidermia y matadero de caza mayor. Se decía que si querías hacerle algo a un animal, fuera lo que fuera, Pat era tu hombre. Cuando entramos en el complejo de construcciones cochambrosas, cualquiera habría podido tumbarme de un plumazo. Aparcado junto a la esquina de uno de los edificios más alejados, cubierto de barro y con una abolladura en el lateral, estaba el Mazda Navajo negro de matrícula Tuff-1.

–*Banzai* –el viejo *sheriff* sonrió y se sacó la pipa de la boca, mientras yo aparcaba el Bullet al otro lado del edificio–. ¿Me puedes prestar algún arma?

Saqué la Wingmaster 870 de la guantera.

–Recuerda que el chico es una víctima.

Lucian cogió la escopeta.

–Es un fugitivo de la justicia.

–Lucian, hazme un favor y no dispaes a nadie.

El viejo *sheriff* corrió el guardamanos e introdujo un cartucho de caza doble cero en la recámara.

–Disparar a la gente no tiene nada de malo, siempre que le des a quien tienes que darle –los siguientes cinco minutos prometían ser inusualmente excitantes. Saqué mi 45 y, como hacía siempre, comprobé que estuviera cargada. Luego volví a enfundarla, introduciendo el pasador de cuero por el percutor. El viejo bandido sonrió.

–¿Quieres ir por delante o por detrás?

Observé el amasijo de construcciones, tratando de imaginar qué sería cada una.

–Me quedo con la parte delantera.

Lucian se despidió agitando la Remington, a la vez que se aproximaba a la puerta. Yo era plenamente consciente de que el viejo no había puesto el seguro. Crucé el lodazal de nieve derretida en dirección a lo que prometía ser la puerta delantera, mientras Lucian se abría paso trabajosamente y le daba la vuelta al cochambroso edificio pintado de marrón. Unas pisadas de botas conducían a una mosquitera de aluminio a la que sólo le quedaban algunos jirones de tela metálica. Había un cartel de plástico en la ventana, lleno de cagadas de moscas y blanqueado por el sol. En las letras torcidas se leía: «Lo sentimos, está cerrado».

Las ventanas tenían las persianas, viejísimas, echadas, pero había un panel en forma de rombo en la puerta que no estaba cubierto. Metí la cabeza a través del marco vacío de la mosquitera y miré a través del cristal sucio. Se veía una

combinación extraña, a caballo entre recepción y salón, con varios sofás, un mueble para el televisor y una especie de mostrador. Me fijé en un pasillo que se abría a la derecha, pasado el mostrador, e imaginé que tendría que dirigirme allí una vez que atravesara la puerta.

—¡Oficina del *Sheriff*! —golpeé la puerta con la palma de la mano—. George, si estás ahí, ¡no pongas las cosas más difíciles! —oí un ruido amortiguado procedente del interior del edificio. Tomé aire y comprobé el pomo de la puerta. Estaba cerrada con llave. Volví a aporrear la puerta —Oficina del *Sheriff*, ¡voy a entrar! —inspiré un par de veces y solté el pasador de mi pistolera. Disponía sólo de algo de tiempo antes de que Lucian entrase por la parte de atrás, pero supuse que lo de tener una sola pierna lo retrasaría para echar la puerta abajo. Abrí completamente la puerta mosquitera para no quedarme atrapado en ella y saqué el Colt de la pistolera, le quité el seguro y lo sostuve en alto. Me eché hacia atrás y dejé caer un 48 de pie sobre la puerta con todas mis fuerzas.

Supongo que me esperaba que aquella puerta hueca y podrida ofreciera algo más de resistencia, pero la atravesé con bastante rapidez. Se partió en dos y aparecí encima del sofá en la pared opuesta. Escuché unos golpetazos a mi derecha y salté del sofá, despejé la entrada del pasillo y eché a correr siguiendo el sonido. Cuando llegué al otro extremo alguien venía en mi dirección, pero no me vio hasta que fue demasiado tarde. Yo me limité a seguir corriendo y lo arrastré con el hombro al interior de la otra habitación. Sentí que se quedaba sin aliento cuando atravesamos la puerta. Me resultaba familiar. Hola, George.

Pasamos por encima de una mesa grande en el centro de la habitación y terminamos sobre la superficie fría de las baldosas del suelo. Me sujeté al tablero con una mano y me levanté. Y George, en carne y hueso, había vuelto a desmayarse. A medio vestir, todavía sostenía los pantalones en la mano. Tenía el muslo derecho cubierto de vendajes y otra venda le rodeaba la cabeza, sujetándole la mandíbula.

Me puse de pie del todo, saqué las esposas y até a George a la mesa. Mientras terminaba, oí una explosión en el pasillo, el ruido inconfundible de un arma del calibre 12. Eché a andar hacia allí, cuando un chico con la cara pálida apareció por la puerta llevando en las manos lo que parecía un rifle diminuto. Cuando vio el cañón de 45 milímetros apuntándole a treinta centímetros de su nariz, se paró en seco y se quedó inmóvil.

—Oficina del *Sheriff*, no te muevas.

El chico levantó las manos, junto con el rifle.

—No lo haré.

—Acabas de hacerlo —por un momento pareció confundido—. Suelta el rifle —pareció dudar—. ¿Tienes algún problema?

Seguía sin moverse.

–Podría dispararse.

–De acuerdo, deja de apuntarme y deposítalo encima de la mesa –hizo lo que le había pedido y le dije que extendiera las manos y las apoyase sobre el tablero, con las palmas hacia abajo. Parecía a punto de echarse a llorar mientras lo hacía. Tuve un momento para mirarlo: aquel joven era de la misma edad que George. Todo encajaba.

–¡Lucian! ¿Te encuentras bien? –se oyó un estrépito y Lucian respondió a lo lejos.

–¡Que sí, joder!

Le di la vuelta a la mesa, observé el rifle del chaval y me apoyé la culata contra la cadera.

–¿Una escopeta de perdigones?

El chico giró la cara para mirarme.

–Eso es todo lo que tenía, no quería hacerle daño a nadie.

Lucian apareció en la puerta, con la escopeta preparada.

–La maldita puerta estaba cerrada con llave.

Me senté en el borde de la mesa y me metí la escopeta debajo del brazo, mientras me llevaba la mano a la pistolera y estudiaba al chaval, intentando ubicarlo.

–Bueno, ¿dónde está Pat? ¿No está aquí?

Lucian dejó caer una de sus formidables garras en la parte de atrás del cuello del chico.

–Sí –observé cómo Lucian le apretaba con más fuerza–. ¡Eh! –su voz era tensa.

–Se dice «señor»... –Lucian se inclinó sobre la cabeza del chico–. Sí, señor.

La voz era cada vez más tensa.

–Sí, señor.

–¿Lucian?

Lucian aflojó la mano un poco y me miró de manera inquisitiva.

–¿Qué? No le estoy haciendo daño a este pobre tarado –puso los ojos en blanco, retrocedió hasta la puerta y le dio al chico en la espalda con el cañón de la Remington, antes de apoyar un hombro contra la pared–. Que no se te olvide que estoy aquí, hijo –desde donde me encontraba, podía ver que seguía con el seguro del arma quitado.

–Está en Casper, comprando una camioneta.

–¿Eres Petie Hampton, el chico de Bruce?

Petie sonrió cuando lo reconocí.

–Sí, señor.

–Creía que estabas en la Universidad de Colorado.

La sonrisa continuó donde estaba.

–He venido a pasar el fin de semana en casa, a cazar.

–¿Cómo sabía George que venías?

–Lo llamé la semana pasada, iba a venirse conmigo.

Me saqué la escopeta de debajo del brazo y abrí el cañón. Saqué un perdigón con una uña y dejé caer al suelo el pequeño proyectil en forma de champiñón. Lancé la escopeta sobre un escritorio lleno de utensilios de taxidermista con gran estrépito.

–Vale, Petie. Tenemos dos opciones. La número uno pasa por leerte tus derechos, llevarte al pueblo y acusarte de resistencia a la autoridad, con cargo de conspiración criminal, lo cual va a quedar estupendamente en tu ficha policial, pero la segunda es que tú y yo tengamos una pequeña charla y no le contemos ni a tu universidad, ni a tu padre, ni a tu tío en qué andas metido.

No le costó mucho tiempo contestar, quizá la amenaza de la universidad hubiera surtido efecto.

–¿Qué quieres saber?

Ya era hora de que se escuchara algún ruido proveniente del otro extremo de la mesa: George Esper debía de haberse despertado, había escuchado lo que estábamos diciendo y había decidido, una vez más, darse a la fuga. George tensó la cadena de acero inoxidable al máximo, haciendo que la mesa se moviera unos quince centímetros, con mi peso y todo. Hasta nosotros llegó un gemido desde el otro extremo de la mesa mientras Lucian la rodeaba y miraba al chico desde arriba.

–Hijo, he conocido a muchos cabroncetes en mi vida...

–Lucian, no maltrates al prisionero.

Levantó la vista con una mueca en la boca.

–Joder, pues no soy yo quien le ha disparado ni quien le ha roto la mandíbula.

–Se disparó él solo.

–Eso lo dirás tú...

Me volví hacia Petie, que seguía sin moverse, pero tenía los ojos más abiertos.

–¿Qué me cuentas de nuestro amigo Houdini? –parecía confundido, así que hice un gesto con la cabeza en la dirección del gemido–. George.

Petie se aclaró la garganta.

–Me llamó esta mañana, muy temprano. Me dijo que había tenido un accidente de caza y que no quería ir al hospital porque iba a salirle muy caro –yo asentí–. Cuando se presentó y le vi la mandíbula, empecé a pensar que algo había pasado.

–¿Le curaste?

–Sí, señor.

–¿A qué hora llegó aquí?

–Hará una hora.

–¿Qué fue lo que te contó? –Petie miró al techo, y yo suspiré—. Petie, creo que te estás planteando mentirme y te recomiendo que no lo hagas.

–Dijo que se había salido de la carretera con el coche.

–¿Te dijo algo de sus padres?

–Me contó que estaban en Deadwood –bueno, eso respondía muchas preguntas.

Una vez fuera, coloqué a George en el asiento del acompañante del Bullet y encontré las llaves en los pantalones arrugados que todavía sostenía en la mano. Le lancé las llaves a Lucian.

–¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

–Si George fue capaz de conducir con una pierna, tú también podrás. Ve a por Turco a casa de los Esper. Yo voy al hospital para que examinen a George.

–Deberías hartarte de darle patadas en ese culo escuchimizado que tiene, pero haz lo que te parezca.

Cuando me subí a la camioneta, George estaba mirando las llaves que colgaban del encendido. Cuando vio que lo había pillado, se echó contra la puerta y comenzó a gemir, con los ojos medio cerrados.

–George, por ahora tu situación no es irreversible. No creo que Henry Oso en Pie presente cargos y yo haré lo que pueda con las autoridades si me cuentas todo lo que quiero saber –uno de los ojos se abrió un poco más—. ¿Dónde están tus padres?

Al intentar hablar, se llevó una mano a la boca tratando de contener el dolor.

–Dehdgu.

Cogí el micro de la radio.

–¿Me recibe, Base? Aquí Unidad Uno –esperé mientras Lucian daba marcha atrás con el Mazda y pasaba junto a mí con una mirada interrogante. Sostuve el micro en alto para enseñarle lo que pasaba. Asintió con la cabeza y se marchó en dirección a casa de los Esper. El lateral del todoterreno estaba abollado de un extremo al otro.

–Aquí Base –interferencia—. ¿Qué es lo que quieres ahora?

–Ruby, los Esper están en Deadwood, Dakota del Sur. ¿Puedes hacer las investigaciones pertinentes?

Interferencia.

–¿Cómo te has enterado de eso?

–Estoy aquí sentado con el escurridizo George Esper.

Interferencia.

–¿Sabe dónde se están quedando?

Miré a George, que ahora me observaba con ambos ojos.

–Lowsla.

–¿Loadstar? –el chico asintió. Presioné el botón del micro.

–El Loadstar. ¿Tenemos alguna noticia de la montaña?

Interferencia.

–Están de camino.

–Entendido. Yo estaré en el hospital.

Interferencia.

–Diez a cuatro.

Me quedé mirando a la radio.

–¿Qué acabas de decir?

Otra interferencia y luego una respuesta brusca.

–Si estuviera en tu lugar, no tentaría a mi suerte.

Arranqué el motor, di marcha atrás y me dirigí a la autopista. El camino de grava no estaba en muy malas condiciones, pero George se quejaba cada vez que la camioneta daba un bote. Volvía a interpretar su papel de víctima.

–¿Tus padres han ido a Deadwood a jugar? –lo miré con el rabillo del ojo–. Limítate a decir sí o no con la cabeza –George asintió y miré por el parabrisas–. ¿Tu hermano está con ellos? –negó con la cabeza–. ¿Iba a encontrarse contigo para pescar en la montaña? –George asintió, pero un segundo después se volvió para mirarme. Yo me concentré de nuevo en la carretera y también asentí un poco–. Hablaremos de ello luego, en el hospital.

Los ojos de George no se apartaron de mí. Yo estaba convencido de que él no era el de las Vasques del 43 que andábamos buscando.

–¿Egtægüido?

–No, no está herido –una verdad a medias–. Necesitamos que te atiendan –cambie de tema–. Siento lo de tu mandíbula.

George asintió y se acurrucó un poco más contra la puerta. El chaval estaba hecho un verdadero asco. No creo que el segundo altercado le hubiera venido demasiado bien, al cual había que sumarle los efectos del primero. La decoloración de la mandíbula se había extendido hasta los ojos y tenía la cara hinchada a causa de los golpes hasta el punto de estar irreconocible. Eso por un lado. Por otro, ya nadie tendría el problema de confundirlo con su hermano.

La radio interrumpió mis pensamientos.

–Unidad Uno, ¿me recibe? –interferencia–. Tengo a los Esper por la línea uno. ¿Quieres que te los pase?

Miré a George de reojo, que me estudiaba con atención.

–No, quédate con el número, volveré a llamarles en unos cinco minutos.

Interferencia.

–Recibido –miré la radio y sonreí.

Cuando llegamos al hospital, aquello parecía una convención de polis: los vehículos de Vic y Ferg estaban aparcados en las plazas reservadas junto a la entrada de Urgencias. Abrí la puerta y rodeé el coche para coger a George en brazos. Cuando entré en el edificio, una pequeña multitud esperaba junto al mostrador.

–Sólo por ser del tamaño de un autobús no debes prestar ese servicio, ¿sabes?
–le pegué un empujón a Vic con indiferencia y senté a George en la silla de ruedas que Janine había empujado desde la pared.

–Tiene una herida de bala en el muslo izquierdo y creo que su mandíbula está rota. Será mejor que también le echéis un vistazo a las costillas. Gracias, Janine – se marchó con George y yo le hice un gesto a Ferg para que los siguiera. Al pasar, me dio unos golpecitos en la espalda y sonrió. Yo le dije al pasar–: Hey, ¿tienes mi sombrero?

Ferg sonrió todavía más.

–Está en el mostrador.

Los vi marcharse por el pasillo, luego me acerqué al mostrador y cogí mi indecente sombrero de fieltro cincuenta por cien castor. Y, la verdad, necesitaba un buen repaso. Estaba quitándole el polvo cuando me clavaron un dedo índice afilado en el estómago.

–¿Sí, señora?

–¿Qué estás haciendo aquí fuera?

–Me di el alta yo solo.

Vic meneó la cabeza, pero dejó de pincharme.

–Anoche tenías pinta de estar a punto de palmarla.

–Me han dado paracetamol. Me siento mucho mejor –levanté el pulgar para mostrarle lo bien que me sentía–. ¿Qué pasa con el Departamento de Investigación?

Se quedó mirándome un instante más largo.

–Se dirigen a Cheyenne con Jacob –miró por el pasillo en dirección a George y a su séquito–. ¿Qué te ha contado?

Pasé por la mampara de cristal que separaba la recepción de la sala de espera y me senté en una de las sillas. Vic me siguió y me imitó. Me fijé en los colores que habían elegido para calmar a los familiares y a los amigos preocupados: gris relajante para el mobiliario y malva apagado para las paredes. Me entraron ganas de echarme una siesta.

–Sinceramente, creo que no sabe nada.

–¿Qué me dices de las botas del 43?

Me fijé en el mono que llevaba puesto y pensé en darme una ducha y cambiarme de ropa.

–No creo que fuera él. Podría tratarse del tipo de Casper, de Jacob u otra

persona...

Vic estudió el lado de mi cara bajo en zumbido de los fluorescentes.

–Y por cómo lo dices parece que ha sido otra persona.

Me giré para mirarla.

–Quiero hablar con Jim Keller.

Vic enarcó una ceja.

–¿De qué?

–De todo un poco, nada en concreto –ella también parecía cansada, pero decidí guardarme eso para mí mismo–. ¿Conseguiste hacerle las pruebas de balística al Rifle Cheyene de los Muertos?

–Sí, lo hice.

Había comenzado a girarme para estudiar lo sucios que estaban mis pantalones, pero el tono de su voz me hizo retroceder.

–Vaya, ¿por qué no me gusta cómo ha sonado eso?

–No hay coincidencias, pero el rifle ha sido disparado.

Me alegré de estar sentado.

–¿Hace cuánto?

Vic inclinó la cabeza.

–Es difícil de precisar, entre tres días y tres semanas.

–¿Se han llevado el rifle los del Departamento?

–No –Vic sonrió–. Todo el mundo se pone bastante nervioso cuando manipula esa cosa.

–¿Porque está hechizado?

–Porque debe de costar millones –no le había contado nada sobre la ayuda que me habían prestado los Ancestros Cheyenes en la montaña–. Y porque está hechizado, joder –Vic me estaba estudiando las manos–. Está en tu camioneta, he dejado el seguro echado.

–Muchas gracias –le sonreí porque me gustaba. Vic era como un exótico pájaro del este que hubiera tocado tierra en nuestros páramos por accidente y hubiera decidido echar raíces aquí. No sé qué habría hecho de no haber sido así. El suyo era un canto un poco descarado, pero había acabado por gustarme, como los primeros graznidos de las alondras al principio de la primavera. Tenía una visión de las cosas un tanto estrafalaria y la boca de un camionero, pero sería una *sheriff* excelente, dijera lo que dijera la gente.

–¿Qué tal tu vida amorosa? –la pregunta la pilló con la guardia baja.

–Una mierda, ¿y la tuya?

Me encogí de hombros y contemplé la moqueta.

–¿Cómo quieres que lo sepa?

–Ella ha estado aquí –me giré y la miré con expresión interrogante–. Vonnie.

–Joder, mierda.

–Pues sí –se cruzó de brazos y se miró las piernas extendidas–. Te trajo flores, pero le dije que todavía no te habías muerto. No creo que me encontrara graciosa.

–Le pasa a la mayoría de la gente.

–La mayoría de la gente de por aquí no tiene puto sentido del humor –se quedó inmóvil un rato–. ¿Puedo hacerte una pregunta, si no te jode mucho?

–Lo intentaré.

Vic arrugó los labios.

–¿Qué es lo que ves en ella? Me refiero aparte de ser guapa, inteligente y rica. Es que no lo pillo –volví a colocar el ribete del sombrero en su sitio y traté de enderezar el ala. Medianamente satisfecho con el resultado, me lo puse en la cabeza y me lo calé. Vic volvió a hablar–. Siempre quise ser una mujer como ella. Creo que porque es alta –se giró para mirarme–. No parece justo que una mujer sea guapa, inteligente, rica y, además, alta. Es una auténtica mierda.

Me quedé esperando.

–¿Qué tal mi sombrero?

Vic consideró mi pregunta.

–Te pareces a Gabby Hayes.

Intenté cambiar otra vez de tema, decían que a la tercera va la vencida.

–¿Te has pasado a ver a Henry?

–Sí, pero luego llegó Dena Muchos Campamentos y empecé a sentirme como un candelabro.

Moví la cabeza atrás y adelante como si estuviera en una discoteca.

–¿Le están dando medicina de la buena? –rodeé a Vic con el brazo y la atraje hacia mí. Sin duda aquel era un movimiento arriesgado, pero no se resistió, así que apoyé la barbilla en su cabeza.

–Gracias por subir a la montaña a buscarme.

Su voz me llegaba amortiguada y sonaba tensa.

–Tú eres el único amigo que tengo.

–Apuesto a que le dices eso a todos los *sheriffs* –la estreché durante un rato. Su marido era un imbécil. Nos quedamos así hasta que me di cuenta de que alguien nos estaba observando a través de la mampara de cristal. Era Vonnie. No dijo nada, se limitó a hacer un gesto con la cabeza y le dio la vuelta al mostrador para después desaparecer por el pasillo por el que todo el mundo se marchaba. Llevaba una bolsa de la compra y el ya mencionado ramo de flores. Me desasí de Vic y la miré.

–¿Estás bien?

Mi ayudante sonrió, pero me pareció que en el rabillo del ojo despuntaban unas lágrimas.

–Sí, estoy bien.

Me incliné y le di un beso en la frente.

–Sí. Y además eres una buena persona –me tambaleé y me puse de pie sobre mis piernas, cada vez más doloridas–. Vonnie acaba de pasar.

Vic asintió.

–¿Te he metido en algún lío?

–No creo que nuestra relación haya llegado al punto en que ya pueda empezar a meterme en líos.

Vic se levantó.

–Eso es lo que se piensan la mayoría de los tíos cuando se meten en algún lío

–Vic dobló la esquina y caminó en dirección a las puertas automáticas. Cuando se abrieron, se detuvo, reteniéndolas–. Estaré en la oficina. Esto empieza a estar abarrotado.

Seguí el rastro de Vonnie y la encontré apoyada contra la pared junto a la habitación 62. Tenía el ramo entre las manos y la bolsa a los pies. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, como la tarde en que ella, Henry yo habíamos visto el partido, apenas hacía unos días. A plena luz, se le notaban las arrugas del rostro más marcadas, pero le otorgaban una apariencia delicada, como si fuera un tapiz frágil y hermoso. Verla de nuevo fue como desenterrar el equivalente emocional a una tarjeta de biblioteca con muchos préstamos vencidos. Reduje el paso al aproximarme, un poco preocupado por lo que se podía avecinar. Levantó la vista cuando me acerqué.

–Gracias a Dios que estás bien.

Hice bien en detenerme, porque sus ojos me miraban con un punto de dureza.

–¿Cómo te has enterado?

Vonnie encajó la mandíbula y un montón de arrugas desaparecieron.

–Compré un receptor para captar la emisora de la policía en la Cabaña de la Radio, pensando que sería bonito escuchar tu voz de vez en cuando.

Nos quedamos allí un momento, escuchando la risa femenina que se filtraba por las paredes de la habitación de Oso.

–No te llamé.

–No, no lo hiciste.

Asentí y me miré las botas.

–He estado un poco ocupado.

Vonnie se separó de la pared, sostenía el ramo de flores en la mano como si fuera un bate de béisbol.

–¿Sabías que podían oírte? ¿Que yo podía oírte? ¿Que escuchamos todo lo que dijiste y tú no podías oírlos cuando te respondían?

–No.

–Lo escuché todo –asintió con la cabeza rígida–. Escuché cada palabra. ¿Sabes lo que se siente al escuchar todo y no ser capaz de hacer nada? –Vonníe me lanzó las flores y el ramo me golpeó el pecho–. Me he pasado toda la vida tratando de alcanzar un punto en el que no tenga que aguantar semejantes situaciones.

–Lo siento.

–No permitiré que me hagas esto, no lo haré –pasó a mi lado como una exhalación y yo levanté una mano en un gesto débil para detenerla. Me apartó el brazo de un manotazo y señaló la bolsa del suelo–. Creí que te vendría bien cambiar de ropa –se quedó allí parada un instante y pensé que quizá fuera un indicio de apertura, pero no fue así, pues Vonníe continuó caminando por el pasillo mientras yo la miraba marcharse.

Suspiré y me agaché para recoger las flores. Si ya me había sentido muy cansado, entonces me sentí reventado. Imaginé que había mejores sitios para echar una siesta, pero me inundaba el cansancio, por eso me senté en el suelo con las piernas extendidas. Era agradable poder estirarlas, pero empezaba a dolerme la espalda, así que me tumbé boca arriba en mitad del suelo de baldosas del pasillo. Y, en un arrebató de simbolismo, me puse las flores en el pecho y cerré los ojos.

Se escucharon más risas provenientes de la habitación de Oso.

Me quedé un rato tumbado, pensando en que lo que debía hacer era levantarme, encontrar una ducha y ponerme la ropa nueva que Vonníe había tenido el detalle de traerme. Me pregunté cómo sabría mi talla y pensé en lo que me había dicho. Empezaba a sentir lástima de mí mismo, pero eso me hacía sentir mejor, así que me quedé allí, regodeándome en mi autocompasión, pensando en la vida, en la muerte y en la ducha, por ese orden.

Más risitas.

Tenía que comer algo, hablar con los Esper y contarles lo de Jacob y tratar de confirmar todas nuestras hipótesis acerca de los planes de Jacob y George, dónde habían estado y qué había sucedido. Mis cinco minutos se convirtieron en media hora. Debía hablar con Jim Keller y no estaría de más tener una charla con Lonnie Pájaro Pequeño sobre la última vez que el Rifle Cheyene de los Muertos fue detonado.

Aún más risitas.

Podía hablar con la mujer Lobo Pequeño para ver si tenía algún indicio de dónde podrían haber acabado las plumas o de dónde provenían. Necesitaba investigar lo de las Vasques del 43 y hacerme una idea de quién podía haber estado dejando huellas por esos caminos de Dios. No creo que fuera George, pero tenía la fea costumbre de salir huyendo cada vez que tenía oportunidad. Tan convencido estaba de que Henry había tratado de matarlo en el sendero

que empezaba a preguntarme si ese podría haber sido el motivo de su persistente tendencia a darse a la fuga. También quería ir a ver a Henry y obtener un diagnóstico más completo de su estado. Lo primero de todo era abrir los ojos y, cuando lo dije, unos ojos azules del revés, pertenecientes a Janine Reynolds, se encontraron con los míos.

–Hola, Janine.

La chica parecía un poco preocupada.

–He pensado que querías algo de comer.

–Bendita seas.

Miró a su alrededor y luego se volvió de nuevo hacia mí.

–¿Estás bien?

–Estaba pensando –extendí el brazo y recogí el sombrero del suelo, donde había caído durante mi interpretación dramática. Miré las flores, que todavía tenía agarradas en la otra mano–. ¿Quieres flores?

–No, gracias.

Me incorporé y me apoyé contra la pared mientras Janine me pasaba una bandeja. Consistía en una especie de materia avícola que seguramente nunca conoció el trasero de una gallina y dos trozos de carne grisácea que dudo que alguna vez gruñera. Coloqué el sombrero a mi lado con el ala hacia arriba y lo usé de jarrón para las flores. Dejé caer la bandeja sobre mi regazo, cogí un trozo de tostada reseca y comencé a masticar. No me sorprendía que la gente se muriera en el hospital, los mataban de hambre. Fuera lo que fuera esa bazofia, no era lo de siempre.

–Janine, ¿hay alguna ducha por aquí cerca?

Janine parpadeó. Supongo que era una petición extraña.

–Hay una en el vestuario del personal.

–¿Y podría usarla?

–Sí, claro, ya eres una especie de héroe local.

Continué masticando la tostada y comencé a preguntarme si sería pan de verdad.

–¿Y eso por qué?

–Por lo que hiciste allí arriba.

Todo el mundo hablaba de las montañas como si se tratase del segundo piso. No me sentía cómodo con los halagos, así que le pregunté qué tal le iba a mi amigo cheyene. Me contó que Henry era sorprendentemente resistente y que tenía suerte de que la bala no le hubiera dañado seriamente ninguno de los órganos internos. Tras examinarlo, los médicos le habían quitado el apéndice. Le pregunté por el índice, pero no conseguí que se riera, por lo menos Janine no se rió, pero estalló una carcajada en la habitación 62. Nos miramos el uno al otro mientras yo masticaba la tostada. Janine se puso colorada.

–Bueno, está bien saber que todos sus órganos funcionan a pleno rendimiento.

Janine se retiró apresuradamente por el pasillo. Instantes más tarde, Dena Muchos Campamentos salió por la puerta de Henry. Se alisó el mismo vestido de flecos que le había visto hacía unos días y se retocó la comisura de los labios pintados con la punta del dedo corazón. Cuando me vio, se detuvo en seco un instante. Saqué un maltrecho lirio atigrado del sombrero y se lo tendí. Dena sonrió y lo cogió, le lanzó a Henry un guiño arrebatador por encima del hombro y después se marchó bamboleándose por el pasillo para desaparecer tras la esquina.

Supuse que una pizca de Dena Muchos Campamentos y una limonada me vendrían de miedo.

–¿Qué quieres decir con que no está? –una vez más, George Esper se había dado a la fuga. Me sequé el pelo mojado, me aseguré de que tenía la toalla bien sujeta a la cintura y me senté al lado de mi ropa nueva, todavía en el interior de una bolsa verde de la tienda de deportes.

Ferg me miró como si estuviera al borde de la muerte.

–Me dijo que quería comer algo, así que fui a buscar a la enfermera...

Dejé caer la toalla de la cabeza sobre los hombros y me examiné los dedos de la mano. La primera capa de piel estaba bastante dañada, la siguiente muy sensible y era de color rosa. Me dolía la oreja, pero no me había quitado el vendaje por miedo a dañar la herida. En general me sentía bien, estaba limpio por primera vez en los dos últimos días.

–¿Por qué no tocaste el timbre para que fuera la enfermera?

–Lo intenté.

Pensé en volverme a la ducha e intentar ahogarme.

–¿Dónde lo viste por última vez?

–En su habitación, hará cinco minutos.

Le pasé la radio portátil que, por increíble que pareciera, seguía enganchada a la parte de atrás de mi mono Carhartt.

–El edificio no es demasiado grande. Dile a alguien que vigile la esquina noreste del hospital y tú quédate en la suroeste. Si alguno de los dos lo descubre, que avise. Puedes usar la radio de la camioneta –miré a Ferg y pensé en lo bien que había trabajado la mayor parte de la noche. Debía de llevar días sin comer algo decente y seguro que necesitaba llamar a su mujer para decirle que seguía vivo. Donna trabajaba en una aseguradora en el pueblo y, después de treinta años de matrimonio, seguían locamente enamorados. Los domingos por la tarde era habitual verlos paseando de la mano por el parque siguiendo el curso del Clear Creek–. A mí también se me escapó, no te sientas mal –cogí el sombrero para evitar que continuara culpándose–. Creo que necesito un sombrero nuevo. ¿Tú qué crees?

Ferg me miró con sus ojos color avellana, que tampoco es que expresaran un gran sentimiento de culpa y, a continuación, se dirigió a la esquina suroeste del edificio.

–Desde luego.

Dejé caer el sombrero en la superficie pulida del banco de madera anclado al suelo con un tornillo de siete centímetros. Imaginé que los administradores del

hospital sabían que los médicos y las enfermeras no cobraban lo suficiente y por eso podían intentar salir corriendo con el mobiliario. Miré la bolsa de la ropa nueva con gran expectación. Si Vonnie estaba enfadada cuando me la compró, vete a saber qué talla había escogido, pero los vaqueros me quedaban perfectamente, igual que la chaqueta, la camisa, los calcetines y la ropa interior.

Cuando terminé de vestirme, me puse el cinturón con la pistola, ajustándome la chaqueta de tal manera que cubriese la mayor parte. Luego metí la ropa sucia en la bolsa para lavarla o quemarla más tarde, puse el sombrero encima y llevé todo al pasillo. Media mañana del viernes y seguía sin haber mucho ajetreo en el hospital, lo que significaba que George tendría menos cobertura, pero, a pesar de que el edificio era pequeño y el personal estaba disperso, habría cientos de sitios donde esconderse. Decidí dejar la ropa en la habitación de Henry, si podía entrar entre visita y visita femenina, y usarla como base de operaciones para la caza de George Esper, toma dos.

Cuando llegué a la puerta de Henry, me detuve a escuchar para oír si había alguien más con él. Oí voces, pero, estuvieran lo que estuvieran diciendo, no era una charla poscoital, así que abrí la puerta y me encontré con George Esper sentado en una silla junto a Henry. Llegué hasta el otro lado de la cama y noté que George había estado llorando.

—¿No se te ocurrió decirle algo a mi ayudante antes de salir a dar una vuelta, George? —se le veía bastante avergonzado y se secó las lágrimas con el dorso del brazo—. Antes de que emitamos una orden de busca y captura y avisemos a los del FBI para que te apunten en la lista de personas desaparecidas.

—Logsiegtó...

—George, de ahora en adelante la cosa funciona así: cuando te deje en algún sitio, el que sea, quiero que te quedes ahí quieto hasta que vaya a buscarte. ¿Lo has entendido? —George asintió—. Bien, ahora vuelve a tu habitación —George se levantó y se marchó cojeando hacia la puerta, pero antes de que pudiera abrirla, añadí: Y quédate ahí —oí el sonido de la puerta al cerrarse.

—Creo que George está un poco confuso, tú.

Miré a Henry fijamente.

—¿De verdad? Yo creo que George está muy pero que muy confuso.

—Lo digo en serio, creo que le pasa algo.

—¿Aparte de tener el síndrome de la gran evasión?

Henry hizo una pausa, luego dobló el embozo de la sábana y alisó el borde. Sus manos no parecían encajar con ese entorno, me recordaban a los pájaros salvajes en cautividad.

—¿Hay antecedentes de enfermos mentales en la familia?

—No que yo sepa.

Henry agitó la cabeza.

–Está muy disperso, no es capaz de prestar atención.

–¿Estará conmocionado?

–Posiblemente –Henry se quedó mirando la silla vacía donde George había estado sentado–. Quería saber qué tenía que hacer si quería vivir en la reserva. Piensa que allí estará a salvo.

–Eso sí que es estar confundido. En la montaña no estaba tan mal –nos quedamos pensando en ello un momento.

Henry me miró fijamente a los ojos.

–Sabe lo de su hermano, tú.

De repente, necesitaba sentarme.

–¿Qué es lo que ha dicho, cómo se ha enterado?

Henry se encogió de hombros.

–No es que haya dicho nada, tú, se trata de una sensación, pero lo sabe.

Estudié el barrote lacado del lateral de la cama.

–¿Crees que estaba con Jacob cuando lo asesinaron?

–No lo sé –Henry sonrió–. Siento no ser de más ayuda, pero es sólo una sensación. Son gemelos.

Me incliné sobre los barrotes a los pies de la cama y me desgarré un trozo de piel de la palma de la mano.

–¿Cómo te encuentras?

–Muy bien, ¿y tú?

–Mis manos se caen a pedazos y me duele la oreja.

Henry asintió.

–La cosa podría ser peor, se te podría estar cayendo la oreja a pedazos, tú.

–Corre por ahí el rumor de que el médico me la va a cortar.

–Eso sería una pena. Tus orejas son uno de tus rasgos más elegantes.

Miré por la ventana al mismo tiempo que él.

–Eso mismo pienso yo. Presentaré batalla cuando vengan a por ella.

Henry sonrió y asintió.

–Apuesto cincuenta pавos a que la conservas.

–Juegas en contra de Lucian.

Henry seguía mirando por la ventana.

–¿Todavía me llama Oso en Celo?

–Pues sí.

–Que sean cien, tú.

Yo me eché a reír.

–Bien, será mejor que vaya a poner fin a la cacería humana y a hablar con George –miré a Henry nuevamente. Lo cierto es que se estaba recuperando bastante bien, parecía a punto de ponerse de pie para seguirme–. ¿Qué tal le va a Dena Muchos Campamentos últimamente?

–Es una joven excepcional y generosa.

Me detuve junto a la puerta.

–Supongo que George no mencionaría en qué habitación estaba.

–No –Henry continuaba mirando por la ventana. Me pregunté cuánto tiempo serían capaces de retenerlo–. Sin duda le daría miedo que pudiera ir en su busca.

Lo observé un poco más y luego salí al pasillo. Los médicos y las enfermeras son humanos y éstos son criaturas de costumbres, así que crucé el pasillo y abrí la puerta de mi antigua habitación. George estaba sentado en un lado de la cama, mirando por la ventana el aparcamiento.

–Eh, George. ¿Te importa que pase? –George no dijo nada y continuó mirando por la ventana. La nieve barría la superficie del asfalto, amontonándose sobre las líneas divisorias de cemento. Nadie quería estar en el hospital, por eso todo el mundo miraba por las ventanas. Cogí una silla que había pegada a la pared y me senté dentro de su campo de visión. Volví la cabeza y también yo miré por la ventana–. Bueno, me alegro de estar a cubierto, ¿tú no? –George asintió, pero continuó mirando el aparcamiento. Desde donde estábamos se veía el Bullet y él debía de estar pensando en cómo hacerle un puente–. Se diría que ha llegado el invierno... ¿George? –por fin se giró para mirarme. Lo estudié con detenimiento y vi que estaba temblando–. George, ¿estás bien?

–Yagob egtá muego.

Sentí que mi mirada se afilaba cuando escruté al chico.

–¿Qué te hace pensar eso, George?

–Loe vigto –los labios se movían, pero de ellos no salían más palabras.

–¿Lo has visto? –George asintió con la cabeza–. ¿Dónde lo has visto, George?

–En la mongtagna...

–¿Lo viste en el lago Dull Knife?

George negó con la cabeza con toda la vehemencia que le permitía el vendaje de la mandíbula.

–¿Dónde entonces? –los temblores le sacudían todo el cuerpo, las piernas le colgaban de la cama y se agitaban, uno de los muslos estaba vendado con gasa. No sabía con seguridad si lo habrían medicado, pero, con la herida en la cabeza, no era muy probable–. George, si sabes algo, necesito que me lo cuentes. Estoy intentando detener a quien está haciendo esto, pero tengo que averiguar quién es para poder hacer algo.

–Nopuedeg deteneglos.

Asentí.

–¿Detener a quién, George?

Observé cómo levantaba un dedo tembloroso para apuntar a la ventana.

—A ellos.

Sentí que un escalofrío me recorría la columna a la vez que giraba la cabeza para mirar por la ventana, mi reflejo apenas a unos centímetros de mis ojos. Había una furgoneta aparcada un poco más allá, pero podría jurar que George Esper señalaba mi camioneta.

—George, ahí no hay nada, sólo es mi camioneta —George continuó mirando, pero el dedo desapareció dentro del puño. Volví a echar un vistazo y miré hacia el campo de golf municipal. Quizá un *caddie* malvado le pisara a George los talones—. George, ¿a quién viste allí arriba?

Lo único que dijo fue:

—Nopuedeg deteneglos.

Me levanté despacio y bajé el estor con la cuerda que tenía a mi espalda. George seguía sin moverse, así que lo tumbé en la cama poniéndole una mano sobre el hombro, después lo tapé hasta la barbilla con la manta y la sábana. Seguía agitándose como si se estuviera congelando.

—¿Por qué no intentas dormir un poco?

—Nopuedeg deteneglos.

Me quedé mirando aquel despojo humano y le di unas palmaditas en el pecho.

—Bueno... Quizá te acabe sorprendiendo.

Atravesé las puertas automáticas de Urgencias y le hice un gesto a Ferg con la mano para que acudiera a mi encuentro. Utilizamos uno de los muros de ladrillo claro como barrera contra el viento y nos quedamos allí, junto a la entrada del edificio.

—Está otra vez en su habitación. Lo he encontrado en la de Henry, pero ya ha vuelto a la suya —el aire era un pelín más que fresco, así que me subí el cuello de mi nueva chaqueta y hundí las manos en los bolsillos—. Está comportándose de un modo raro, deberías tenerlo bien vigilado. No creo que sea peligroso, pero podría volver a escaparse.

—Claro.

—Ya he avisado a recepción. Voy a regresar a la oficina a resolver unas cosas.

—Claro.

Y yo tenía muy claro que, un segundo después, Ferg se sentaría encima de George si hacía falta. Saqué las llaves, me dirigí al Bullet y miré a través de la ventanilla. No estaba muy seguro de lo que esperaba encontrarme, quizá una partida de Ancestros Cheyenes en pie de guerra. Me quedé allí, mirando mi camioneta en medio del viento y la nieve, que me aguijoneaba un lado de la cara. El rifle estaba dentro, un recordatorio constante de las cosas que no son visibles y, al lado, una caja de munición blanca y negra, destinada a las cosas que

sí se ven. Vic debía de haber dejado la caja después de hacerle las pruebas, a modo de broma, o quizá pensó que podía necesitarla. Me pregunté vagamente qué le habría pasado al Weatherby que llevaba en la montaña o a la Remington con la que Henry cargaba.

¿Había alguien ahí dentro? Desde el episodio de la montaña, me pasaba el rato buscándolos con el rabillo del ojo. Me pareció que, si me quedaba ahí lo suficiente, los ancestros se aparecerían. Los vería sentados en mis asientos de cuero y me mirarían, con sus gargantillas de hueso, un paño recogiendo el cabello y sus sonrisas de labios sellados. Sostenían el rifle sobre las piernas, esperando a que entrase para hacerme entrega de él. Me apoyé contra la puerta y cerré los ojos. El cristal estaba frío, pero podía pensar de nuevo. Abrí los ojos y ya no estaban. Me quedé allí un poco más, no estoy seguro de si lo hice porque quería asegurarme de que se habían marchado o porque esperaba que reapareciesen. Introduje la llave, abrí la puerta y me senté junto al Rifle Cheyene de los Muertos. Me temblaba la mano al ir a apartarlo y dejar la caja de munición en el asiento junto al mío. La caja parecía antigua, tenía los bordes desgastados y las letras parecían sacadas de una imprenta primitiva. La caja estaba fechada: 1876. Y, además, pesaba. Me acordé de las calabazas.

Cuando llegué a mi escritorio, tenía a los Esper retenidos en la línea dos. Le había dicho a Ruby que cogería la llamada en mi despacho. Cuando pasé junto a la puerta abierta de Vic, mi ayudante estaba al teléfono, parecía que estaba disfrutando con su llamada mucho más de lo que yo iba a hacerlo con la mía. Debía de estar hablando con sus amigos del Departamento de Justicia: Vic estaría loca si no se volviera al este, allí conseguiría un trabajo en un departamento importante en alguna ciudad o quizá un puesto con los federales. Cuando me senté en mi despacho, mis planes para la primera mujer *sheriff* de Wyoming se habían evaporado en el aire de las altas llanuras.

Cogí el auricular y pulsé el botón de la línea dos.

—Longmire —probablemente sonaba ocupado y un poco enfadado.

—¿*Sheriff*?

Era Reggie Esper.

—Sí, Reggie. ¿Todavía estáis en Deadwood?

Se produjo una pausa.

—Aquí estamos. Les dije a los chicos que estaríamos de vuelta ayer, pero tuvimos una racha de suerte y decidimos quedarnos hasta el lunes. Luego vino a buscarnos al casino un agente de la Patrulla de Carreteras de Dakota del Sur — otra pausa—. Walt, si esto tiene algo que ver con el maldito chico de los Pritchard, yo les prohibí que se relacionaran con él...

—No es sobre Cody Pritchard.

Otra pausa.

–Bueno, ¿y se trata de algo importante? No querría tener que acortar el fin de semana si...

–Sí es importante –me quedé mirando el cartapacio sobre mi escritorio y cogí un boli. Miré el reloj Seth Thomas de la pared, heredado de Lucian, que a su vez lo había heredado de Red Angus. Lo ponía a punto dos veces al año y nunca adelantaba ni retrasaba un solo segundo–. Son las once pasadas, ¿crees que podrías estar aquí para las tres más o menos?

Se oía una discusión de fondo.

–Saldremos después de comer.

Reggie fue a colgar.

–¿Reggie? Asegúrate de que venís directamente a la Oficina del *Sheriff* –me dijo que así lo haría.

Colgué el teléfono, me acodé sobre el escritorio y me golpeé la oreja por accidente. Lancé un juramento y me llevé la mano a la mejilla. Si cogía el bolígrafo, la mano me dolía, así que junté los dedos en una especie de garra. Anoté la cita con los Esper para las cuatro y apunté una pregunta sobre balística que tenía que hacerle a Vic. Debía hablar con el conservador de armas de fuego del Museo Búfalo Bill en Cody, hablar con Jim Keller y llamar a David, de la tienda de deportes, para preguntarle por las Vasques del 43. También estaba empezando a preguntarme qué habría pasado con Lucian y Turco. Fui a pulsar el intercomunicador de mi teléfono, pero todas las líneas estaban ocupadas. Probablemente fuera Vic, estaría enviando un fax con su currículum. Me levanté y caminé hasta la mesa de Ruby.

Ella también estaba al teléfono, pero colgó.

–Lonnie Pájaro Pequeño se ha pasado a verte –Ruby enlazó los dedos y apoyó la barbilla en ellos–. Un encanto de hombre.

–Sí, encantador –me detuve un segundo–. Los Esper van a venir esta tarde. Si se retrasan, ¿te importaría quedarte un rato más?

–No.

–¿Tenemos algo sobre Jim Keller?

–Todavía no ha vuelto de Nebraska, pero la señora Keller ya ha venido hoy dos veces.

–¿Qué tal lo lleva el chaval?

–Está en la parte de atrás, durmiendo. Le he dado los libros de informes del antiguo *sheriff*, eso le daría sueño a cualquiera. Por cierto, eres el *sheriff* con peor caligrafía desde 1881, pensé que te alegraría saberlo.

–¿Quién estaba antes de 1881?

Ruby enarcó una ceja.

–Nadie. Esa es la fecha en la que pasamos a ser un condado en este territorio,

unos nueve años antes de convertirnos en estado. ¿Te suena?

Me rasqué la oreja e inmediatamente me arrepentí.

–Sí, creo recordar haber leído algo en el periódico.

–Deja de toquetearte la oreja.

–Sí, señora –me encorvé un poco–. ¿Sabes qué es de Lucian y de Turco?

–Están al final de la cuesta, comiendo en La Abeja Hacendosa. Lucian mencionó algo sobre echarle un sermón a su sobrino.

–Ay, Dios. ¿Vic tiene algo sobre el análisis de balística del Departamento?

–¿Por qué no le preguntas tú mismo?

–Está al teléfono –miré las lucecitas parpadeantes de la consola de Ruby–. Tiene todas las líneas ocupadas.

–Entonces todavía no sabe nada o puede que esté recibiendo información ahora –Ruby se quedó mirándome.

–No vamos a ser capaces de conseguir que se quede, ¿verdad? –se me escapó antes de que pudiera evitarlo y, cuando levanté la vista, los ojos azul eléctrico de Ruby se encontraron con los míos.

–¿Por qué no vas a comer? Cuando vuelvas habrá terminado de hablar por teléfono. Además, a ti también te vendría bien un sermón.

Con la perversión que le caracterizaba, el sol había decidido salir y lucir, a pesar de que sus rayos no calentaban ni pizca. Quizá la temperatura subiese al final de la tarde, pero, por ahora, hacía frío y punto. Mientras bajaba los escalones de los juzgados, levanté la vista hacia la ventana de Vern. Todavía debía de seguir allí esperándome para comer. Me apostaba algo a que no querría tener nada que ver con Lucian y sus parrafadas, por más que todas vinieran cargadas de fuego y azufre.

Cody y Jacob, acusados de dos cargos por agresión sexual en primer grado, podrían haber sido sentenciados a una condena máxima de cuarenta años. La fecha de la sentencia pendió sobre todos nosotros dos semanas enteras, pero nadie sufrió el peso tanto como Vern Selby. El jurado había tomado su decisión y luego se la habían pasado a Vern como si fuera una enfermedad contagiosa. Y la fiebre de la justicia lo corroía.

Asumió la responsabilidad de unir los dos cargos en uno, decisión que era competencia suya, y sentenció a Cody y a Jacob a un máximo de quince años en prisión, una decisión bastante indulgente si tenemos en cuenta que las directrices de la condena iban de los cinco a los cincuenta años. George había obtenido el mínimo, diez años, pero todo se quedó en la teoría cuando el juez dictaminó que los acusados debían ser internados en un reformatorio en Casper, en cuyo caso, los términos de su condena quedarían sin definir. Supongo que Vern había decidido que, como era la primera vez que incurrían

en un delito, la violación no debía arruinarles la vida. No importaba si le había arruinado la vida a Melissa.

Cody Pritchard se había girado para mirar a sus amigos del fondo de la sala y lanzó al aire el sombrero mientras sonreía. Si les descontaban tiempo de la pena por buena conducta, Cody, Jacob y George podrían cumplir menos de dos años de cárcel. A Bryan Keller le cayeron dos años de libertad condicional y cien horas de servicio a la comunidad. Una vez más, los chicos fueron puestos en libertad sin fianza. En sus dependencias, Vern asintió tranquilamente cuando me ofrecí voluntario para conducir a los tres a Casper.

Al llegar a La Abeja Hacendosa, miré por la ventana. Turco estaba encorvado en su taburete y se apoyaba contra la pared tanto como esta le permitía. Lucian, sin mover apenas los labios, estaba inclinado hacia delante y miraba fijamente la cara de su sobrino. De repente se me pasaron las ganas de comer y continué caminando por la acera hacia la tienda de deportes. Cuando entré, David estaba tecleando algo en el ordenador tras el mostrador y su esposa, Sue, estaba atendiendo a una mujer de mediana edad con sobrepeso en la sección de zapatería. Caminé hasta el mostrador y apoyé la cadera en él.

David me miró a través de la parte superior de sus bifocales.

—Hola, Walt.

—¿Qué marca es la superventas en botas de montaña?

—¿Aquí? —meditó—. Las Vasques, puede que Asolo.

—¿Qué número es el más habitual?

—El 43, quizá el 44.

—¿Hay alguna forma de saber cuántas Vasques del 43 has vendido en el último año más o menos?

Me miró y suspiró.

—Tienes suerte de que hoy esté aquí Sue. No tengo tiempo para...

—Pues encuéntralo —me quedé mirándolo para subrayar mis palabras.

—Puedo pedirle a Sue que revise los pedidos especiales y compruebe el *stock*, pero yo de ti no me haría ilusiones con los nombres. Si pagaron en efectivo...

—Necesito que lo hagas ahora.

Se sacó un boli de detrás de la oreja y lo arrojó al mostrador en señal de derrota.

—De acuerdo.

—Una pregunta más. ¿Recuerdas si Jacob o George vinieron a comprar moscas?

David se cruzó de brazos y exhaló un silbido largo y lento.

—¿Hará una o dos semanas?

—¿Había alguien más aquí mientras hablaban de dónde tenían pensado ir? —

era una posibilidad remota, pero tenía que intentarlo.

David negó con la cabeza.

–No tengo ni la menor idea.

–¿Podrías tratar de recordarlo?

–Claro.

–Me refiero a tratar de recordarlo de verdad.

–Claro –antes de poder alejarme demasiado del mostrador, David me dijo–:
Bonita ropa.

Me detuve y me fijé en mi atuendo pijo.

–¿La ayudaste con las tallas?

–Lo hizo todo ella solita –sonrió–. Ahí es nada, ¿eh?

–Pues sí –continué hasta la puerta y apoyé la mano en el tirador de latón.

–Deberías sentirte orgulloso, menuda presa has cazado.

–Pues sí –abrí la puerta y salí a la calle–. Llámame.

Cuando llegué a La Abeja, Lucian y Turco ya se habían marchado y no se veía a nadie, ni siquiera a Dorothy. Entré y me senté en el taburete de la esquina, junto a la caja registradora. Un momento después, una sombra se proyectó sobre mi carta de vinilo plastificada.

–¿Qué vas a tomar?

–Lo que sea menos lo de siempre –cerré el menú con una mano y se lo tendí–. Quiero disculparme por haber sido tan brusco contigo ayer.

Dorothy cogió el menú y echó una ojeada a mis dedos. Debía de haber hablado con alguien, porque acto seguido se fijó en mi oreja.

–Tienes ganas de experimentar, ¿eh? –alargó el brazo y echó dos hamburguesas de un *tupperware* a la plancha. A continuación, volcó un cesto de patatas cortadas a mano en la freidora. Se diría que las hamburguesas con patatas fritas no eran lo de siempre ese día. Le pregunté por Lucian y Turco. Ella enarcó una ceja.

–Creo que alguien va a ofrecerte una disculpa verbal y formal. Y también creo que el antiguo *sheriff*, si bien todavía en activo, tiene intención de echarse una siesta en la cárcel –su voz se suavizó–. ¿Cómo está Oso?

Levanté la vista.

–Apuesto a que esta tarde habrá salido del hospital.

–Un buen hombre es difícil de sujetar.

Levanté la mano para tocarme la oreja.

–No tienes ni idea...

Ruby me dio un manotazo.

–Deja eso –se giró y le dio la vuelta a la carne, que ya chisporroteaba–.
Entonces, ¿en qué punto del caso estamos?

–Bien, se lo contaré, inspector Lestrade... –y así lo hice. No mencioné las sospechas que tenía sobre Jim Keller, pero eso fue todo. Me encontraba cara a cara con la derrota, pronto el condado estaría a rebosar de investigadores del departamento y de federales. Sinceramente, no creía que fueran a llegar más lejos que yo. No obstante, le comenté a Dorothy que estaba considerando dedicarme al telemárketing.

Ella llenó un vaso con hielo y luego añadió té de una gran jarra que tenía sobre la tabla de cortar.

–Seguro que ganas mucho dinero –Dorothy colocó un par de lonchas de queso sobre las hamburguesas, preparó los panes que iban a recibirlas en un plato ovalado y sacó la cesta de patatas recién hechas de la freidora, después de haberles quitado el aceite. Mi estómago reaccionó con un gruñido ante tal actividad y me alegré de que hubiera preparado dos hamburguesas–. Bueno, desafortunado en el juego...

Tomé un largo sorbo de té.

–Ni preguntas.

Dorothy retiró la carne y la volcó hábilmente sobre el pan, luego cubrió el resto del plato con las patatas fritas.

–¿Tan mal te va? –Dorothy deslizó el plato frente a mí–. Ten cuidado, está caliente.

–Y yo que creía que no se me daba nada mal esto de las relaciones...

Dorothy se limpió las manos en el delantal.

–Oh, Walter –meneó la cabeza–. Sabes que ha tenido una vida difícil.

–Sí, lo sé. Justo ahora está pasando por un mal momento comprando las Montañas Blancas en Arizona –la comida, como siempre, sabía de maravilla. Quizá, cuando me quedara en paro, pudiera trabajar para Dorothy a media jornada. Ella continuaba mirándome. Y temí que me tocara buscar trabajo en otro sitio–. ¿Qué?

–Cuando su padre se suicidó –dijo Ruby después de haber dejado la jarra sobre la barra, por si quería rellenarme la bebida–, se decía que habían pasado cosas –los ojos color avellana permanecieron inmóviles bajo un mechón de pelo entrecano.

–¿Qué se supone que quiere decir eso?

Dorothy se encogió de hombros.

–Sólo eran rumores. Tampoco creo que su matrimonio fuera muy feliz –se fijó en lo rápidamente que desaparecía mi almuerzo–. ¿Qué tal la comida?

Dejé de masticar el tiempo justo para contestar.

–¿Te casas conmigo?

–¿Tan buena está?

Levanté la vista para comprobarlo, pero no había ni una nube en el cielo. Se había levantado viento, así que supuse que los copos de nieve que no paraban de revolotear alrededor de mi cabeza debían de proceder de una racha suelta. Las formas que dibujaban me devolvieron el recuerdo perturbador de la montaña. Pensé en las visiones que había tenido y las achaqué a la presión y al cansancio.

Turco estaba sentado en una de las sillas de la recepción y se levantó cuando entré. Ruby estaba sentada a su mesa con su almuerzo delante, consistente en un sándwich de berros con pan integral de siete granos, zanahorias y, de postre, una manzana a rodajas. Todo ello parecía fresco, saludable y nada apetecible.

—¿Qué hay?

Turco miró a Ruby de reojo, que lo estaba observando.

—¿Podría hablar con usted, *sheriff*? —la voz todavía era nasal y llegaba amortiguada por las vendas.

—Sí, claro. ¿Quieres ir a mi despacho? —Turco asintió y me siguió al interior. Me senté en el escritorio y le hice un gesto para que tomase asiento. Negó con la cabeza y permaneció de pie. Tenía una pinta de mil demonios: los cardenales alrededor de los ojos se habían extendido hasta las patillas, dolía con sólo mirarlo—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—El tío Lucian dice que es un mal momento para mantener esta conversación, pero creo que debería conocer mis intenciones. He echado una solicitud en la Patrulla de Carreteras.

Aquello era la monda: ni siquiera podía retener a Turbo.

—¿De veras?

—Sí, señor —Turco arrugó la cara para detener un picor que, probablemente, continuaría teniendo durante una buena temporada—. El tío Lucian dice que quizá eso sea lo mejor.

Asentí y me crucé de brazos.

—Un tipo listo, ese bandido cojo que tienes por tío.

—Sí, señor —levantó la vista y me miró—. También dice que si alguna vez me presento a *sheriff*, usted se presentará contra mí, ganará, estará la mitad del mandato y luego se retirará para dejarla a ella dos años en el cargo para que demuestre su valía.

—Tiene razón, eso es lo que haría —pronto estaría llevando la oficina yo solo—. ¿Dijo algo más?

Me pareció ver asomar el comienzo de una sonrisa por debajo de uno de los laterales del bigote, pero, con las vendas, era difícil estar seguro.

—Dijo que la masturbación es una forma excelente para descargar el estrés en el puesto de trabajo y que las flores silvestres junto a la I-80 son muy hermosas en primavera.

Le extendí una mano despellejada. Primero la miró y luego me miró a mí. Estoy seguro de que hacíamos una pareja estupenda, él con su nariz y yo con las manos y la oreja.

–Te escribiré una buena carta de recomendación.

Me cogió la mano, vacilante.

–Gracias.

Conocía al coronel de Cheyenne y me debía un par de favores.

–Haré algunas llamadas.

Me estrechó la mano un poco más y luego la soltó.

–Ya estás deseando deshacerte de mí.

–Digamos que creo que encajarás mejor allí –de verdad que lo creía. Las limitaciones propias de los agentes de la ley motorizados, junto con un estilo de departamento más jerárquico, podría ser justo lo que el Turco necesitaba. O el coronel no me volvería a hacer otro favor hasta que todas las carreteras del estado estuvieran asfaltadas.

Miré detrás de él y vi que Vic había aparecido en la puerta. Le dio un repaso a Turco cuando este se volvió a ver qué estaba mirando.

–Joder, estás hecho una mierda.

Turco se giró hacia mí antes de marcharse.

–Buena suerte –no sabía que tuviese sentido del humor. Le podría haber preguntado por su 45-70, pero no me pareció pertinente. Él no era el asesino y jamás lo sería.

Vic se sentó frente a mí en el sillón y, como era habitual, puso los pies encima del escritorio. Luego se puso a organizar un legajo de papeles en el regazo. Me eché para atrás.

–No juegues con la oreja.

–Lo siento –me llevé la mano a las rodillas–. Henry y Lucian están apostándose los cuartos a si la pierdo o no. ¿Balística?

Vic revolvió los papeles.

–Los proyectiles coinciden, lo cual no es una gran sorpresa, ya que ambos contienen el mismo compuesto químico y ambos pertenecen al mismo lote de cartuchos, proporción 30-1... Es el mismo tirador.

–¿Qué tal están tus amigos de Washington?

Se quedó mirándome un segundo.

–De Quantico.

–Lo que tú digas –escogí un bolígrafo, le quité el capuchón y subrayé el nombre de Jim Keller–. Siempre me he preguntado por qué nunca han intentado convencerte de que vuelvas.

–Hay una vacante en el Centro Nacional para el Análisis de Crímenes Violentos en la Unidad de Análisis de Investigación Criminal.

Asentí.

–¿Tendrás que decir eso cada vez que cojas el teléfono?

–También hay plaza en el Laboratorio de Análisis de Huellas del FBI en Virginia Occidental y... siempre queda Filadelfia.

Espiré lentamente.

–Bueno, nunca pensé que seríamos capaces de retenerte indefinidamente.

Vic levantó la vista de los papeles y luego volvió a concentrarse en ellos. Nos quedamos callados un rato.

–Le hemos hecho unas pruebas al arma de Roger Russell...

–Ni siquiera sabía que la teníais.

Vic volvió a levantar la vista y ladeó la cabeza como quitándole importancia.

–Alguien tiene que llevar este sitio cuando tú vas a zascandilear por el bosque.

–¿Y...?

–No coinciden. Y nos han devuelto la llamada del Museo Búfalo Bill. Le compraron un Sharps 45-70 a Artie Cántico Corto hace más de un año.

Me encogí de hombros.

–Además, Artie lleva encerrado en la cárcel del condado de Yellowstone desde el sábado.

Vic hizo el gesto de sacarse un lápiz de detrás de la oreja y tachar el nombre de la lista.

–¿Jim Keller?

–Nada –tapé el bolígrafo y lo tiré encima del cartapacio–. Lo cual nos lleva al Rifle Cheyene de los Muertos.

Vic repasó sus notas.

–Las muestras no coinciden, pero ha sido detonado en numerosas ocasiones. Al menos una caja entera de cartuchos.

–¿Veinte detonaciones? –Vic asintió con la cabeza–. ¿Cuándo?

–Hará una semana.

–¿Justo antes de los asesinatos?

–¿Alguna vez has examinado el interior del cañón de uno de esos cacharros después de disparar?

Pensé en el rifle de Omar.

–Sí, una vez.

–Se recargan bastante mal. Si disparas veinte veces con un trasto de esos sin limpiarlo, te estás buscando que te explote en la cara –apoyó las manos en el regazo–. Cuando examiné el cañón, estaba casi completamente obstruido.

Me picaba la oreja, pero supuse que era una buena señal.

–Entonces, ¿por qué alguien haría algo así?

–¿Para practicar? –nos miramos el uno al otro.

–Eso eliminaría de la lista a tu amigo Henry. Él no necesita practicar.
Me eché hacia atrás en el sillón.

–Cuando estábamos en la montaña, él se quedó con la escopeta y me pasó el rifle. Dijo algo acerca de que él era peor tirador –me levanté–. Será mejor que vaya a sacar esa maldita cosa de la camioneta y la deje aquí. Como se pierda, voy a estar todavía más maldito.

–Aún la tienes en la camioneta?

Rodeé el escritorio y le miré la parte de arriba de la cabeza mientras ella estudiaba sus notas.

–Se me había olvidado –Vic agitó la cabeza y yo extendí el brazo y le toqué el hombro–. Por cierto, gracias por los cartuchos.

–¿De qué coño estás hablando?

–De la vieja caja de cartuchos que me has dejado en la camioneta, la que tiene pinta de tener más de ciento cincuenta años –Vic no se movió, pero levantó sus ojos de oro bruñido lentamente–. Por favor, dime que has dejado una caja de munición calibre 45-70 en el asiento de mi camioneta –esperé–. Junto al rifle.

Vic no dijo nada, simplemente se quedó allí sentada, mirándome fijamente. Creo que quería cerciorarse de mi presencia. Ni siquiera yo estaba muy seguro de estar allí.

Me sentí aliviado cuando llegamos a la camioneta, pues, al mirar por la ventanilla del lado del acompañante, la caja de cartuchos seguía allí. Empezaba a pensar que había sufrido un colapso mental y que la caja que había en el asiento, junto al rifle, era producto de mi imaginación.

—¿Ves la caja en el asiento?

Vic se asomó por encima de mi hombro y giró la cara para mirarme.

—¿Qué caja?

Asentí apenas con la cabeza.

—Muy graciosa —metí la llave y abrí la puerta: el cañón del Rifle Cheyene de los Muertos nos apuntaba de frente. La caja estaba en el asiento y seguía en el mismo punto donde la había dejado después de examinarla brevemente. Utilizando el bolsillo de mi chaqueta del lado del revés, la cogí y se la enseñé a Vic.

—¿Y esto estaba dentro cuando metiste el rifle en el asiento y cerraste la camioneta?

—No.

Me quedé mirando la caja.

—¿Alguien ha conducido mi camioneta en mi ausencia?

—Nadie. ¿Dejaste las llaves aquí?

—En el gancho de dentro, por si alguien necesitaba moverla.

—Esto se está poniendo interesante.

Coloqué el pequeño envase de cartón en mi escritorio, junto con el rifle, y me senté en el sillón. Vic apoyó las caderas contra el borde del escritorio y yo me crucé de brazos. Los dos estábamos mirando aquella maldita cosa como si fuera a dar un salto, hacer una pirueta y salir corriendo. Se trataba de una caja pequeña y deteriorada, tenía las esquinas gastadas y los bordes rozados. Las letras negras estaban desvaídas y rayadas, pero todavía se podían leer. Las letras habían sido impresas con distintas tipografías, todas muy ornamentales, casi tanto como las letras que alguien había añadido a mano. Enmarcado por un diseño floral y unas líneas a cada lado, había un cartel que rezaba: «Esta caja contiene veinte cartuchos metálicos, fabricados por la Sharps' Rifle Mf 'g Co., Hartford, Conn». Tenía un agujero grande, del tamaño exacto de un calibre 45, un poco más abajo, a la izquierda, junto a las siguientes palabras garabateadas a lápiz: «360 metros». La escritura era antigua y la caligrafía cuidada y elaborada. Se parecía a la letra de los diarios de los antiguos *sheriffs*. Había algo en ella que

me resultaba familiar y, si la distancia era cierta, se trataba de un disparo tremendo.

Cuando volví a levantar la vista, Vic me estaba mirando fijamente.

—Bueno, ¿vamos a esperar hasta Navidad?

Saqué dos bolígrafos de mi taza rota de los Broncos de Denver y sostuve la caja con uno, mientras con el otro abría la tapadera. No tenía sentido continuar llenándola de huellas. Me hundí un poco en el sillón y apoyé la barbilla en el brazo, sin apartar la vista de la caja.

—Si fueras un cartucho y tuvieras más de cien años, ¿no estarías un poco oxidado?

—Sí.

—Pues estos no lo están.

Vic se apoyó en una esquina de la mesa y se asomó al interior, como si algo fuera a salir de la caja.

—Como si los hubieran recargado ayer mismo.

Introduje uno de los bolis entre las láminas divisorias de cartón e incliné la caja lentamente, dejando que dos de los cartuchos rodaran encima del cartapacio: los dos eran vainas vacías, ya habían sido detonados. Le di la vuelta a uno de los cartuchos con el boli para ver las muescas de la base. Le di la vuelta al otro. Idénticas.

—Dos menos —sostuve la lámina junto al cartapacio y di unos golpecitos a la caja, dejando caer dos cartuchos más: estos estaban nuevos, con la base y el plomo intactos, como el resto de los de la caja—. ¿No te resulta preocupante que sólo haya dos cartuchos detonados?

—¿Te refieres a que encaja con el recuento de cadáveres actual?

—Algo así —me fijé en el reflejo de la superficie de la vaina que tenía más cerca y distinguí claramente algunas zonas descoloridas que coincidían con la forma de unas huellas dactilares. Quienquiera que hubiera manipulado esos cartuchos no lo había hecho con muchas precauciones y, cuando me fijé en las demás vainas, empecé a ver más huellas. Con mi suerte, seguro que el tipo al que pertenecían llevaba muerto setenta años.

—¿Conservas el cartucho de Omar que te di?

—Sí —Vic desapareció en su despacho y regresó con la munición. En su ausencia, le di la vuelta a la caja. Al otro lado había otro agujero que se correspondía con la trayectoria de la bala: un disparo tan impresionante que resultaba casi mítico. Observé la letra, estaba convencido de que la había visto antes. Cuando Vic regresó, me pasó la bala de Omar y se inclinó sobre el cartapacio para examinarlas con detenimiento—. Estas son diferentes.

Su cartucho tenía una línea que rodeaba la base, con dos diminutas estrellas grabadas en un lado y las siglas «45-70 GOVT» en el lado opuesto; en los

casquillos misteriosos no había nada. Los bordes del culote no eran tan afilados como si hubieran sido fabricados apresuradamente o bajo presión, para producir más en tiempos difíciles. Enganché uno de los casquillos vacíos con la punta del bolígrafo, me lo llevé a la nariz y lo olfateé. No había cuarcita, pero se apreciaban restos de pólvora negra.

—Son originales —no me sorprendí cuando su voz de barítono interrumpió nuestra conversación. Había visto llegar a Henry y apoyarse en la jamba de puerta, pero Vic no, así que disfruté un poco viendo cómo se ponía rígida.

—¿Qué estás haciendo fuera del hospital?

Cruzó el despacho y se acomodó en el sillón al otro lado del escritorio.

—Veo que todavía conservas la oreja, tú.

Apoyé el casquillo sobre el cartapacio y devolví el boli de vuelta a la taza.

—Pues sí, he escondido todas las tijeras de la oficina y no pienso echarme la siesta cuando Lucian ande por aquí —hice un gesto con la cabeza en dirección a los cartuchos desparramados encima del escritorio—. ¿Qué sabes de esto?

Vic volvió a cruzarse de brazos y lo escrutó: en su mirada se leía un interés profesional demasiado descarado para mi gusto. Henry se limitó a sonreírle.

—Hola.

Vic le devolvió la sonrisa.

—Hola.

Me quedé mirándolos un instante.

—Vale, antes de que apostéis a ver quién mea más lejos, ¿qué te parece si me cuentas qué sabes de esto?

Henry continuó sonriéndole con los ojos a Vic un instante más largo de lo normal y luego se giró hacia mí.

—¿Dónde los has encontrado?

—Los descubrí esta mañana en el asiento de mi coche cerrado con llave, junto al rifle.

—Interesante —Henry esperó un momento—. Son originales.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Yo soy el que los ha abrigantado y recargado, pero no los recargué para mí —tomó aire y lo soltó despacio, al tiempo que giraba la cabeza hacia la ventana—. Lonnie —después de mirar a Vic, me giré en su dirección y esperé—. Lonnie me dijo que quería disparar el rifle y, como me preocupaba que usara una de esas balas de *cowboy* modernas, cogí los cuarenta cartuchos originales que él tenía y los recargué para que no dañaran el rifle.

Yo suspiré y levanté los ojos hacia Vic.

—Haz un análisis preliminar de los cartuchos y luego envía una muestra al Departamento —Vic asintió y yo me levanté—. ¿Cuánto crees que puedes avanzar, teniendo en cuenta nuestras limitaciones técnicas?

–Avanzaré de la hostia –me observó mientras recogía el rifle–. ¿Dónde vas?
Le eché una ojeada a Henry, que me estaba estudiando.
–Voy a hablar con Lonnie Pájaro Pequeño y conseguiré sus huellas.
–¿Seguro que no quieres que nadie te acompañe?
Me volví a mirar a Henry.
–Ya tengo compañía.

El calor del día había empezado a derretir los restos de nieve y las nubes estaban empezando a abrirse, dando paso a una de esas tardes cálidas del otoño de Wyoming. Mientras nos alejábamos de la ciudad, miré hacia las Big Horn por el espejo retrovisor. La nueva capa de nieve les había venido bien, a pesar de que a nosotros no nos había traído nada bueno. Conducíamos en silencio. Henry llevaba sobre los hombros mi abrigo de piel de borrego: a Dena Muchos Campamentos se le había olvidado llevarle un chaquetón cuando le llevó ropa limpia. Henry no parecía demasiado preocupado, así que lo dejé a solas con sus pensamientos. Había cogido el equipo para tomar huellas dactilares de nuestro minilaboratorio y había informado a Ruby de nuestras intenciones, después de pedirle que nos transmitiese cualquier información de Dave, de la tienda de deportes, de los Esper o de Jim Keller. Lucian seguía durmiendo en la parte de atrás, así que le dije que lo despertase si pasaba algo. Ruby me había mirado fijamente y se abstuvo de hacer comentarios.

Había una pregunta que me rondaba la cabeza, relativa a una caja de antiguos cartuchos calibre 45-70 que alguien había dejado en el asiento de mi camioneta. Rompí el silencio cuando pregunté:

–¿Por qué los dejaría?

–No lo sé –Henry no se giró sino que se arrebujó un poco contra la puerta, con el Rifle Cheyene de los Muertos apoyado en el interior de una de sus rodillas–. Quizá sea un portafortuna.

–¿Para quién?

–Para ti –Henry contempló a través del parabrisas la tarde soleada–. Lonnie te ha cogido mucho cariño en los últimos años. ¿Te acuerdas de la última vez que vinimos? Me preguntó si me parecía bien que te regalara el rifle.

–¿El Rifle Cheyene de los Muertos? Muchas gracias, pero no, gracias –Henry se quedó callado, sin duda acababa de herir sus sentimientos–. Si a ti y a Lonnie os parece bien, creo que me quedará una temporada en el campamento de los vivos.

–Esa no es la razón por la que quería regalártelo –se giró y me miró por primera vez–. Quería dártelo para protegerte.

–¿De qué?

Henry se encogió de hombros y volvió a mirar el parabrisas.

–Dijo que necesitabas protección contra algo muy poderoso y muy malo –el resto lo dijo con voz monocorde–, que eras un buen hombre y que había quienes querían ayudarte si podían. Que habían hablado con él y que, si se lo permitías, estarían dispuestos a ayudarte.

–¿Ayudarme a qué?

Mi amigo se quedó allí sentado sin moverse y empecé a preocuparme por si había abandonado el hospital demasiado pronto. Y entonces habló.

–A vivir.

Mientras tomábamos el atajo a la carretera del río Powder, pensé en lo que Vonnie me había dicho, eso de que se había blindado para no tener que enfrentarse con todas las cosas que yo había vuelto a introducir en su vida. Pensé en lo que significa que alguien te importe más que nada en el mundo. Si miraba atrás, estaba bastante seguro de que Martha nunca me había querido tanto. Me tenía cariño, se había acostumbrado a mí y había sacado el mejor partido a su situación. No me abandonó por Cady y yo no la abandoné porque quería tanto a Cady que no me cabía en la cabeza hacer otra cosa. Supuse que lo que tenía que hacer era ir a ver a Vonnie esa noche para mantener una larga charla con ella. Quizá pudiéramos hacer una tregua hasta que acabara el caso. Cada vez parecía más lejano el día en que le acaricié los dedos y encajé la palma de mis manos en el arco de sus pies, para después llevarla a casa en mitad de la noche.

Henry se quedó dormido mientras yo me alejaba del sol, el sonido de su respiración se hizo más firme cuando tomamos el atajo a la reserva. Vi que Brandon Bisonte Blanco nos observaba al pasar por el cruce. Detrás del mostrador, era difícil no verlo, asomando entre los anuncios de soda, patatas y dulces. Levanté el brazo a modo de saludo. Se quedó mirándonos mientras pasábamos junto a él sin reducir la velocidad. También él levantó la mano y la apoyó contra el escaparate de doble acristalamiento de las flamantes instalaciones. Brandon Bisonte Blanco permanecía allí, en medio de esa vorágine de consumismo moderno, como un centinela, como el hito de una corriente mística. Miré hacia atrás por el retrovisor de la camioneta para echarle un último vistazo y allí seguía, de pie, con la palma y los dedos desplegados como un abanico. Nos siguió con la mirada hasta que desaparecimos. Me trajo a la memoria a Melissa, el día de la fiesta de Little Big Horn.

Acomodé la espalda en el asiento, me concentré en la carretera y repasé mi meneguante personal. Turco se marcharía en enero, Vic nos abandonaría incluso antes y las posibilidades de que Ferg volviese a trabajar a jornada completa no eran muchas, pues posiblemente se jubilaría. Y pensé en mí. Cogí el micro del tablero.

–Base, aquí Unidad Uno, ¿me recibe?

Primero se oyeron unas interferencias, luego la voz de Ruby.

–Déjame en paz, estoy ocupada.

–¿Hay noticias de Dave, de la tienda de deportes?

Interferencia.

–Su mujer ha llamado. Dice que va por la mitad y que nos enviará por fax la lista cuando termine. Deja de molestarme.

Colgué el micro y miré pasar los árboles que discurrían a lo largo de una zanja de riego. Esperaba volver a encontrarme a los Ancestros Cheyenes, de pie junto a los álamos, pero allí no había nada y eso me preocupaba un poco más, quizá me hubieran abandonado. Pensé hacia dónde nos dirigíamos, en Lonnie. Sí, es así... No pensaba que Lonnie hubiera matado a Cody y a Jacob, pero quería hablar con él personalmente para averiguar si había algo más en esa historia que Henry no había podido contarme. Miré de reojo a mi amigo. Parecía que su respiración se había hecho más pesada, pero seguía durmiendo, mientras su cuerpo trataba de repararse a sí mismo cuando él no estaba mirando.

Una furgoneta marrón con una pegatina en la que se leía «Arriba el pan frito» estaba aparcada en el camino de acceso a la casa de Lonnie y había alguien sentado en el asiento del acompañante. A pesar de la distancia y del ángulo, supe que era Melissa. Aparqué el Bullet junto a la furgoneta. Henry se despertó y apoyó una mano en el tablero para recobrar el equilibrio.

–¿Estás bien?

–Sí –Henry parpadeó–. Sólo estoy adormilado –miré por la ventanilla del acompañante y observé cómo los músculos del lado de su cara se contraían al sonreírle. Llevó la mano al cristal, sabía que ella tenía la suya extendida en su dirección. Henry me pasó el rifle. Necesité un momento para serenarme, así les di tiempo para saludarse antes de abrir la puerta y dar la vuelta a la camioneta. Había evitado el momento de verla cara a cara, pero allí estaba ella y allí estaba yo.

Estaba abrazada a Oso y me maravillé al ver lo mucho que había crecido. Melissa estaba más alta, seguía delgada pero tenía los músculos más desarrollados y, aunque no había perdido todas las peculiaridades del síndrome alcohólico fetal, la gracia y la belleza que caracterizaban a los cheyenes eran evidentes. Volvió la cara hacia mí. Sin contar con el fugaz encuentro en el *powwow*, llevaba tres años sin verla. Seguía teniendo las cejas arqueadas en un gesto frágil de interrogación y los pliegues en los ojos todavía la traicionaban. En honor a esa tarde dorada y a pesar de que el invierno se aproximaba, iba vestida con unos pantalones cortos de felpa gris y una camiseta donde se leía «Centro de Tratamiento Dulce Medicina, Retiro para Alcohólicos». Me quedé un momento allí de pie, con el rifle en la mano, incapaz de hacer ningún movimiento, mientras Melissa se desasía de Henry sólo el tiempo suficiente

para abrazarse a mí. Mantuve el rifle apartado para que no la rozase y le rodeé los hombros con la otra mano. Henry cogió el arma en silencio. Un momento después, Melissa se echó hacia atrás para mirarme.

—¿Estás triste?

Me puse a reír mientras una lágrima amenazaba con escaparse del rabillo del ojo.

—Supongo que me alegro de verte.

Melissa me devolvió la sonrisa y fue como si el sol atravesara la vidriera de una iglesia.

—Yo también me alegro de verte.

Henry se retiró y se encaminó hacia la casa con el Sharps, mientras Melissa y yo charlábamos. Me tenía cogido del brazo mientras hablaba, como si el momento fuera a pasar y ninguno de los dos quisiera desperdiciarlo. Había recibido una beca de baloncesto para acudir a un centro de formación profesional en Dakota del Sur y había dejado sus clases especiales unos días para acudir a un torneo. Quería saber si podría ir a verla a casa en una semana y media para pasar con ella y con sus tías el día de Acción de Gracias. Me aseguró que Lonnie también iría. Le pregunté dónde estaba Lonnie en ese momento.

—Está dentro, peleándose con mi tía Arbutus. Ella me ha dicho que salga y me siente en el coche. Me alegro de que estés aquí. Estaba aburrida.

Mientras hablaba, oí un alboroto procedente de la casa. La puerta mosquitera se abrió de golpe y la más formidable de las tías de Melissa salió al porche y se encaminó hacia nosotros. Henry iba tras ella empujando la silla de ruedas de Lonnie, que llevaba el rifle para bisontes en el regazo, junto con una pequeña caja de plástico negro. La tía de Melissa se detuvo en seco cuando me vio. No me habían presentado formalmente a Arbutus Pájaro Pequeño, pero había aguantado desde lejos su mirada férrea. Yo no le gustaba, pero no creo que tuviera que ver con el hecho de que fuera blanco y llevara placa, sino con que anduviera con Henry.

—Hola, Arbutus.

Esa vez miró fijamente a Melissa.

—Sube al coche.

Tomé aire y cogí a Melissa de la mano. Estaba temblando.

—Arbutus, ¿te importaría contarme qué es lo que pasa?

No me respondió, se limitó a quedarse allí con los brazos en jarras mientras Henry llevaba a Lonnie hasta ella. Se giró ligeramente y escupió sus palabras.

—Espero que estés contento, ahora que el *sheriff* está aquí.

Los ojos de Lonnie se iluminaron cuando me vio.

—Hola, *sheriff*.

—Hola, Lonnie. ¿Qué está pasando?

—Oh, mi hermana no va a dejar que mi hija pase conmigo las vacaciones. Sí, es así.

Levanté la vista hacia Henry, que se encogió de hombros. Me volví para mirar a la irreductible tía.

—¿Y eso por qué?

—Me la llevo a casa.

—¿Te importa decirme por qué no vas a permitir que esté el día de Acción de Gracias con su padre?

Pasó un momento.

—No tengo que hablar contigo.

—No, no tienes que hablar conmigo, pero puedo coger la radio y conseguir que un agente de la policía india venga aquí para que hables con él —me la estaba jugando, pero la mayoría de los habitantes de la reserva odiaban aún más a los agentes de la policía india que a nosotros, que solamente éramos blancos. Ellos era manzanas, piel roja por fuera y blancos por dentro. Arbutus no dijo nada—. ¿Qué es lo que ocurre? Seguro que podemos solucionarlo.

—He encontrado una cerveza en su frigorífico.

Me giré para mirar a Lonnie.

—¿Es eso cierto, Lonnie? —Dios, como si no supiese la respuesta.

—Sí, es cierto. Sí, es así —continuaba sonriendo—. La conservo como recordatorio y para controlar la tentación. Si ésta está fuera de tu alcance, no te hace ningún bien.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí la cerveza?

—Un año y medio más o menos.

Arbutus se cruzó de brazos, pero se giró para mirarlo. Estábamos progresando.

—¿Cómo no la había visto antes?

Lonnie parpadeó tras las gruesas lentes.

—Estaba detrás de las manitas de cerdo en escabeche. Tú nunca mueves el tarro. Ajá, sí, es así.

Por la cara que puso supe que Lonnie decía la verdad.

—Arbutus, ¿te parecería bien si Lonnie fuese a tu casa para Acción de Gracias? —esperé un momento antes de hacer el siguiente movimiento—. ¿Y crees que sería buena idea que Melissa viniese aquí a pasar la noche con su padre, quizá el viernes después de Acción de Gracias? —Arbutus no dijo nada pero se giró para mirarme—. ¿El viernes por la noche, entonces?

—Sube al coche, Melissa.

Arbutus fue a abrir la puerta, pero la voz de Melissa la retuvo.

—¿Podría venir también el *sheriff* a casa para la cena de Acción de Gracias?

Arbutus se detuvo y se giró para mirarla, primero a ella y luego a mí. Era un

hueso duro de roer, pero vi que su mirada de acero se ablandaba un poco.

–Walter siempre es bien recibido en nuestra mesa –empezó a abrir la puerta, pero sus ojos se encontraron con los míos–. Ya sabes dónde vivo. Melissa, ¿quieres meterte en el coche?

Me soltó la mano y se inclinó hacia delante para darme un beso rápido en la mejilla.

–Te veré en un par de semanas.

–Haré lo que pueda –Melissa se detuvo–. Allí estaré –la sonrisa regresó. La vi rodear la furgoneta y meterse dentro, o casi, pues antes pegó un brinco, corrió hasta la parte delantera de la casa y les dio a su padre y a su tío un abrazo de despedida.

Me apoyé contra la trasera de la camioneta, me crucé de brazos y miré al suelo.

–¿Cómo te va, Lonnie?

–Estoy bien, ¿y tú?

–No estoy mal. ¿Me dejaste un regalito?

Levantó la vista y miró a Henry a través de sus gruesas lentes. El sol de mediatarde brilló sobre la montura metálica. Entonces se giró hacia mí y sonrió.

–Ajá, sí, lo hice.

Asentí.

–¿Cómo conseguiste entrar en mi camioneta?

–Oh, las nuevas son fáciles de abrir. Además, las llaves estaban junto a la puerta de tu despacho. Sí, es así.

Tenía que buscarle otro sitio al gancho de las llaves.

–¿Por qué me dejaste la munición?

–Vas a pensar que estoy loco si te lo cuento –la sonrisa era un poco más débil cuando levantó la vista.

–Lonnie, últimamente he visto un montón de locuras, así que ¿por qué no lo intentas?

–Los Ancestros me dijeron que la ibas a necesitar –asintió–. Sí. Cuando perdí las piernas, empezaron a hablarme. Creo que es porque están ahora con ellos. Me cuentan las cosas a medias.

–¿A medias?

–Sí, porque sólo la mitad de mí está con ellos. Algún día, todo mi yo estará con ellos, y entonces me contarán todo.

Sonreí.

–Espero que no te cuenten toda la historia demasiado pronto, Lonnie –bajé la vista al rifle que sostenía en el regazo–. Lonnie, ¿has salido a disparar con esa arma unas cuantas veces?

Pareció realmente avergonzado.

–Estaba enfadado, así que disparé a uno de los postes de la valla trasera.

Pensé que, si alguien le hubiera hecho a mi hija lo mismo que a la suya, yo no me habría conformado con disparar a un poste. La imagen de Lonnie en su porche trasero en mitad de la noche disparando a un poste no encajaba con la idea que yo tenía. Estoy bastante seguro de que di un pequeño brinco cuando se oyó un crujido proveniente de la radio de la camioneta: ya era capaz de escuchar la voz de Ruby a través del cristal y de las millas que había recorrido la señal.

–Unidad Uno, ¿me recibe?

Se trataría de algo de la tienda de deportes o los Esper, pero, cuando miré el reloj en el salpicadero, no eran más que las dos y media. Quizá fuera Jim Keller. Abrí la puerta y cogí el micro.

–Base, aquí Unidad Uno. Adelante.

Interferencia.

–Walt, George Esper ha vuelto a desaparecer.

Me derrumbé sobre la puerta de la camioneta y apoyé la cabeza contra el micro.

–Tienes que estar de broma.

Interferencia.

–Robó la camioneta de Ferg. Vic está persiguiéndolo.

–¿Dónde?

Interferencia.

–En la 16, probablemente ya estén en la autopista. Ha atropellado a alguien cerca de la cooperativa. Turco está ahora allí.

–¿Alguien ha avisado a los de la Patrulla de Carreteras?

Interferencia.

–Sí.

Esperé un instante: quizá Vic todavía estuviera dentro del alcance de la radio. Primero se oyeron interferencias y luego una señal más débil.

–Estoy en el kilómetro 182 y, si ese pequeño hijo de puta estuviera aquí, ya lo habría atrapado.

–Vic, deja la autopista a los de la Patrulla de Carreteras, tengo la corazonada de que se dirige hacia aquí.

Se oyeron más interferencias y el sonido que hizo el vehículo de Vic, de cinco años de antigüedad, al reducir la velocidad a ciento sesenta kilómetros por hora, mientras sostenía la mampara divisoria con una mano.

–He dado la vuelta, pero, si estás en lo cierto, el cabrón me saca un montón de ventaja.

–Lo pillaremos por la otra dirección. Unidad Uno, corto –colgué el micro en

su sitio y me asomé para mirar a Henry.

–¿Te apuntas?

Henry asintió y empezó a empujar la silla de ruedas de Lonnie de vuelta a la casa. Lonnie agarró los asideros de las ruedas y detuvo la silla.

–Vete, puedo entrar en la casa yo solo. Sí, es así –luego extendió el brazo y me tendió el rifle–. Toma esto –cogí el rifle a la vez que Lonnie le entregaba a Henry la caja de plástico negro.

Henry lo miró, asintió y llegó hasta la puerta del acompañante. Cuando estaba rodeando el morro de la camioneta, me detuve.

–Lonnie, a propósito de la caja de cartuchos...

Continuaba sonriendo.

–¿Sí?

–Tenía algo escrito, junto al agujero de bala –Lonnie asintió y sonrió–. ¿De quién es la letra?

–Deberías reconocerla.

–Lonnie, ahora no tengo mucho tiempo...

–*Nedon Nes Stigo: El Que Muda Su Pierna.*

Lucian.

–Solía disparar con nosotros en Buffalo Wallows, hace mucho tiempo. Una vez, mi padre lo desafió a que acertara en un blanco tan pequeño como la caja de cartuchos a trescientos sesenta metros y lo hizo. Sí, es así.

Tardé un minuto en recuperarme.

–Gracias, Lonnie.

Subí a la camioneta y, mientras alcanzaba el cinturón de seguridad, le hice un gesto a Henry para que me imitase. Puso la cajita de plástico a sus pies y sostuvo el rifle con ambas manos de la misma forma que lo había hecho en el helicóptero de Omar. Cuando llegamos al final de la carretera estatal que desembocaba en la principal, íbamos a más de ciento sesenta con las sirenas y las luces a todo trapo. Aun así, nos costaría más de veinte minutos alcanzar el otro lado de la reserva, así que me aferré con los dedos alrededor del volante. Me concentré en la carretera al tomar el atajo al río Powder.

–Creo que se dirige hacia nosotros.

–¿Por lo que dijo en el hospital, acerca de vivir en la reserva?

–Una suposición tan buena como cualquier otra.

Cuando la inercia al tomar una curva cerrada casi nos arroja a la cuneta, Henry se agarró con una mano al salpicadero.

–¿Qué es lo que te ha dicho Lonnie sobre la frase en la caja, tú?

–Me ha dicho que era de Lucian... ¿Es que no lo sabías?

–Nunca lo pregunté.

–Supongo que fue escrita hace mucho tiempo, en alguna ocasión en que Lucian fuera a disparar con el padre de Lonnie –en la siguiente recta, Henry abrió lo que parecía un kit de limpieza, sacó dos varillas y se dispuso a unir las–. ¿Qué estás haciendo?

–Estoy limpiando el rifle.

–Es una prueba.

–No, es un arma, tú.

A pesar de la velocidad que llevábamos, nos costó bastante llegar al extremo norte del Powder, pero cuando por fin lo hicimos, otro vehículo que también iba bastante rápido asomó en el horizonte. A esa distancia era difícil precisar quién era, pero un momento después fui capaz de ver las luces. Agarré el micro.

–Vic, ¿eres tú?

Interferencia.

–Joder, claro que soy yo. ¿Dónde coño se ha metido ese mamón? –reduje la velocidad y me detuve. Cuando terminé, Vic había llegado junto a nosotros y estaba bajando la ventanilla con la manivela. Yo detuve la sirena y Vic se acodó en el hueco de la ventanilla–. ¿Y ahora qué?

Me detuve a pensar.

–Bueno, si no ha tomado la 14 en dirección a Sheridan, la única carretera principal que queda es esta del río Powder.

–¿Dirección norte o sur?

–Nosotros iremos por el sur, tú vete hacia el norte –antes de que pudiera acabar la frase, Vic había desaparecido en medio de una nube azul de aceite de motor y goma quemada. Si le comprara una nueva unidad, quizá Vic... Di media vuelta con el Bullet y yo también salí quemando rueda, acelerando en dirección al Powder. Cuando llegamos al atajo, lo único que se distinguía al norte era una nube de polvo que se perdía en la distancia. Tomamos la siguiente curva en dirección al sur, derrapando como si la trasera del vehículo quisiera adelantarnos. Giré el volante en la dirección opuesta y volví a pisar a fondo al tomar la siguiente, nos fuimos hacia el arcén y golpeamos unos cuantos buzones. Entonces me di cuenta de que Henry estaba forcejeando para sostener el Sharps mientras buscaba el cinturón con la otra mano–. ¿Qué sucede?

–Intento abrocharme el cinturón. Esa es la ley, tú –aquella era la primera vez que conducía ese mastodonte a gran velocidad tanto rato. Hasta entonces no se había presentado la ocasión. Se trataba de un vehículo pesado, pero estaba sorprendido de la agilidad con la que había respondido–. Vale, ahora ya te puedes estrellar –Henry había conseguido ponerse el cinturón y, en ese momento, estudiaba la carretera que se abría ante nosotros, mientras yo me concentraba en los próximos metros–. Veo una polvareda.

Era George, acababa de desviarse de la autopista. Se me pasó una idea por la

cabeza.

–¿Crees que llevará la radio del coche encendida?

Henry se giró para mirarme mientras yo me las veía con otra curva y otra más, inmediatamente después.

–Eso explicaría por qué está evitando las carreteras estatales.

–Y hay algo más.

–¿Qué?

–El viejo rancho de los Esper está por aquí, es el lugar donde se asentó el tatarabuelo de Reggie. Recuerdo que Vonnie me lo contó. Le compró la propiedad para especular con los terrenos donde pensaban que pronto construirían una planta energética.

–¿Qué tal va vuestro romance?

–No preguntes –sentí que me miraba con desaprobación. Pasamos por encima de una rejilla y saltamos momentáneamente por los aires. Giramos en la siguiente curva, que estaba llena de baches. Henry se agarraba donde podía–. Hey, pensaba que vosotros creáis que siempre es un buen día para morir.

–Frase atribuida a Caballo Loco, a quien se cita equivocadamente con frecuencia.

✱

Después de los baches, la carretera continuaba recta, así que pude sacar el máximo partido a los diez cilindros. El cuentakilómetros se acercaba a los ciento treinta y empezábamos a sentir la ligera sensación de que la suciedad se iba acumulando en el cojinete de bolas. Sentía los testículos alojados en algún punto de la cavidad torácica y, la verdad, no era una sensación agradable. Si nos saltábamos una curva a esa velocidad, nos mataríamos. Todo lo que Henry decía era:

–Oh, mierda.

Tomamos la siguiente curva a ciento sesenta. El malestar de mi estómago se hacía más grande a medida que las leyes de la geometría ejercían toda su influencia sobre la carrocería de acero de Dearborn. A una velocidad moderada, la curva no habría sido nada del otro mundo, nada digno de una balada de Jan and Dean, pero a la velocidad que íbamos fue suficiente para empotrar el lateral de la camioneta en el terraplén de arcilla roja. Cuando rebotamos contra la tierra, corregí el volante y el Bullet salió disparado hacia el río. Viré lo más despacio que pude, tratando de que la velocidad nos impulsara hacia delante. Únicamente la rueda trasera de la izquierda patinó y se salió de la carretera. La camioneta botó y recuperó el equilibrio, para después tomar velocidad en la

siguiente recta. Henry me miró: el espejo retrovisor del lado del acompañante estaba golpeando la puerta.

—¿Quieres estrellarte, tú? Pues hazlo por tu lado, ¿vale?

George también había tenido problemas para tomar esa curva: su espejo retrovisor llegó dando botes hasta el Bullet y este le pasó por encima. Le habíamos ganado bastante terreno. Cuando lo vimos, acababa de coronar una colina y volvía a toparse con una rejilla para el ganado que quedaba a su derecha. La carretera continuaba colina arriba hasta donde George había estado hacía un momento, así que reduje un poco la velocidad por si había una cuesta pronunciada al otro lado. Hice bien, porque había un cambio de rasante brusco a la derecha y la caída era considerable. George no había reducido la velocidad.

Se apreciaba el punto donde el Toyota había atravesado la cerca del arcén, llevándose por delante la mayor parte de los viejos postes y el alambre de espino. El cuatro por cuatro había dado una vuelta de campana, pero había aterrizado sobre las ruedas y George lo había vuelto a poner en marcha. En esos momentos se abría paso por una zona de pastos que desembocaba en un portón, cuatrocientos metros más arriba.

Si manteníamos la velocidad, llegaríamos allí antes que él. Sólo teníamos que seguir la estela del río, que continuaba hacia el este con una pendiente de dos metros y medio en algo menos de dos kilómetros: esa era la parte del río que realmente hacía honor al calificativo «de ancho dos kilómetros y de hondo dos centímetros». No había mucho más en esa dirección aparte del camino que llevaba a las vías del tren Burlington Norte-Santa Fe. No tenía ningún otro sitio donde ir. No podía dar la vuelta para trepar por la colina por la que acababa de caerse y el río le bloqueaba la huida por la derecha: quizá el agua tuviera sólo dos centímetros de profundidad, pero el barro era insondable. Tenía que dirigirse al portón y nosotros nos adelantábamos y llegaríamos antes que él.

Reduje un poco la velocidad, ya que la topografía estaba de nuestra parte. El Toyota brincaba entre las lomas y la artemisa. Podíamos verlo perfectamente, aferrado al volante en un intento de encarrilar el vehículo en línea recta, golpeándose la cabeza contra el techo cada vez que remataba una cima. Se me encogía un poco el estómago al pensar en lo que se estaba haciendo en la pierna, la mandíbula y demás heridas.

Tomamos la última curva antes de llegar al portón y, antes de detenernos, aceleré un poco, derrapando para bloquearle el paso. Imaginaba que cuanto antes llegara, antes detendría el machacado Toyota, pero George continuaba acercándose y yo empezaba a preguntarme si sería capaz de vernos o si habría perdido el sentido a raíz de tantos golpes. Me quedé esperando a que se aproximara y, sólo cuando se encontraba a veinte metros de la puerta, las ruedas

del vehículo giraron y se abalanzó colina abajo. George había decidido darse un chapuzón.

—La madre que me parió... —pisé el acelerador y conduje el Bullet a la cerca, hasta que encontré un lugar adecuado. Yo también corté por lo sano, llevándome conmigo un par de metros de alambre de espio y de postes. Lo seguimos hasta el terraplén que desembocaba en el río y, por un momento, pudimos contemplar los bajos de su todoterreno. El salto no le llevó demasiado lejos y, tal y como esperábamos, las ruedas y la mayor parte de la delantera del Toyota se hundieron en el fango del río Powder, poniendo punto y final a la escapada motorizada de George.

Detuve el vehículo en el margen del río y contemplé con un cansancio tremendo cómo George trepaba por la ventanilla del todoterreno, caía al agua, se levantaba y echaba a andar penosamente tan rápido como le permitía su pierna vendada. Me quedé mirando a Henry con cara de incredulidad cuando él se dio la vuelta y me tendió el rifle.

—Si no le disparas tú, lo haré yo.

—No tenemos balas, de lo contrario, me lo pensaría muy seriamente —Henry se echó a reír, sacó un cartucho reluciente calibre 45-70 del bolsillo de su camisa y lo sostuvo en alto—. ¿De dónde has sacado eso?

—De tu escritorio, ¿de dónde si no?

Cogí el tirador y abrí la puerta.

—Estamos tratando de impedir que alguien le dispare.

Henry saltó al otro lado.

—Estoy empezando a cuestionarme la lógica de eso, tú.

George había hecho una buena salida, pero la herida y el barro lo habían retrasado bastante: desde donde estábamos se apreciaba que el limo gris del lecho del río le llegaba por encima de la rodilla. Me detuve en el borde del terraplén. George estaría a unos cincuenta metros de distancia. Usé las manos a modo de megáfono y grité:

—¡George! ¡¿Adónde crees que vas?!

Henry se me unió en lo alto del terraplén. Todavía llevaba el rifle.

—Si le disparamos ahora, no tendremos que enterrarlo.

Me llevé las manos a la boca de nuevo.

—¡George! ¡Ya basta, vuelve aquí!

George continuó avanzando. Comencé a bajar el terraplén y resbalé, pero conseguí recobrar el equilibrio antes de caer al río. Me quedé mirando el agua, seguro que estaba congelada. Traté de pensar cuál era el mejor camino. Nunca he sido un tipo lanzado, prefiero sopesar las cosas tranquilamente, pero estaba a punto de mandar la prudencia a hacer puñetas cuando Henry habló. El tono de su voz era mucho más escalofriante de lo que jamás sería el agua del Powder.

–Walt, allí arriba hay alguien.

Levanté la cabeza y escudriñé el margen opuesto, pero solamente vi a George abriéndose camino lentamente.

–¿Dónde?

–Mucho más allá. ¿Ves esa mata de salvia a la derecha de George? Pues a su derecha, justo en la línea del horizonte.

Dejé de respirar, agucé la vista y allí estaba. Una pequeña figura vertical en mitad del paisaje horizontal.

–¿Estás seguro de que no es un ciervo o un berrendo?

–No, es un hombre y va armado.

Mientras Henry hablaba, surgió de la figura una pequeña vaharada de humo. Apenas dos segundos después, George cayó de espaldas en las gélidas aguas. Di un paso involuntario hacia delante y caí al río en el mismo momento en que George tocaba el barro. Luchaba por levantarse, revolviéndose hacia los lados en un intento de sentarse. Y aquello era como si todo se moviera a cámara lenta, antes de fundirse en un torbellino inducido por la adrenalina al que el mundo real no podría seguirle el paso. Grité con todas mis fuerzas.

–¡Quédate en el suelo! –George no podía oírme o no le importaba. Yo ya había visto eso en Vietnam, también aquí. Cuando eres un animal erguido y de repente descubres que no estás a dos patas, tienes la necesidad imperiosa de levantarte y comprobar que estás intacto.

–Está recargando.

Cuando me di la vuelta, Henry acababa de lanzarme el rifle. Lo cogí al vuelo, accioné el martillo rápidamente y levanté una mano para recibir el cartucho que Henry estaba buscando en el bolsillo de su camisa. Llegados a este punto, no podía pensar en otra cosa que no fuera el penique que me había arrojado en el bar la otra noche. Por fin me lo lanzó: el proyectil me golpeó en la palma de la mano y rebotó, pero conseguí pararlo con el pecho y lo introduje rápidamente. Luego cerré el mecanismo haciendo subir el bloque de cierre. Me puse derecho para disparar y me golpeé el hombro al ir a levantar la culata. Tuve que calmarme, tratar de que todo fluyera de forma natural y fue entonces cuando me acordé de respirar. Aspiré con todas mis fuerzas y sentí la punzada del oxígeno al inundar mi cavidad torácica, en el momento en que levantaba la mira trasera con regulación vernier.

–Seiscientos veinte metros...

–Seiscientos cuarenta por lo menos.

–Mierda –reajusté la mira tan rápido como pude–. ¿Dónde está Omar cuando se le necesita?

Henry se echó a reír mientras yo levantaba el rifle y eso fue todo lo que me hizo falta. Toda la tensión se evaporó. Introduje el dedo en el gatillo y me

detuve para observar mi objetivo. Incluso a esa distancia, tenía algo que me resultaba familiar, algo conocido, era alguien que conocía. Ajusté las cifras teniendo en cuenta la estación del año, la elevación a la que se encontraba el tirador y la temperatura media. Una aproximación de 5,33 mm era un buen punto de partida, pero dadas las circunstancias desearía haber podido precisar más. Eché un vistazo a través de la mirilla del minúsculo disco vernier, que alcanzaba una precisión de 25 micras, y luego a través de la mira de plata en forma de cuchilla.

Mi doble, quienquiera que fuese, estaba esperándome a seiscientos cuarenta metros, con una idéntica e incómoda postura. Se me ocurrió que el primero de los dos en encontrar algún sitio donde apoyarse sería el único que quedaría en pie, pero no había tiempo. Yo tenía un as en la manga porque no era a mí a quien estaba disparando, al menos que yo supiera. A cuántos individuos desafortunados se les habría pasado ese último pensamiento por la cabeza. Vi a George con el rabillo del ojo antes de cerrar el izquierdo. Había conseguido sentarse y sujetaba el brazo derecho con el izquierdo. Costaba distinguir si su ropa estaba manchada de sangre o de agua. Lo oía llorar desde donde yo me encontraba y deseé que siguiera así.

Dejé que mi aliento se mezclara con la ligera brisa y que discurriera sobre los cantos rodados del río, las hierbas altas y secas y los retazos de nubes altas. Ya podía oír el cántico que había oído en la montaña, el que había hecho estremecerse los árboles y había resonado a través de la roca. Los Ancestros Cheyenes me acompañaban y comprobé cómo el sonido de sus voces ascendía a la vez que sostenía el rifle. Apreté el gatillo del gran Sharps y cruzaron silbando el río Powder con una precisión letal que suplicaba clemencia. La muerte era para ellos una liberación y un gesto involuntario en el transcurrir cotidiano de la vida. Sentí el retroceso y bajé el rifle, aceptando una conclusión que se me escapaba. La figura cayó al suelo y oí cómo su disparo, demasiado alto, nos pasaba por encima de la cabeza. Sonó tan fuerte como puede sonar una venganza frustrada y atravesó la trasera del Bullet de un extremo a otro.

George continuaba sollozando y yo me alegré de que siguiera con vida. Unos instantes más tarde, noté que Henry estaba a mi lado, me quitaba el rifle y lo apoyaba contra el terraplén. Se quedó allí de pie un momento, creo que me tocó el brazo. Luego siguió avanzando por el río. Las voces del Powder continuarían contando las mismas historias que habían contado antes de que yo naciera y que seguirían contando cuando ya no estuviera en este mundo. Henry se abrió paso cuidadosamente sobre las rocas planas que George no había tenido tiempo de buscar. Lo miré un momento y luego me volví en la dirección que había efectuado el disparo. Apreté la mandíbula y la tristeza se apoderó de mí.

Sabía quién era el tirador.

El proyectil le había machacado la clavícula, había atravesado el músculo y los tendones del hombro y después había salido por el omóplato, llevándose a su paso la mayor parte. El daño en los tejidos era tremendo, difícilmente George podría volver a utilizar la mano con normalidad. Tenía el pulso débil y rápido, respiraba de forma entrecortada y todas las apuestas estaban en su contra.

Lo envolvimos con la manta de lana que llevaba detrás del asiento de la camioneta y lo llevamos a la trasera. Se quedó allí, temblando a causa de la temperatura del agua y de la pérdida de sangre. El shock le había nublado la vista y las pupilas estaban dilatadas y miraban fijamente el cielo de la tarde. Había perdido mucha sangre en el río y la vida se le escapaba por entre la superficie de la manta gris. En un intento de hacer presión sobre la herida para detener la hemorragia, le coloqué la chaqueta de borrego alrededor del hombro. Me incliné sobre él y le dediqué una sonrisa, aunque mi mirada era seria.

–Vas a ponerte bien, George.

Aparte de la dificultad para pensar con claridad que acompañaba al shock, George todavía tenía la mandíbula vendada, así que era doblemente difícil entender lo que estaba diciendo.

–Digpagado...

–Sí, alguien te ha disparado, pero yo le he disparado también. Tú sólo relájate, todo va a salir bien –presioné la chaqueta encima de su hombro y calculé cuántos kilómetros nos separaban de Durant. Si se continúa por el camino del río Powder hasta Tipperary, se puede cortar por la 201 y regresar al pueblo más rápido que retrocediendo por la 16 y yendo por carreteras asfaltadas. No pude evitar pensar que el tiempo era más importante que el alquitrán. Henry regresó de la parte delantera del vehículo, donde había estado intentando localizar a Vic por radio.

–Henry está aquí. Estaba conmigo en la camioneta cuando intentamos encontrarte.

–*Ya te he*, George –le puso una mano en el pecho al chico moribundo y le sonrió con todas sus facciones–. Nos has asustado por un momento, tú –George estaba sangrando y continuaría sangrando hasta que llegáramos a Urgencias. Lo más importante era hacer que pensara en positivo, hablarle pausadamente y reconfortarlo, para contrarrestar los efectos del shock. Teníamos que conseguir que pensara en otras cosas y creo que, aunque recorriera el mundo entero, nunca encontraría nadie tan buen profesional de la

distracción como el hombre que estaba a mi lado. La vida de George pendía de cada palabra de Henry. Observé cómo sus ojos oscuros miraban fijamente las pupilas dilatadas del otro y sacaba un tema que salvaría al chico—. George, tengo que hablarte de qué significa ser indio... —me miró y me susurró—: Vic llegará de un momento a otro —volvió a bajar la vista—. George, si vas a vivir en la reserva con nosotros, necesito enseñarte algunas cosas —nos turnamos y Henry sostuvo el vendaje improvisado sobre el hombro destrozado de George. Continuaba hablándole en un murmullo hipnótico—. Necesitamos hablar de cómo encontrar la armonía y la integridad en tu interior para compartirla con todos los que te rodean, pero necesito que me escuches atentamente porque las cosas que voy a contarte son muy importantes. Necesito que escuches cada palabra, ¿vale? —los espasmos fueron a menos, de hecho, George asintió con la cabeza—. Bien —Henry continuó sonriendo—. Serás un buen indio, tú.

Traté de no pensar en el resto de esa vieja afirmación y me aparté para mirar el camino, justo a tiempo para ver a la unidad de Vic coronar la colina. Casi se come la curva en la que George se había salido del camino, pasó con la camioneta por la abertura en la cerca y aparcó junto al Bullet. Con las gafas de sol, parecía un piloto de combate, y conducía igual.

—¿Le has disparado tú?

—No.

—¿Entonces quién?

—Te lo contaré después. Necesitamos llevarlo a Durant. Ahora —me siguió, le dio la vuelta a la camioneta y abrió la puerta del acompañante, tumbamos a George en el asiento trasero y lo aseguramos con los cinturones con cuidado. Miré a Henry mientras Vic rodeaba la camioneta y se subía a ella. Vi que me tendía algo. Otro cartucho calibre 45-70. Contemplé la bala un momento y luego lo miré a la cara. Los ojos de mi amigo estaban sombríos. Los dos conocíamos el final e iba a ser de los malos—. Esta tierra pertenecía a los Esper...

Henry permaneció inmóvil.

—Sí.

—Sabes quién es.

Henry asintió y luego miró en la dirección que se había producido el disparo.

—Sí.

Cogí la bala y me la guardé en el bolsillo de mis vaqueros.

—No dejes que se muera por el camino, ¿vale?

—No te preocupes por él —se subió a la camioneta y se sentó en el suelo junto a George, para continuar ejerciendo presión sobre la herida. Cerré la puerta al tiempo que Henry se volvía y miraba por la ventanilla abierta. En sus ojos se leía una advertencia—. Ten cuidado, tú.

Vic me miró inquisitivamente, pero yo sólo le hice un gesto con la cabeza y

di un golpe en la puerta a modo de despedida. Me giré y caminé en dirección al rifle y al río mientras ella rodeaba mi coche y salía para Durant a toda prisa. Luego giró a la izquierda y continuó por el camino del río Powder sin que tuviera que decírselo siquiera.

Observé cómo la nube de polvo se perdía en la distancia. Después sólo se escuchó el sonido del agua y una bandada de gansos canadienses que habían decidido emprender su camino hacia el sur más tarde que de costumbre. Los contemplé un momento mientras sobrevolaban el agua, avanzando a buen ritmo entre las colinas oscuras a ambos lados del afamado río. Las colinas eran de color amoratado y tenían grandes incisiones provocadas por antiguas erupciones color rojizo. Parecía que todo el valle estuviese sangrando.

Fui a por el Sharps a la ribera del río y, al cogerlo, noté una ligera decoloración alrededor de la recámara. Todavía estaba caliente. Miré en la dirección en la que se había producido el disparo, pero no pude ver nada que no fuera tierra. Accioné la palanca y saqué la vaina vacía del cargador, para introducir a continuación el nuevo cartucho que Henry me había dado. Tiré el cartucho vacío al río, para que nunca nadie pudiera volver a recargarlo. Me agaché junto a los ocho centímetros de agua. La sangre se mezclaba muy rápido con el agua fría y clara, para desaparecer en dirección norte, camino a Montana.

Crucé el río en línea recta, a pesar de que la corriente me empujaba a su favor. Cuando llegué al otro lado, me detuve para recuperar el equilibrio y respirar hondo, tratando de que se me pasaran las náuseas. Miré hacia el Bullet para calcular la trayectoria de mi disparo, eché un vistazo al horizonte y me puse a andar. Podía sentir la calidez del sol poniente a mi espalda, mientras me abría paso entre las matas de salvia, la hierba alta y los cactus. Unos cuantos conejos de cola blanca salieron huyendo a mi paso. Al pie de las colinas había una pequeña manada de berrendos.

No me costó tanto rato como esperaba. Me quedé allí de pie con el rifle entre las manos y observé la zona elevada de las vías que marcaba la ruta de los trenes que transportaban carbón hasta Gillette. Se trataba de un sitio solitario y un lugar perfecto, fueran cuales fueran tus intenciones, con una vista impecable de los bancos de arena y del río.

Me arrodillé junto a las manchas oscuras del suelo y presioné con la mano sobre la superficie irregular de la tierra. Estaba pegajosa en aquellos puntos donde comenzaba a secarse. Las tierras del río Powder absorbían cualquier humedad, no importaba a qué precio. No había mucha sangre, pero era suficiente. Me levanté y eché otra ojeada a mi alrededor antes de investigar el camino. Había una ligera depresión, donde el tirador había caído y, por las marcas de la sangre, se diría que el disparo le había alcanzado en el lado izquierdo. Había huellas de Vasques del 43 por todas partes y, cuando me

arrodillé para examinarlas, me fijé en que algo metálico brillaba bajo una mata de salvia. Fui hasta allí y recogí el casquillo vacío. No había necesidad de guantes ni de bolis, así que sostuve el cartucho contra el sol poniente y me fijé en la vaina dentada y en la base, donde se leía 45-70 GOVT. Empezaba a encontrarme mal de nuevo, así que me levanté y me guardé el cartucho en el bolsillo de la camisa.

Seguí el rastro de sangre hasta el camino de acceso y me arrodillé junto a la última salpicadura. Sobre el polvo seco parecía de color negro, igual que las manchas que había en mitad del camino. Un vehículo había estado aparcado allí lo suficiente como para dejar un rastro de aceite de motor y de líquido de transmisión, un vehículo con un eje bastante ancho y, a juzgar por el giro, sin diferencial autoblocante. Las rodadas indicaban que las llantas eran estrechas; las impresiones en el suelo, que se trataba de un vehículo pesado, cercano a la tonelada. El tubo de escape había dejado un rastro al arrancar: carbono y condensado, más un poco de gasolina. Apostaba a que se trataba de una camioneta vieja y apostaba también a que era de color verde.

Las sombras habían empezado a hacerse más largas y yo tenía un sitio hacia donde ir. Me abrí paso por el Powder hasta la camioneta, me apoyé en la trasera y pensé en lo que sucedería en las próximas horas. La radio me sacó de mi estupor.

Interferencia.

–Unidad Uno, ¿me recibe? –más interferencias y un preocupado–: Walter, ¿estás ahí?

Tragué saliva, extendí el brazo y agarré el micro.

–Sí. ¿Qué noticias tienes de George?

Interferencia.

–Lo han conseguido, ahora mismo está en el hospital.

–¿Y está vivo?

Interferencia.

–Sí. Ferg ha llevado a los Esper hasta allí hace unos minutos. Turco se está preparando para salir ahora, va a tu encuentro.

–No mandes a nadie, estoy de vuelta, pero tengo que ocuparme antes de unas cosas –esperé un momento–. ¿Está Lucian ahí?

Interferencia.

–Creo que sigue en la parte de atrás con Bryan.

–¿Podrías ir a buscarlo?

Mientras esperaba, pensé en lo personales y feas que se habían vuelto las cosas en los últimos cuarenta minutos. Se levantó una brisa que intentó barrer el campo. Le deseé toda la suerte del mundo. Interferencias.

–¿Qué cojones quieres decir con lo de que no enviemos a nadie?

Sonreí.

–Me alegro de oír tu voz, viejo. ¿Cómo te va?

Interferencia.

–¿Me has despertado para preguntarme eso?

Inspiré hondo y apoyé el Rifle Cheyene de los Muertos en el asiento.

–Lucian, ¿te acuerdas de cuando Michael Hayes se suicidó? –una larga pausa y luego otra interferencia.

–¿Qué tiene que ver el tocino con la velocidad?

–¿Qué tipo de arma usó? –otra larga pausa.

Interferencia.

–Hijo de puta.

Había nubes en la cima de las montañas y la nieve reflejaba un sol de color amarillo limón, dando lugar a una de las puestas de sol más hermosas y perversas que haya visto nunca. Las nubes eran pintas, como los cuartos traseros de un potro *appaloosa*, y su belleza te golpeaba igual de fuerte. Las rachas de viento mecían las ramas desnudas de los álamos y la hierba y la salvia al ras del suelo se estremecían. El viento azotaba mi camioneta y me recordó que ya había perdido mis dos chaquetas.

Comencé por el principio, por los hechos más inocentes, para llegar progresivamente a los más atroces. Pensé primero en la historia. Nadie sabía exactamente por qué Michael Hayes se había suicidado. Yo era un adolescente cuando aquello sucedió, pero recordé que ella había dicho que se había quitado la vida en el cobertizo trasero. Alguien había comentado que lo había hecho con un rifle de gran calibre y todo aquel que conociera al señor Hayes estaría encantado de contarte que no era persona de medias tintas. Recuerdo que alguien declaró que sus sesos estaban esparcidos por todas las paredes.

Pensé en la noche en la que había ido a su casa a cenar, cuando me dijo que dejase el rifle junto a la puerta. ¿Había reaccionado de esa manera por el arma en sí? Me acordaba de que el perro no dejaba de mirar hacia la puerta esa noche. ¿Sería capaz de ver a los Ancestros Cheyenes?

Pensé en las Vasques del 43 y en los pies largos y flexibles que sostuve entre mis manos. Pensé en lo alta que era, yo le sacaba una cabeza, y cómo el pelo le caía por encima de los hombros. En el Lago Dull Knife, con las luces de la madrugada, podía haberse tratado de ella perfectamente. También le habría resultado fácil abrirse paso entre las ramas en esa segunda escena del crimen.

Miré con nostalgia el bar de Henry al pasar. Las luces estaban encendidas y había algunas camionetas viejas aparcadas a una distancia equidistante del edificio: en Wyoming, hasta las camionetas tienen su espacio vital. Dena estaría dentro, meneando los flecos de su vestido frente a los *cowboys* locales por 163

dólares a la semana. Supongo que tras los sucesos ocurridos, habría decidido pasar del torneo de Las Vegas y ocuparse del talento local. Hacía tiempo que la temporada de trabajo de los vaqueros había terminado, así que aquel sería el último cheque que algunos de ellos verían hasta que las cosas volvieran a ponerse en marcha en primavera. Para ellos también sería un invierno duro, pero por el momento estaban encantados de perder su dinero a manos de Dena Muchos Campamentos. Les envidié por tener ese privilegio.

Cuando llegué a Portugee Gulch, en el curso bajo del Piney, la cancela de la casa estaba abierta. Cogí el rifle y me quedé escuchando por si se oían tambores, campanas o voces de algún tipo, pero el único sonido era el que hacía el viento al recorrer las laderas de las colinas y las montañas. Me bajé de la camioneta y las luces halógenas del patio se encendieron. Me llevó un segundo recordar que había pasado lo mismo cuando la había llevado a casa hacía unas noches. La pizarra roja del suelo crujía bajo mis pies mientras me aproximaba a la casa. Cuando llegué a la puerta, no estaba cerrada con llave. La abrí completamente y eché una ojeada al salón vacío. Las cosas estaban prácticamente igual que cuando tuve que salir corriendo aquella noche. La manta seguía arrugada en el sofá, pero el fuego estaba apagado y frío. Pensé en el perro y miré por encima del hombro. Escuché con atención mientras escrutaba los huecos en la arcada que conducía al comedor y observaba el pasillo que llevaba a la cocina. Allí era donde lo había visto la primera vez, pero sólo se oía el sonido del viento en el patio y un suave silbido proveniente del tiro de la chimenea, todavía abierto.

Cerré la puerta con cuidado y bajé la vista al Rifle Cheyene de los Muertos, más manejable con todo el ajetreo de la última semana. El roce de tantas manos le había dado a su acabado fantasmal un extraño brillo y la madera y las cuentas brillaban como si encerraran una advertencia que acabara de hacerse real. Las pequeñas plumas grises parecían suaves e invitaban a ser tocadas. Accioné la palanca, comprobé la ventana de alimentación y volví a cerrarla. Apoyé el rifle contra la pared y amartillé el Colt, alojando una bala del calibre 45 en el cargador. El martillo sobresalía como si fuera el pulgar de un autoestopista. Aquello hizo un ruido capaz de levantar a un muerto. Miré el Sharps. No quería llevarlo conmigo, pero no podía dejarlo atrás.

Atravesé el salón y subí el par de escalones que lo separaban del comedor, escuchando con atención, pendiente de cualquier rastro de sangre. Me detuve a la entrada de la cocina y avancé, empuñando la pistola por delante y con el rifle a la espalda. La cocina estaba vacía, pero creí escuchar un sonido apagado y volví a echar una ojeada. Los cacharros de cobre y los electrodomésticos de acero inoxidable permanecieron mudos hasta que el frigorífico empezó a emitir

un leve zumbido. Oí el ruido de nuevo. Como si alguien cambiase algo pesado de sitio.

Me dirigí a la alacena, donde el otro día había estado el perro. Algo muy grande se movía allí dentro. Un segundo después, el animal hizo saltar la puerta. Se echó a ladrar y se abalanzó hacia delante, intentando saltar, y el panel de en medio cayó delante de mí. Levanté la pistola, reservándome el rifle, pero la correa aguantó.

Esperé un momento a que mi corazón volviese a latir con regularidad. A partir de ese momento todo iba a ser más difícil. No conocía la distribución del resto de la casa. Volví a la entrada de la cocina: de allí salían cuatro pasillos diferentes y dos escaleras por donde continuar buscando. Tenía que pensar en qué podría haber hecho ella, dónde habría ido yo si hubiera estado en su lugar. Sabía que estaba herida y que perdía sangre. ¿Dónde iría para intentar curarse? No había rastro de sangre sobre la superficie trabajada de las baldosas de arcilla. No había pasado por ahí, tampoco había estado en el salón ni en los dormitorios de más allá. No parecía que hubiera pisado esta parte de la casa.

Caminé por el pasillo trasero que se adentraba en la propiedad. Estaba repleto de estanterías y se abría a un atrio con cestas colgadas y grandes macetas con plantas que no reconocí. Había alfombras turcas y muebles de mimbre, la atmósfera era húmeda. Allí estaba la piscina, aproximadamente de unos cuatro metros y medio de largo y dos de ancho, con un motor que creaba una corriente artificial para poder nadar en contra. Eché un vistazo a los cierres metálicos que enmarcaban los paneles de cristal que componían la mayor parte de la pared trasera de la casa. Me desplacé hasta el extremo derecho de la habitación donde había una puerta que daba al exterior, me puse el Sharps bajo el brazo, abrí la puerta con cuidado y miré alrededor. El patio trasero tenía los mismos fragmentos de pizarra roja que la parte delantera y había una abertura que conducía a una pista cubierta para montar, a unos doce metros de distancia. En el centro del patio había rodadas donde una camioneta había estado aparcada. Se hacía tarde y el cielo había oscurecido: los rayos de sol inclinados hacían que todo tuviese un tinte dramático. Pronto oscurecería por completo, tenía que encontrarla antes de que cayese la noche.

Bajé los escalones de pizarra y me dispuse a cruzar el patio, con la vista puesta en las puertas y ventanas que me rodeaban. Cuando llegué junto a un gran portón abierto, me detuve, arrimé la espalda a la superficie metálica de la pared y dejé la culata del rifle en el suelo con cuidado. Las plumas de búho se movieron ligeramente y tuve la sensación de que los mensajeros estaban llamando. Me encontraba en la zona de la pista destinada a los establos, con cabinas para los caballos a ambos lados. Había unos tragaluces opacos que dejaban pasar algo de

luz, por eso pude ver un rastro de pizarra roja que había dejado una camioneta al pasar por el suelo de cemento. Se trataba de un edificio grande, prefabricado, de unos cuarenta y cinco metros de largo por dieciocho de ancho. Dos caballos se acercaron a las puertas para ver si tenía algo para ellos. Uno era un magnífico bayo de ojos achinados, el otro un purasangre enorme, de más de un metro setenta. El grande asomó la cabeza por la puerta de su establo y me ofreció el morro. Levanté la mano y lo acaricié, pero continué con la vista puesta en la abertura que quedaba delante de mí. Cuando lo dejé atrás, relinchó y me volví y lo miré con cara de pocos amigos.

Dentro de la pista de arena había una camioneta Willys verde de los años cincuenta, con la puerta del conductor abierta. No era una Ford del 63, pero se acercaba bastante. Tenía una matrícula antigua de Arizona. Estaba aparcada enfrente de otra puerta que daba a un pasillo iluminado. Permanecí junto a los paneles de contrachapado que evitan que el jinete salga por los aires cuando monta a caballo por la pista y rodeé la camioneta. Había sangre seca por todas partes y, tirada en el suelo, una bolsa de algodón que contenía cartuchos del 45-70. En una arruga del asiento encontré una pluma de águila falsa manchada de sangre. Habían dejado puesto el contacto, pero el motor no estaba en marcha, y los faros daban una luz amarilla muy tenue, como la de los faroles para los bichos que colgaban de los porches antiguamente. Me giré en dirección a la abertura y noté que la arquitectura del pasillo había cambiado.

Este establo era diferente a los demás, estaba hecho a base de maderos burdamente cortados y piedras de río. Las esquinas de las maderas estaban gastadas y la superficie de las planchas deteriorada, como si hubiera estado al aire libre. Había una fila de ventanas sucias a la derecha. La luz del crepúsculo formaba sombras angulosas en el suelo y se reflejaba sobre las nubecillas de polvo. Allí todo era viejo, incluso las herramientas en las paredes, como un pequeño museo rural que hubiera echado el cierre. Había telarañas colgando de las vigas y los clavos sobresalían de los paneles de madera manchados: quienquiera que los hubiera clavado no se había molestado en comprobar su longitud cuando había instalado la tela asfáltica encima. Una fina pátina de polvo cubría todo y, además del rastro de sangre, olía a viejo, a moho y a cagadas de ratón.

Había manchas de sangre en el suelo y sobre las losas que conducían a un pasillo de doce metros. En el otro extremo se divisaba una puerta de establo abierta y la luz estaba encendida. Me detuve a escuchar: se oía una especie de zumbido, como una frecuencia de radio, pero luego se detuvo. En el pasillo había una fila de sillas de montar, pero eso era todo. Pasé con precaución por delante de los establos abandonados. Llevaban vacíos mucho tiempo, se distinguía el movimiento de los ratones que pululaban por allí. Me detuve un

poco apartado de la puerta y detecté sangre en el tirador de hierro galvanizado. Me dispuse a hablar. Si me tenían que disparar, al menos que no fuera por mi culpa. No se oía nada, así que incliné la cabeza un poco para escrutar la habitación.

—Avon llama...

Vonnie se echó a reír, una risa hueca y floja, parecida al sonido que hace el aire al escaparse de una rueda, un sonido que me atravesó. Me giré ligeramente a la derecha y me incliné un poco más y, por fin, a la luz tenue de una bombilla polvorienta de cuarenta vatios, la vi. Estaba sentada en unos escalones de madera, de los que solían usar los mayordomos para ayudar a los cazadores de zorros a subirse al caballo. Eran de un color verde oscuro con ribetes dorados y parecía que no habían sido usados en mucho tiempo. No recordaba las cacerías de zorros en nuestro condado, pero sí las vallas blancas y los vasos de limonada con pulpa que la madre de Vonnie nos había ofrecido una vez que mi padre fue a herrar sus caballos. Había puesto una guinda al marrasquino en el fondo de cada vaso y recordé cómo apoyó la mano en el brazo de mi padre después de terminar.

Vonnie llevaba un mono color oscuro desabrochado y remangado hasta la cintura. Tenía puestas unas Vasques de montaña empapadas en sangre. Me pregunté cómo podía seguir consciente. Luego descubrí el rifle Sharps que sujetaba entre las rodillas con la culata apoyada en el suelo. Apuntaba vagamente en mi dirección. Sabía que las cosas se habían puesto muy feas, Vonnie sujetaba el guardamonte y el gatillo con una determinación terrible. Observé que el martillo estaba echado hacia atrás y el rifle listo para ser disparado.

Entré en la habitación. Vonnie estaba apoyada contra la pared y había una repisa a su izquierda junto a su hombro. La superficie estaba cubierta de productos sanitarios, la mayoría de ellos para caballos. Había gasas cuajadas de sangre, botes de plástico con antibióticos e incluso un par de jeringas. Parecía que los había apartado de un manotazo cuando perdió interés en esos menesteres. También había un receptor de radio encima de la mesa y, a la luz del dial, podía verse que estaba sintonizado en el 155.070, la emisora de la policía.

Había más sillas de montar en unos estantes de troncos a su derecha y las capas de porquería atestiguaban que no habían sido tocadas en años. El techo era bajo y tenía que inclinarme hacia un lado para no eclipsar la luz de la bombilla. Al estar tan próximo a ella, el resplandor era irritante. Yo estaba de pie ante la única puerta de la habitación y no había ventanas. No había ningún sitio a donde ir para ninguno de los dos. Bajé la vista y estudié su cara, a la vez que sentía una punzada de simpatía en la mía. El daño que había sufrido el lado

izquierdo de su cabeza sólo se veía por la maraña de pelo ensangrentado que tenía apelmazado a un lado de la cara. El resto de la melena le caía por encima del hombro, donde continuaba goteando. Estaba bastante seguro de que había perdido la oreja y sólo podía hacer suposiciones respecto al alcance del resto de la herida.

–Hola, Walter –miró la automática que llevaba en la mano y señaló al suelo de madera y al Sharps que tenía cogido en la otra mano–. ¿Vas a dispararme otra vez?

Observé el martillo del Sharps entre sus piernas, pero rápidamente volví a mirarla a los ojos. Con esa luz, apenas podía distinguirlos y no estaba seguro de si tenía las pupilas dilatadas o contraídas.

–No –bajé el martillo despacio, metí el Colt en la pistolera y la cerré con el pasador. Levanté el cañón del rifle y lo apoyé contra la pared junto a la puerta–. La política del departamento es disparar a la gente sólo una vez al día. Cuestión de presupuesto.

–Me alegra saberlo –Vonnie se rió–. Al menos eso he podido oír.

–¿No habrás perdido la oreja? –empezó a levantar una mano cubierta de sangre, pero luego volvió a colocarla junto al gatillo. Si ya estaba cargada, no le costaría mucho dispararla–. No.

Observé sus manos un momento. Vonnie estaba herida y el efecto era espeluznante, pero sus movimientos seguían siendo precisos y no parecía que sus habilidades motoras se hubieran visto afectadas.

–Es impresionante. Un disparo como ese habría derribado a cualquiera.

–Así fue –tenía un tic en los ojos a consecuencia de la herida, pero movió un poco la cabeza para que pudiera vérselos mejor–. Me desmayé un minuto o dos...

–Eres una mujer dura –esperé un momento, pero no dijo nada–. Menuda pareja, ¿verdad? Tú con tu oreja y yo con la mía.

Asintió levemente y sonrió, el contraste entre sus dientes blancos y la piel sanguinolenta hizo que el corazón me diera un vuelco.

–No creo que esta relación vaya a funcionar –su sonrisa se ensanchó y luego se borró, los músculos de la cara debían de tirarle de la oreja–. Juegas demasiado duro.

–Vonnie...

–Pero me alegra que estés aquí. No habría estado bien que no hubieras venido.

Asentí y me hice a un lado lo suficiente como para apartarme la bombilla de la cara.

–Has perdido mucha sangre.

Asintió levemente y miró los medicamentos en la repisa.

–No se me da bien hacer de Florence Nightingale, ¿eh? –pasó un momento–. Supongo que mis talentos son otros.

Cuando fui a moverme de nuevo, me encañonó con el Sharps.

–No –me detuve, no lo suficientemente cerca como para agarrar el arma. Se inclinó un poco, con la parte superior de la espalda apoyada en la pared–. Podríamos... charlar.

–Bueno, tenemos un montón de cosas de las que hablar.

Esperé y, un momento después, ladeó un poco la cara, ahorrándome la vista.

–¿Por qué no te habré conocido un día antes? –Vonnice se acomodó contra la pared y se alejó un poco. Ahora la herida era casi invisible, pero la sangre continuaba empapándole la camiseta térmica–. Quizá nada de esto hubiera sucedido.

–Vonnice...

–Un día antes, eso es todo lo que habríamos necesitado.

–Yo no...

–Veinticuatro horas y no me habría metido en nada de esto –echó un vistazo a los medicamentos–. ¿Por qué tú? ¿Por qué estás mezclado en todo esto?

–Es mi trabajo.

Volvió a mirarme.

–Sí –su atención recayó en el cañón del rifle–. Todos tenemos un trabajo que cumplir, ¿verdad?

Traté de cambiar de tema.

–¿Cuál es la historia de las plumas?

–Oh... –parpadeó para enfocar la vista–. Es para dar un efecto dramático, más bien algo simbólico... La vida y la muerte... Pensaba que la pluma de águila sanaría a Melissa, un soplo de vida para ayudarla a recuperarse.

–Te tomaste muchas molestias para colocarlas.

Vonnice permaneció inmóvil.

–Esa fue la parte más difícil, verlos tan de cerca...

Pensé en no decirle nada, pero nos estábamos contando la verdad y quizá así consiguiera que continuase hablando.

–No son auténticas. Las plumas de águila son falsas.

Levantó la vista, sólo se movió para asentir bruscamente con la cabeza.

–Bueno, eso es algo de lo más apropiado...

Le miré los pies.

–¿Y las botas?

–Estaba en la tienda cuando George fue a comprarse las suyas. Tenemos el mismo número y pensé que me irían bien.

–¿Sabías dónde iba?

–Les dije a él y a su hermano que, si querían, eran bienvenidos a pescar en los

antiguos terrenos familiares junto al Powder –echó un vistazo al receptor de radio–. También sabía que era el sitio al que pensabas que se dirigía George –los ojos volvieron al rifle–. ¿Vivirá?

–Probablemente –esperé lo que pareció un rato muy largo–. Necesitamos llevarte al pueblo.

–Walter, no.

Esperé.

–De acuerdo –miré a mi alrededor y dije con resignación–: ¿Por qué estamos aquí?

–¿Por qué no? Aquí es donde comenzó todo –la miré, con la esperanza de que, si mantenía los ojos puestos en ella, no la perdería. Ella mantuvo los ojos apartados de mí–. La construyó él mismo. Nunca había construido nada en su vida, era algo que no se le daba bien. Pero un viejo vaquero que por aquel entonces trabajaba con nosotros le ayudó...

Sonreí.

–¿Jules Belden?

Volvió a posar sus ojos en mí, pero no movió la cabeza.

–Sí –permaneció así–. ¿Todavía vive?

–Pues sí, todavía vive –empecé a trazar un plan para conseguir que siguiera hablando. Si lograba que siguiese así, quizá tuviera una posibilidad.

Me estaba mirando a los ojos cuando me centré de nuevo en ella.

–Me regalaba cuartos de dólar de pequeña.

–A mí también.

Se rió con su risa floja.

–Solía beber cuando trabajaba aquí, por eso padre acabó despidiéndolo, pero era un buen carpintero.

Miré a mi alrededor.

–¿Entonces tu padre construyó esto?

–Sí –se quedó mirando una tachuela–. Cuando decidí construir la pista, no me vi capaz de derribarlo, así que dejé esta parte –esperé–. De vez en cuando, lo veo...

Observé que sus ojos se habían apagado un poco.

–¿A tu padre?

–Sí, a veces lo veo. Estoy fuera montando a caballo, miro hacia atrás y lo veo junto a la puerta, esperándome.

No pude evitar reírme.

–Últimamente yo también he tenido un problemilla relacionado con eso.

Vonnie entrecerró los ojos.

–No estoy haciendo ningún chiste.

–Ni yo tampoco.

Continuó estudiándome, pero luego apartó la mirada para echar un vistazo a su alrededor.

–¿Tú también ves a mi padre?

Me encogí de hombros.

–No, yo veo indios –me metí las manos en los bolsillos para que viese que no intentaba nada. Todavía.

Vonnie hizo un gesto en dirección al rifle.

–¿El arma que llevas es suya? –continuó examinándolo–. ¿Me has disparado con ella? –no daba muestras de flaquear y yo empecé a pensar en que aquello iba para largo–. Es hermoso. ¿Cómo lo has llamado?

–¿El qué?

Continuó estudiándolo.

–El rifle.

–Oh –el cañón de su Sharps se movió un poco–. El Rifle Cheyene de los Muertos –Vonnie asintió y yo le sonreí–. Está hechizado.

–¿Por los indios?

–Los Ancestros Cheyenes.

–¿Por qué?

La observé y sopesé si era buena idea que la conversación tomara esos derroteros.

–Los Ancestros Cheyenes permanecen vinculados al rifle y, de vez en cuando, sienten la necesidad de llevarse consigo a alguien al Campamento de los Muertos.

–El Campamento de los Muertos –me dio tiempo a mirarla a los ojos. Las pupilas estaban dilatadas, pero era difícil saber si era a causa del trauma, de la oscuridad de la habitación o de las dos cosas. La observé cuidadosamente cuando fue a hablar y me fijé en que sus dedos esbeltos comenzaban a temblar–. Entonces, los Ancestros Cheyenes han venido a por mí, ¿eh?

–Empecé dejando a los Ancestros Cheyenes en tu puerta, pero me dijiste que no querías armas en la casa.

Me pregunté cuánto tardaría en contarme que su padre se había suicidado, probablemente en ese mismo lugar. Miré la pared de madera que quedaba detrás de su cabeza, pero las planchas habían sido reemplazadas. Tenía que haber sido allí, pero no quería hablar sobre el suicidio de su padre mientras ella tuviera un rifle cargado y amartillado entre manos. No dije nada y no me moví. Vonnie gesticuló en mi dirección con el Sharps.

–Lo hizo con esto –continué callado–. Son unas armas verdaderamente exquisitas, ¿no crees?

Me pareció bastante inofensivo.

–Muy bien hechas.

–Sí, muy bien hechas –levantó la vista del cañón–. Yo tenía trece años –se quedó desconcertada un momento y asintió. Tenía la mirada perdida y la sangre le goteaba de la cara–. ¿Alguna vez te has preguntado por qué lo hizo?

–No –mentí.

Me estaba mirando de nuevo.

–Estás mintiendo. Tienes miedo de que vaya a dispararme.

–Lo cierto es que ese pensamiento sí se me ha pasado por la cabeza.

–¿Alguna vez te has preguntado por qué lo hizo aquí?

Me pareció una pregunta rara, pero, con tal de que siguiese hablando...

–¿No me contaste que no quería dejar la casa hecha un asco?

Miró a su alrededor.

–Eso también, pero este sitio tenía un significado especial para él.

–Porque lo había construido...

Estaba perfectamente inmóvil.

–Más que eso.

La miré y las piezas comenzaron a encajar.

–¿Qué sucedió, Vonnie?

–Eres un tipo listo, Walter. Apuesto a que te lo imaginas sin que tenga que contarte todos los detalles turbios –tomó aire–. La niña de papá... Tenía nueve años, me refiero cuando lo hizo. Aunque todo había empezado hacía muchos años –me miró de nuevo–. ¿Te lo puedes imaginar? –sus ojos se humedecieron–. No, no creo que puedas hacerlo –me quedé allí de pie como un pasmarote, mirando cómo las lágrimas afloraban a sus ojos y disolvían la sangre de su cara. Desde donde me encontraba, podía sentir su calor–. Lo odiaba. ¿Cómo no vas a odiar a alguien que te hace algo así? Alguien en quien confías, alguien cuyo deber es protegerte. Alguien que supuestamente te quiere –se detuvo y parte del calor se extinguió–. Lo intenté. De verdad que intenté llevar una vida normal, con un marido, con familia, hijos, incluso con perros... Lo intenté, pero no importaba cuánto o cómo... La terapia daba igual... No podía superarlo. Daba igual lo fuerte que fuera, siempre lo recordaría, siempre recordaría este sitio y lo que hizo –se quedó sin aire, como un globo que se desinfla y yo no podía hacer más que oír el sonido de su respiración. Esperé mientras ella continuaba observando el rifle apoyado contra la pared–. No se mató por mí... Ni siquiera tuve esa satisfacción –tomó aire e hizo un gesto de dolor–. Lo hizo porque mi madre iba a contarle todo... Regresé un montón de años después para cuidarla y tratar de recuperar la vida que él me había arrebatado... –algo pareció hacerle gracia–. Regresé para poder odiarlo con mi madre.

–Vonníe...

–Y luego, con Melissa... Cuando le sucedió aquello. Es una niña, Walt, igual

que lo era yo... Pensé en que esta vez habría algún tipo de castigo, que se haría justicia. Algo para ella, algo para mí, pero se libraron. No estuvieron en la cárcel prácticamente nada –sus ojos volvieron a posarse en mí–. A mi padre no pude absolverlo... ni a ellos tampoco –estuve a punto de moverme, pero el cañón del rifle seguía en su sitio y debí esperar a que continuase. Un momento después, volvió a hablar–. Entonces, ¿crees que los Ancestros Cheyenes vendrían aquí a por mí?

Me aclaré la garganta.

–No creo que hayan venido a por ti.

Asintió a medias.

–Es una pena, preferiría que lo hicieran. Quizá no doy la talla, ¿eh?

Inspiré con fuerza. Pensé en cómo las mujeres están acostumbradas a que los hombres las desprecien.

–Creo que no podrían encontrar a nadie mejor.

Su voz era leve y distante.

–Gracias –levantó apenas la comisura de los labios y el cañón del Sharps se movió un poco en dirección a su barbilla. Saqué las manos de los bolsillos y calculé la distancia que nos separaba, unos dos metros y medio. Nos miramos el uno al otro un instante, quizá ella me leyera el pensamiento–. No creo que nadie pueda hacerme ningún daño allá donde voy –estaba aprendiendo a sonreír con el lado sano de su cara–. Pero supongo que pueden encontrarte en cualquier sitio –se detuvo un momento y pensé en que tenía una posibilidad–. Lo entiendes, ¿verdad? Tú mismo dijiste que una parte de ti desearía haberlo hecho.

–Creo que mucha gente sentía eso mismo.

–¿Sabes? Me ha costado mucho decidir qué parte de ti me gusta más: tu sonrisa, tu sentido del humor o lo mal que mientes.

–¿Qué quieres que diga, Vonnie? No creo que el condado vaya a organizar un desfile en tu honor... –sus ojos permanecieron fijos–. Hay una diferencia entre desear algo y hacerlo.

Vonnie parecía triste.

–Pensaba que habíamos dejado atrás el aspecto moral de esta conversación –quería abrazarla, coserle la oreja, arreglar todo–. Por favor, no hablemos de lo que la gente se merece.

–Supongo que no importa demasiado, ¿verdad?

–Ahora no –sus dedos se aferraron al gatillo–. Walter, no quiero que me mires...

–Vonníe, no lo hagas –se hizo un largo silencio.

Siempre conservaré la imagen de ella en ese momento, la cabeza girada ligeramente hacia la luz de esa tenue bombilla de cuarenta vatios. El ángulo que

formaba su cabeza acentuaba la delicada estructura ósea de su mandíbula y los músculos de su cuello. Podría haber escogido una imagen de la noche en que la había visto en el bar, la mañana de las tortitas, nuestra única cita, en la calle aquel día, furiosa en el hospital o en aquel momento.

Lo dijo como quien habla del tiempo.

—Te quiero.

Y tuve que apartar la mirada, como ella sabía que haría. Me quedé sin aliento, mi voz se negó a cooperar y se me quedó atascada en la garganta. Por una fracción de segundo estudié una de las sillas de montar, la apariencia gastada de los cuernos para atar el lazo y la superficie rizada de las rosetas, el punto en donde el roce entre el hombre y el caballo había suavizado el cuero, pero luego había sido abandonado para endurecerse y resecarse. Esa silla en particular no estaba cubierta de polvo, al pasar, ella la habría rozado sin querer con una de las mangas atadas a la cintura. La superficie de cuero tenía un brillo cálido que encerraba una promesa de romance y libertad, casi se podían sentir los músculos equinos hinchándose y acoplándose a la rotación de la tierra.

Me fijé en una parte del arzón, donde había aterrizado una única gota de sangre. Cuando la sangre cae, lo hace con un volumen uniforme de medio mililitro y en forma de bola diminuta. Dependiendo del tipo de superficie que golpee, la sangre hará un dibujo u otro. A eso se le llama salpicaduras. En la superficie lisa del cuero, la gota había permanecido relativamente intacta, sólo una gotita se había escapado y se encontraba a ochenta grados en dirección perpendicular.

Estoy seguro de que la explosión en la pequeña habitación fue ensordecedora, pero yo no la oí.

Epílogo

No fui a trabajar al día siguiente, ni al otro, ni siquiera a la semana siguiente. He estado bebiendo mucho últimamente, más un pasatiempo que un esfuerzo consciente. Mi casa es un buen sitio para beber desde que Contratas Red Road terminó la obra. No recuerdo haberlos echado, aunque quizá sí lo hice. Queda todavía mucho que hacer en mi casa, creo que yo los ponía nerviosos.

La nueva terraza de madera es mi parte favorita. Tan grande como el resto de la casa, está situada en la parte de atrás, frente a las colinas. En medio tiene una apertura, dicen que puedo plantar un árbol ahí cuando llegue la primavera, pero por ahora es el lugar donde tiro las latas vacías: es fácil encestar desde la silla de jardín que he colocado contra el muro de troncos de la casa y el abrigo de piel de borrego me mantiene en calor. La nevera está junto a la silla, así que no tengo que levantarme demasiado. A veces, por la noche, la cerveza se congela, pero sólo he de esperar al deshielo de por la mañana.

Algunos vehículos suben por el camino de forma periódica, unos oficiales y otros no. El Suburban del Departamento de Investigación Criminal fue uno de ellos, me devolvieron el Bullet sin agujeros de bala. Dejaron las llaves encima de la repisa y el coche sigue ahí, echando raíces en el suelo, esperando. Supongo que Ferg se compraría una camioneta nueva. Vic vino una vez, pero ahora se limita a llamar y le habla al contestador automático. He desarrollado un método para lidiar con esas visitas motorizadas. No importa qué hora del día o de la noche sea, cuando oigo que alguien sube por el camino, me bajo de la terraza y echo a andar en dirección a las colinas. Unos minutos más tarde, allí estoy. A veces paseo, otras escojo una roca y me siento encima. Nadie se queda demasiado rato, pero allí pierdo la noción del tiempo y, en ocasiones, cuando salgo todavía es de día y, cuando me quiero dar cuenta, ya ha oscurecido. A veces es todo lo contrario y entonces veo salir el sol.

La gente suele dejarme comida, pero nadie cerveza, así que, de vez en cuando, tengo que hacer una escapada a las afueras de Durant para comprar en la estación de servicio de Texaco que hay junto a la autopista. Llevo bastante sin afeitarme, así que el chaval que trabaja allí no me reconoce o finge no reconocerme.

Tengo un amigo que se pasó a visitarme unos días después. Una mañana, cuando me desperté en mi silla de jardín, me lo encontré tumbado al final del prado de la parte trasera, donde comienzan las matas de salvia. No hizo ningún movimiento para aproximarse, pero se quedó allí sentado todo el día,

observándome. Luego se puso a dar vueltas en torno a la casa, sólo para regresar a la salvia un rato después. No creo que quiera hacerme ningún daño: al igual que yo, ha decidido no irse a otra parte. En el siguiente viaje a la gasolinera de Texaco, compré comida para perros y se la dejé en un cuenco al borde de la terraza, junto con un poco de agua. Por las mañanas desaparecía y, unos días más tarde, comenzó a dormir aquí, siempre y cuando no me moviera mucho, pero eso no supone ningún problema, porque últimamente no me muevo mucho. Había perdido algo de peso desde que se fugó de la alacena de Vonnie y Vic mencionó en uno de sus informes telefónicos que los tíos de Caza y Pesca montaron una especie de rodeo el día en que se escapó.

Un día, la camioneta de Henry apareció en el camino y, cuando emprendí mi retirada a la parte trasera, el perro me siguió. Cuando me senté en una de mis rocas favoritas, el perro me acompañó y se sentó bastante cerca de mí y los dos juntos esperamos a que Henry abandonase la casa. Extendí el brazo y le pasé la mano al perro por su enorme cabeza y entonces me miró. Tenía los ojos tristes, como si también él hubiera tenido bastante. Mientras lo acariciaba, se apoyó en mi pierna. Es un auténtico bicharraco, tiene las espaldas tan anchas como mi torso. Su pelo es ondulado y rojizo, con toda clase de remolinos y enredos, como si se hubiera peinado mal el tupé.

Cady llama, pero conozco sus horarios y le devuelvo las llamadas o le dejo mensajes vagos a su secretaria cuando sé que estará en la biblioteca jurídica, tomando declaración o haciendo lo que sea que hacen los abogados cuando sus secretarias contestan al teléfono. Es extraño pensar que mi hija tiene una secretaria, así que pensaba en Patti, con *i* latina, como si fuera su niñera, una *babysitter* que hablaba con un acento raro del sur de Filadelfia.

Todos los días, alrededor de las cinco y media, Vic llamaba para hacerme un informe de los sucesos diarios.

—Hola, gilipollas. Al habla la persona que está haciendo tu trabajo mientras tú sigues ahí, cada vez más gordo y más imbécil, regodeándote en la depresión y en la autocompasión... —los mensajes comenzaban invariablemente así—. Alguien ha atacado el instituto con huevos a bordo de un coche, lo cual me induce a pensar que debe de existir un cómplice... —asentí. Un trabajo policial de primera—. Nos informan de actos vandálicos en el antiguo corral de ganado. El denunciante nos dijo que alguien había movido su sistema de riego dos veces en el último mes y, en esta ocasión, una junta del sistema se había roto. El agente que se personó interrogó al denunciante y le dijo que qué coño hacía regando en noviembre. No obtuvo ninguna respuesta... —asentí un poco más—. Poco después del incidente del riego, ha habido una queja oficial respecto al lenguaje usado por el agente personado, dicho lenguaje se considera blasfemo y una falta de respeto hacia la posición y la edad del denunciante... —me encogí de

hombros. No se podía esperar otra cosa—. El agente siempre está abierto a recibir cualquier tipo de comentarios... —apostaba a que sí—. Una mujer llamó solicitando que un agente fuera a decirle a su vecino que apagara la radio. Esa mujer no quiso dejar su nombre y dijo no conocer el de su vecino. El agente se personó y se encontró con un apuesto y joven dentista arreglando la radio de su Land Rover. Tenía sintonizado el canal de Montana de la radio nacional pública y el agente le dijo que podía escuchar lo que le diera la gana al volumen que le saliera de los cojones y que no le hiciera ni caso a la bruja de la vecina... —conocía a Bessie Peterson, así que sabía que esto no había hecho más que empezar—. Se tomó nota de las quejas por el ruido... —ajá...—. Jim Keller ha vuelto de su excursión de caza y corre el rumor de que él y su señora van a separarse. En mi opinión, es lo mejor que podría pasarle a Bryan —asentí—. El hospital ha enviado una nota por fax a la oficina solicitando el alta oficial del señor George Malcolm Esper. Joder... Se llama Malcolm... Yo también trataría de salir huyendo. La firmé y le pedí a Ruby que enviara el fax antes de que el muy mamón volviera a escaparse... —se hizo un largo silencio. La siguiente frase fue pronunciada con una suavidad y melancolía que no parecían propias de ella—. Esta agente ha estado pensando hoy en emitir una orden de busca de persona desaparecida: se trata de un *sheriff* triste y gordo que se desprecia a sí mismo, pero extrañamente encantador. La agente piensa que al desaparecido le interesaría saber que la mencionada agente ha rechazado no una sino dos ofertas de trabajo de nivel y sueldo altos porque considera que no le interesa estar en un sitio que no sea este... —mis ojos se humedecieron un poco, y esperé—. Walt, tienes que volver al trabajo, no estás preparado para hacer nada más... —otra pausa—. Ruby te echa de menos, Ferg está aburrido, Lucian nos tiene a todos de los nervios porque no creo que entienda que su puesto es temporal y Dorothy dice que está dispuesta a ir hasta tu casa a partirte la cara, pero no sabe si debería llevar ensalada de col —otro largo silencio—. Ya han pasado casi dos semanas, es tiempo más que suficiente. Creo que debería decirte que esta va a ser mi última llamada, porque empiezo a sentirme como un activador... Si quieres saber qué sucede en el reino, vas a tener que salir y enfrentarte a un par de dragones —otro silencio—. Bueno, esta agente te echa de menos —Vic colgó y así mi último contacto con el mundo exterior se extinguió.

En una de sus visitas para traer la comida, Henry había dejado un mensaje en la parte de atrás del sobre amarillo que contenía las últimas fotografías de Cody Pritchard. «Hay lasaña en la nevera y cosas para prepararte sándwiches, además de seis latas de té frío.» En la superficie polvorienta de la tapa del piano alguien había escrito «Tócame». Me comí la lasaña.

Esta mañana, una furgoneta marrón ha subido por el camino y, al regresar, he descubierto que me ha dejado una caja de empanadillas congeladas de pavo, una

cerveza testimonial y el Rifle Cheyene de los Muertos y me he acordado de que era el día de Acción de Gracias. El rifle está apoyado sobre mi sillón reclinable, en una posición similar a la que tenía cuando lo había dejado en el establo. He pasado el resto de la mañana intentando no mirarlo, pero, a mediodía, cuando he entrado de la terraza para tomarme una empanadilla y la tentadora cerveza, me he apoyado contra la encimera y he observado el rifle del calibre 45-70. Se me ha pasado una idea por la cabeza, así que he rebuscado en el bolsillo de mi abrigo y he sacado uno de los cartuchos de Omar. Me he acercado a coger el rifle y he accionado la palanca. Estaba vacío. Supongo que Lonnie tampoco se fía de mí. He metido la bala en el cargador y he vuelto a poner la palanca en su sitio. Sé que es mi imaginación, pero después el rifle se me ha antojado mucho más pesado.

Me he quedado un rato pensando en los Ancestros Cheyenes y en la idea de que la venganza pierde su sentido cuando los malos ya no están. No se trata de que la venganza sea un plato que se sirve frío, sino que es un plato que jamás debería ser servido. He pensado en lo que en realidad querrían los Ancestros Cheyenes: no resulta difícil de imaginar. Los muertos quieren lo mismo que los vivos: comprensión.

He pensado en lo que se parecían las situaciones que habían vivido ambas mujeres y en la forma tan diferente de reaccionar de ambas culturas. Cuando Melissa se enfrentó a la mayor crisis de su vida, su familia y sus amigos la ayudaron a recuperarse, pero cuando abusaron de Vonnie ella no obtuvo a cambio más que silencio y recriminación. El sufrimiento de su infancia fue enterrado bajo un montón de alfombras turcas. Por supuesto, la gente diría que las reacciones habían sido producto de la época y no de la cultura. Y yo deseo que eso sea cierto. Con toda mi alma.

He atravesado la puerta abierta y he salido a la terraza con el rifle entre las manos. El sol empezaba a declinar por el oeste y apenas se entreveían sus rayos a través de los macizos nubarrones. He observado caer los primeros copos: la nieve se amontonaría sobre las colinas y todos los puntos de referencia del rancho desaparecerían lentamente.

El perro se ha girado para mirarme desde el otro extremo de la terraza, pero, cuando ha visto el rifle, ha hecho ademán de levantarse y se ha puesto a gruñir. Como no sabía muy bien qué hacer, me he quedado allí quieto. El perro se ha puesto de pie y se ha colocado junto al borde de la terraza. De vez en cuando levanta la cabeza y gruñe con desaprobación, luego desaparece.

He ido hasta la silla de jardín y me he sentado con el rifle en el regazo. Cuando he extendido el brazo para abrir la puerta de la nevera, me la he encontrado vacía. Estaba seco, si quería otra cerveza, tenía que hacer una

escapada. Me he quedado sentado y he contemplado las colinas mientras el mundo se ensombrecía. Luego he bajado la vista al Sharps.

He pensado en lo que Dena Muchos Campamentos había dicho cuando pasó los dedos por las plumas de búho e inmediatamente comenzó a soltarse el pelo: que había espíritus ligados a esa arma ancestral y que podían arrebatarnos fácilmente el alma a los vivos para llevársela consigo. Deseaba que los Ancestros Cheyenes se hubieran llevado consigo a Vonnie a su Campamento de los Muertos. Era una excelente compañera y se merecía más de lo que había tenido en este mundo. Cuando he aguzado la vista, la he visto con ellos a lo lejos, riéndose, mojando dos dedos en sirope de caramelo con un gesto travieso. Las piernas de Lonnie también estaban allí. Quizá sólo se le puedan sacar medias verdades a esta vida.

Cuando he bajado la mirada, el perro estaba mirando el mismo punto de la nieve que yo hacía un momento y he entrecerrado los ojos a causa del viento hasta que el perro se ha girado para mirarme. Tal y como sospechaba, también él puede verlos.

Luego he estado escuchando los graznidos de los gansos canadienses en su camino hacia el sur. Vuelan apenas a nueve metros del suelo y puedo oír el batir de sus alas al pasar por encima de nosotros. Después, la Rainier testimonial que me había bebido antes me ha hecho efecto y me he quedado dormido.

Me he despertado al escuchar el sonido de alguien cerrando la puerta de un vehículo conocido a la vez que odiado y a su ocupante atravesar la puerta delantera de mi cabaña. Suena como si el visitante estuviera colocando cosas en las repisas y en el frigorífico. Ha dado varios viajes y, por la ventana abierta de la cocina, se ha colado el olor del pavo y de las salsas para mezclarse con el aire frío de la tarde.

Entre las nubes se ha abierto una minúscula grieta que, a medida que el sol cae sobre las montañas, se va tiñendo de rojo oscuro. Me he calado más el sombrero mientras el perro se quedaba mirando los montoncitos de nieve que se han acumulado por la terraza y encima de mí. Ha apoyado la cabeza en el borde y me ha mirado, en sus ojos se lee que está listo para emprender la retirada, pero yo no me he movido. Estoy demasiado cansado. Cabe la posibilidad de que Henry deje la comida y se marche, pero lo cierto es que empezaba a ponerme de los nervios que anduviese por mi cocina cambiando las cosas de sitio mientras preparaba el ágape. He esperado, pero no se marcha.

Un rato después, ha salido a la terraza por la puerta de atrás y el animal le ha gruñido a modo de advertencia.

–*Wahampi...* –las cosas han vuelto a calmarse: el perro tiene una vena *sioux* importante. No me he movido, con la esperanza de que se marche, pero ésta se

acaba de evaporar: la puerta de la nevera se ha estremecido bajo sus cien kilos de peso. Malditos indios, imposible deshacerse de ellos para Acción de Gracias.

Oigo más gansos pasar volando por encima de nosotros y Henry ha abierto dos latas de té frío y me ha pasado una. Al principio no la he cogido, pero la ha sostenido contra mi mano hasta que he terminado por agarrarla. Los graznidos de las aves continúan y, a juzgar por el ruido que forman batiendo las alas, se diría que todos los gansos de las altas llanuras se están marchando.

—¿Sabes, tú? Lonnie me contó una vez una historia sobre estos gansos...

Me quedo esperando en silencio pero, finalmente, contesto.

—¿Sí?

—¿Sabes que siempre vuelan en forma de uve?

—¿Sí?

—¿Y que uno de los brazos de la uve es siempre más largo?

Henry se queda callado una eternidad, así que no tengo más remedio que preguntar:

—¿A qué se debe eso?

—Porque... hay más gansos en un lado que en el otro. Ajá, sí, es así...

Agradecimientos

Un escritor, al igual que un *sheriff*, es la personificación de un grupo de personas y, sin su apoyo, ambos están en apuros. He tenido la suerte de contar con la bendición de un buen grupo de amigos y compañeros que han hecho que este libro sea posible. Ellos saben quiénes son y, como se suele decir, nunca se puede dar las gracias demasiadas veces a un buen elenco.

Gracias al *sheriff* Larry Kirkpatrick por un cuarto de siglo luchando en el lado de los buenos, a Sandy Mays, de la División de Investigación Criminal de Wyoming, y a la *pizza* de Harry's, que no es tan mala. A Henry Oso en Pie, por la magia y todo lo demás; a Marcus Trueno Rojo, por el sudor; a Charles Pequeño Hombre Viejo, por las palabras; a Dorothy Caldwell Kisling, por el estímulo; a Donna Dubrow, por la motivación; y Gail Hochman, por la confianza. Gracias también a Kathryn Court, Clare Ferraro, Sarah Manges y Ali Bothwell Mancini, mis feroces y orgullosas leonas de Viking Penguin.

Por último, a mi esposa y musa, Judy, todo el amor del mundo por recibirme con paciencia y buen humor a mi regreso diario del condado de Absaroka. Sin ti, sería Walt.

Título original: *The cold dish*

Edición en formato digital: febrero de 2012

© Craig Johnson, 2005. By arrangement with the author All rights reserved

© De la traducción, María Porras Sánchez, 2012

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-889-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Fría venganza	8
Epílogo	319
Agradecimientos	325
Créditos	326